

Volver a
ENCONTRARNOS

BISHOPSTOKE I

JUDIT DA SILVA



Volver a encontrarnos

BISHOPSTOKE I

JUDIT DA SILVA



Primera edición en digital: julio 2018
Título Original: Volver a encontrarnos
© Judit Da Silva 2018
©Editorial Romantic Ediciones, 2018
www.romantic-ediciones.com
Imagen de portada ©PixieMe, ©iiiivfeniy
Diseño de portada: Isla Books
ISBN: 978-84-17474-12-6

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

Esta novela no podría haber sido posible sin el apoyo incondicional de Beatriz Martínez, a quién considero como a una hermana. Y a Fuensanta Martín, porque en ningún momento dejó de creer en mí.

PRÓLOGO

El día era soleado, perfecto para la temporada de verano en la que se encontraban.

Los insectos zumbaban entre las flores y, debido a las vacaciones, había más gente en torno a Hampshire, en el pueblo de Bishopstoke concretamente. Aun así, Lisa y Adrien no pensaron en renunciar a sus días de juegos, colándose en los terrenos de la gente con dinero de la ciudad, buscando escarabajos y otros pequeños animales que sabían que escandalizarían a las jóvenes damas que salían a dar paseos por los alrededores del pueblo.

Ellos vivían permanentemente en el lugar, Lisa como hija del párroco del pueblo, de la iglesia de St. Mary, una hermosa y pequeña iglesia de paredes grises, tejas rojizas y ventanales estrechos. Adrien como mozo en algunas de las casas donde su madre había estado como sirviente hasta el reciente fallecimiento de su marido y al cuidado de sus pequeñas hijas gemelas. Si no fuera por la ayuda que les daban la familia de Lisa, no podrían subsistir.

Pero esos problemas eran olvidados mientras jugaban, con Lisa esperando tras unos matorrales, conteniendo su risa, mientras veía cómo Adrien se acercaba a un grupo de jovencitas que venían por el camino.

Este, subido desde un árbol, no podría ser visto por ellas, así que, cuando las cinco muchachas estuvieron justo debajo, Adrien dejó caer la lagartija que se retorció entre sus manos, la cual cayó sobre el parasol de una de ellas y saltó sobre la falda de otra, tratando de salvar la vida, haciendo que un grito colectivo se alzara cuando una de ellas la señaló.

Las muchachas, presas del pánico, parecían estar siendo atacadas por el mismísimo demonio y Lisa, escondida entre los matorrales, no pudo evitar echarse a reír a carcajadas, observando cómo estas echaban a correr por el camino y Adrien bajaba del árbol de un salto, uniéndose a ella a aquel despliegue de humor.

—¿Has visto?! —exclamó esta cuando lo tuvo a su lado—. ¡Pensaba que alguna de ellas se iba a desmayar del susto!

—Las chicas de ciudad no aguantan nada —sentenció el niño, mirando aún el camino por el que estas habían huido, con una sonrisilla en los labios.

Más alto que los niños de su edad y con el pelo oscuro de su madre,

Adrien daba la impresión de que era más mayor y no solo contara con ocho años. Incluso sus ojos color humo ayudaban a crear esa sensación.

En cambio, Lisa, con su cabello rojizo y cara pecosa, siempre parecía mucho menor, como si fuera su hermana pequeña. Incluso la gente pensaba que tenía menos de los seis años, porque lo seguía por todas partes. Lo único que solía halagar la gente de ella, al verla siempre con el cabello revuelto y las ropas desastrosas después de jugar, era que tenía unos ojos dorados bonitos, sacados de su madre. Aunque esta siempre le había dicho que eran castaños.

—Tendríamos que venir otro día y hacerles lo mismo. Pero con un animal más grande —sugirió Lisa—. ¿Qué tal una rata?

Adrien la miró, pero no contestó nada a eso.

Algo que a ella le extrañó. Al fin y al cabo, este siempre estaba dispuesto a poner a prueba todo lo que ella le sugería, incluso la disparatada idea que se le ocurrió un mal día de tirarse al río desde una rama de un árbol cercano, con lo que este casi había llegado a abrirse la cabeza al caer demasiado cerca de la orilla.

La pequeña cicatriz cerca del nacimiento del pelo, en la frente, le quedaría para siempre como un recuerdo de aquella ridícula ocurrencia.

—¿Cómo está tu mamá? —le preguntó este de pronto, haciendo que la pequeña pestañeara, tratando de reubicarse en la conversación.

La señora Sophia Freeman siempre había sido una mujer de salud delicada, un detalle que parecía acrecentarse con cada parto que había pasado. Aparte de Lisa y su hermana de dos años, Clea, la señora había vuelto a quedarse nuevamente embarazada.

Sin embargo, en el séptimo mes de embarazo había sufrido un aborto repentino y su salud no había mejorado en absoluto desde entonces.

—Aún sigue en cama, pero papá dice que se recuperará, que Dios la va a ayudar a levantarse. Aunque a mí no me lo parece. La veo más pálida y no deja de llorar. ¿Sabes que habría tenido un hermano? —le dijo a este, con su ánimo bajo de repente.

—¿Y cómo sabes eso? Dicen que nació antes de tiempo y muerto.

—¡Se lo oí a los médicos que vinieron a verla! —se quejó Lisa, pensando que este la estaba llamando mentirosa—. Incluso hubiera podido verle si papá no les hubiera dicho que se lo llevaran tan rápido.

—Tu mamá no se pondrá bien —sentenció Adrien—. Mi madre lo dice mucho.

Lisa tragó saliva al oír aquellas palabras como si fuera un mal trago que

se estuviera resistiendo en bajar por su garganta, ya que sabía, en el fondo, que tenía razón. Claro que lo sabía. Veía a su madre apagarse día a día.

—Yo cuidaré de Clea, así que papá no tendrá que preocuparse por nosotras. Si mamá muere, se irá con los abuelos y allí será feliz porque en el cielo no puedes estar nunca enfermo. Eso es lo que me ha dicho papá. Y también verá allí a tu papá y le dirá que estamos todos bien.

—Pues mi madre dice que papá solo murió y que no está en ningún sitio, que cuando te mueres solo te entierran y ya está. No vas a ningún sitio.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Lisa, riendo por esa idea tan ridícula para ella—. Tenemos almas que no se mueren nunca, que se irán al cielo si somos buenos. Tu mamá dice eso solo porque está triste. Pero se le pasará.

—¿No te asusta saber que tu mamá se va a ir? —le preguntó Adrien, observándola de pie como estaba, con Lisa agachada a su lado.

—No me voy a quedar sola. Tengo a papá, a Clea. Te tengo a ti.

—Mi mamá me ha dicho que nos vamos a ir a la ciudad a buscar trabajo —le contó por fin este, ya que era sobre lo que había querido hablarle desde el principio.

—¿Cómo? ¿Por qué? Aquí estáis bien. No pasáis hambre ni frío, ¿verdad? —le dijo Lisa, notando que las lágrimas acudían a sus ojos al notar lo que aquello significaba.

Este había querido hablar de adiós porque se iba. Su único compañero de juegos, al menos el único chico del pueblo con el que se llevaba bien, aquel al quien siempre tenía presente en sus recuerdos y había estado a su lado, se marchaba.

—Dice que allí podremos encontrar un trabajo mejor. O, si no, nos iremos al norte, donde se están levantando fábricas. Dice que allí podrá irnos bien.

—Yo no quiero que te vayas —le dijo esta, ya sin poder impedir que las lágrimas cayeran, tratando de secárselas con los puños.

—Y yo no quiero irme. Sé lo que dicen de las ciudades, de cómo son. Pero mamá se ha decidido y ya ha buscado a alguien que nos llevará —le contó Adrien, dejando una mano sobre la cabeza de Lisa, ya que la pequeña no dejaba de llorar, aguantando su propia pena.

—¿Podré ir a verte? —le preguntó esta de pronto, cayendo en esa idea.

—¡Claro! Cuando encontremos un lugar para vivir, le diré a alguien que te escriba nuestra dirección y podrás venir a vernos.

—Pero podrías escribirla tú. Te he estado enseñando a escribir y ya

puedes leer casi a un buen ritmo. No te será muy difícil.

—No sé si podré estar trabajando y aprendiendo a escribir al mismo tiempo.

—¡Ven! ¡Vamos a casa! —exclamó esta, limpiándose las lágrimas con la manga de su vestido mientras sujetaba la mano de Adrien con la otra—. Te voy a regalar los libros que papá me compró para que aprendiera a leer y podrás mejorar la escritura con ellos —decidió esta, sin contar si aquello le parecía bien a su padre o no.

Después de todo, aunque no pasaran penurias, tampoco tenían demasiado que regalar a otros. Con su madre en el estado en el que se encontraba, necesitaba muchas visitas continuas de los médicos y medicamentos para tratar de mejorar su condición.

Aun así, los niños se marcharon juntos, cogidos de la mano, con la esperanza de que, en el futuro, volverían a encontrarse.

Aunque su idea más lejana de futuro fuera volver a verse en unos meses.

CAPÍTULO 1

Bishopstoke, Inglaterra, 1849

—Le ruego que deje de importunarme de una buena vez, señor Johnson —se quejó Lisa, cuando el hombre de treinta y dos años apareció de repente entre las plantas del jardín trasero, donde ella se encontraba tendiendo la ropa.

Irene, la criada que había estado desde siempre con la familia, se encontraba dentro de la casa. Y Clea, con sus tontos dieciséis años, parecía haber desaparecido en algún lugar y no reaparecería hasta la hora de la cena o cuando ella creyera que era conveniente volver.

—No sé por qué le incomoda tanto mi presencia. Una joven adorable como usted debería estar encantada de que un hombre con honores como yo le rondara —comentó el orgulloso rubio, tratando de dirigirle una amplia sonrisa mientras sacaba pecho como un pavo real.

El único logro de su vida había sido tener a un padre que había conseguido que lo colocaran en un buen puesto durante la guerra de China. Lisa estaba casi segura que ni habría olido el campo de batalla y las medallas que llevaba siempre en su chaqueta serían honores ganados por soldados anónimos que habrían muerto en el frente.

Aquella estúpida guerra del opio había dejado huérfanos, viudas, padres y madres, hermanos llorando por personas que jamás volverían, y aquel orgulloso Charles Johnson se paseaba como si hubiera ganado un simple premio en una de las competiciones de las fiestas del pueblo.

—Si tengo que decirle la verdad, señor, no es mi deseo que nadie me pretenda. Ni usted ni nadie —sentenció esta, sacudiendo con energía una sábana antes de tenderla sobre las sogas que pendían a lo largo del jardín.

Recordaba perfectamente que la mala actitud de este le había acompañado durante toda su vida por culpa de su padre comerciante. El verdadero señor Johnson había tenido suerte a la hora de comprar y vender y había logrado que su hijo se transformara en la pesadilla de todos los niños del pueblo, pues este siempre les hacía lo que le venía en gana y nunca tenía consecuencias.

Los años y las medallas no habían mejorado eso.

—Ninguna muchacha rechazaría a un hombre de mi posición —le espetó este, tomándola del brazo hasta que la tuvo frente a él.

—Señor, me está haciendo daño. Será mejor que me suelte.

—Le he dicho cientos de veces que puede llamarme Charles.

—Y yo le he dicho que no había motivo alguno para semejante trato —afirmó Lisa a su vez, tratando de desembarazarse de las manos de este, que la mantenían presa.

—Me gusta que se haga la difícil de esta forma, como si de verdad fuera posible que no sintiera algo hacía mí —comentó este, dirigiéndole una sonrisa que a Lisa no le gustó en absoluto.

Antes de que ella pudiera soltarse de su agarre, el señor Johnson ya se estaba inclinando hacia ella tratando de encontrar sus labios.

Pero ella se resistió, girando su cabeza de un lugar a otro, soltando pequeños gritos desesperados cuando comprobó que no había forma de alejarse, sintiendo los dedos de este clavados en la piel de sus brazos, impidiéndole la huida de cualquier modo posible.

El sonido de algo impactando contra un hueso le hizo abrir los ojos, al tiempo de ver cómo Charles se quejaba y se llevaba una mano a la cabeza, dándole la oportunidad de poder alejarse de él en rápidas zancadas.

—¡Deje en paz a mi hermana de una vez! —gritó Clea, al otro lado del jardín, con el cabello revuelto y el vestido hecho un desastre, preparando otra piedra en su mano, dispuesta a arrojarla.

—¡Clea, no! —gritó Lisa.

Agradecía la ayuda en tan mal momento, pero una vez podría ser tomado por una chiquillada. La segunda no.

—¡Maldita salvaje! —exclamó el señor Johnson, volviéndose hacia la pequeña de los Freeman mientras esta alzaba la segunda piedra, dispuesta a arrojarla si este hacía algún movimiento en falso—. ¡¿Cómo te atreves a hacerle esto a un héroe de guerra como yo?! ¡¿No te han enseñado a tener respeto?!

—¡Si tú eres un héroe de guerra, yo soy la reina Victoria! —exclamó Clea a su vez.

Pero Lisa no tardó en correr junto a su hermana, quitándole la piedra de la mano.

Algo más rubia de cabello y todavía más amante de los árboles que del hogar, Clea Freeman era el quebradero de cabeza de su hermana mayor, pues no conseguía que obedeciera, aunque llevara con ella desde los tres años,

comportándose más como una madre que como cualquier otro miembro de su familia.

—Perdónela. Ya sabe cómo es. Nos ha visto de esa forma y pensaba que me estaba atacando.

Lo cual era cierto. Pero de nada serviría acusarlo de ello. Todos mirarían para otro lado, sabiendo que se escudaba tras el dinero de su padre y del ejército. En el mejor de los casos, si creían su palabra antes que la de él, obligarían a este a casarse con ella para que restaurara su honor, algo que Lisa no podría tolerar.

—¿Qué habría pasado si me hubiera abierto la cabeza? —preguntó este, aún molesto.

—No tendremos tal suerte —comentó Clea por lo bajo.

Pero un pellizco en el trasero por parte de Lisa fue suficiente para acallarla.

—Mi hermana nunca podría hacer tal daño. Y menos a un hombre como usted. Seréis tan fuerte que no os rompería la cabeza ni diez piedras como esa.

Lo que también venía a decirle que tenía la cabeza dura como una roca.

Pero, por supuesto, este no captó el doble sentido y le dirigió una sonrisa por el halago.

—Sí. Sí, eso es cierto. Una chiquilla como ella no podría hacerme daño.

—Así que sería tan amable de no comentar este incidente con nadie, ¿verdad? —preguntó Lisa—. Solo ha sido cosas de niños.

Consiguiendo que el señor Johnson acabara asintiendo.

—Por supuesto. No estará acostumbrada a ver a hombres tan cerca de su hermana —comentó este, aún sin dejar de sonreír hacia ella.

—Eso es muy cierto. Lo cual agradezco. Me gusta la soledad.

—Bien. Buscaré el modo de no alterar a vuestra hermana la próxima vez. Pero ahora, si me disculpáis, tengo que marcharme.

Desde luego, no había captado el significado de las palabras de Lisa sobre que le gustaba la soledad.

Esta inclinó la cabeza hacia él, pero Clea no dejó de mirarle hasta que este hubo desaparecido por el camino de la casa, perdiéndose su figura entre los setos altos.

—Cómo odio que ese tipo se te acerque —comentó la menor cuando se quedaron a solas.

—¿Y crees que a mí me gusta? Pero ¿quién es la que se marchó sin decir nada a nadie y me dejó a mí con Irene y todas las tareas?

—Si no le hubieras dirigido la palabra en aquella fiesta...

La fiesta de primavera que se celebraba todos los años en el pueblo. Era una buena ocasión para hablar con todos los vecinos, bailar, escuchar música y, sí, en algunas ocasiones, encontrar un marido.

Pero cuando Charles se le acercó, preguntando a nadie en particular, si ella era la misma Lisa Freeman que siempre iba perdida de ramitas cuando se marchó a servir a la patria y a su reina, ella solo pudo reírse como gesto de cortesía, afirmando que habían pasado muchos años desde entonces.

Le concedió un baile para que dejara de rondarla, perdiera el interés y se centraran en otras jóvenes del lugar. Pero tuvo el efecto contrario. Desde entonces, este solía aparecer a menudo por casa, incluso sin ser invitado, y hablaba con su padre sobre si ya estaría dispuesto a dejar libre a su hija mayor en manos de un buen marido.

De buenas maneras, su padre había conseguido evadir el tema, pues tampoco le tenía demasiado afecto al joven. Pero parecía que no iban a poder seguir de aquel modo mucho tiempo más.

Su padre tendría que dejarle claro de una buena vez que su hija no quería saber nada de él. A aquellas alturas, ni siquiera estaba dispuesta a mantener una relación de amistad.

—Será mejor que entremos en casa. Y no le cuentes a padre nada de esto. Lo que menos quiero es que se preocupe —le dijo a su hermana, enfatizando aquella orden con un dedo extendido ante ella.

—Yo creo que deberías decírselo. Charles está loco y se cree mejor que todos los demás, pero, si hablara con el señor Johnson, seguro que no se te volvía a acercar. El viejo quiere que su hijo se case bien con alguna tonta rica de ciudad —comentó Clea, siguiendo sus pasos.

—No me gusta que hables de ese modo. Parece que no te enseñamos modales.

—Oh. Claro que lo parece. Solo que no los uso. Es un desperdicio con gente como él.

—No digas nada de esto dentro de casa.

—¿Ni siquiera a Irene? Ella podría estar pendiente de él también.

Lisa contempló a su hermana durante un momento y acabó asintiendo.

—Pero solo cuando estés segura de que padre no te puede escuchar. Estoy segura de que la paciencia de ese hombre acabará por agotarse. Y, cuando lo haga, buscará otra muchacha a la cual cortejar a su extraña manera.

Sí. Eso era lo que Lisa había pensado y, durante la cena, había estado

pendiente de su hermana, procurando que esta no abriera de la boca más de lo debido. Y, sorprendentemente para variar, Clea no dijo nada de ello. Aunque sí dirigió malas miradas a su hermana por no poder hablar de lo que quería.

Se retiraron a la sala de estar tras acabar con la cena. Allí, Lisa bordaba a la luz de las velas mientras su padre fumaba en pipa, sentado en su sillón, contemplando el retrato de su madre que siempre permanecía sobre la chimenea, con Clea leyendo cualquiera de los clásicos que su padre le había pedido que leyera aquella noche.

Tom Freeman siempre había sido tranquilo, paciente, discreto y calmado. Sus placeres eran sencillos y siempre trataba de ayudar a los demás. Su figura esbelta ayudaba a crear esa sensación de hombre calmado y sus ropas negras con el pañuelo blanco al cuello dejaba claro que era un hombre de Dios. No tenía rastro de vello en el rostro y todo el cabello de su cabeza se había vuelto blanco hacía tiempo. De ojos oscuros, este solo se había permitido llorar una vez en su vida: ante la pérdida de su mujer, con lo que sus hijas permanecieron durante meses al completo cuidado de Irene hasta que este consiguió salir del pozo donde se había hundido.

Irene, de carácter fuerte, también era de figura esbelta, aunque más robusta que su señor, y también lloró ante el fallecimiento de su señora, pero tuvo que recomponerse rápido por las pequeñas.

De ojos azules y belleza notable, con un cabello espesamente dorado, Lisa nunca entendió por qué no se casó nunca y permaneció siempre al lado de la familia. Era la que principalmente se había ocupado de su madre y ambas permanecían horas hablando y riendo, pues las visitas eran la única alegría de su madre en aquella etapa.

Ni siquiera ahora, sentada bordando como estaba en el salón, podía creer que hubieran pasado ya tantos años desde entonces.

Bostezando ampliamente, dejó su bordado a un lado y le dio las buenas noches a su familia, besando en la mejilla a su padre y diciéndole a Clea que no tardara mucho más en ir ella misma a la cama.

Sin embargo, más entrada la noche, cuando toda la casa se encontraba en un profundo silencio, Lisa sintió frío y, abriendo los ojos, vio su ventana abierta, una pequeña ventana en el primer piso, por donde el sol no entraba tanto como a ella le gustaría. Era posible que no la hubiera cerrado bien antes de ir a acostarse.

Pero, al ponerse en pie para cerrarla, vio piedrecitas en el suelo, como si alguien hubiera estado tratando de despertarla y que se asomara al exterior,

cosa que hizo poco después, apoyando las manos en el alfeizar e inclinándose hacia fuera.

Una figura caminaba arriba y abajo por su jardín y Lisa, inquieta, buscó su bata y decidió bajar para ver de quién se trataba el intruso.

Solo había pequeños hurtos en el pueblo, normalmente causados por los chiquillos en sus travesuras y tardes de juegos, así que no pensaba que se tratara de un ladrón. Sin embargo, en varias ocasiones, los hombres inquietos y con mala conciencia pasaban por casa de noche para lograr hablar en secreto con su padre y buscar sus consejos.

Sin embargo, ella siempre tenía que bajar a persuadirlos de aquellas visitas tan intempestivas. No podían acudir en mitad de la noche, esperando a que su padre les solucionara todo. Sobre todo, cuando este apenas lograba dormir bien. No podía permitir que interrumpieran las pocas horas que este lograba descansar.

Pero, tras salir a la luz de la noche, no encontró a la figura. Extrañada, trató de buscarlo por las cercanías, ya que estos solían esconderse cuando veían que no era su padre el que salía de la casa. Incluso había golpeado la puerta de Irene para indicarle que iba a salir, oyendo la puerta de esta abrirse a su espalda momentos antes de que ella abandonara la casa.

Observó los árboles, arbustos y sombras del jardín, pero nada. Fuera quien fuera, parecía haberse volatilizado. Algo que no dejaba de resultarle extraño, pues sentía que aún había alguien a su alrededor. Incluso cuando salía en otras ocasiones, aconsejando a los hombres que volvieran a sus casas y acudieran por la mañana a la parroquia, estos no desaparecían tan rápido, pues esperaban con esperanza a que fuera su padre quien emergiera desde el interior de su casa.

Se giró para volver a su cuarto cuando, de repente, chocó con alguien, haciendo que soltara una exclamación de sorpresa más que de miedo, alzando la vista hacia el rostro que permanecía en las tinieblas por encima de ella.

—No quería asustarte, querida —le dijo Charles, tratando de extender una mano hacia ella.

—Bueno... pero eso es lo que suele ocurrir cuando se acecha a alguien —le indicó esta, retrocediendo.

—No pueden acusarme de acechar a mi propia prometida —comentó este, bajando la mano al notar su retirada, pero sonriendo a su vez ante semejante idea.

Él estaba completamente convencido de que Lisa sería su esposa y no

veía ningún inconveniente en su visita nocturna.

—Pero no lo soy. No soy tu futura prometida. En ningún momento, ahora o en el futuro, aceptaré a casarme con usted. Solo le dirigí la palabra por pura cortesía, así que le agradecería que acabara de una buena vez con este acoso que tiene dirigido hacia mi persona —le espetó Lisa, sin poder contener su mal humor ante aquella desagradable situación.

Ya no se trataba solo de que este se presentara en casa, si no que se creía con el derecho para ello, fueran las horas que fueran, diciendo libremente que ella era su futura prometida, incluso cuando no había hablado con nadie nada sobre ello, dándolo por hecho.

La expresión de Charles, en la oscuridad de la noche, se tornó amenazante para Lisa.

Fue como si sus facciones se endurecieran al oír palabras que no quería escuchar, dando unos pasos hacia ella, como si quisiera hacerle cambiar de parecer por la fuerza.

—¿Cómo puede decir eso a estas alturas, cuando hemos estado cerca de besarnos? —preguntó este, sonando confuso, con sus recuerdos bien diferentes a los de ella.

—¿Besarnos? Dirá, más bien, forzarme a besarnos. Si no hubiera sido por mi hermana, ¿quién sabría lo que hubiera acabado haciéndome?

—¿Cree que yo sería capaz de hacerle daño? —preguntó Charles, indignado, dando unos pasos hacia ella.

Pero Lisa retrocedió, tratando de mantener la distancia con él.

—¿Me teme? —preguntó este al comprobar su reacción—. ¿Piensa de verdad que sería capaz de hacerle algo malo? ¡Sabe perfectamente que yo la amo! ¡Solo quiero que me acepte de una buena vez de manera oficial! —se quejó Charles avanzando hacia ella más rápido de lo que Lisa pudo alejarse, acabando presa entre las manos de este de nuevo.

Se retorció, queriendo alejarse de él de cualquier modo, pero Charles la acabó empujando hacia el suelo, con lo que Lisa acabó sentada de forma dura contra la hierba de su propio jardín, contemplando cómo este se arrodillaba a sus pies y acercaba sus manos a las piernas, ahora expuestas, por debajo de la bata y su camisón.

—Si supieras todas las veces que he soñado con tocar tu piel, con saber qué tan suave sería, lo bien que se sentiría contra mi... —murmuró este, disparando el terror en torno a ella, haciendo que solo pudiera quedarse paralizada durante un instante.

Pero cuando las manos de Charles intentaron subir más por sus piernas, la movilidad volvió, tratando de alejarse, retroceder mientras golpeaba aquellas manos con las suyas.

—¡Deje de tocarme! ¡Déjeme en paz y no vuelva a esta casa! —gritó Lisa, cuando por fin se decidió a golpear el rostro de este, contemplando cómo Charles se quedó paralizado sobre ella, con el rostro girado.

Supo demasiado tarde que aquello había sido un error.

—¿Te atreves a golpearme?! ¿A mí?! ¡Deberías darme las gracias por siquiera dirigirte la mirada! —le gritó este cuando recuperó la capacidad de moverse, abalanzándose sobre ella, tumbándola en el suelo mientras Lisa gritaba.

Y sus gritos se volvieron aún más desesperados cuando notó que Charles subía su camisión hasta la cintura, tratando de colocarse entre sus piernas mientras ella pataleaba, inútilmente, queriendo que este se alejara de su cuerpo.

Oyó gritos que no le correspondían ni a Charles ni a ella, pero, en aquellos momentos, ni siquiera fue consciente de ello, tratando de liberarse de las garras de este, apartando su rostro cuando notó sus sucios labios sobre ella, intentando encontrar los propios para tomarla, manteniéndola retenida contra el suelo.

Su peso era muy superior al de Lisa, así que nada parecía posible para quitarse a este de encima, por mucho que luchara contra él. Sintió las lágrimas de frustración y miedo caer por su rostro mientras no dejaba de retorcerse, habiéndose convertido sus gritos en sollozos agónicos.

Sin embargo, en medio de todo aquel caos, el cuerpo de Charles quedó laxo en un momento, cayendo a peso sobre ella, haciendo que abriera los ojos y viera a Irene por encima de ellos, con una gruesa rama de un árbol entre las manos, con la expresión más oscura que alguna vez recordara haberle visto.

Clea, que parecía que acababa de aparecer y tenía una expresión igual de aterrorizada que su hermana mayor, la ayudó a salir de debajo del cuerpo de Charles, acabando ambas abrazadas mientras el señor de la casa llegaba para ver qué era lo que estaba ocurriendo en su jardín.

Solo le hizo falta ver el estado en el que se encontraba su hija y el cuerpo caído de este para saber qué había ocurrido y, con sorpresa, miró a Irene, ya que la mujer no había soltado aún la rama con la que había golpeado al atacante, y lo miró a su vez, con expresión desafiante.

—¿Qué debemos hacer ahora, señor? —le preguntó con un tono frío que

no indicaba en absoluto la rabia que había descargado sobre Charles.

—Yo... yo no sabría... Esto es... —murmuró el señor Freeman, que ni siquiera se atrevía a acercarse a su hija, viendo cómo ambas hermanas aún permanecían abrazadas y Clea trataba de ayudarla a ponerse en pie.

La criada no esperó más, así que, volviéndose hacia la casa, tiró la rama y se internó en esta, volviendo poco después con una botella de *whisky* que el señor reservaba para las visitas. Cogiendo el cuerpo de Charles, lo giró sobre la hierba y vertió el contenido de la botella sobre él, incluyendo su boca.

—¿Qué... qué estás haciendo? —le preguntó Lisa, sin haberse recuperado del susto aún, apoyándose en su hermana para poder moverse.

—Si alguien descubre lo que pasó aquí, pensará que el único modo de solucionar esto sería con una boda para que nadie dudara de tu honor. Pero no podemos permitir que eso pase. Sería lo que él querría. Si creen que está borracho y nosotros negamos lo sucedido, nadie confiará en su palabra —sentenció esta, sin cambiar la expresión del rostro o su tono frío, contemplando el cuerpo de Charles como si de un bicho molesto que la atosigara se tratara.

—Pero tenemos que quejarnos ante las autoridades sobre lo que ha pasado aquí —dijo el señor Freeman, tratando de poner algo de sensatez en lo sucedido.

—¿Quiere que su hija acabe envuelta en semejante escándalo? —le preguntó Irene, haciendo que este observara a Lisa.

Esta, aun temblando, negó con la cabeza. No quería contarle a nadie lo que había estado a punto de pasar allí. No soportaría ver cómo la gente la miraría, cómo todos cambiarían su comportamiento en torno a ella, cómo cuchichearían por su causa y murmurarían sobre qué le dio pie a este para hacer algo como aquello.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Clea, señalando el cuerpo—. Dudo que esté muerto y no podemos dejarlo en nuestro jardín.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer —dijo el señor Freeman, haciendo que las tres mujeres volvieran las cabezas hacia él, sorprendidas—. Mañana a primera hora, Billy y sus hijos tienen que venir a hacer unos arreglos en la casa y el jardín. Si lo encuentran, apestando a alcohol, serán los primeros testigos de que estaba durmiendo la borrachera en nuestro jardín. Nada más.

—¿Estará dispuesto a mentir sobre esto, señor? —le preguntó Irene.

El señor Freeman miró durante un momento a su hija mayor,

manteniéndole la mirada.

—Dios sabe que esto es por una buena causa. Me perdonará.

—Bien. Entonces debemos volver a la casa. Y nadie saldrá de ella hasta que Billy o alguno de sus hijos nos avise de haberle encontrado —sentenció la criada, acercándose a Lisa para ayudarla a entrar en casa.

Esta aún no podía creerse que todo aquello estuviera siendo real. Se sentía como una especie de mala pesadilla. Podía ver y oír lo que pasaba a su alrededor, pero sus labios no se movían y se sentía confusa, aún asustada y con la vista todavía nublada por las lágrimas no derramadas.

Solo fue meramente consciente de que Irene y su padre se quedaban hablando en el salón mientras Clea la acompañaba hacia su cuarto, hablándole en tono suave, como si temiera que cualquier ruido fuerte la alterara. Incluso insistió en quedarse con ella y Lisa se sintió algo más tranquila al dormir junto a su hermana, esperando que todo lo ocurrido solo fuera un sueño que desapareciera al amanecer.

Pero llegó el nuevo día y, por muy temprano que Billy y sus hijos llegaron, en ningún momento llegaron a la casa diciendo haber encontrado a un hombre borracho en el jardín, haciendo que los habitantes de la casa se sintieron inquietos.

Eso significaba que Charles se había despertado en algún momento, alejándose de allí a toda prisa, destruyendo el plan que la familia había creado.

—Clea, no quiero ver que en algún momento dejas a tu hermana sola de nuevo —le ordenó el señor Freeman a su hija menor—. He enviado una carta a un buen amigo mío y tenemos que estar atentos hasta que obtenga una respuesta.

—¿Sobre qué le has hablado? —le preguntó Lisa, sentada junto a Irene como estaba, tratando de seguir con sus bordados. Era el único modo de imaginar que nada de lo de la noche anterior había pasado.

Clea estaba sentada en el piano de su madre, el piano que la había seguido cuando se casó y en el que sus hijas aprendieron a tocar, revisando las partituras para ver qué canción tocar durante la conversación. Después de todo, era una negada para dar puntadas.

—He pedido que me reubique en otra parroquia lejos de aquí —contó el señor Freeman.

Todas en la habitación detuvieron lo que estaban haciendo para contemplarlo.

—¿Por qué? —exclamó la menor, pareciendo la única con capacidad de hablar.

—No podemos permanecer cerca de ese hombre. Incluso aunque denunciáramos lo sucedido, seguiría siendo un peligro para Lisa. No puedo permitir eso. Y, si para ello tengo que cambiar de casa, bien dispuesto a ello estoy.

Las hermanas se miraron con pena, pues adoraban aquel pueblo, pero Irene asintió a las palabras del señor Freeman, pues estaba segura de que Charles Johnson no dejaría a Lisa en paz después de haber llegado tan lejos.

—Entonces... ¿es algo inevitable? —preguntó la mayor, mirando a su padre.

—En cuanto llegue su carta con el nuevo destino cogeremos nuestras maletas y nos iremos. Incluso me gustaría que empezara a guardar vuestras cosas para que estéis preparadas para cuando tengamos que marcharnos. Quiero que tardemos lo menos posible.

Las chicas no podían estar de acuerdo en aquellos momentos con semejante decisión, pero, sabiendo que era lo único que podían hacer, asintieron y trataron de comenzar con el empaquetado de sus enseres y guardar sus recuerdos.

CAPÍTULO 2

La carta del amigo del señor Freeman tardó cinco días en llegar, cinco días en los que tuvieron que evitar a Charles Johnson, que se atrevió a dar la cara de nuevo en aquella casa, siendo detenido en la puerta por Irene, la cual no le permitió de ningún modo pasar y amenazó con llamar a las autoridades si seguía rondando por la casa, ganándose la ira de este.

—¡¿Cómo te atreves, criaducha de tres al cuarto?! ¡El señor Freeman es mi amigo y tengo un buen trato con la señorita Freeman! ¡Y solo es cuestión de tiempo que nos casemos!

Ante los gritos, Billy y sus hijos, que aún estaban trabajando en la casa, acudieron a ver si necesitaban ayuda, consiguiendo ahuyentar a este.

No tardó mucho en esparcirse el rumor del incesante acoso de Charles y, un día antes de la llegada de la carta, el señor Johnson padre se presentó en su casa, exigiendo que se cortara de raíz cualquier trato de ellos hacia su hijo.

El señor Freeman estuvo encantado de decir que eso se solucionaría pronto y logró que este se marchara tranquilo, pues prometió encargarse personalmente de vigilar a su hijo, siempre y cuando ellos no trataran de ponerse en contacto con él.

—Desde luego que estaremos encantados de no dirigirle la palabra —había comentado Irene en un murmullo al oír la petición del señor Johnson.

Las hermanas rieron por lo bajo al oírla, pero Lisa no podía evitar ponerse nerviosa cada vez que oía que alguien llamaba a la puerta, sobresaltándose allí donde estuviera.

—En una ciudad grande, podréis relacionaros con más gente y olvidaremos rápidamente este desgraciado incidente —les dijo el señor Freeman cuando por fin su amigo respondió.

Podían enviarlo a una parroquia de Londres, en una zona de clase media. No vivirían con grandes lujos, pero podrían relacionarse con algunas personas que se estaban haciendo un nombre en la ciudad. Además de que Tom podría encontrarse con amigos que habían partido del pueblo para buscar fortuna y de los que solo tenía noticias por carta, con lo que no estarían tan aislados como allí.

—Tenemos que llevarnos el piano de mamá —insistió Clea, cuando el

señor Freeman comentó que venderían todo aquello que no pudieran transportar—. No saldré de esta casa sin ese piano. Es casi lo único que nos queda de ella.

Lisa se mostró de acuerdo con ello, del mismo modo que Irene, así que el señor de la casa tuvo que mandar a sus hijas a la ciudad acompañadas de la protectora criada mientras él se quedaba con el resto de sus pertenencias hasta que pudiera viajar con ellas.

Un amigo de su padre, Christopher Craven, le había ayudado a buscar una casa aceptable en la ciudad y prometió esperar a las jóvenes en la estación para hacerles las veces de guía y protector.

Las chicas Freeman, así como Irene, nunca habían viajado en tren, así que la experiencia les resultó completamente emocionante, contemplando los paisajes y personas que pasaban junto a su ventanilla, riendo como niñas cuando algo les llamaba la atención por ser nuevo o extraño para ellas.

Irene supo controlar mejor sus reacciones y pedía calma a las jóvenes, pero también escapó de sus labios más de una sonrisa mientras contemplaba el mundo de fuera.

Ni siquiera fueron realmente conscientes de haber llegado a su destino hasta que una voz en el tren les avisó de que se encontraban en la estación de Londres, recogiendo rápido sus equipajes de mano para bajar del tren.

Irene indicó que esperaran en el andén a que ella encontrara a un joven para que tomara el resto de sus cosas, pero dos jóvenes se acercaron a realizar aquella tarea antes de que la mujer pudiera alejarse de ellas. Un hombre de una edad similar a la de su padre, o un poco más joven quizá, se acercó a ellas con una sonrisa y, quitándose el sombrero, hizo una graciosa reverencia ante ellas, dejando ver un cabello dorado lleno de canas y un rostro sin signo de vello.

—Ustedes deben ser las hijas de mi amigo Tom. Me comentó cómo seríais, pero en ningún momento imaginé que pudiera existir en el mundo tanta belleza —les dijo este, haciendo que a Clea se le escapara una risa nerviosa.

La menor de las Freeman no estaba acostumbrada a aquella clase de halagos, pero Lisa solo asintió con la cabeza, aceptando el cumplido.

—Esta es mi hermana menor, Clea, y yo soy Lisa. Y nuestra nana, Irene —se presentó la mayor de las Freeman, viendo cómo los muchachos tomaban sus cosas.

—Yo soy Christopher Craven y tengo que decir, en nombre de todos los hombres de Londres, de que es un placer teneros aquí —le respondió este,

tomando la mano de Lisa con rapidez y llevándosela a los labios.

No fue que le desagradara el contacto, pero el movimiento rápido de este hizo que ella retirara la mano con miedo. Demasiado fresco estaba el ataque de Charles para que ella pudiera sentirse tranquila en presencia de un hombre.

—Tranquila, querida. No pensaba comerte. Ese será un placer en poder de hombres más jóvenes —le comentó este, dirigiéndole un guiño—. Cuando eras pequeña vi que poseías el cabello rojizo de tu madre, pero en verdad es como contemplar una hermosa llama. Conocí a tu madre cuando recién se hubo casado con tu padre. Aunque ambas hijas habéis heredado sus hermosos ojos.

Clea volvió a soltar una sonrisilla nerviosa. Lo más bonito que habían dicho de ella en el pueblo era que tenía un carácter vivo y fuerte, con lo que tendría un hijo después de otro sin problemas. Aquellos halagos pensados para enternecer a las muchachas eran toda una novedad para ella.

—Pues yo creo que será reconocible a la legua que no somos de aquí. Mi hermana no tanto, pero yo tengo pecas por todas partes. Dudo que las jóvenes damas de Londres posean una piel como esa —comentó, tratando de dejarle sin piropos.

Sin embargo, en vez de sentirse derrotado, el señor Craven se acercó a ella, tomando su mano para que se apoyara en su brazo y le dirigió una sonrisilla mientras le murmuró:

—Estoy seguro que más de un hombre se sentirá tentado por descubrir qué partes de tu cuerpo están cubiertas por esas deliciosas pecas en cuanto te conozcan, querida.

El comentario, dicho con semejante descaro, hizo que Lisa se sonrojara hasta las puntas del cabello, incapaz de abrir la boca para decirle lo indecente que había sido al hablar de ese modo a la hija de un amigo, pero este solo se rió al verla en aquel estado, indicando a los porteadores que llevaran sus cosas al coche que él les indicó. Un hermoso vehículo, sin duda, tirado por dos caballos briosos, con las puertas negras y las iniciales de este pintadas en dorado en las puertas, con el escudo que había diseñado él mismo.

Christopher venía de una familia humilde, que apenas habían tenido lo necesario para vivir. Pero pronto destacó con los números y tenía buen ojo para los negocios. En apenas unos años, se había hecho con una buena fortuna a la que solo ayudaba a crecer y había abierto varios clubes de caballeros en la ciudad, ganándose buenas amistades.

Las jóvenes Freeman se dejaron guiar por este a su coche y dejaron que él las ayudara para poder entrar, observando el interior tapizado con los

cómodos asientos y las cortinas de seda en las dos ventanas del vehículo.

Si alguna vez habían estado dentro de algo tan caro, no podían recordarlo.

El señor Craven se sentó junto a Lisa, con su hermana e Irene en frente.

—Espero que sea de vuestro agrado la casa que he encontrado. Podría estar en un barrio mejor, pero mi casa y negocios se encuentran cerca, así que estaré disponible para vosotras si me necesitáis en algún momento.

Este también les nombró los nombres de las calles, qué lugar las ayudaría a llegar a tal sitio, dónde encontrarían buenas tiendas para comprar... Pero las hermanas estaban demasiado ocupadas viendo la actividad de las calles como para poder prestarle atención, viendo a los vendedores en los puestos ambulantes, gente gritando los precios de los productos. Criados y señores caminando de arriba abajo, cada uno dirigiéndose a realizar sus propias actividades, ajenos a todos los demás, sin ni siquiera percatarse de las dos hermanas que los contemplaban desde las ventanas del vehículo en marcha.

Pasaron por calles adoquinadas, contemplando enormes edificios, tanto del gobierno como privados, casas enormes que casi ocupaban calles enteras y otras tan pequeñas que dudaban que alguien pudiera vivir dentro, tomando un recodo del camino para entrar en una amplia calle poco transitada, llena de casas similares a todo lo largo y ancho. Algunas eran un poco más grandes y otras más pequeñas, pero siempre sin perder esa similitud. El señor Craven ordenó parar el coche en una encantadora casita de color *beige*, con amplias ventanas, al final de aquella misma calle, quedando al lado de un agradable y pequeño parque de paseo.

Cuando les indicó que aquella sería su nuevo hogar, Lisa supo que su habitación daría hacia aquel parque y podría tener la luz del sol entrando por su ventana para despertarla.

Aquel día estaba nublado, como solía ocurrir allí, pero ella no perdería la esperanza.

El señor Craven las ayudó a bajar del vehículo y le tendió las llaves a Lisa cuando se colocaron frente a la puerta para que esta hiciera los honores.

Emocionada, ella abrió, observando la pequeña entrada, con la escalera a su derecha, viendo la luz que entraba por las ventanas abiertas, iluminando el pulido suelo y las paredes empapeladas. No parecía haber nada de polvo y algunos de sus muebles ya estaban allí, así que solo pudo agradecer aquel trabajo al señor Craven.

—Oh. De nada, querida. No tengo muchos amigos de verdad aquí, así que estaba encantado al saber que Tom iba a venir. ¿Qué mínimo que ayudar para que se llevara una buena impresión de la ciudad? —preguntó este, con una sonrisa en los labios. Sus pálidos ojos azules brillaron ante la broma y Lisa estuvo segura de que llegaría a llevarse bien con aquel hombre, a pesar de sus ciertos comentarios salidos de lugar y su uso excesivo de los halagos.

—¿Dónde están nuestras habitaciones? —preguntó Clea, emocionada al ver todo aquello, totalmente nuevo para ella.

En el pueblo no había mucha gente de su edad y casi siempre había jugado sola o con su hermana. Aquella ciudad, tan llena de gente, sería una gran oportunidad para hacer amistades y mezclarse de buena manera en la sociedad.

—Vuestras habitaciones están arriba, las dos en el lado derecho, así podréis ver el parque desde vuestras habitaciones. Las camas llegaron ayer, menos mal. De otro modo, tendríais que haber dormido en mi casa.

—Y nosotras no hubiéramos podido permitir abusar más de vuestra hospitalidad —le dijo Lisa, sonriendo débilmente hacia este.

—¡Oh! Abusa, querida. Abusa todo lo que quieras. Es un placer tener a unas jóvenes como vosotras en torno a un viejo como yo.

—Tampoco es tan mayor —comentó Clea de manera distraída, subiendo ya las escaleras.

—Bueno... será porque vosotras me habréis rejuvenecido —comentó este, sonriendo.

Irene no tardó en ir a revisar la cocina, el baño y el resto de las habitaciones de la planta baja, asegurándose de que todo funcionaba, mientras las hermanas revisaban sus cuartos junto al señor Craven.

—Pensé que a la pequeña Freeman le gustaría la habitación más grande mientras que a ti te gustaría la más luminosa. Tenía entendido que te encanta la luz —comentó este mientras la acompañaba de un lugar a otro.

Cierto era que la habitación de Clea era algo más grande, pero las ventanas de la suya daban al parque y a la otra calle, ya que se encontraba situada en la esquina, con lo que la luz entraba a raudales por ambas direcciones.

—Desde luego, parece que nos conoce perfectamente, señor Craven —comentó la mayor, admirándolo todo mientras los porteadores que habían viajado junto al cochero dejaban las cosas donde les habían indicado, bajo la atenta atención de Irene, que se aseguraba que estuviera todo.

—Tom siempre me hablaba de vosotras en sus cartas. Lamento no haber ido antes para conoceros, pero mis negocios me quitan mucho tiempo y no podía realizar un viaje de días por mucho que quisiera.

—No tiene de qué disculparse. Mucho ha hecho ya por nosotras sin conocernos. Más de lo que nos merecemos, sin duda.

—¿Cómo puede decir eso? Unas jóvenes damas como ustedes se merecen que una fila de hombres recorriera a nado ríos de lava. Por cierto, hablando de hombres... Estoy seguro de que necesitarán al hombre adecuado para llevarlas a una visita guiada por la ciudad y ayudarlas a hacer sus primeras amistades aquí, ¿no les parece? ¿Qué tal les vendría que pasara a por ustedes mañana por la tarde? ¿Se encontrarían ya algo más acomodadas a su nueva casa? —les preguntó este, sin perder la sonrisa en ningún momento.

—¡Sí! ¡Estaremos más que encantadas! —comentó Clea con emoción.

Estaba más que claro que se moría de ganas por conocer cada secreto de aquella ciudad. Y cuanto antes fuera, mejor para su sentido de la curiosidad.

Sin embargo, Lisa, algo más práctica, no le parecía bien salir acompañadas de un hombre al que apenas conocían sin su padre en el lugar para dar su aprobación. Aparte de que dudaba mucho que ella y su hermana contaran con el vestuario que la sociedad de Londres mirara con buenos ojos.

No es que fueran en harapos, pero el señor Freeman creía que una vida sencilla era lo mejor para dominar el alma y ni ella ni su hermana pequeña se habían preocupado por las telas nunca. Así que, allí estaba ella ahora, haciendo un repaso mental a las ropas que habían traído en su equipaje para comprobar si tenía algo decente que usar en un paseo por la ciudad.

Al comprobar la expresión en la mayor de las Freeman, el señor Craven no pudo evitar lucir una pequeña sonrisa mientras se acercaba a ella.

—¿Le parecería bien que las acompañara a una buena modista de la ciudad antes de ese paseo, querida? Porque solo hay que ver cómo está mirando sus ropas en este momento para saber lo que se le está pasando por la mente.

Lisa alzó el rostro con cierta turbación y vergüenza al oír aquellas palabras, pues nunca habría creído ser tan transparente, pero se apresuró a negar con la cabeza.

—Eso no será necesario. Temo que no seamos lo que la sociedad está acostumbrada a ver, pero no vamos a fingir algo que no somos —dijo con firmeza.

—Desde luego, ese carácter es heredado de vuestro padre —comentó el

señor Craven, dándole un pequeño toque en la nariz a esta con el dedo índice, sorprendiéndola un poco—. Ahora, si me disculpáis, me requieren en otros lugares. Estaré deseando que llegué mañana por la tarde —afirmó, haciendo una pequeña reverencia hacía ellas antes de dirigirse hacia la salida, acompañado por Irene.

—Me cae muy bien ese hombre. ¿Por qué no nos dijo papá que tenía un amigo como él? —preguntó Clea desde lo alto de la escalera.

No había bajado, pero despidió al señor Craven desde allí con un gesto de la mano y una sonrisa. En cambio, su hermana sí se había dignado a bajar las escaleras y despedirlo desde la entrada.

—Creo que ni papá podía imaginar que, después de tantos años sin verse, el señor Craven lo tuviera aún en tal alta estima. Me sorprende que se haya tomado tantas molestias por nosotros.

—Es un hombre extraño —comentó Irene, aún cerca de la puerta—. Aunque entiendo que os caiga bien, tened cuidado con él. Aunque no esté realmente interesado en vosotras.

—¿Y cómo iba a estar interesado? —preguntó Lisa, sorprendida con la ocurrencia de esta—. Por edad, podríamos ser sus hijas, además de serlo de su mejor amigo. De haberlo mostrado, debería haberme preocupado y habérselo contado a padre cuando hubiera llegado aquí.

—¿A dónde nos llevará mañana? —preguntó Clea a nadie en particular, apoyada en la barandilla del primer piso, mirando al infinito.

—Será mejor que bajes de ahí y empieces a ayudarnos a desempaquetar cosas en vez de estar pensando tonterías —le dijo su hermana mayor.

Lo primero que desempaquetó Irene fue el retrato de su madre, que colocó sobre la chimenea del salón. Así había sido en su casa de Bishopstoke. No iba a ser diferente allí.

Después de que las tres observaran el retrato en su nuevo lugar, como si la mujer retratada les diera el visto bueno con la casa, se encargaron de sacar toda clase de utensilios de cocina y objetos de baño. También pequeños adornos de casa y una buena colección de libros. En aquel lugar, contaban con una amplia habitación en el lado izquierdo, justo en frente del salón y el comedor, pensado para ser una biblioteca o un despacho. Sin embargo, los Freeman no tenían tantos libros como para llenar el espacio y su padre siempre resolvía todos sus asuntos en la parroquia, con lo que no necesitaba una habitación como despacho. Pero ya sabían dónde iban a colocar el piano de su madre.

Tras realizar aquellos deberes, se dieron cuenta que no tenían nada que comer y que no sabían qué dirección tomar para encontrar un mercado o algún lugar para lograr algo de comida. Al menos, las hermanas no habían oído nada de eso mientras iban en el coche con el señor Craven.

Afortunadamente, Irene le había prestado algo de atención.

—Iré a comprar algo. Creo que no tardaré demasiado. Mientras tanto, ¿por qué no dan otro vistazo por la casa o sus habitaciones? Deberían colocar la ropa en los armarios para evitar que se arruguen.

Aquel comentario, hecho en otra casa, sería algo inaceptable, pues era como si el servicio les dijera a sus señores lo que tenían que hacer. Sin embargo, Irene, que había permanecido con la familia desde siempre, junto a las pequeñas desde que su madre había fallecido y cuidando de ellas con cariño y atención, incluso cuando su padre no pudo, era un miembro más de la familia y Lisa asintió.

Habían llevado en los baúles muchas cosas de su padre, así que colocaría todo en la habitación libre de arriba, la que quedaba en el lado opuesto a las suyas, a la espera de que su padre llegara a la ciudad.

—¿Por qué no salimos a dar un paseo por el parque? —sugirió Clea, apareciendo en el marco de la puerta por sorpresa, observando cómo su hermana mayor hacía todo el trabajo, sin la menor intención de ayudarla.

—¿Nos has visto? Llevamos toda la mañana colocando nuestras cosas, nuestros vestidos están hechos un desastre. Y no quiero decir nada sobre nuestros cabellos. ¿Te crees que estamos presentables como para salir de la casa?

—Tampoco es que nos fuéramos a encontrar con algún conocido —comentó la menor, acariciando el marco de la puerta con el dedo, como si estuviera buscando algún defecto sobre la perfecta superficie.

—Será mejor que vayas a tu habitación y pongas en orden tus cosas en vez de sugerir sandeces. —Fue toda la respuesta que Lisa le dio.

Pero, incluso aunque la figura de la joven desapareció, algo en el interior de la mayor de las Freeman le indicó que era imposible que su cabezota hermana le hubiera hecho caso a la primera, así que, inquieta, dejó lo que estaba haciendo y salió del cuarto para buscarla.

Como se temía, no estaba en su cuarto, como le había indicado que hiciera. Lo peor fue que tampoco la encontró en el resto de la casa. Y, molesta, se dio cuenta que esta había decidido salir sola, con las pintas que llevaba y sin ningún acompañante en una ciudad de casi dos millones de personas.

Por la mente se le cruzó una sucesión de mala situaciones en las que su hermanita podría verse envuelta: peleas de borrachos en las que saldría herida, víctima de un robo donde saldría herida, atacada por un mal hombre que querría propasarse con ella y saldría herida...

Nunca pensó que tuviera una mente tan páfida como para imaginar tantas malas situaciones, siempre con su hermana como protagonista, así que, limpiándose el vestido y sin poder hacer gran cosa con su pelo, ni siquiera dejó una nota a Irene, a la que habían enseñado a leer, antes de salir por la puerta, en busca de la pequeña Freeman.

Estaba segura de que el objetivo de esta había sido el parque, pero no había pensado que, al final de este, se hallaba otro más grande y más concurrido, dejando patente que hacia aquella dirección se encontraban las mejores zonas de la ciudad, sintiéndose como una estúpida por no haberse arreglado siquiera su destacable pelo mientras los señores y damas del lugar parecían mirarla con sorpresa al pasar.

Trató de centrarse en busca a una joven rubia con ropas tan descuidadas como las suyas, intentando ignorar las miradas que le dirigían. Y cuál fue su sorpresa cuando se encontró a Clea metida hasta las rodillas en un pequeño estanque en mitad de aquel parque, tratando de coger algo del agua.

Lisa vio con vergüenza cómo todo el mundo miraba a su hermana y murmuraban, sin duda diciendo un sinfín de maldades sobre ella.

Sin embargo, había dos jóvenes morenas a la orilla del estanque que le decían algo a su hermana. Ambas tenían los cabellos recogidos a la moda de la ciudad, con vestidos elegantemente caros, uno color rojizo claro y otro morado. Una llevaba un chal sobre los hombros y cubría con sus manos los de su hermana.

No podía decir más de ellas, pues se encontraban de espaldas a ella, pero se dio cuenta que eso era lo que Clea estaba sacando del agua: el chal de la chica del vestido morado.

Sin saber bien cómo sentirse, Lisa se acercó a ellas, viendo cómo la chica le agradecía fervorosamente el haber recuperado su prenda mientras esta ignoraba a su hermana mayor mientras salía del agua, luciendo como si no hubiera hecho nada malo y sonriendo a las chicas.

—No tenéis nada que agradecerme. Yo también odiaría que algo mío saliera volando hacia el agua —les comentó a estas.

—Nuestro hermano fue a comprarnos unos dulces, por eso esperábamos a que volviera —comentó la hermana del vestido rojizo.

Lisa contempló que ambas eran idénticas, como dos gotas de agua, con el mismo color de cabello oscuro y los mismos enormes ojos de color humo. Pero un lunar sobre el labio de la del vestido morado, como si Dios lo hubiera puesto ahí para poder distinguirlas, rompía la similitud.

—Me empeñé en que nuestro hermano nos comprara estos chales —sollozó la del vestido morado, apretando la tela mojada contra su pecho como si no notara la humedad, haciendo inútil el hecho de que su hermana tratara de apartarlo para que no se mojara—. Y, sin embargo, a la primera de cambio, dejó que salga volando. Soy tan torpe.

—Sabes que no se enfadará por esta tontería. Deja de llorar —la consoló su gemela.

—Desde luego, a vuestro hermano no le hubiera importado que el chal saliera volando, sabiendo que no os pusisteis en peligro o en ridículo —comentó Lisa, claramente mirando a su hermana, que captó su mirada.

Después de todo, el parque entero había podido ver las piernas de esta al haberse remangado el vestido para entrar en el agua.

—Creo recordar que padre nos enseñó a ayudar a los demás —comentó Clea, sabiendo que las palabras de su hermana iban dirigidas a ella.

—Sí, siempre que eso no afectara negativamente sobre nosotras mismas.

—¿Cómo va a afectar negativamente que ayudara a esta chica a recuperar su chal? —protestó la menor, sin dar su brazo a torcer.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz profunda de hombre, haciendo que las cuatro hermanas se sobresaltaran, parando la disputa entre Lisa y Clea.

Al alzar la vista, la mayor vio ante ella a un alto hombre que no llegaría a sus treinta años, con el corto cabello adecuadamente peinado y un elegante y caro traje negro envolviendo su figura robusta, dando un toque encantadoramente masculino que no todos los trajes podían dar a sus dueños. Sus facciones, aunque hermosas para tratarse de un hombre, con los ángulos adecuados, justo para parecer carismático, eran duras, como si no acostumbrara a sonreír o cambiar la expresión del rostro. Y, al observar sus ojos color humo, Lisa se sintió momentáneamente atraída hacia aquellas profundidades, teniendo que carraspear y apartar la mirada para recomponerse.

Sin embargo, al dejar de mirarlo, recordó al único muchacho que conocía en el mundo que tenía el cabello negro, los ojos color humo y dos hermanas gemelas.

Volviendo la cabeza hacia él, fijó su atención en el nacimiento del pelo, allí donde había una pequeña cicatriz de una travesura demasiado alocada.

—Adrien, ¿eres tú? —se atrevió a preguntar Lisa, dando unos pasos hacia este.

—¿Nos conocemos? —preguntó el hombre, mirándola a ella a su vez, tratando de hacer memoria.

—¿No me reconoces?! ¡Soy Lisa Freeman! ¡¿Cómo has podido olvidarte de tu mejor amiga de la infancia?! —exclamó esta con una sonrisa.

Pero este siguió contemplándola hasta que una pequeña luz pareció brillar al final en su mente.

—Bishopstoke, en Hampshire —murmuró este, cayendo en la cuenta, pareciendo recordar al fin.

—¡Claro! Nunca hubiera pensado volver a verte aquí. Y tan cambiado —comentó Lisa, señalando las ropas caras de este sin poder dejar de sonreír.

Adrien siempre había sido su mejor amigo desde que tenía uso de razón y le dolió de verdad perderlo. Estaba preparada para dejar marchar a su madre porque solo un ciego no hubiera visto que le estaba llegando la hora. Pero su mejor amigo desapareció de su lado de un día para otro, a pesar de que prometieron volver a verse.

—¿Qué es lo que te ha traído a la ciudad? —preguntó el joven, totalmente calmado.

No parecía en absoluto emocionado por el reencuentro. Parecía más bien que solo estuviera hablando con un conocido al que ya hubiera visto el día anterior y que no tenía que contarle nada nuevo.

—Nos mudamos aquí este mismo día. Papá es el nuevo párroco de una iglesia cercana. Aunque aún no nos ubicamos y no sabría decirte dónde está.

No le sentó mal que este no estuviera tan emocionado como ella. Al fin y al cabo, no todas las personas reaccionaban igual ante las mismas situaciones y la ciudad parecía haber dejado su dura huella en el carácter de este.

—Esta chica ha ayudado a recuperar el chal de Kailyn —le dijo la joven del vestido rojo, señalando a Clea, que solo había estado mirando a uno y a otro mientras hablaban.

—Vaya. En verdad ha debido de pasar mucho tiempo, pues la última vez que vi a su hermana no hacía mucho que había dejado de ser un bebé —comentó Adrien.

Desde luego, Clea no tenía recuerdos de él, así como tampoco tenía casi ninguno de su propia madre. Sin embargo, parecía estar tratando de

concentrarse para traer a su memoria algo relacionado con aquel joven.

—¿Podemos invitarlas a ir a casa? Me gustaría agradecer su ayuda de algún modo —preguntó la tal Kailyn, mirando a su hermano mayor.

—¿Les parece bien una cena? —les preguntó Adrien a su vez, mirando a las hermanas Freeman.

Clea pareció entusiasmada ante la idea, pues pensó que le llevaría un poco más de esfuerzo el hacer amigos en la ciudad, pero Lisa volvió a sentirse avergonzada por su aspecto y el de su hermana, como si hubieran sido criadas en un establo en lugar de en un hogar decente.

—Mañana ya habíamos quedado para hacer una visita por la ciudad —comentó, tratando de excusarse.

—Pero pasado mañana no tenemos nada programado, así que estaremos encantadas de acudir —aseguró Clea por ella con una amplia sonrisa.

Su hermana mayor, horrorizada, se dio cuenta de que ya no había forma de rechazar la invitación y solo pudo sonreír nerviosamente en silencio.

—Pues pasado mañana entonces —comentó Adrien, con el mismo tono que parecía emplear para todo—. Pasaré personalmente para recogerlas.

Lisa solo pudo asentir, sintiendo unas ganas horribles de matar a su hermana menor mientras se despedía de las que, más tarde conoció, se llamaban Kaila y Kailyn, mientras su hermano se colocaba entre ambas para guiarlas.

Cuando este se marchó del pueblo, las niñas aún no habían recibido un nombre, pues su madre no se había encontrado en condiciones en aquellos tiempos como para poder dárselos. Pero parecía una manía común en el mundo poner nombres similares a los gemelos, como si no quisieran hacer creer a estos que querían a uno más que a otro.

Aún molesta con su hermana, Lisa la tomó de la mano en cuanto estos hubieron desaparecido de su vista y reflexionó durante todo el camino cuáles serían las palabras exactas más adecuadas para comenzar con la reprimenda de esta.

—¿Las conocías de antes? —le preguntó Kaila a su hermano cuando estuvieron a la suficiente distancia para saber que no les estaban escuchando.

—Yo sí, pero vosotras erais demasiado pequeñas por aquel entonces —les comentó Adrien, sin querer darle demasiada importancia al asunto.

Había corrido prácticamente hacia sus hermanas cuando había visto a dos mujeres de aspecto desaliñado frente a ellas, pensando que se trataban de mendigas que les estarían pidiendo dinero.

Cuál fue su sorpresa al darse cuenta de que no era así y al recordar a aquella muchacha pelirroja como la pequeña niña cubierta de ramitas con la que había pasado tantas horas en su infancia.

Aunque hubiera crecido bien proporcionada, con labios carnosos, espesas pestañas claras y con aquellas pecas doradas salpicando aquella piel blanca, parecía que su apariencia no había mejorado en lo más mínimo, con aquel cabello de fuego despeinado y las ropas arrugadas y fuera de lugar.

—¿Has visto qué cabello tan bonito tiene la chica que ha recogido mi chal? —comentó Kailyn a su hermana, con la prenda aún entre las manos—. Siempre he adorado el cabello rubio y a ella, incluso con esas pintas que traía, le brillaba de una hermosa manera.

—Clea. La hermana menor se llama Clea —recordó Adrien de pronto.

Hacía mucho que no pensaba en su pasado. Aunque se alegró de que fuera un pasado tan lejano, cuando aún había sido un niño feliz.

—¿Qué más recuerdas de ellas? —preguntó una de sus hermanas.

—No mucho más. Excepto que no hay que aceptar desafíos absurdos —comentó, tocándose de manera distraída la cicatriz de su frente.

CAPÍTULO 3

Al volver a casa, se dieron cuenta de la suerte que habían tenido al percatarse que Irene aún no había vuelto de hacer las compras, pues ambas se habrían ganado un buen rapapolvo de haberse enterado que habían salido solas por aquella enorme ciudad. Pero, sobre todo, con el aspecto que las dos hermanas mostraban.

Lo que también le dio el tiempo justo a Lisa para reprender a su hermana por su comportamiento demostrado en el parque. Por mucho que hubiera querido ayudar a alguien, meterse ella misma en el agua había sido una completa estupidez y eso Clea tenía que entenderlo. Además, si ella había puesto una excusa para declinar la invitación, la menor de las Freeman no tenía que saltar por detrás bajo ninguna circunstancia, así como tampoco quería que algo como aquello volviera a repetirse.

Esta soportó la charla, pero Lisa dudó de que su hermana estuviera prestándole verdadera atención y solo miraba al frente y se mantenía en silencio porque ya había aprendido que así las charlas acababan antes.

Dando por inútiles las palabras dichas, la dejó marchar, viendo cómo esta subía hacia su habitación. Aunque no supo si para ordenar esta o solo para perderla de vista a ella.

Odiaba tener que ser siempre la mala, ya que su padre no le daba nunca demasiada importancia a las malas acciones de su hija menor, achacándolo siempre a que eran cosas de la edad que desaparecerían al crecer.

¿Qué pasaría con su padre y su hermana si ella llegaba a casarse e irse de casa?

No quería ni pensarlo y dudaba que su matrimonio se encontrara a la vuelta de la esquina. Sobre todo, si salía a la calle luciendo tal aspecto.

Irene llegó cargada de cosas no mucho después de aquello.

—Hemos tenido la suerte de acabar viviendo cerca de un buen mercado. Los precios me parecen un poco caros, pero estoy segura de que no pasaremos hambre —comentó, mientras Lisa la ayudaba a acomodar todo lo que había traído en la cocina.

La miró varias veces para hablarle sobre su encuentro con Adrien y la invitación de este a cenar a su casa, pero no había forma de hablarle sobre

ello sin mencionar el hecho de que habían salido solas de la casa. Pero se le ocurrió una mentirijilla piadosa. Le dijo que había visto a este y a sus hermanas paseando por el parque junto a la casa y que los había reconocido, saliendo a hablar con ellos, con una invitación posterior de este a cenar a su casa.

—Hacía mucho que no pensaba en el pequeño Bells. Os pasabais la vida pegados el uno al otro. Parecíais más hermanos que amigos —comentó la criada.

—Nos gustaban las mismas cosas y en el pueblo no había muchos niños de nuestra edad o con los que nos llevásemos tan bien como entre nosotros —se defendió Lisa. No consideraba que hubieran estado tan apegados como la criada afirmaba—. Pero no podrías reconocerlo ahora. Parece todo un caballero de Londres.

—Vinieron aquí buscando una vida mejor. Me alegro de que la hayan encontrado. —Fue todo lo que esta añadió sobre aquel asunto.

Sin embargo, Lisa no pudo evitar darle vueltas al tema. No sabía de dónde habían sacado el dinero para lucir de semejante manera y se preguntó dónde estaba la madre de Adrien, ya que, desde luego, no se encontraba en el parque, paseando con ellos.

Era posible que esta hubiera logrado casarse con algún nuevo rico de la ciudad o que hubieran tenido suerte en algún pequeño negocio en el que hubieran apostado como a muchos otros parecía haberles ocurrido. El señor Craven era un buen ejemplo de ello.

Lo único que lamentaba era que su padre no iba a estar en la ciudad para la cena. Estaba convencida de que se alegraría sobremanera al volver a verlos y comprobar que la suerte les había sonreído, pues aún podía recordar los apuros económicos por los que la familia Bells había pasado desde el fallecimiento del marido. Tenía entendido que había caído muerto por un ataque cardíaco mientras trabajaba y sus compañeros no pudieron hacer nada por él, con una esposa embarazada en casa y un hijo pequeño.

—¿Me podrías ayudar con la cocina? —le preguntó Irene, asomando la cabeza por la puerta, sacándola de sus pensamientos.

No tenía problemas para ayudarla, ya que su padre consideraba que no estaba de más que sus hijas supieran atender la casa y la cocina de las maneras correctas. Con la vida sencilla de la que este siempre hacía gala, nunca habían pensado en contratar una segunda criada e Irene no siempre podía ella sola con todo el trabajo.

—¿Qué vamos a preparar? —preguntó Lisa, subiéndose las mangas de su vestido, con una sonrisa animada en los labios mientras entraba en la cocina.

La llegada del señor Craven a la tarde siguiente fue un alivio para las dos hermanas, puesto que ya habían colocado todas las cosas en su sitio y no habían tenido nada que hacer excepto contemplar el parque por la ventana.

Aun luciendo vestidos sencillos, este las colmó de halagos, lo que parecía haber tomado ya por costumbre, ofreciendo sus brazos para que las jóvenes se apoyaran en él.

—Creo que nunca he dado tan buen uso a mis brazos como en este momento —comentó este con una sonrisa mientras salían de la casa, bajando los pocos escalones que había hasta la calle, con Irene contemplándolos desde la puerta.

La criada les había advertido que tuvieran cuidado incluso tratándose de un amigo de su padre, ya que aún seguía siendo un hombre y podría poner en entredicho el honor de cualquiera de ellas por cualquier mal gesto suyo. Aunque las muchachas pensaron que exageraba.

El señor Craven parecía un hombre encantador. Desde luego, no tenía la imagen que se esperaría del típico calavera que deshonraba a una joven así, sin más.

—¿Qué nos va a enseñar? —le preguntó Clea, sin poder controlar su emoción.

Estaba acostumbrada a desaparecer cuando le apetecía sin dar cuentas a nadie, ya que conocía cada árbol, cada piedra y cada arbusto de Bishopstoke como si formaran parte de su propio cuerpo. Pero la ciudad, tan atestada, siempre en movimiento y con prisas, era un territorio completamente nuevo para ella que estaba deseando explorar.

—¡Oh! Os enseñaré los mejores lugares de paseo, así como algunos teatros que podréis visitar. Algunas teterías no estarían de más y os permitiré conocer a un buen grupo de gente —comentó este a la pequeña de los Freeman, pareciendo encantado al ver a una de sus acompañantes tan emocionada.

—¿Y no nos mostrará esos clubes donde trabaja? —preguntó Lisa, ganándose la atención de este, así como ver desaparecer su sonrisa.

—Algunos de mis negocios se encuentran en Whitechapel. No es una zona apropiada para unas damas como vosotras.

—¿Por qué? ¿Qué hay allí? —preguntó Clea, interesada.

—Digamos que es una zona específica para el entretenimiento masculino

donde las damas no se atreverían a entrar por sus propios pies. —Fue la respuesta de este.

Pero la menor no le entendió y dirigió su mirada dorada hacia su hermana, esperando a que esta le diera una explicación más satisfactoria.

—Quiere decir que hay burdeles y antros de esa índole por los alrededores y nosotras perderíamos el buen nombre solo dando un paso en aquel lugar —soltó esta, mirando los edificios de su alrededor como si estos pudieran tener más importancia que lo que acababa de decir.

El señor Craven la miró con asombro, ya que no conocía una dama que pudiera hablar de burdeles sin sonrojarse o solo pronunciar la palabra.

—Ahora tengo más curiosidad que antes —protestó Clea—. ¿De verdad que una mujer no puede entrar en aquella zona de la ciudad bajo ninguna circunstancia? ¿Ni siquiera por un ratito para poder verlo?

El señor Craven abrió la boca para responder, pero Lisa fue mucho más rápida.

—¿No has pensado en la clase de tipos que pueden haber en aquel lugar? Acabarías atacada por alguno o algo peor en cuanto pusieras un pie allí. Deben de estar acostumbrados a que las mujeres que entren a aquella zona tengan una mala reputación y no se pararán a comprobar si tú formas parte de ellas o no.

—Cierto. Suelen ser amantes que acompañan a los hombres o, bueno... prostitutas, las que van por aquella zona. Es preferible que las damas como vosotras os mantengáis alejadas de la zona este de la ciudad —secundó Christopher, sorprendiéndose por la facilidad que tenían las hermanas para tratar temas como aquellos.

—Aun así, me gustaría verlo —comentó Clea, enfurruñada por las negativas.

—Cambiando de tema, señor Craven —comentó Lisa, para alivio de este—. ¿Sabe algo sobre un tal Adrien Bells?

Estaba segura de que, si le había ido bien a estos en la ciudad, el señor Craven tenía que conocerlos de un modo u otro.

—Desde luego. Es socio mío en algunos pequeños negocios. Pero la mayoría de su fortuna procede de las fábricas textiles.

—¿Sabe cómo llegó a hacer semejante fortuna? De niños, nos conocíamos y no se puede decir que fueran una familia desahogada.

—Tengo entendido que el anterior dueño de la primera fábrica a la que el señor Bells tuvo acceso le cogió un gran cariño cuando empezó a trabajar allí.

Dicen que lo sacó de entre las máquinas y empezó a enseñarle todos los detalles del negocio. Como el señor Stott no tenía hijos ni familiares cercanos, pareció lo más natural que le dejara todas sus posesiones a aquel al que prácticamente había adoptado.

Lisa escuchó aquello con atención, pero frunció el ceño al darse cuenta de que algo no encajaba. Ante semejante golpe de suerte nada más llegar a la ciudad, el carácter de Adrien no tendría que haberse congelado de aquella manera. Era más, debería estar pletórico por aquella oportunidad, dando pie a toda la fortuna que había estado recogiendo después.

Observando la forma en la que el señor Craven la observaba, se obligó a dejar de pensar en eso, dándose cuenta de la pequeña sonrisa en el rostro de este.

—¿Está interesada en él, querida? Debo advertirle que, al tratarse de un hombre joven y tan rico, la mayoría de muchachas de Londres van tras él temporada tras temporada. Me sorprende que ninguna lo haya cazado aún.

—¡Oh, no! ¡Por Dios! Mi curiosidad no tiene nada que ver con eso. Era solo que me sorprende el cambio que ha experimentado su familia después de los años que llevamos sin vernos. En mi mente, no hay el menor deseo de buscar un marido —aseguró.

—Me extraña, querida. Todas las jóvenes desean casarse. Y aún más si su futuro marido podría ser un joven como Adrien Bells. Aunque tengo entendido que su madre no sale nunca de la casa familiar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Clea, que parecía haber sido olvidada durante la conversación.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero lo que se rumorea es que teme que, al salir de la casa, la fortuna de su hijo desaparezca y acaben en la calle. Sabiendo que vienen de unos orígenes humildes, se entiende un poco ese temor.

Lisa rara vez había tenido relación con Audri Bells, pues esta solo se encargaba de ir de un trabajo a otro. Pero recordaba que sus ojos siempre parecían estar llenos de tristeza y que aparentaba tener mayor edad de la que tenía.

—No quiero que le preguntes si es verdad eso de que no sale nunca de casa —le advirtió su hermana, señalando a Clea para llamar la atención de esta, pues la conocía de sobra.

—¿Vais a visitar la casa de los Bells? —les preguntó el señor Craven con curiosidad.

—Sí. Se podría decir que mi hermana ayudó a las hermanas pequeñas y nos ofreció acudir a una cena en su casa como agradecimiento —le contó Lisa.

—Consideradlo un gran honor —les aseguró Christopher—. Pues no es muy normal que los Bells inviten a alguien a su casa. Lo más normal es ver al señor Bells y, recientemente, a sus hermanas en fiestas y reuniones celebradas por otras personas.

—¿Algún consejo para tratar a gente que se ha hecho importante de repente? —le preguntó Clea con total desvergüenza, haciendo que el señor Craven no pudiera evitar romper a reír, con la expresión furiosa de Lisa a su costado, deseando que su hermana pensara antes de hablar.

—Les recomendaría que no le llevaran la contraria, pues el señor Bells parece creer que siempre tiene razón en cada tema del que se habla. Aunque en los negocios eso se cumpla. Debo la mitad de mi fortuna a sus sabias inversiones. Sus hermanas son fáciles de tratar y no parecen olvidar que deben todo lo que tienen a su hermano. No tendréis problemas con ellas. Sin embargo, su madre parece un viejo dragón refugiado en su cueva. No mira con buenos ojos a ninguna joven que se encuentre cerca de su hijo y no permanece mucho tiempo con las visitas.

—Siempre he querido ver a un dragón de verdad y comprobar si son como dicen las viejas historias —comentó Clea, generando nuevas risas en el señor Craven y algunas miradas de desaprobación de su hermana mayor.

No podían permitirle hablar de semejante manera, ya fuera en público o con amigos. Semejantes comentarios no podían salir de una jovencita.

—Les deseo buena suerte durante la cena. Después de todo, si consiguen mantener una buena relación con los Bells, encontrarán muchas puertas abiertas.

—Tampoco cuento que pueda encontrar un buen marido para mi hermana solo relacionándonos con ellos. No contamos con la suficiente dote —comentó Lisa, sintiéndose avergonzada por tener que admitir aquello.

Por muy buena reputación que ambas tuvieran, por muchas amistades que hicieran, estaba segura de que ningún hombre de Londres querría casarse con ellas sin contar con una buena cantidad de dinero a sus espaldas. Los hombres de negocios buscaban jóvenes de buena posición social para ascender rápido. Y la clase noble, que despilfarraban sus fortunas familiares, buscaban muchachas ricas que volvieran a engordar sus bolsillos, algo así como las hermanas de Adrien Bells, a las que no les faltarían pretendientes.

Lisa y su hermana ni siquiera tenían permitido soñar con una boda de esa

clase si así hubiera sido su deseo alguna vez, cosa que no había ocurrido nunca. Pero, para compensar a las clases sociales que manejaban el dinero, ellas tenían la ventaja de poder elegir un matrimonio por amor. La única ventaja que parecían tener aquellos que no tenían demasiado.

—Tranquila, querida. Estoy seguro de que encontrareis más de un pretendiente incluso aunque no tuvierais nada que ofrecer. Los jóvenes solo tendrán que contemplar vuestros hermosos rostros antes de caer rendidos ante vosotras —les aseguró el señor Craven.

Como siempre, a Clea se le escapó una risa ante los halagos, algo que tendría que aprender a controlar. No siempre podía reírse de ese modo cada vez que alguien le dedicara unas palabras para suavizarle el oído. Si seguía de aquel modo podría lanzar señales equivocadas a los caballeros que alguna vez hablaran con ella.

Lisa no volvió a abrir la boca y se dejó guiar por este hasta la parroquia donde su padre daría sus sermones en cuanto llegara. Había niños en la puerta, niños que Craven recalcó que pertenecían a la parroquia.

Ya fuera porque sus padres habían fallecido o no pudieran hacerse cargo de ellos, los dejaban en manos de la Iglesia. Con lo que este también les dijo que las iglesias no podían hacerse cargo de tantos niños, así que, normalmente, ofrecían a estos a través de los periódicos para trabajar en las fábricas, que siempre necesitaban las manos pequeñas de estos para arreglar o limpiar maquinaria bajo las maquinas donde los adultos trabajaban.

Lisa se mostró escandalizada de aquello y aseguró que, de no poder mantener a los niños, les buscarían un buen hogar, incluso podrían mandarlos a los pueblos, en el sur, donde podrían trabajar en el campo y tendrían un buen lugar donde vivir, respirando aire fresco y haciendo tareas más de su edad.

Christopher le dedicó una mirada dudosa, desconfiando de que todos los niños corrieran tan buena suerte, pero no comentó nada al respecto, ya que notó que las jóvenes creían en ello.

Permaneció esperando a las hermanas mientras estas hablaban con los niños, los cuales las aceptaron con relativa rapidez en sus juegos y parecieron encantados de saber que ellas eran las hijas del nuevo párroco que estaba por llegar.

—¿Siempre conquistáis el corazón de los demás con esa facilidad? —les preguntó el señor Craven cuando estas volvieron a su lado.

—Están solos en la parroquia. Si sienten que un adulto les presta atención y se interesa de verdad por ellos no tendrían problemas para llevarse

bien con cualquiera.

—Pues tal vez debería advertirles que tengan cuidado con los extraños que se le acerquen. Como hombre con negocios en casi todas partes, tengo que comunicarles que los hombres no solo quieren a los niños para los trabajos de las fábricas.

—¿Qué está insinuando con eso? —preguntó Clea, con expresiones similares de horror reflejados en los rostros de ambas mujeres.

—¿De verdad me obligareis hablar de ello? —preguntó el señor Craven—. Aunque ya haya comprobado que no os escandalizáis como el resto de los jóvenes, hay cosas de las que no se debe hablar con damas. Y ya me he pasado de la raya al decir semejantes palabras ante vosotras.

Las hermanas Freeman se miraron, pero tuvieron el buen juicio de no volver a preguntar nada sobre ese tema mientras Christopher les mostraba los teatros, las tiendas donde podían ir a comprar cualquier cosa que les hicieran falta, y también les advirtió qué caminos no debían de tomar para no encontrarse con cosas desagradables.

Fue bastante instructivo y las hermanas se quedaron con la mayoría de los lugares y caminos que este les indicó, por lo que se sintieron más animadas, sabiendo que ahora podrían salir de casa sin perderse y disfrutarían de un poco más de libertad.

—Por cierto... —comentó el señor Craven, mientras dejaba a las muchachas en su casa, haciendo que estas se volvieran hacia él momentos antes de abrir la puerta—. Siempre creí que Tom permanecería en su casa de por vida. Y, por el contrario, de un día para otro, decide no solo dejar su casa, si no venir a una ciudad tan grande y concurrida como esta. ¿Sabéis a qué se debe semejante decisión?

Lisa notó cómo su hermana la miraba, esperando por un permiso con el que pudiera hablar del asunto con este. Pero ella no iba a permitirlo. Nadie más allá de la familia iba a enterarse de lo de Charles Johnson.

—Bishopstoke ha empezado a quedarse vacío, señor Craven. Y nuestro padre pensó que la ciudad sería un mejor lugar para nosotras —le dijo Lisa, sonriendo, ya que ninguna de las dos afirmaciones eran mentira. Progresivamente, la gente del pueblo marchaba hacia las ciudades en busca de una vida mejor y su padre pensó que la ciudad sería mejor para ellas porque Charles no sabría dónde estaban.

Este solo asintió, incluso cuando sintió que no le estaban diciendo toda la verdad.

Aunque la hermana mayor pareciera tan segura de sus palabras, Clea tenía reflejado en el rostro que había algo más detrás de aquellas afirmaciones.

Pero, aun con todo, se despidió de ellas sin hablar más del asunto y prometió que volvería a visitarlas en cuanto tuviera algo de tiempo.

—¿Por qué no le dijiste la verdad? —preguntó Clea nada más cruzar la puerta, haciendo que su hermana suspirara y se volviera hacia ella.

—¿Crees que podemos decirle a alguien lo que pasó en el pueblo, que un hombre trató de...? —Se silenció por un momento, tratando de alejar el recuerdo—. Nada saldrá de nuestros labios sobre ese asunto. Es algo que solo quedará en la familia y punto.

Clea no pareció demasiado de acuerdo con eso, ya que ella consideraba que el malo en aquella historia era Charles y que manteniendo el incidente en secreto solo ayudaba a este a ocultar su verdadera cara. Pero no dijo nada de eso mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba colgado en la entrada con disgusto.

—¿Por qué no subes a tu cuarto y decides qué vestido usarás mañana? —le sugirió Lisa, empleando un tono de voz tranquilo, sabiendo lo que bullía dentro de la cabeza de su hermana, queriendo firmar la paz con ella.

Esta solo asintió en silencio, subiendo las escaleras con sonoros zapatazos, con lo que la mayor de las Freeman solo pudo sonreír débilmente.

Después de todo, sabía que Clea haría cualquier cosa para defenderla y marchar a la ciudad de aquella forma había sido para ella como si admitieran que Lisa tenía algo de culpa sobre lo que había acabado sucediendo.

No pensó mucho más sobre ello, ya que Irene no tardó en hacer acto de presencia, preguntándoles cómo les había ido. Y ella no perdió tiempo de acompañarla a la cocina mientras comenzaba a relatar todo lo que habían visto y sobre los niños de la parroquia.

A la tarde siguiente, mientras las hermanas trataban de arreglarse, ya que costaba bastante mantener sus abundantes cabellos recogidos con horquillas, Irene les informó de que había un coche en la calle y que un caballero estaba esperándolas en la puerta, con lo que solo hizo su tarea más complicada con las prisas.

Aunque la criada vio a este y lo reconoció como el chiquillo de los Bells, no habló ni se acercó a él. Sentía como si tuviera un aura a su alrededor para impedir que cualquiera se le acercara e Irene tampoco tenía nada importante que decirle para tratar de atravesar aquel muro.

Las hermanas consiguieron mantener a raya sus peinados y bajaron las escaleras hacia la entrada, asegurándose de que iban correctamente vestidas y que no se les había olvidado nada. Se despidieron de Irene, que solo asintió hacia la puerta abierta y saludaron a Adrien, el cual hizo un pequeño saludo hacia ellas sin la menor emoción.

—Espero no haber llegado demasiado temprano. —Fue el único comentario que les dirigió.

—Oh, no. Usted ha llegado a una buena hora. Pero, teniendo hermanas, debería saber que las mujeres pueden tardar en arreglarse —le dijo Lisa con una sonrisa.

O este no entendió la broma o simplemente su expresión no cambió, solo tendiéndoles la mano para ayudarlas a entrar en el coche.

La primera fue Clea, que rápidamente se sentó junto a la ventana. Pero cuando le llegó el turno a ella, notó cómo este torcía el gesto, como si hubiera notado algo extraño al tocarla.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Lisa, sin entender qué pasaba.

—Nada. Solo me extraña ver que las manos de una joven dama están tan reseca y con marcas de haber trabajado —comentó este sin más, con aquel aire de indiferencia que lo envolvía siempre.

Pero Lisa se apresuró a retirar la mano de la suya con molestia, pues aquel comentario estaba de más. Que la familia Bells tuviera dinero en aquellos momentos no quería decir que pudieran hablar de semejante forma con la gente que aún hacía las labores con sus propias manos.

Si él pareció molesto por el rechazo no lo dio a entender y esperó a que Lisa estuviera sentada para subir al coche, dando orden al cochero para que se pusiera en marcha.

Fue un viaje incómodo, ya que este se mantenía en silencio; Lisa no tuvo deseos de sacar ningún tema de conversación y Clea no conocía a este lo suficiente para hablar de algo del pasado. Aunque sí que se le ocurrió algo sobre qué preguntarle.

—¿Sus hermanas se encuentran bien? Espero que el chal tuviera arreglo.

Este giró la cabeza hacia ella, como si acabara de recordar que tenía invitadas en el vehículo, y pareció pensar en su pregunta, dando a entender que no había estado atento.

—Mis hermanas se encuentran bien. Y el chal tuvo arreglo. —Fue todo lo que dijo antes de volver a prestar atención a la ventana del coche, volviéndose a evadir de todo.

Lo que solo sirvió para que Lisa se molestara aún más.

—¿Se puede saber de dónde ha salido esa actitud? —preguntó, haciendo que tanto Clea como Adrien la miraran—. ¿Por qué siempre habla de esa forma, como si no sintiera nada y todo el mundo fuera una molestia para usted? Recordaba a un niño bien distinto cuando vivía en Bishopstoke.

—Como usted misma ha dicho, era un niño en aquel entonces y ahora tengo responsabilidades.

—Hay muchos hombres de negocios en esta ciudad y no me va a hacer creer que todos se comportan como usted —se quejó Lisa.

—Mi modo de comportarme no tiene nada que ver con ustedes. No sé siquiera por qué estamos teniendo esta conversación. Mi actitud es solo cosa mía y en nada las he ofendido para mostrar tal disgusto.

Lisa pareció que fuera a añadir algo más, pero acabó decidiendo cerrar la boca.

Sin embargo, como siempre, Clea se puso a hablar por su cuenta.

—Creo que el problema no reside en su comportamiento, si no que ahora es muy diferente a como mi hermana lo recordaba. Y, por algún motivo que ella aún desconoce, eso la molesta porque, según dijo nuestra nana, eran muy allegados de pequeños.

La mirada que la mayor de las Freeman le lanzó a su hermana podría haber podido derretir el hielo, pero esta, como siempre, se mantuvo impertérrita ante ella.

—Entonces es solo un problema personal, que tendrá que solucionar antes o después, que a mí nada me incumbe. No puedo vivir de tal forma como en un recuerdo. No cuando tengo a tantas personas a mi cargo.

Lisa sentía una extraña opresión en el pecho, como si alguien le hubiera robado el aire. No se recordaba nunca tan furiosa. Y no solo con su hermana, por haber hablado de nuevo de cosas que no debía, sino porque este parecía haberle dado igual y actuara como si su pasado nunca hubiera existido, como si solo fueran dos desconocidos a los que a él poco le importara lo que le ocurriera.

Aún recordaba con demasiada claridad que él siempre la había defendido cuando otros niños habían tratado de meterse con ella, llamándola bruja por su cabello rojo y otras cosas más. Y después de los años, volvía a encontrarse con aquel mismo niño solo para descubrir que, en aquellos momentos, poco le importaría lo que otros hicieran a las personas de su alrededor, ya que él no haría nada si no se trataban de miembros de su propia

familia.

Si hubiera sabido que este fuera a convertirse en un hombre como aquel hubiera preferido no haberse vuelto a encontrar con este, pues hubiera deseado mantener en su memoria a aquel niño que admiraba antes que aquel hombre irritantemente frío.

Cruzándose de brazos, se negó a dirigirle nuevamente la palabra, algo que hizo que el ambiente dentro del coche solo descendiera aún más. Clea no supo sobre qué más hablar, ya que la irritación de su hermana era bastante patente y no quería empeorar las cosas. Y Adrien pareció importarle bastante poco el estado en el que se encontraba una de sus invitadas, con su concentración volcada en algún punto fuera del coche.

En aquel estado llegaron a la casa de los Bells, una mansión blanca ubicada en una de las zonas más lujosas de la ciudad, rodeados de casas igualmente espectaculares con amplios terrenos, donde se podían ver a toda una horda de criados trabajando sin parar, tratando de mantener todo en perfecto estado.

Clea dejó que Adrien la ayudara a bajar del coche, con los ojos brillantes mientras contemplaba toda aquella zona. Pero Lisa se negó en rotundo y bajó por sus propios medios sin dirigirle una mirada. Algo que pareció importarle poco a este.

Un mayordomo no tardó en llegar junto a ellos para tomar sus abrigos, ya que el ambiente del otoño era bastante frío allí, y los guió al interior de la casa.

La entrada era tan amplia que de haber sido veinte personas en vez de tres no se hubieran sentido agobiadas y no pudieron evitar admirar los lujos que los rodeaban, con los jarrones, cuadros y demás que parecían devolverles las miradas desde cualquier dirección, haciéndolas sentir abrumadas.

El mayordomo, como si ya estuviera acostumbrado a todo aquello, solo se ocupó de acompañarlos hacia el salón, una amplia sala a mano derecha, con paredes llenas de cuadros antiguos, algunos libros y donde brillaba un agradable fuego en una enorme chimenea con decoraciones florales. Unas butacas rojas estaban colocadas en torno a la chimenea, lo suficiente cercanas las unas a las otras como para mantener una conversación.

Allí sentadas se encontraban las hermanas Bells, que habían estado hablando sobre algo animadamente hasta que los vieron entrar, poniéndose en pie para saludarles.

—Es un placer teneros en nuestra casa —aseguró Kailyn, que no tardó en

colocarse junto a Clea, como si ya tuvieran alguna clase de amistad.

—Nosotras también estamos encantadas de estar aquí —comentó Lisa, más por educación que porque fuera verdaderamente cierto.

No podía sentirse cómoda en aquella casa después de la conversación que habían tenido con Adrien en el coche de camino allí. Pero, al comprobar cómo su hermana parecía congeniar bien con las hermanas de este, se guardó su opinión para sí.

—Mamá dijo que bajaría para la cena —le dijo Kaila a su hermano.

—Bueno... es lo normal. Procuraremos no hacer demasiado ruido para no molestarla.

—¿Su madre se encuentra enferma? —le preguntó Lisa, más por preocupación por la señora de la casa que porque quisiera hablar con él.

Este, al que no le había dirigido la palabra hasta entonces, la miró y asintió.

—Madre suele padecer jaquecas y cualquier pequeña luz le molesta. Por eso permanece mucho tiempo en su cuarto y no quiere salir a la calle por esa razón —explicó este.

Desde luego eso explicaba el rumor que parecía correr sobre ella. Si las pequeñas luces le molestaban, ¿qué no le haría la luz de la calle a su cabeza?

—¿Podemos enseñarles la casa? —preguntó Kailyn, ya habiendo tomado a Clea de la mano como si fueran conocidas de toda la vida.

Su hermana tenía dieciséis años, así que las gemelas rondarían sus quince, por lo que podía entenderse que, con edades similares, se llevaran bien. Además, tenía la impresión de que las jóvenes Bells tampoco contaban con demasiadas amistades.

—Está bien. Pero solo el primer piso. La cena no tardará en ser servida y ya sabéis cómo es madre con la impuntualidad —les advirtió Adrien.

Este se colocó junto a Lisa mientras las gemelas se colocaban cada una a un costado de Clea, que, cogida de ambas manos, solo podía seguirlas sin más, tratando de responder a todas las preguntas sobre el pueblo que estas le dirigían, tratando de imaginarse el lugar.

—Al final... ¿su madre falleció? —le preguntó este mientras sus hermanas parecían encantadas de enseñarle la amplia biblioteca a Clea.

Lisa se volvió a mirarlo, pensando en preguntarle si aún se permitía tener recuerdos de tiempos tan humildes, pero prefirió no comentar nada al respecto.

—Sí. Poco después de que ustedes se fueran del pueblo. —Fue la

respuesta que le dio.

En otra ocasión en la que aún hubieran sido cercanos, le habría dicho “tú”, pues era a él al que había echado de menos, pero, teniendo en cuenta el aire de clase alta que este parecía querer mantener en torno a sí mismo le trataría con el adecuado respeto al nivel de su nuevo estatus, solo respondiendo fríamente a lo que le preguntara.

—Lamento mucho oír eso. La señora Freeman era una mujer muy amable y atenta.

Lisa no supo si se debía a que estaban hablando de su madre o que notaba que este estaba siendo sincero con aquella respuesta, pero comenzó a notar que su mal humor se iba deshaciendo en algún lugar de su interior, como si alguien estuviera deshaciendo un nudo.

—Gracias —tuvo que decirle—. Fueron momentos muy duros para nosotros.

—¿El señor Freeman volvió a casarse? —le preguntó este, sin perder de vista a sus hermanas.

—¿Disculpe? —murmuró Lisa a su vez, volviendo la cabeza hacia él.

—Recuerdo que había una criada muy apegada a la familia y a la cual he visto en su casa. Solo preguntaba si esta finalmente consiguió casarse con el señor.

El mal humor volvió a ella con la fuerza de un rayo, sintiendo como sus mejillas le ardían de indignación ante aquellas palabras dichas sin ningún cuidado.

—Irene sigue siendo la criada de nuestra casa y le tenemos un gran aprecio. Y mi padre amaba lo suficiente a mi madre para negar cualquier intento de un nuevo compromiso que llegara a él —le dijo, dejando patente el enfado en su voz.

—Pero sus hijas no permanecerán siempre a su lado y él podría tomar la decisión para no quedarse solo. Recuerdo a aquella mujer siempre en la casa. No sería demasiado raro.

—Yo permaneceré junto a mi padre hasta su último día —aseguró Lisa, sabiendo que su mal humor estaba saliendo en oleadas de ella ante semejantes palabras.

Adrien, sin embargo, si lo notó no lo hizo saber y se volvió por fin a mirarla.

—¿Eso quiere decir que permanecerá toda su vida como una solterona? —preguntó.

Y, sin esperar algún tipo de respuesta por parte de esta, que se había quedado sin palabras y con la boca abierta por la indignación, se acercó a las jóvenes, diciendo que ya era hora de dirigirse al comedor.

Si no fuera porque no quería dejar a su hermana sola en aquella casa se hubiera marchado en aquel mismo instante, dejando clara la ofensa que había sentido hacia su familia ante las palabras que este no había medido en absoluto antes de que abandonaran su boca. Pero, por ella, tuvo que permanecer allí, tratando de tomar aire para tratar de tranquilizarse.

¿Quién se creía que era para hablar de semejante forma?! ¿Acaso el dinero le daba la libertad para poder ofender a quien quisiera de aquella forma?! ¿Más le valdría gastar parte de su fortuna en que le dieran una educación adecuada que malgastarlo en mansiones, jarrones y decoraciones extravagantemente caros!

—Lisa, ¿estás bien? —le preguntó su hermana cuando se colocó a su lado, mientras los señores de la casa las conducían hacia el comedor.

—¿Te llevas bien con las chicas? —le preguntó ella a su vez, tratando de no reflejar nada de la ira que sentía en su voz o en su rostro.

Clea parpadeó, pues no eran palabras que hubiera esperado, pero acabó asintiendo.

—Sí. Son muy simpáticas y dicen que les gustaría ir alguna vez a Bishopstoke para ver el lugar donde nacieron. Aunque no recuerdo dónde estaba su casa.

Lisa asintió, pero dudaba que su hermano mayor les concediera tal deseo, pues todo lo que parecía tener o querer se encontraba en aquella ciudad.

—¿Tan mal te estás llevando con el señor Bells como para asegurarte de que quiero permanecer aquí? —Leyó la menor de las Freeman a través de ella, acercándose a esta para que nadie más las oyera.

—Lo suficiente como para pensar que le podría colocar cualquiera de estos jarrones como sombrero.

—Pues entonces sí que es grave la situación. Solo piensa que, durante la cena, no tendrás que hablar con él y concéntrate solo en el plato que tengas delante.

La idea habría sido bonita si se hubiera mantenido así, pero, cuando llegaron al comedor, donde Adrien encabezaba la mesa, Lisa fue colocada al lado derecho de este, con su hermana al lado y las dos de este justo enfrente, con lo que si él quería mantener una conversación con ella no tendría modo de hacer como que no le oía.

El comedor era lo suficientemente amplio para dar una cena de gala, como solían hacer aquellos que querían ser alguien en la sociedad e invitaban a cenas a sus objetivos, tratando de ganarse sus favores. Pero, con solo ellos en el cuarto, era como si sobrara espacio por todas partes. Las paredes de tonos claros y los suelos brillantes, con candelabros de plata, hacía que se sintiera un tanto abrumada con el cuarto. Aparte, había tan pocas velas en la habitación que más parecía que las sombras se cernieran sobre ellos que se encontrarán en una simple cena. La mayoría de ellas se encontraban cerca de sus platos, pero entendieron a qué se debía aquella distribución cuando vieron entrar en el cuarto a la matriarca de los Bells.

Con un vestido marrón apagado, la que Lisa siempre había recordado como una mujer esbelta y rápida, la cual podía permanecer poco tiempo quieta, entraba arrastrando los pies como si tuviera el doble de su edad, con un ligero encorvamiento en la espalda, teniendo que ser ayudada por una criada para llegar a la mesa y poder sentarse. El cabello, tan oscuro antaño como el de sus hijos, ahora estaba plagado de canas y no pareció prestar demasiada atención a sus invitadas cuando se sentó.

—Madre, no se va a creer a quién tenemos aquí. ¿Recuerda a las hijas del señor Freeman? Pues van a cenar con nosotros esta noche —le informó Adrien, elevando el tono, como si esta no oyera bien.

¿Qué le había ocurrido a aquella mujer para haber envejecido tanto en tan poco tiempo? Cuando alzó los ojos para mirarlas solo reconoció en aquella mirada la tristeza que siempre había visto en ella en las raras ocasiones en las que se encontraron. Pero no brilló ningún signo de reconocimiento en los ojos grisáceos de esta.

—¿Freeman? No recuerdo ese apellido.

—Madre, vienen de Bishopstoke, en Hampshire, donde vivíamos antes —trató de recordarle este.

Y algo pareció acudir a la mente de la señora Bells.

—Tu padre estaba vivo en aquel lugar. No vivíamos muy bien, pero estábamos todos juntos. Recuerdo que brillaba el sol muy a menudo. —Fue lo que les dijo.

—Pues ellas vivían allí también. Son hijas del párroco de aquel lugar. Él me bautizó.

La señora Bells asintió despacio mientras extendía una mano extremadamente delgada para coger su servilleta de encima de la mesa y colocarla sobre su regazo, aunque no volvió a mirarlas.

—Qué revoltosas eran. La mayor siempre estaba pegada a tus talones y volvíais los dos hechos un asco. No sé cómo sus padres le permitían eso. Casi te mata en alguna de vuestras andadas.

Lisa no pudo evitar sonrojarse al oír aquello, pues era cierto. Por culpa de su “¿A que no te atreves a...?”, Adrien había estado a punto de matarse al caer junto a la orilla del río. Deberían de haberse dado cuenta que, por mucho que saltara, no podría llegar tan hondo. Pero solo habían sido niños en aquel entonces y ninguno de los dos se había preocupado por ello.

—¿Así que esa cicatriz de tu frente es a causa de ella? —preguntó Kaila con una sonrisa pícaro en la cara, mirando a Lisa bajo una nueva luz.

—De verdad que pensaba que no le pasaría nada cuando saltó —juró esta cuando todos los ojos se dirigieron hacia ella—. Me asusté muchísimo cuando cayó demasiado cerca y no se movía.

—¿Qué hiciste cuando viste que no se movía? —le preguntó su hermana, ya que esta nunca le había contado nada sobre aquel incidente.

—Bueno... Lo saqué arrastrando del agua y me aseguré de que le seguía sonando el corazón. Luego grité y grité hasta que un grupo de hombres que venían de trabajar en el campo me ayudaron y lo llevamos a la casa del médico. Muchos pensaron que se quedaría tonto o algo peor.

—Suerte que no pasó nada de eso —comentó este, llevándose su copa a los labios, generando risas entre las jóvenes de la mesa.

Pero Lisa no pudo reírse. Recordaba sus lloros y cómo se llenó las mangas de su vestido con la sangre de este, tratando de que la sangre de la frente dejara de manar. Estaba asustada hasta la última célula de su cuerpo y, aunque había oído sus latidos, temía que no volviera a despertarse por su culpa.

Tomó la copa que tenía ante ella y dio un buen trago, casi vaciando el vino por completo en el interior de su garganta.

—No es que sea un recuerdo muy agradable para mí —comentó, cuando todos se percataron de su trago, sorprendidos por su forma de beber.

—Pues anda que para mí —afirmó Adrien, creando nuevas risas.

—¿Te castigaron mamá o papá? —le preguntó Clea, la cual aún estaba curiosa por el tema.

—No. Cuando se enteraron de lo que había pasado, me encontraron tan asustada que creyeron que no me hacía falta ningún castigo. Pero, cuando despertó, me obligaron a ir a su casa a pedirle disculpas por haberle retado a hacer algo como aquello.

—Creo que todavía seguías llorando —comentó este, dirigiéndole una pequeña sonrisa. La primera que había visto salir de sus labios, dejando a esta entre sorprendida y confusa.

Cuando sonreía, tenía la impresión de volver a encontrarse frente a ese niño que le había acariciado la cabeza, diciéndole que no había sido culpa suya y que dejara de llorar, que siempre había querido una cicatriz y que la llevaría en un lugar donde todo el mundo pudiera verla.

Se encontró a punto de contestar a su sonrisa con otra cuando se obligó a recordarse todo lo que le había dicho, la forma en la que se había comportado. No, no tenía nada que ver con aquel niño.

—Ya he dicho que me di un buen susto. El único amigo que tenía podría haberse matado por una estupidez. Y yo tenía su sangre en la ropa. ¿Quién no lo estaría?

—La vida en el pueblo parece más divertida que aquí —comentó Kailyn, haciendo que su hermano dejara de mirar a Lisa con una mirada que esta no supo interpretar para mirarla a ella.

—Que se lo digan a Clea. En cuanto me descuidaba, desaparecía —comentó la mayor de las Freeman, mirando a su hermana mientras esta parecía algo avergonzada.

—Pero eso es solo porque no había nada que hacer en la casa. Y siempre hay lugares que explorar.

—Una vez, casi le pegaron un tiro —contó la mayor.

—¿En serio?! —preguntaron las gemelas, sorprendidas.

—¿Por qué no se lo cuentas? —le invitó Lisa, mirándola.

Aunque, por la expresión de su hermana, no parecía querer hablar de aquello.

—Solo es que me encontraba en el lugar equivocado en un mal momento.

—Se coló en la propiedad de un barón que había invitado a unos amigos a la caza del zorro. Cuando se dieron cuenta que el objetivo que tenían en la mira no tenía cola, nos la trajeron a casa cubierta de barro porque estaba tratando que los zorros salieran de sus madrigueras y se alejaran para que no los cazaran.

Por la mirada que Clea le dirigió, supo que le haría pagar lo que les había contado.

—Nosotros nunca llegamos a hacer una locura como esa —comentó Adrien, haciéndose hacia atrás en su silla para permitir que los criados comenzaran a servir los platos.

—Bueno... Nosotros sabíamos que nos podíamos ganar un balazo si entrábamos en aquellos terrenos.

Las hermanas Freeman dieron las gracias a los sirvientes cuando estos colocaron los platos frente a ellas, sin captar la confusión en estos o las miradas que se dirigieron sus anfitriones. Entre la gente con poder no solía existir la costumbre de dar las gracias al servicio por el trabajo por el que se le pagaba, pero no les dijeron nada a ellas.

De manera sorprendente, la cena se estaba haciendo más amena de lo que la mayor de estas había esperado, pues siempre era agradable para ella hablar de cosas del pasado. En el pasado había sido feliz, había tenido a su mejor amigo con ella, su madre estaba viva... A veces pensaba si no era posible volver a aquellos tiempos, donde Charles solo era un niño que los molestaba a todos por igual.

—Cuando vuelva padre, le pediré que me cuente todas aquellas cosas malas que hayas hecho de niña —le aseguró Clea, comenzando con su cena con una sonrisa en sus labios.

—Y luego tienes que contárnoslo. Adrien apenas nos habla de esos tiempos —le pidió Kailyn, sonriendo hacia esta por encima de la mesa.

—Solo faltaba que nuestras hermanas se confabularan contra nosotros —comentó Adrien, mirando a las gemelas sin ningún gesto reprobatorio.

Más parecía encantado de ver a estas tan animadas que cualquier otra cosa.

—Josh estaba vivo en ese tiempo —comentó la señora Bells de pronto, como si ella aún siguiera sumergida en sus recuerdos—. Era tan guapo. Y fuerte. Era el que mejor trabaja de todos y todo el mundo lo apreciaba. No tendría que haberse ido. No así.

Vieron cómo se llevaba las manos a la cara para darse cuenta, poco después, que esta había comenzado a llorar en silencio.

Adrien se quitó la servilleta de encima, lanzándola en la mesa, poniéndose en pie y acercándose a su madre, colocándole las manos sobre los hombros, tratando de tranquilizarla.

Los ánimos cayeron en picado y tanto las hijas de esta como sus invitadas permanecieron en silencio, fingiendo que sus platos eran fascinantes mientras el señor de la casa llamaba a una criada para que acompañara a su madre a su cuarto y la ayudara a tranquilizarse.

—Llévale un té o un vaso de leche caliente con miel. Cualquier cosa que te pida, con tal de que se lo tome. Y procura estar pendiente de ella hasta que

se duerma —le ordenó cuando una joven se presentó en la sala, asintiendo a todo lo que decía.

Aún en silencio, observaron cómo la señora Bells era sacada de la sala y cómo Adrien volvía a su asiento con el buen humor que se había ido formando en él totalmente roto.

—Es mejor dejar de pensar en el pasado —comentó este seriamente antes de seguir cenando.

Y las demás de la mesa, a regañadientes, solo asintieron mientras trataban de imitarlo.

CAPÍTULO 4

El resto de la cena se realizó en aquel silencio incómodo y tampoco pareció que los ánimos estuvieran mejor cuando se terminó con esta. Kailyn le preguntó a su hermano si Clea podía quedarse a pasar la noche allí, pero este aseguró que las cosas no podían hacerse de esa manera, sin ni siquiera haberle dado tiempo a esta para prepararse.

—Pero estoy segura de que habrá más días para ello —le aseguró Lisa, viendo cómo los ánimos de las gemelas tocaban el suelo ante la respuesta cortante de su hermano.

—Y cuando padre esté aquí le preguntaré si vosotras podéis venir a casa. Seguro que dice que sí y tengo un cuarto grande, así que podríamos dormir las tres juntas sin problemas —les aseguró esta.

Ellas solo asintieron, pero, notando a su hermano en aquel estado, parecían preocupadas y no dejaban de mirarlo, esperando a que pasara aquel mal ambiente y volviera a ser el hermano que ellas recordaban.

—Bueno... se está haciendo tarde. Será mejor que volvamos a casa. Será un paseo agradable —le indicó Lisa a su hermana, la cual, como las gemelas, solo asintió.

Cuando ellas se pusieron en pie, Adrien pareció volver a prestarles atención.

—No pueden ir solas a casa a estas horas.

—Podemos caminar sin ningún problema y parece que el cielo se ha despejado un poco —comentó esta, mirando el cielo a través de la ventana alta del salón donde este las había conducido tras la cena.

—Avisaré al cochero para que os lleve —murmuró este, comenzando a dirigirse hacia la puerta.

—¡No hace falta! —exclamó Lisa, poniéndose en pie del sillón donde habían permanecido sentadas—. De verdad que no.

—Pues, al menos, permítanme acompañarlas. No me sentiré tranquilo si no sé si llegaron a salvo a casa.

Las hermanas Freeman se miraron y acabaron por asentir, despidiéndose de las gemelas, mientras se dirigían hacia la puerta, viendo cómo este se preparaba para acompañarlas.

—No sabría decir si ha sido bueno o malo que hayamos venido— le comentó Clea por lo bajo.

—Yo tampoco, la verdad. Pero piensa que ya has hecho dos amigas. Solo que no tienes que encontrarte con ellas en su casa —le comentó la mayor, tratando de dirigirle una sonrisa.

—No sabía qué hacer cuando la señora Bells se ha puesto a llorar. Me recuerda a los ancianos del pueblo, cuando se olvidan del presente y solo se acuerdan de lo de antes.

—Pero ella no es tan mayor para que le pase eso. Tiene que tener la misma edad que padre o el señor Craven. —Calculó. Era imposible que fuera más mayor.

Pero ambas hermanas se silenciaron cuando Adrien llegó junto a ellas, listo para partir.

—¿De verdad que no quieren que llame al cochero?

—No, por favor. Un paseo nos ayudará a bajar la cena. No solemos comer tanto. Irene es bastante estricta con la comida. Dice que engordaríamos con el aire si no fuera por ella.

Y solo tras decir esas palabras, se recordó que los temas relacionados con el estómago eran tabúes para hablar entre caballeros y damas. Sin embargo, también se recordó que poco de damas tenían ellas en comparación con las que poblaban la ciudad.

Este solo asintió mientras las conducía a la salida, manteniéndose entre ambas hermanas, así como tenía por costumbre hacer con las suyas propias.

—¿Se encuentra ya su madre mejor? —se atrevió a preguntarle Clea, queriendo romper el silencio que siempre parecía haber entre ellos cuando se encontraban los tres a solas.

—Espero que sí. Normalmente esos ataques no le duran mucho. Por eso no hablamos del pasado.

—¿Siempre reacciona de ese modo cuando se habla de esos temas? —le preguntó Lisa, demasiado sorprendida como para creerlo.

Audrí Bells siempre trabajó duro y, a pesar de la tristeza en sus ojos, no parecía la típica mujer que se rompería por los viejos recuerdos. Precisamente, era todo lo contrario. Su imagen era la de una mujer que miraría con malos ojos a cualquiera que llorara cerca de ella por semejantes asuntos.

—Solo diré sobre eso que nuestros primeros años en la ciudad no fueron fáciles, por mucho que otras personas piensen lo contrario. A cualquiera le quedarían secuelas de ese tiempo.

Y cualquier intento de las hermanas por saber lo que estaba ocurriendo desapareció por completo ante aquella contestación. Aunque no le hubieran mirado a la cara, habrían oído en su voz el desagrado al hablar de ese tema, por lo que solo volvieron a caminar en silencio.

De manera vaga, Lisa pensó que aquello debía de ser una de las razones por las que las hermanas Bells apenas tenían amistades. ¿Quién querría visitar una casa donde la madre sufría jaquecas, había que hablar bajo y podía romper a llorar en cualquier momento, con un hermano mayor que tenía semejante actitud y podía cortar cualquier conversación con la precisión de un cuchillo? En cierta forma, lamentaba la situación en la que estas se encontraban y se prometió que ni este ni su madre serían un impedimento para que su hermana se llevara bien con las gemelas.

Clea había crecido sin apenas amigos y los pocos que hizo de pequeña se habían marchado con sus padres a las ciudades en busca de trabajos con mejor sueldo. Sabía lo duro que había sido para la menor de los Freeman quedarse sola, incluso teniéndola a ella. Así que imaginó que las gemelas estarían pasando por algo similar. Sin contar que las pocas personas que dejaran de lado esos inconvenientes solo estarían buscando la fortuna familiar que su hermano mayor estaba amasando.

—Mañana, mi hermana y yo teníamos pensado en ir de tiendas, ya que parece que nos faltan algunas cosas, y me preguntaba si les permitiría a sus hermanas venir con nosotras —le preguntó Lisa a Adrien cuando ya se encontraban cerca de casa.

El joven la miró, desconcertado, ya que parecía haberse encontrado sumido en sus propios pensamientos, pero reflexionó sobre lo que esta le había dicho.

—Yo no podré ir con ellas mañana. Tengo que trabajar.

—¡Oh! No es necesario que usted pierda su tiempo. Seremos cuatro mujeres juntas. Dudo que algo pueda pasarnos. Además, si le deja más tranquilo, podríamos llevar a nuestra criada. Sin duda, ella también tendrá algo que comprar.

Clea la miró con una ceja alzada, preguntándole en silencio qué estaba diciendo. Al fin y al cabo, ella no tenía conocimiento de que tuvieran que comprar nada. Y era cierto, pero estaba segura de que las gemelas estarían encantadas de poder salir de casa, hacer amistades y disfrutar un poco de aire fresco sin la presencia aciaga de su hermano por los alrededores.

Este parecía pensarlo con demasiado esfuerzo, como si por dejar a sus

hermanas en compañía de otras personas pudiera provocar el fin del mundo, pero, a regañadientes, acabó asintiendo.

—Creo que hace mucho que no salen a comprar con otra compañía femenina —comentó.

—Seguro que les encantará. Y prometo que no volverán muy tarde a casa.

—No. Iré a recogerlas en la suya cuando caiga la tarde. Y... gracias por eso.

—¿Por qué? —preguntó Lisa con el ceño fruncido.

Al fin y al cabo, solo estaba tratando de hacerle un favor a las pequeñas. No tenía nada que ver con él o sus deseos.

—Cuando las jóvenes que vienen a casa ven lo que ocurre con nuestra madre o, a veces, dejo salir un carácter al que no están acostumbradas, no suelen querer volver.

—Bueno... en mi opinión, sus hermanas no tienen nada que ver con cómo se comporte usted o su madre. Si no entienden eso, supongo que no querían ser verdaderas amigas de sus hermanas, ¿no cree?

La mirada que este le dirigió la puso un poco nerviosa. Notar de nuevo esos orbes color humo sobre ella, como si estuviera mirándola de verdad por primera vez, logró que su corazón comenzara a latir con una fuerza y velocidad inusitadas, haciendo que volviera la cabeza, tratando de escapar a su escrutinio.

No sabía qué estaba viendo a través de ella, pero, fuera lo que fuera, eso creaba reacciones al mismo tiempo en su cuerpo, reacciones que ella no sabía cómo clasificar y que tampoco tenía deseos de estudiar en aquellos momentos, cuando tenía que estar odiándolo por su forma de ser.

—Vendrán por la mañana, ¿verdad? Así podrán quedarse a comer, al menos. Estoy segura de que les gustará la comida de Irene y ella podría hablarles de más cosas del pueblo. Seguro que ella recuerda dónde vivían —les dijo Clea, consiguiendo que la mirada de este se apartara de ella para que pudiera volver a respirar.

—Desde luego. Por mí, no hay ningún problema. En cuanto acaben con sus lecciones de por la mañana, el cochero se encargará de llevarlas a su casa —le aseguró Adrien a la pequeña de las Freeman.

—Eso significa que tienes que tener tu cuarto impecable— le advirtió su hermana.

—Solo llevamos unos días aquí. No me ha dado tiempo a desordenar nada —se quejó la menor.

—Te he visto hacer desastres en diez minutos.

—Sí, pero cuando estoy en mi cuarto, estoy durmiendo. ¿Cómo pretendes que haga desastres durmiendo? No tengo esa enfermedad del sueño.

—¿Sonambulismo? —le ayudó Adrien, pareciendo algo divertido por la conversación entre las dos.

—¡Sí! ¡Exacto! Yo no soy sonámbula ni nada por el estilo.

—¿Por qué tienes que poner tantas pegas cuando solo te he dicho que ordenes tu cuarto? A veces pienso que sigues teniendo siete años.

—¿Por qué siempre dices “siete años”? ¿Qué me pasó a los siete para que siempre recurras a él?

—¿Te recuerdo que fue cuando casi te pegan un tiro? También te caíste del tejado de la iglesia porque, según tú, en el techo tenía que haber ángeles. Casi te ahogaste en el río, incluso cuando te advertí que no entraras en la zona profunda, te vestías de niño para poder ir a trabajar en el campo y hacer algo y luego nadie te encontraba porque nadie había visto a una niña por la zona. También está aquella ocasión en la que...

—Vale, vale. Creo que el señor Bells ya ha tenido bastante de mis aventuras.

—Oh, no. Por mí, podéis continuar —aseguró este, haciendo que las hermanas se dieran cuenta de que se estaba riendo, tratando de taparse la sonrisa con la mano.

Clea se sonrojó, sintiéndose avergonzada incluso cuando su hermana dudaba de que supiera qué era eso. Pero Lisa solo pudo contemplarlo, pensando en por qué no permanecía así todo el tiempo. Si la gente lo viera sonreír de esa forma, alejando de él aquella detestable apariencia fría, ni sus hermanas ni él se encontrarían solos por mucho que quisieran.

Aunque, a lo mejor, actuaba de ese modo precisamente para que nadie se acercara a él.

—Ya hemos llegado. —Oyó que le decía su hermana, pues, de manera automática, mientras su mente le daba vueltas a aquello, se había detenido cuando Adrien lo había hecho.

Este la contemplaba del mismo modo que su hermana, como si no entendiera dónde tenía la cabeza, incluso cuando él había tenido momentos parecidos a aquel no hacía mucho.

—Oh, sí. Creo que estoy un poco cansada. Al parecer, el ritmo de la ciudad aún es demasiado acelerado para mí —se excusó.

Y no mentía del todo. Se encontraba cansada después de la mudanza,

había acompañado a Irene a comprar verduras aquella misma mañana y tenía la impresión de que no descansaba bien por las noches. Siempre que cerraba los ojos tratando de dormir, un ruido en la calle a través de su ventana abierta siempre conseguía que permaneciera con los ojos abiertos hasta comprobar que se trataban de unos transeúntes tardíos o algún animal callejero.

Estaba acostumbrada a dormirse con el sonido de las hojas y el viento junto a su ventana. Oír pasos tras esta aún le resultaba demasiado nuevo como para dormir. Y se despertaba temprano, pues cuando la ciudad empezaba a despertarse generaba un montón de nuevo ruido que le informaba que el día llegaba, esperando a que se acostumbrara rápido a todo eso.

—Se tarda un tiempo en adaptarse, pero no es algo que dure demasiado. Al menos, con respecto al ruido. Las costumbres ya son otra historia.

—¿Podrías lanzarme las llaves? —le preguntó su hermana, ya junto a la puerta—. Estoy segura que Irene está esperando a que lleguemos.

Lisa así lo hizo mientras asentía hacia Adrien, viendo cómo Clea atrapaba la llave al vuelo y se apresuraba a abrir la puerta y entrar.

—Eso espero. En realidad, nunca pensé que oiría tantos ruidos en esta parte de la ciudad. Por el día parece un lugar bastante tranquilo, pero, por la noche, es como si los ruidos se multiplicaran.

—Yo tardé algunos meses en acostumbrarme, pero le aseguro que, después de eso, no oír nada.

—¿Meses?! —exclamó Lisa—. ¡Moriré antes de que haya podido acostumbrarme!

Con lo que solo consiguió que Adrien volviera a dirigirle una nueva sonrisa que pareció desarmarla. Era como si el día se despejara y saliera el sol cuando sonreía, haciéndola sentir de nuevo ese sentimiento extraño repicando en algún lugar de su interior.

—No será para tanto. Ya lo verá. Y será mejor que entre en casa. La criada parece vigilarla bastante de cerca —comentó este, mirando la ventana que daba al salón, donde la figura de Irene se recortaba sin problemas contra el cristal.

—Es que es muy protectora —la excusó ella, remangándose las faldas para poder subir las escaleras.

—¿Hay algún motivo para que tenga que serlo?

Aquella pregunta hizo que Lisa se quedara quieta, pero se obligó a apartar de su mente las imágenes que la estaban embargando, dirigiéndole una última sonrisa a este.

—Ha acabado siendo una buena noche. Estaremos encantadas de recibir a sus hermanas mañana. Buenas noches, señor Bells.

Este inclinó la cabeza en señal de despedida, pero no pareció dejar pasar desapercibido que no había respondido a su pregunta. Sin embargo, no volvió a preguntar nada más y esperó en la calle hasta que ella entró en la casa antes de dar media vuelta y alejarse en la oscuridad.

—Pensaba que no te gustaba la nueva actitud que tenía —le comentó Irene, asomándose por el salón.

—Y no me gusta. Pero hay ocasiones en las que creo que vuelve a ser solo ese niño de Bishopstoke.

—Sabes que eso no puede ser posible. No cuando tienes esos negocios y responsabilidades.

—No tienes que estar diciéndome eso. No estábamos coqueteando ni nada por el estilo. Nunca me casaría con un hombre como él.

Esta no dijo nada, pero su gesto torcido desmentía sus palabras.

—Es cierto. De verdad. No podría casarme jamás con alguien que podría matar una conversación con una palabra. Además, no lo veo de esa forma. Solo hablábamos de los ruidos de la ciudad y que mañana sus hermanas vendrán a pasar el día con nosotras.

—¿Las gemelas de los Bells?

—¿Llegaste a verlas alguna vez?

—Sí, claro. Como todo el mundo, cuando estaban recién nacidas. Su marido acababa de fallecer, así que todo el mundo se volcó con Audrí. Las pequeñas parecían dos muñecas. Aunque, a decir verdad, nunca he visto unas niñas más bonitas recién nacidas que usted y su hermana —comentó esta con total seguridad, haciendo que a esta se le escapara una sonrisa.

—No digas eso delante de nuestras invitadas mañana. Podrían sentirse ofendidas.

—Pero sería la verdad. Usted nació ya con ese cabello rojo sobre la cabeza, dejando a todo el mundo sorprendido. La señora Freeman dijo que era idéntica a ella cuando nació e hizo que todos nos riéramos mientras veíamos cómo te abrazaba y te besaba sin parar. Siempre tuvo la salud tan delicada que dudaba que pudiera tener hijos. De haber sido algo más fuerte, aún seguiría aquí, sintiéndose muy orgullosa de vosotras.

Lisa vio cómo los ojos de Irene empezaron a lagrimar y no pudo evitar acercarse a ella y darle un beso en la mejilla, sabiendo que el aprecio que esta les tenía a su hermana y ella eran los de una verdadera madre, ganándose una

sonrisa por parte de esta.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, ¿vale? Mañana tendremos invitadas, así que también será un día demasiado movidito.

—Tiene razón. Y así dejo de desvariar como una vieja.

—Si tú eres una vieja, ¿qué sería yo?

Y así, ambas sonriendo, se dirigieron cada una a su habitación.

La llegada de las hermanas Bells por la mañana pilló a Clea aún durmiendo, por mucho que su hermana trató de que se despertara o sacarla de la cama, dejándola finalmente como caso perdido.

Fue Lisa la que abrió la puerta, admirando los hermosos vestidos a juego que estas usaban, siempre perfectamente bien peinadas y arregladas para pasar un examen estricto de etiqueta, señalándoles las escaleras.

—Está en su cuarto, al lado derecho al subir. Si conseguís que se levante, os querré de por vida.

Y estas se lo tomaron como un reto, subiendo con rapidez las escaleras. Parecían divertidas ante el hecho de poder ir a la habitación de alguien para despertarla con total libertad. Ni siquiera se dio cuenta que había alguien más en la puerta hasta que se volvió hacia esta para cerrarla, encontrándose con la figura de Adrien Bells frente a ella, sorprendiéndola y haciendo dar un pequeño salto en el lugar.

—¿En serio no se ha dado cuenta que estoy aquí? —le preguntó este, de nuevo con aquel tono indiferente que a ella tanto le ponía de los nervios.

—De verdad que no. Pensaba que usted... estaría trabajando. O eso fue lo que nos dijo —le respondió esta, con una mano en el pecho. El corazón aún le latía como loco, incluso cuando pensaba que aquello había sido una estupidez. Asustándose por alguien que ya había estado allí. Estúpido.

—Y estaba trabajando. He ido a casa a recoger unos papeles, los he traído y marchó otra vez para el trabajo.

—Veo que los hombres de negocios tienen muy poco tiempo libre.

—Así es.

—El señor Craven también dice que no tiene mucho tiempo para pasarse por aquí.

Aquellas palabras hicieron que el señor Bells frunciera, casi de manera imperceptible, el ceño.

—¿Conoce de algo al señor Craven? —le preguntó este.

—Por supuesto. Es amigo de mi padre y nos ayudó encontrando esta casa para nosotros. También nos hizo una visita guiada por la ciudad para mi

hermana y para mí —le explicó Lisa, sonriendo mientras lo recordaba.

—Pues entonces es que tiene más tiempo libre que yo —comentó este, con una sonrisa de lado que estaba allí claramente para desmerecer a este.

—Bueno... no todos los hombres de negocios viven solo para ellos —le defendió esta, cuadrándose delante de la puerta, como si se preparada para una batalla.

Era como si cualquier conversación con este tuviera que convertirse en una pelea de alguna clase. Además, por lo que sabía, él trataba con el señor Craven. Entonces... ¿por qué hablar de aquel mal modo de él?

—Ningún hombre que no le dedique el tiempo necesario a sus negocios podrá permanecer mucho tiempo en este mundillo.

—Pues, aún con su forma de ser, al señor Craven le ha ido bastante bien.

—Por supuesto. La mayoría de sus negocios los deja en mis manos y sus clubes están dirigidos por, según dice, hombres de su confianza.

—¿Piensa que no puede confiar en alguien para que los lleve?

—Pienso que lo que uno puede hacer por sí mismo no debería dejarlo en manos de otra persona. Y menos aún si hay tanto dinero de por medio.

¿Es que aquel hombre planeaba ser insufrible desde primera hora de la mañana?! Lisa, cruzada de brazos delante de él, lo observaba con malestar, importándole bien poco que este lo notara.

Pero, si lo hizo, no lo dio a entender. Solo observó su cabello, recogido en una larga trenza sobre su hombro derecho, como si eso fuera, de alguna manera, fascinante, ignorando por completo las chispas brillantes de furia en sus ojos dorados.

—Creo que, a lo mejor, hemos venido demasiado temprano si su hermana se encuentra aún en la cama —acabó por comentar este.

Los gritos de las niñas arriba, jugando seguramente, llegaban hasta ellos sin problemas.

—No. Creo que han venido a una buena hora. Clea suele pasarse la noche leyendo sin que me dé cuenta.

—¿Así que me está diciendo que su hermana es una maestra a la hora del engaño? —le preguntó este, alzando una ceja.

Desde luego, estaba preguntando si era bueno entonces que dejara que sus hermanas se relacionaran con ella, si no acabarían adoptando una mala actitud también por culpa de una relación constante entre ellas.

—Puede quedarse tranquilo. Eso son solo cosas entre mi hermana y yo. No afectará en absoluto en la actitud intachable de sus hermanas.

Personalmente, me encargaré de ello.

—Más nos vale, ya que para algo estamos gastando un dinero en su educación —comentó este, bajando ya los escalones hacía la calle.

—Bueno... no en todos los miembros que lo necesitan, como puedo ver. —Fue lo que ella respondió, cerrando la puerta con malestar.

Si la oyó o no, no supo decirlo. Pero aquel hombre conseguía sacarla de sus casillas a una velocidad alarmante, como si supiera exactamente qué teclas tocar dentro de ella para hacerle explotar su mal genio.

El sonido del portazo resonó tanto tras él que Adrien se detuvo a medio paso de la calle, sabiendo la imagen que estaría dando a los transeúntes que ya se encontraban a cargo de sus tareas matutinas, alejándose de una casa donde le habían tratado de tal forma, desviando la mirada de él cuando lo vieron torcer el gesto con disgusto.

Aquella descontrolada mujer insistía en que él ya no era el niño que recordaba. ¿Se había preguntado ella si seguía pareciendo la niña cándida que ayudaba a todo el mundo y que lo seguía sin llevarle nunca la contraria? Porque, si alguien le pidiera su opinión, diría que no. Se había transformado en una mujer maleducada que se atrevía a decir todo aquello que se le pasaba por la mente sin medir las consecuencias de sus palabras, exasperándolo.

Desde que se había convertido en alguien en la ciudad, no había ni una sola dama que no esperara sus atenciones, que le sonriera a cada cosa que dijera, incluso aunque no entendiera de qué le estaba hablando, que tratara de fingir choques casuales o coqueteara abiertamente con él, buscando un trato de favor sobre las demás. A eso se había acostumbrado y sabía cómo tratar a ese tipo de damas, cómo hacer que desistieran de sus intenciones.

Sin embargo, con aquella cabezota muchacha de cabello de fuego que parecía llevar las llamas también dentro de ella, no sabía cómo negociar. Parecía que cada cosa que salía de sus labios la molestaba sobremanera y cuando la señorita Freeman empezó a responderle solo sintió como algo natural responder a sus provocaciones, encontrándose sorprendido cuando se dio cuenta que aquellas batallas verbales con ellas eran, en cierto modo, deseadas por él.

Verla enfurecer, sin poder esconder su malestar bajo ninguna expresión, solo hacía más divertido el juego y acababa por olvidar cómo había surgido la conversación.

Pero, al separarse y estudiar con cuidado lo que ambos habían dicho, se hacía preguntar qué demonios le resultaba entretenido de todo aquello.

Cualquiera que los observara desde fuera verían a dos personas que no se podían soportar y que querrían perderse de vista cuanto antes el uno al otro. No podía haber nada gratificante en una clase de relación como esa. Era el comportamiento de unos animales salvajes lanzándose al cuello del otro.

Entonces... ¿por qué seguía buscando discutir con ella de aquella forma? ¿Dónde estaba la gratificación de ello, de esa situación?

No supo decirlo.

Observó la puerta fuertemente cerrada a su espalda por encima del hombro, como si esta pudiera responderle de alguna forma, y acabó por llegar junto a su coche, internándose en este y dando la orden de ponerse en movimiento.

Los negocios eran más fáciles para él, sin ningún tipo de complicación. Los números eran números y solo el modo correcto los hacía encajar. Sin confusión, sin dudas, sin asuntos complejos. Solo y pura matemática. En eso era en lo que tenía que centrar toda su atención y eso haría cuando llegara a su despacho.

Sacaría a aquella vivaz chica de cabello de fuego de su mente, de sus palabras osadas, de la forma en que parecía iluminarse cuando comenzaba a discutir con él y se centraría en lo que tenía que hacer. Ya que, después de todo, de ello dependía la buena vida de su familia.

CAPÍTULO 5

Al otro lado de la puerta cerrada, Lisa trataba de controlar su genio tomando aire. Ni siquiera sabía cómo se había atrevido a decir en voz alta aquellas últimas palabras que le había dirigido al señor Bells, pero habían salido de igual forma de sus labios y estaba completamente segura de que él las había oído.

El porqué de seguir discutiendo de esa forma era algo que se escapaba a su comprensión. Lo único que sabía a ciencia cierta era que no podía evitarlo. Y, al parecer, él tampoco.

Tras unas buenas bocanadas de aire apoyada en la puerta, sintiendo la solidez de esta a su espalda, se notó más tranquila y cómo su pulso volvía a la normalidad, con lo que comenzó a subir las escaleras hacia el primer piso en busca de su hermana y sus invitadas.

Aunque no le molestaba el sonido de las risas juveniles en la casa, Clea tenía que levantarse, desayunar y prepararse antes de salir a dar una vuelta por la ciudad.

Estaba segura de que las jóvenes preferirían permanecer juntas en la privacidad del cuarto de esta, pero iban a tener que soportar su presencia durante unas horas, ya que le había dicho al señor Bells que irían a comprar y este se extrañaría si sus hermanas volvían a casa sin ninguna bolsa.

Llegando al cuarto, se encontró con las tres jóvenes sentadas en la cama, hablando animadamente de algo que ella no pudo discernir, pues parecían hablar todas a la vez y, al mismo tiempo, entenderse.

—Niñas, no me gustaría interrumpir los secretos que tan avivadamente estáis compartiendo, pero yo prometí a vuestro hermano que iríamos a comprar y me gustaría que la mía se levantara de la cama y se arreglara.

Las hermanas Bells se observaron, dirigiéndose una mirada luminosa, y se encaminaron al armario de Clea antes de que pudiera hacer algún movimiento para detenerlas.

—¿Qué vestido podrá usar hoy? —canturreaban ambas, con las expresiones más felices que Lisa les había visto en los pocos días en las que las conocía.

Era como si, al dejarlas hacer todo aquello, volvieran a poder

rememorar sus días de niñez, como si, por un motivo o por otro, no hubieran podido serlo en su tiempo y disfrutaran de que se les permitiera ahora. Clea pareció notar también, ya que, tras unas pocas palabras para que se detuvieran, acabó dejándolas hacer mientras estas estudiaban cada uno de sus pocos vestidos.

Con un hermano tratando de ganarse un lugar en la sociedad, con sus orígenes tan humildes, y una madre que parecía apagarse por momentos, sin ningún miembro de su familia que las tratara como niñas o pasaran tiempo con ellas, Lisa se alegraba de darles aquella oportunidad de disfrutar.

—Os espero abajo, en la cocina —las avisó, cerrando la puerta.

No supo si la oyeron o no, pero las risas no tardaron demasiado en volver a llenar el cuarto.

—No recordaba tanto ruido de risas en casa desde que vosotras erais pequeñas —le comentó Irene sin mirarla, pelando unos pimientos como estaba, preparando la comida.

—Queda té aún en la tetera, ¿verdad? —preguntó Lisa, acercándose al fuego mientras una sonrisa iluminaba su cara—. Clea tiene que desayunar y es posible que nuestras invitadas quieran tomar una taza.

—Me parece bien que vayáis de tiendas. A no ser que crecierais más de la cuenta, el señor no se acordaba de renovar vuestro vestuario.

—Haré unas tostadas también. Clea siempre se levanta con mucha hambre.

—Me pregunto por qué, cuando normalmente no lo habéis hecho, os preocupáis por salir de compras ahora con las hermanas Bells —volvió a comentar Irene, alzando un poco los ojos hacia su dirección.

Con lo que logró que la atención de Lisa se volviera también hacia ella, colocando la tetera en el fuego.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó esta, colocando las manos en sus caderas después de dejar la tetera, esperando a que se calentara.

—Pienso que, aunque diga que no le cae bien el señor Bells, que ha cambiado mucho, de algún modo no es así y que busca modos de poder tener algún tipo de relación con él.

Lisa sintió cómo se indignaba ante aquella disparatada idea.

—¿Crees que utilizaría a sus hermanas por tal rastrero motivo? Ellas son una buena influencia para Clea y ella les ayudará a mitigar su soledad. No sabes cómo era el ambiente en aquella casa. Además, ¿cómo puedes pensar que puedo estar buscando las atenciones de un hombre después de lo que

ocurrió con Charles? Créeme. Lo que menos quiero es que un hombre vuelva a fijarse en mí.

Irene estudió su expresión, lo que siempre la ponía nerviosa incluso cuando hablaba con la verdad, y, en silencio, esta volvió a bajar la cabeza hacia lo que estaba haciendo. Lo que, por lo general, significaba que la creía, pero que seguiría pensando sobre el asunto.

No dieron pie a más conversación porque las jóvenes entraron en la habitación, mostrando una Clea perfectamente arreglada y con un bonito peinado recogido que dejaba unos mechones rubios caer junto a su rostro hacia el hombro. Parecía avergonzada al ser el centro de atención de aquella forma, pero Lisa tuvo que admitir que hacía mucho que no veía a su hermana tan bonita. Y eso también la hizo sentirse mal, ya que esta estaba entrando en una edad en que le agradaría llamar la atención de los caballeros.

—¿A que hemos hecho un buen trabajo? —canturrearon las gemelas, luciendo una sonrisa de oreja a oreja, admirando su obra.

—Creo que la señorita nunca ha lucido tan presentable —aseguró Irene, observando el resultado de su trabajo con una sonrisa.

—¿Cómo habéis conseguido que su pelo permanezca en el lugar? —preguntó Lisa, ya que aquello parecía ser siempre un problema de familia.

—El cabello sabe a dónde quiere ir. Solo hay que notar qué dirección es esa e intentar complacerlo —comentó Kailyn, dirigiéndoles una sonrisa—. Aunque también tenemos práctica. Llevamos peinándonos la una a la otra desde hace muchos años.

Incluso cuando las hermanas lucían aquel aire infantil en sus juveniles rostros, como en aquel momento, mientras sonreía, el lunar de Kailyn le daba un aire más pícaro, más adulto. Lisa estaba segura que aquel pequeño lunar sería el quebradero de cabeza de más de un caballero cuando llegaran a la edad adecuada.

—Pues el cabello de mi hermana es todo vuestro en el momento que deseáis, siempre que consigáis obtener tan buenos resultados —les concedió la mayor de las Freeman.

—Os recuerdo que sigo aquí y que tengo una opinión.

—Cariño, cuando tu cabello parece normalmente un nido de pájaros, y podemos verlo de esta forma, pierdes el derecho de opinar —le aseguró Irene.

Como si acabara de recordar algo, Clea se volvió hacia las gemelas.

—Ella es Irene, la nana que ha estado en nuestra familia desde que tenemos uso de razón. Es como una madre para nosotras —les contó.

—Cariño, ninguna mujer del mundo podría reemplazar a vuestra madre —le corrigió esta con rapidez, pareciendo un poco molesta porque se hubiera expresado de esa forma.

—Pues una segunda madre entonces —se corrigió esta, restando importancia a su expresión.

—¡Oh! ¿Por eso les disteis las gracias a los criados cada vez que estos colocaban o retiraban los platos? —les preguntó Kaila.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Lisa, sirviéndole a su hermana el desayuno y dos tazas de té para sus invitadas.

—Bueno... sin ánimo de ofender —comentó esta, mirando hacia Irene, la cual asintió—. Nadie en la alta sociedad les da las gracias a los criados por hacer algo por lo que se supone que ganan sus sueldos. Del mismo modo, si se choca con ellos o algo similar, el señor o dama nunca pediría disculpas, pues si se ha producido el choque es porque el sirviente se encontraba en algún lugar donde se suponía que no tendría que estar.

—Pero... eso es de ser muy maleducados, ¿no? —comentó Clea—. ¿Y qué pasa si el criado está limpiando algo en una escalera y el señor lo tira? ¿No le pide disculpas?

—Las cosas son así —dijeron las gemelas al mismo tiempo.

Lisa torció el gesto con disgusto, al igual que su hermana, ante aquella afirmación, que les mostraba una realidad como esa. Habían crecido siempre al lado de Irene, a su cuidado y sus ilimitadas atenciones. No se imaginaban por nada del mundo tratándola con tan poco respeto, como si no fuera un ser humano.

—Tampoco se suele hablar con el servicio, a no ser que sea para darles una orden, que ellos nunca deben replicar. Su deber es obedecer al instante.

—Lo normal es dar las gracias a alguien que está haciendo algo por ti, ya sea tu empleado o no. Y tratar con respeto debería hacerse con todo el mundo, sin importar su clase social —les dijo Lisa, colocando su brazo en torno a los hombros de Irene, como si quisiera defenderla o protegerla de aquellas palabras.

—Aunque ese modo de pensar me quitaría muchos dolores de cabeza —comentó esta—. Solo tendría que obedecer sin alterarme por nada de lo que hicieran y mi única preocupación sería recibir mi salario. Desde luego, parece una vida mucho más simple.

Las voces de las hermanas Freeman se alzaron en el acto, indignadas.

—¿No tenéis que salir a comprar con vuestras invitadas? —les preguntó

la criada, sonriendo ante el torrente de palabras que estas trataban de dirigirle, diciéndole que era una parte más de la familia, que ni se le ocurriera pensar eso, etc.

Clea terminó en seguida y Kailyn y Kaila se tomaron el té que la mayor de las Freeman les había servido mientras ella subía a su cuarto acompañada de Irene para ayudarla a vestirse y peinarse.

Al bajar, tuvo la impresión de que iban a una comida de gala en la casa de algún noble de gran importancia, ya que su hermana y ella llevaban sus mejores galas. Lisa usaba un vestido blanco puro que se abrazaba a sus curvas y disimulaba, en parte, el pecho que el corsé amenazaba con desbordar de un momento a otro. Clea, con un vestido azul claro, encajaba a la perfección con su piel clara y su cabello rubio, dando una imagen encantadoramente cálida. Las gemelas lucían idénticos vestidos rosados, lo que ayudaba a crear la sensación de que eran más jóvenes de lo que a ellas les gustaría, pero que, en realidad, les daba una apariencia muy dulce y adorable.

—¿Seguro que no quieres acompañarnos? —le preguntó Lisa cuando ambas descendían las escaleras tras acabar de arreglarla.

—Tengo que hacer la comida y limpiar aún más la casa para cuando el señor Freeman llegue con el resto del equipaje. Aunque me preocupa que no lleven a alguien para cargar sus bolsas —comentó Irene. Después de todo, dos de las cuatro jóvenes damas acostumbraban a que se lo hicieran todo.

—¡Oh! No nos matará cargar con nuestras propias bolsas. No planeo comprar en exceso. Y si llevamos mucho, pediremos ayuda. Seguro que a algún amable caballero no le importará ayudarnos.

Irene asintió, pero no estaba muy segura de eso. ¿Qué pensaría un caballero de Londres si unas mujeres solas le pidieran ayuda con una sonrisa y lo condujeran hasta su casa? Se lamentó de que el señor Freeman no hubiera contratado, aunque solo fuera un muchacho para ayudar a las jóvenes con esos menesteres.

Asegurándose de que lo llevaban todo, las hermanas Freeman se despidieron de ella y también obtuvo unos saludos de cabeza por parte de las Bells. Más de lo que habría esperado recibir por parte de estas conociendo cómo habían sido educadas.

Pusieron dirección oeste, hacia unas tiendas de las que Irene había oído hablar cuando había ido al mercado con Lisa, con las tres muchachas comentando sin parar a su espalda, emocionadas como si fuera la primera vez que pisaran la calle. Por lo que pudo entender de su conversación, las Bells

estaban poniendo al día a Clea sobre todos los rumores que estaban de actualidad, algo que hacía que esta exclamara con emocionada sorpresa, pues la mayoría eran rumores sobre líos de faldas y amantes de mujeres casadas.

No es que fuera el tema que más gracia le hiciera a Lisa, pero permitió que siguieran comentando a sus espaldas mientras ella encabezaba la comitiva, como si se tratara de alguna especie de mamá gallina con sus polluelos.

Estaba demasiado pendiente de las calles, tratando de no perderse, como para unirse a la conversación de estas, para nada interesada en lo que se hablaba de los nobles a las espaldas de estos, sobre qué amante tomaban o cuál hombre era el más deseado entre las jóvenes de la ciudad.

—¿No son esas las encantadoras hermanas Bells? —Oyó Lisa tras ellas, volviéndose hacia un hombre que se acercaba a grandes pasos hacia las chicas.

Parecía un poco mayor que Lisa, entre los veintidós o veintitrés años, con un bonito cabello castaño oscuro que llevaba elegantemente peinado hacia atrás, dejándolo al descubierto cuando se quitó el sombrero. Aunque unos pocos cabellos rebeldes se resistían a su orden y caían hacia sus ojos color azul cielo. Sonreía con agrado mientras se acercaba a ellas, una sonrisa que parecía darles a sus rasgos un aire angelical, como si un amable ángel enviado del cielo bajara para hablar un momento con ellas, envuelto en prendas caras de color negro que realzaban su apariencia masculina.

—¡Señor Mardling! —exclamaron las gemelas, pareciendo igual de felices que él cuando se volvieron a mirarlo—. ¡Qué alegría verlo!

El hecho de que hablaran a la vez sin darse cuenta a veces llegaba a parecer un poco inquietante. Pero, si lo fue para él, no lo reflejó en su cara, deteniéndose ante las jóvenes.

—Veo que han decidido alegrarnos el día con vuestras presencias. Díganme, ¿quiénes son estas hermosas damas que las acompañan?

Por supuesto, ante aquel halago, la risa nerviosa de Clea escapó sin que ella pudiera controlarlo, haciendo que la atención de este se centrara en ella.

A Lisa no le gustó el modo con el que se quedó mirando a su hermana, pues, por un momento, le recordó a como Adrien se había quedado observándola aquella misma mañana, en ese silencio que se creó entre ellos antes de que este comentara si habían llegado demasiado temprano. Y le gustó aún menos ver cómo aquel hombre se inclinaba hacia su hermana.

—¿Sabe que tiene usted una bonita figura ósea? Incluso cuando tenga cuarenta años, es posible que siga pareciendo una jovencita.

Aquel comentario trastocó a Clea, que miró a su hermana con un interrogante en la mirada, preguntándole en silencio si eso podía contar como un halago.

—El señor Mardling es pintor, así que, a veces, hace esa clase de comentarios. Nos hizo un retrato familiar hace dos años —les explicó Kaila—. Ellas son las hermanas Freeman. Vienen de Bishopstoke, en Hampshire. Ella es Lisa, la hermana mayor. Y la que tanto ha captado vuestra atención es Clea. Este es el señor Jack Mardling —los presentó esta.

—Aunque de la rama más lejana de los Mardling —aclaró este, haciendo una elegante y grácil reverencia hacia ellas.

Las hermanas solo asintieron, ya que desconocían quién era la familia Mardling o la importancia que pudieran tener estos en la ciudad, saludándolo a su vez.

—Desde que nos hizo aquel retrato, el público quedó encantado con su forma tan realista de pintar y su fama no ha hecho más que crecer —comentó Kailyn.

—Debo agradecer eso al señor Bells. Apenas había regresado de mis estudios en Italia cuando él decidió contratarme —les dijo este, aun luciendo aquella sonrisa amplia en su rostro y sin quitarle la vista de encima a Clea, que comenzó a sonrojarse por aquella atención.

—¿Me está buscando algo en particular? —se atrevió a preguntarle esta, tratando de que su vergüenza no fuera tan patente como lo estaba siendo.

—Desde luego. Creo que sería un verdadero placer pintarla. Siempre que me lo permita.

Antes de que Clea pudiera abrir la boca y Lisa negar en rotundo aquella proposición, Kaila se adelantó para decir:

—Cúidense de este hombre. Aquí donde lo ven, con su apariencia inocente, está creando una larga lista de amantes con aquellas mujeres que posan para él en solitario.

—¡Rumores! —exclamó este, quitando importancia al asunto con un gesto de la mano—. Yo solo soy un mero admirador de la belleza y trato de disfrutarla en cualquier forma que llegue a mí.

—Discúlpennos, señor, pero, en estos momentos, nos dirigíamos a hacer unas compras. Así que, si no le importa... —comentó Lisa, cortante.

Los hombres como ese eran de los que acababan de un plumazo con la buena reputación de una mujer, las hacía sentirse amadas para luego tirarlas a un lado antes de pasar a la siguiente.

No quería un hombre como ese cerca de su hermana. Y, por la forma fascinada con la que Clea lo miraba, ya que él parecía representar la libertad en estado puro, lo más seguro era que se mantuvieran alejados el uno del otro unos buenos cientos de kilómetros de distancia. Y, si podía poner algún continente de por medio, mejor que mejor.

—Oh, por supuesto. Faltaría más. Está de sobra decir que ha sido un placer conocerlas, señoritas Freeman —les dijo este, inclinándose hacia ellas en señal de despedida—. Y está de más decir que siempre es un honor volver a verlas, señoritas Bells —comentó hacia las gemelas.

Estas asintieron hacia él, sonriendo. A pesar de saber lo que se decía de él, parecían tenerlo en alta estima. Y Clea se había girado, quedando parcialmente oculta por su hermana, para que nadie se percatara del sonrojo que poblaba su rostro.

Su hermana sería presa fácil de los jugadores o pervertidos si no llevaba cuidado.

Vieron cómo este se alejaba en el sentido contrario a la dirección que ellas estaban siguiendo. Pero no fue hasta que Lisa se aseguró que había desaparecido por la calle que pudo sentirse tranquila y retomar toda la marcha.

La mayor de las Freeman no pensó que aquello les llevara demasiado tiempo, pues ella solo necesitaba un vestido de noche por si había algún evento al cual tenía que acudir y su hermana obtuvo dos vestidos de día y uno de noche, ya que sus antiguos vestidos habían empezado a quedarle demasiado cortos.

Sin embargo, las hermanas Bells compraron varios vestidos cada una, unos sombreros, guantes y demás complementos a juego como si gastaran aquellas cantidades de dinero todos los días.

Pagaron a un chico de la tienda para llevar sus cosas, el cual apenas podía cargar con todas las bolsas y, cuando decidieron que ya habían hecho una buena compra, detuvieron a un coche, haciendo que el chico lo cargara todo y los acompañara hasta la casa para dejar sus bolsas y paquetes junto a la puerta, dándole una buena propina.

—¿Es así como normalmente vais de compras? —les preguntó Lisa, asombrada con semejante despilfarro.

No tardarían en crecer y todos aquellos vestidos se les quedarían pequeños antes de que pudieran usarlos todos.

—Adrien nos dio dinero a cada una para que lo gastáramos en lo que más

nos gustara —comentó Kaila, sonriendo ante la generosidad de su hermano.

Desde luego, el señor Bells compensaba su falta de presencia con ellas con unas cuantas monedas.

Y lo que solo le hicieron sentirse aún peor fue cuando descubrió que las hermanas les habían comprado un vestido extra a cada una, con sus guantes a juego y demás, sin haberle dicho nada a nadie. No le gustaba parecer que estaba con ellas porque obtuviera regalos, pero así parecían entender la amistad las hermanas.

—Las tiendas deben haberse sentido muy satisfechas de vuestro paso —comentó Irene, observando las bolsas cuando llegaron, secándose las manos con un paño, mientras las tres más jóvenes subían al cuarto de Clea para colocar las compras en su habitación.

—Estoy segura de que hay algo raro en el aire de la ciudad que hace que todos los hombres de Londres sean o demasiado galantes o demasiado fríos —le comentó Lisa mientras seguía a Irene de vuelta a la cocina, en busca de un vaso de agua.

—¿Por qué decís eso?

Y ella pasó a relatarle lo ocurrido entre aquel joven pintor y su hermana, viendo como el ceño de Irene se iba frunciendo en el proceso.

—Clea es demasiado joven para que los hombres se fijen de esa forma en ella —comentó esta con disgusto, tras acabar de escucharla—. Aunque hay que admitir que su belleza es innegable y es inevitable que empiece a llamar la atención.

—Pero si hubieras visto cómo ese hombre la miraba. Era como si, por un momento, todo el mundo hubiera desaparecido y solo tuviera ojos para ella, diciendo que quería pintarla. Casi la abrazó para evitar que se lanzara sobre ella —le explicó Lisa, aún indignada ante el comportamiento de este entre trago y trago de agua.

—Habrá que estar más pendiente de ella de ahora en adelante. Eso es todo.

—Sería más agradable si todos los hombres de esta ciudad nos dejaran en paz.

—Pero, como eso no parece ser posible, intentaremos eso.

La comida fue una rica y sencilla variedad de platos típicos del pueblo para que las jóvenes Bells probaran lo que su madre y su hermano habían comido en el pasado. Y pareció encantarles por las expresiones de deleite que aparecieron en sus rostros.

—Es como si hubiéramos vuelto a Bishopstoke —comentó Clea, encantada también con los sabores, ya que Irene solía cocinar los platos típicos que había aprendido de su madre, procedentes de algún pueblo del norte, donde había aprendido a cocinar.

—No puedo decir que no me alegre tener más gente disfrutando de mis platos. De seguir así, voy a creer que soy buena cocinera y todo.

—Bueno... en este tiempo, al menos, no nos has matado. Y eso ya es un logro, ¿no te parece? —comentó Lisa, ganándose un golpe molesto de Irene en el brazo, haciendo que las Freeman rieran y las Bells no pudieran evitar unirse.

La tarde pasó igual de tranquila, hablando a las chicas del pueblo, de su padre (pues Audrí les hablaba bastante poco de él y, a veces, en frases sin sentido), de cómo era la vida en un lugar tranquilo como aquel, en cómo brillaba el sol y una tormenta podía sorprenderte en mitad de un paseo por los campos. Sobre todo, en primavera.

Las chicas parecían encantadas e incluso quisieron ayudar a hacer galletas, con un resultado desastroso por su parte, consiguiendo casi de milagro no llenar la cocina de harina.

Después del té de la tarde, las tres muchachas subieron a la habitación de Clea de nuevo, y, por un momento, se preguntó si su hermana les preguntaría en la intimidad del cuarto por Jack Mardling.

Aunque Clea riera tontamente ante cualquier halago que le hicieran, el sonrojo en sus mejillas y el extraño brillo en sus ojos le reveló a la mayor de las Freeman que la pequeña parecía haberse interesado en aquel hombre.

Pero pronto tuvo que dejar esa preocupación a un lado para ayudar a Irene a limpiar la cocina.

—Creo que debería darse un baño —le aconsejó esta cuando vio el blanco vestido manchado, incluso cuando había usado un delantal, el pelo ya comenzando a caer de sus sujeciones y con la piel llena de harina.

—Moveré la bañera de arriba a mi cuarto entonces.

—Pesa demasiado para usted. Deje que ponga agua al fuego y le ayudo.

Lisa asintió y así lo hicieron. Arrastrando la bañera que había en un cuarto de arriba, ambas mujeres colocaron esta a los pies de la cama de Lisa, frente a la pequeña chimenea con la que contaba cada habitación.

Tardaron un rato en conseguir el agua suficiente como para que pudiera bañarse, pero no fue una espera tan larga, con lo que Lisa pudo quedarse finalmente a solas, con el agua tibia cubriéndola hasta los hombros,

disfrutando de aquel instante de paz.

Las chicas parecían haber bajado tanto el tono que no se las oía, con lo que volvió a pensar que estarían compartiendo alguna clase de secreto que no querían que nadie oyera.

Abriendo los ojos, se sumergió en la bañera hasta los labios, pensando en qué podría hacer con su hermana cuando está abiertamente estuviera interesada en los hombres y no solo en pequeños cotilleos a escondidas con sus amigas.

Sería absurdo decirle lo peligroso que podía llegar a ser un hombre. Había visto de primera mano lo que Charles había tratado de hacer con ella.

Tembló en el agua sin poder evitarlo cuando se vio invadida otra vez por el recuerdo.

¿Cuándo dejaría de pensar en ello sin que la piel se le erizara por el miedo, que dejara de mirar a cada hombre en el mundo como si se tratara del mayor monstruo oculto que jamás hubiera conocido? ¿Cuándo acabarían las pesadillas donde él alcanzaba su objetivo?

La puerta del cuarto se abrió, lo que la ayudó a salir de sus pensamientos.

—Déjame quedarme un poco más aquí. El agua todavía está caliente y prometo no dormirme aquí dentro —prometió, pensando que se trataba de Irene.

Pero esta no habló y, sintiendo que se le erizaba el vello de la nuca, giró la cabeza hacia la puerta, encontrando la figura de Adrien Bells observándola como si fuera un pez sacado de su elemento.

Lisa se sonrojó en el acto y se hundió en la bañera hasta la barbilla, tapándose el pecho con los brazos y encogiendo las piernas contra su torso.

—¿Qué demonios hace ahí?! —exclamó, sintiendo que la cólera no sería lo bastante fuerte para colocarse por delante de la vergüenza.

—La criada... ella me dijo que a la primera puerta... a la derecha —murmuró.

—Si busca a sus hermanas, en la primera puerta al subir las escaleras. No la primera al final del pasillo —se quejó esta, viendo como él no se movía.

Era más. Con total descaro, este estaba contemplando su rostro, su largo cabello suelto y los trozos de su piel que podía captar por encima del reflejo del agua.

—¿Desea algo más o me obligará a gritar, pidiendo ayuda?! —exclamó

Lisa.

—Perdone. De verdad que pensé que esta era la puerta —comentó Adrien, retomando el control de su cuerpo, volviendo a parecer indiferente después del momento de sorpresa.

—¡Pues ya ve que se ha equivocado!

—Sí, eso veo. Disculpe la intromisión. Siga disfrutando de su baño.

Y cerró la puerta sin más, escuchando sus pasos calmados dirigiéndose hacia la habitación de su hermana.

De repente, más rabia se removió dentro de ella y no entendió de dónde surgió. A pesar de la clara mirada que este le había dedicado, su voz había acabado siendo calmada de nuevo y su actitud tan fría y desesperante como siempre, como si se hubieran encontrado en el salón, hablando del tiempo, en vez de pillarla en mitad de su baño.

Frunciendo el ceño, se preguntó si estaba enfadada porque él no hubiera mostrado interés en ella más allá de una primera mirada, pero, pensando que aquello era ridículo, cogió la toalla que Irene le había dejado a mano, se puso en pie, dejó que el agua corriera por su cuerpo hacia la bañera y salió de esta poniendo los pies en la toalla que la criada le había colocado extendida a los pies de la estructura de metal.

Después de todo, no podían estar pisando el suelo continuamente, dejando charcos por todas partes, porque acabarían estropeando el suelo.

Y, aún con el entrecejo fruncido, se dirigió a su armario para buscar algo decente que ponerse para despedir a sus invitadas.

Aunque Adrien se había mostrado congelado, no había sido por la típica actitud fría que mostraba con ella, sino porque no sabía cómo moverse o reaccionar en semejante situación, contemplando la piel brillante de esta por el agua, aquel mar de rizos rojizos cayendo por su espalda y el borde de la bañera, en cómo se había coloreado su piel al ver que se trataba de él y no de la criada la figura que se encontraba de pie junto a la puerta.

Aún no sabía siquiera de dónde había sacado la voz para poder hablar, porque lo único que podía recordar del momento ahora allí, en el pasillo, era aquel cuerpo blanco sumergido en el agua.

No era como si no hubiera tenido mujeres más que dispuestas para su placer en el momento que quisiera. Tener dinero le había enseñado que se hacía aún más atractivo para las damas. Pero, en la soledad del pasillo, oyendo las voces de sus hermanas al otro lado de la puerta ante la que se había colocado, tuvo que admitir que la visión del cuerpo femenino desnudo nunca

le había causado semejante impresión.

Intentó pensar que la diferencia a ella de las demás mujeres con las que había estado, siempre de noche, en cuartos oscuros y sin permitir que ellas lo tocaran, era que a aquella muchacha la conocía desde niña, había jugado con ella casi cada día desde que tenía uso de razón y hasta se habían bañado juntos en el río. Y aquel cuerpo pequeño que conoció y que jamás le llamó la atención se había convertido en aquel exuberante y relleno cuerpo que había podido percibir en la bañera.

Aunque la señorita Freeman pudiera pensar que entró en su cuarto a propósito no era cierto. De verdad pensó que la primera puerta hacía referencia a la primera puerta del final del pasillo, pues así es como hablaban los sirvientes de su casa. Aunque no podía decir que se arrepintiera de su error cuando aquello había podido permitirle ver semejante espectáculo.

Tratando de serenarse diciéndole a su cuerpo que volviera a su estado natural, tomó profundas bocanadas de aire antes de tocar la puerta ante sí. Oyó cómo las voces del interior de la habitación se silenciaban en el acto y cómo unos ligeros pies femeninos se acercaban a la puerta y la entreabrían.

—Señor Bells, ¿ya ha llegado? —preguntó Clea al reconocerlo, abriendo más la puerta para que pudiera ver a sus hermanas en el interior.

—Adrien, ¿no llegas temprano? —le preguntó Kaila cómodamente desde dentro, pues sus hermanas aún se encontraban sentadas sobre la cama de la joven Freeman.

—¿Temprano? He salido de trabajar a la hora de siempre y, por si no os habéis dado cuenta, ya ha anochecido y me gustaría llevaros de vuelta antes de la cena.

Las expresiones de sus hermanas se tornaron a unas de disgusto cuando aquello significaba que tenían que partir ya. No recordaba la última vez que las gemelas se habían llevado tan bien con alguien para mostrar semejante expresión y trató de ocultar una sonrisa que pretendía asomar en sus labios.

—No pongáis esas caras y en marcha. Todavía tenéis que llegar a casa y lavaros antes de cenar. Y tenéis que agradecer a las Freeman por ser unas anfitrionas tan pacientes.

Con cierto malestar, las hermanas se arrastraron fuera de la cama, alisando sus faldas para quitar las arrugas que pudieran mostrar, acercándose a Clea aun con aquellas expresiones desoladas en sus rostros.

—Muchas gracias por tomaros la molestia de soportarnos por un día completo —le dijeron a esta las dos a la vez, haciendo una ligera inclinación

hacia ella.

—No tenéis por qué decir eso. Yo también me lo he pasado muy bien —les respondió esta, sonriendo.

Y Adrien, contemplando a la joven Freeman, notó que se parecía mucho a su hermana mayor cuando sonreía, a pesar de que su piel no mostraba ninguna peca, poseía un tono algo menos claro y su cabello brillaba dorado en vez de rojizo.

—Papá vendrá dentro de poco, así que seguro que os deja pasar unos días en casa.

Las gemelas se volvieron hacia él en cuanto oyeron esas palabras, pidiendo su permiso.

—Mientras que el señor Freeman no tenga inconveniente, a mí no me importa daros ese permiso. Siempre y cuando prometáis portaros bien.

Las muchachas se sonrieron, bastante más animadas, pero los nervios de Adrien se pusieron en tensión cuando notó que tenía a alguien a su espalda. Mientras las amigas se daban abrazos de despedida, Adrien echó un vistazo a su espalda por encima del hombro, viendo a Lisa de pie en mitad del pasillo, mirando hacia él con cierto disgusto. No parecía llevar corsé, con lo que su pecho no se veía empujado hacia el escote del sencillo vestido verde, pero tampoco le hacía falta. Y el cabello le brillaba limpio y húmedo, totalmente suelto.

No. Desde luego, no era nada bueno contemplarla de semejante forma, ya que si a eso se le sumaba el hecho de que lo miraba con sus dorados ojos, como si así pudiera traspasarlo, hacían que este sintiera una extraña quemazón recorrer su cuerpo, como si fuera un placer y no una molestia que ella lo contemplara de ese modo.

—Parece que ya es hora de que nuestras invitadas se marchen —comentó Lisa, apartando los ojos de él para centrarlos en sus hermanas, dirigiéndoles una sonrisa que no estuvo ahí para Adrien.

—Eso parece —comentó Kailyn, aun luciendo un poco abatida.

—Tranquila, cielo. Siempre podemos salir a pasear mañana por la tarde. Eso si el señor Bells no tiene ningún inconveniente, al no poder estar presente —comentó la mayor de los Freeman, dirigiendo sus ojos de nuevo hacia él.

—Por mí no hay ningún problema. El aire fresco les sentará bien. —Fue su respuesta.

Las tres jóvenes saltaron con alegría, cogidas de las manos, por eso mismo no notaron la tensión patente entre Lisa y Adrien y, tras el momento de

euforia, acabaron de despedirse y los acompañaron hasta la puerta, donde vieron que este había traído su coche para llevarse a sus hermanas y todo aquello que hubieran comprado.

—¿Sabes? Cada vez me llevo mejor con las hermanas Bells. Son muy simpáticas —le comentó su hermana con una sonrisa.

El único inconveniente era que Lisa no podía decir lo mismo del hermano. Y menos aún cuando se habían visto en la situación donde este había podido ver su cuerpo desnudo.

¿Para qué mentir? No creía poder llevarse bien con él incluso aunque no hubiera ocurrido aquel incidente. Después de todo, eran muy diferentes.

CAPÍTULO 6

Tras unos días donde el otoño iba haciéndose cada vez más frío, el señor Freeman llegó a su nuevo hogar con el resto de sus pertenencias, siendo recibido por los abrazos de sus hijas y los saludos educados de Irene.

Después de colocar el piano en la habitación de abajo, la sensación de que aquel era su nuevo hogar se intensificó y las hermanas pasaron a contarle a su padre que se habían encontrado con la familia Bells, que tenían una buena relación con estos y que las cosas parecían irles bastante bien respecto a los temas económicos.

El señor Freeman se mostró contento por ellos, fue a saludar a Adrien, que lo recibió con agrado y permitió que las gemelas pasaran una temporada en su casa, contándoles cosas del pueblo, cómo solía ser su padre y demás historias que estas consiguieron sonsacarle, ya que, cuando ambas se sentaban frente a él, el señor Freeman parecía incapaz de callarse nada.

El señor Craven también pasó bastantes veces por la casa al enterarse de que su amigo había conseguido llegar a la ciudad y solía acudir algunas tardes para hablar mientras fumaban en pipa, sobre todo para ver cómo había visto este la parroquia que le había sido dejada bajo sus manos y qué pensaba hacer con el nivel de niños creciente.

Como ya habían comentado sus hijas, muchos niños fueron enviados a los campos, lugares donde tendrían un buen hogar para poder dormir y comidas diarias, sabiendo que vivirían felices y respirando aire puro.

Pero solo fue un parche, ya que por cada niño al que conseguían encontrar un buen hogar, llegaban dos o tres a la parroquia mal alimentados o enfermos.

Incluso en contra de lo que pensaban, algunos niños les pedían permiso para trabajar en la fabricas, ya que recibir dos o tres chelines era para ellos, en su situación, una fortuna. Incluso aunque no entendieran que ello les costaba contraer enfermedades como la tuberculosis a causa de la humedad y el polvo, asma, alergias, escoliosis o raquitismo, impidiendo que crecieran tanto como el resto de los niños que no tenían que trabajar. Muchos podían morir aplastados por alguna máquina mientras trataban de unir los hilos que se rompían o limpiando la maquinaria. O incluso recibir azotes si la producción

no era la que se esperaba. Pero a estos poco parecía importarles y algunos de los padres de los niños también pedían que les permitieran trabajar para tener un jornal que llevarse a la boca.

Con aquellas circunstancias fue como pasó el invierno la familia Freeman, viendo cómo los niños que se suponía que estaban bajo su protección, y a los que el señor Freeman daba clase, se marchaban a trabajar en las fábricas o en las minas en cuanto les surgía la menor oportunidad, tampoco pudiendo reprocharles nada, ya que era el único modo de que pudieran salir adelante.

Enero llegó con una invitación de pasar la última noche del año con los Bells que el señor Freeman no rechazó. Las jóvenes se llevaban tan bien que era como si Clea fuera una hermana más para ellas y la señora Bells pareció reconocer a Tom, pues en cuanto vio a este en la sala, pidió que rezara unas oraciones por su familia y le hizo preguntas tales como si esperaba que el cielo existiera y pudiera reunirse allí con su Josh.

Los únicos miembros de las familias que no parecían tener trato entre ellos eran Adrien y Lisa, ya que muchas veces parecían ignorarse el uno al otro o comenzaban una discusión por los temas más banales del mundo, con ninguno de ellos dispuesto a dar su brazo a torcer.

El incidente de la bañera jamás salió a colación y, en aquellos términos, llegó febrero, con el cumpleaños de las gemelas junto con él.

Los Bells tenían la costumbre de celebrar ese cumpleaños por todo lo alto y, por supuesto, los Freeman fueron invitados también, a pesar de imaginar la clase de invitados que llenarían la casa.

La fiesta se celebraba por la noche del 21, cerca de la medianoche, ya que era más o menos a la hora en la que las gemelas habían nacido, así que los elegantes trajes de noche se hicieron patentes por todas partes, dejando a Lisa algo avergonzada al ver la forma más sencilla en la que su familia y ella lucían.

Clea, sin preocuparle eso, permanecía junto a las gemelas, las cuales parecían estar rodeadas de las invitadas más jóvenes de la fiesta. Su padre, a su vez, estaba junto a un grupo de invitados donde se encontraba el señor Craven, pareciendo hablar animadamente de algún tema de conversación que lo emocionaba. Para frustración de Lisa, ella se había visto envuelta en un grupo de damas solteras de su edad donde las gemelas la habían presentado, sintiendo las miradas examinadoras de las damas sobre ella.

—Así que es usted la hija mayor de los Freeman. Creo haber oído que

han enviado a muchos de los niños que se encontraban en su parroquia a trabajar al campo. ¡Qué idea más caritativa! —exclamó una de las mujeres, una tal señorita Vincent, de edad similar a la suya y que parecía buscar marido en fiestas como aquella. Lucía un vestido color melocotón que no le favorecía y el cabello negro estaba tan lleno de joyas que a Lisa le recordó a los adornos de Navidad que ponían en la parroquia—. Pero... ¿no ha pensado que las fábricas necesitan a esos niños? Sin ellos, no pueden trabajar del mismo modo.

—No sabía que tuviera usted una fábrica para que los necesitara —comentó Lisa, cortante, haciendo que varias mujeres rieran por lo bajo y que la señorita Vincent se abanicara con ganas con un enorme abanico blanco de plumas, dejando claro que se había sentido ofendida.

—No la posee, pero es verdad que hombres como el señor Bells necesitan a esos niños para sus fábricas —comentó una de las otras damas—. He oído que trata de que sus trabajadores enfermen lo menos posible.

—Desde luego, es un hombre honorable —comentó otra de las damas.

—Y bastante apuesto —apuntó otra, creando risillas entre las presentes.

—Pero su carácter es bastante desagradable —puntualizó Lisa.

—¿Y qué? Con el dinero que posee y los socios poderosos que parecen crecer a su alrededor, puede tener la actitud que quiera —comentó la señorita Vincent—. Además, he oído rumores sobre cómo es de amante.

Lisa notó cómo un rubor cubría su rostro al oír semejantes palabras. No le interesaba en lo más mínimo oír lo que las mujeres parecían haber oído sobre Adrien Bells, pero, allí presente, parecía inevitable.

—Creo saber cuál es la mayoría de sus parejas y que algunas aún desean más de sus atenciones —siguió comentando la señorita Vincent, ocultando sus labios con el abanico de plumas, como si alguno de los invitados a la fiesta fuera a descifrar lo que decía.

Las demás damas se acercaron a ella con aire confidencial, deseando escuchar para ver si alguna de sus conocidas se encontraba en la lista que la señorita Vincent había podido recopilar. Pero Lisa no sentía ningunos deseos de escuchar todos los nombres de unas desconocidas que afirmaban haber pasado una noche con Adrien Bells.

—Discúlpenme, pero creo que iré a por algo de beber —murmuró hacia ellas.

Pero las mujeres se encontraban tan enfrascadas en el hecho de poder oír quiénes eran las amantes de uno de los hombres más codiciados de la ciudad

que apenas prestaron la más mínima atención a su marcha. Algo que esta agradeció para sus adentros.

Acercándose a la mesa donde se servían los tentempiés, cogió una copa de champán y no dudó en bebérsela de un solo trago, tratando de ignorar a todos aquellos invitados que parecían despedazar a los Bells verbalmente, tratando de obtener aunque solo fuera un pedazo de ellos.

—¿Y a qué se debe que se encuentre sola?

Lisa volvió la cabeza hacia Adrien en el acto al reconocer su voz. ¿Cómo no podría, después de todas las veces que habían discutido? Pero, aun así, tuvo que admitir que la apariencia de Adrien mientras se acercaba a ella era impecable, con un elegante traje negro y el pañuelo blanco al cuello; parecía haberse escapado de alguna de las obras de arte de las que pendían de las paredes.

—La conversación de las mujeres no es muy variada. Y la mayoría de ellas se centran en usted, así que...

—¿Quiere decir eso que está usted celosa al ver todas las mujeres que están interesadas en mí? —comentó este, con una de esas sonrisas que parecían embellecer aún más sus rasgos.

—¿Celosa? —repitió Lisa, soltando una risotada ante semejante idea—. ¿Cómo podría estar celosa de algo así? Tendría que estar tan loca como ellas para eso. Creo que ya se están repartiendo verbalmente partes de su cuerpo.

Adrien asintió, pero aún pendía en sus labios un indicio de aquella sonrisa.

Lisa hubiera acabado allí congelada si no fuera por la figura de Jack Mardling, al cual captó mirando con bastante atención a su hermana, comentando algo con otros caballeros de la fiesta.

No se podía negar su belleza de cara de ángel, pero, desconociendo lo que hablaba con aquellos hombres, la sonrisa angelical cambió para dejar paso a la sonrisa de un demonio mientras seguía mirando hacia Clea. Parecía un gato sabiendo que tenía atrapado al ratón.

Adrien siguió el curso de su mirada y supo a la perfección a quién estaba mirando.

—¿Está interesada en el joven Mardling? Desde luego, tiene locas a bastantes damas.

—No insinúe semejante locura. Solo lo observo porque no deja de mirar a mi hermana.

—¿Y qué problema hay con ello? Su hermana es una muchacha hermosa.

Es normal que los caballeros la miren.

—¿Qué está insinuando?! —clamó Lisa, indignada—. ¡Solo tiene dieciséis años!

—Hay mujeres que se casan a esa edad. Incluso antes.

—Desde luego que no tiene ninguna clase de moral. ¿Cómo puede hablar de eso cuando tiene dos hermanas de edades similares? Si fuera a sus hermanas a las que mirara, le aseguro que no diría lo mismo.

—Oh, sí. Lo diría. Que eso pase no significa que dejara que se casara con alguna de mis hermanas.

—Menos mal.

—Ellas deben centrarse en encontrar a algún hombre de buena posición, que tenga un título y tierras para que les dé una seguridad en la vida. Yo no podré estar cuidándolas siempre.

Lisa lo observó, apenas sin poder pensar en algo coherente que decirle. Tal era su indignación ante sus palabras que parecía haberse quedado en blanco.

—De verdad es usted insufrible.

—No se puede decir que usted sea mucho más amigable —le respondió este, soltando un pequeño bufido.

—¡Oh! ¿Cómo se atreve? ¡Es usted el que siempre empieza todas las peleas!

—Yo no recuerdo haber empezado ninguna discusión. Es usted la que se ofende ante todas mis palabras.

—¡Porque las decís con ánimo de ofenderme!

—¿Quién puede asegurar eso? —le preguntó este, acercándose más a ella, tapándola de los ojos de los invitados sin que ella se diera cuenta.

—¡Yo lo afirmo! ¡Es lo que hace continuamente cada vez que me ve!

—Yo no lo veo de ese modo.

—Pues entonces es usted ciego, señor.

—Y usted una cabezota. Insiste en que las cosas son como usted las ve.

—Porque, desde luego, es así como son.

—¿Quién es aquí la insufrible?

Las mejillas de Lisa se tiñeron de rojo por la ira, sintiendo que su moderación estaba llegando a su fin.

—De verdad que nunca he conocido un hombre tan... arrogante, testarudo y egocéntrico como usted. Se cree importante porque ahora tiene dinero, pero eso no le ha hecho mejor persona. ¡Al contrario! ¡Lo ha echado a perder!

Algunos de los invitados que andaban cerca parecieron oír las últimas palabras de Lisa, pero ella no se dio cuenta y Adrien estaba demasiado concentrado en ella como para que pudiera importarle.

Viéndola en aquel estado, con las mejillas sonrojadas, la respiración acelerada y aquel brillo de rabia en sus ojos dorados, hizo que su cuerpo reaccionara en respuesta sin que pudiera evitarlo.

Cogiéndola de la muñeca, la sacó de la habitación tan rápido como pudo, oyendo cómo esta protestaba a sus espaldas mientras trataba de soltarse de su agarre. Pero en vez de aflojar, acabó cogiéndola de la mano hasta que llegaron al jardín de la casa, rodeado por un pequeño muro, quedando oculto de los transeúntes y a solas, ya que todo el servicio se encontraba concentrado en la fiesta.

Solo cuando estuvieron allí, este soltó su mano y ella dejó escapar una maldición tratando de apartarse de él.

—¿A qué ha venido esto?! ¡Me ha sacado de semejante modo delante de todo el mundo y ha dejado a mi hermana sola dentro de aquí...!

Pero Lisa se vio silenciada por los labios de Adrien sobre los suyos y ella, impresionada, solo pudo quedarse quieta, aún con el pulso acelerado tras haber estado discutiendo con él.

No lo admitiría nunca en voz alta, pero sus latidos solo se aceleraron aún más al sentir aquellos suaves, cálidos y sólidos labios sobre los suyos propios, notando cómo su propio cuerpo le impedía huir de su agarre, inclinándose hacia él, reaccionando por su propia cuenta.

Cuando sintió la mano de Adrien en su cadera, acercándola aún más, aquellos dedos clavándose en su ropa como si pudiera llegar a su carne, solo supo que alzó las manos contra su pecho. Si fue para alejarlo o acercarle, nunca lo supo, pues, a pesar de sus ropas, de todos los tejidos que los envolvían y separaban, sintió el cuerpo duro de este bajo sus dedos, los latidos de su corazón latiendo casi tan rápidos como los suyos propios y cualquier idea de huir, de pensar que los hombres podían ser peligrosos, se esfumó de su mente.

Debería estar luchando, tratando de soltarse del cuerpo de aquel hombre que detestaba, con el que no podía dejar de discutir y que la había mirado como si nada cuando la encontraba desnuda, como si solo se tratara de la mascota de la casa y no una persona.

En vez de eso, separándose de sus labios para tomar aire, dejó que este volviera a tomarlos con avidez, recorriéndolos una y mil veces como si se

alimentara de ella, logrando que sus rodillas se sintieran débiles, haciendo que su mundo bailara bajo sus pies como nunca antes había experimentado en su vida. Y pareció que el mundo entero dio un giro cuando él pasó la barrera de sus labios y gimió en el interior de su boca, como si fuera él el que estuviera siendo consumido por aquel carnal acto y no al revés.

La mano de Adrien se cerró en un puño en la cabeza de Lisa tratando de soltar los rojizos cabellos, intentando que cayeran gloriosamente como habían hecho en aquella bañera. Así era como quería verla; desnuda por completo ante él, tan atractiva y altiva como una diosa griega, dispuesta a pelear contra él y que, sin embargo, acabara cayendo ante sus besos y caricias.

No pudo contener sus ansias de apretar aquel fragante cuerpo contra el suyo para colocarla contra su dureza encendida, aun cuando sabía que tenía estar alejándola de él, decir que aquello había sido una confusión temporal y abandonar el jardín.

El cuerpo de Lisa se sentía manejable bajo sus manos, dándole la impresión de que podría darle la forma que deseara siempre que siguiera besándola con aquella ávida ansia, que siguiera provocando aquella rendición tacita por parte de esta pues, aunque en un principio solo hubiera colocado las manos sobre su pecho, ahora estaba aferrada a él, ladeando la cabeza para que su unión fuera más perfecta, más profunda, solo por puro instinto.

De haber sabido de las ansias de este por hacer sus ropas a un lado sin ningún cuidado y tomarla allí mismo, sin importarle que alguien los viera, a lo mejor no se hubiera rendido tan rápido y hubiera huido, aterrorizada, de su lado.

Lisa tuvo que separarse nuevamente para tomar aire, dejando salir un pequeño gemido que se disparó por el cuerpo de Adrien como una bala, abrasándolo, haciéndole respirar entre dientes, amenazando con saltar sobre ella.

Sin embargo, abriendo los ojos, contemplando aquel rostro dulcemente sonrojado, con los labios húmedos, se recordó quién era ella y quién era él, con sus familias dentro del salón y cómo batallaban entre ellos cada vez que podían.

Alejándose de ella, tuvo que cerrar los puños a ambos lados de su cuerpo para no volver a tomarla, viendo cómo Lisa parpadeaba, confusa, casi como si estuviera despertando de un sueño, buscándole con la vista.

Cuando ambos se miraron, ella no pudo evitar sonrojarse, pensando en qué estupidez había cometido al dejarse besar por él y corresponder a sus

besos, girándose para que este no viera su rostro, fingiendo que contemplaba el jardín perfectamente cuidado. Y Adrien, a su vez, trataba de que su respiración volviera a la normalidad y que las puntas de sus dedos dejaran de picar, deseando cogerla de nuevo entre sus brazos, contemplando la figura de esta, que no ayudaba nada para mantener su autocontrol.

Ninguno de ellos supo qué decir después, manteniéndose en silencio en la oscuridad de la noche. El sonido de las voces de los invitados llegaba hasta ellos de manera vaga, ya que las puertas cerradas amortiguaban el sonido.

—Señorita Freeman... —murmuró este al final.

Pero la mano extendida de Lisa hacia él le hizo silenciarse en el acto.

—No hace falta que diga nada. Usted sabe, tan bien como yo, que esto ha sido un completo error, así que nunca volveremos a hablar de esto. Si me disculpa, tengo que volver junto a mi familia.

Sin que Adrien pudiera encontrar palabras para detenerla, solo pudo ver cómo esta se alejaba rápidamente de allí, sin bajar el ritmo ni volverse hacia él en ningún momento, perdiéndose entre las sombras del jardín antes de oír una puerta abrirse y cerrarse.

Consternado, este solo pudo permanecer allí. Las palabras que iba a pronunciar eran algo similares a las de ella, pero, aun así, solo pudo quedarse impresionado por la forma en la que Lisa había cortado de raíz lo que allí había ocurrido, permaneciendo donde estaba un momento antes de decirse que él también tenía que volver dentro de la fiesta de su propia casa.

Dejó que pasaran unos minutos antes de ir tras los pasos de Lisa, encontrándola consternada, mirando hacia un grupo de mujeres.

Se trataban de las damas con las que Lisa había estado hablando antes de dirigirse a la mesa de la comida, las cuales parecían tratar de tomar algún tipo de conversación con su hermana.

La mayor de las Freeman las contempló, sabiendo que las mujeres habían notado su marcha con el señor de la casa y, al parecer, querían hacerle pagar aquel tipo de descaro, sabiendo que ellas lo deseaban, a través de su hermana menor.

La señorita Vincent parecía la más motivada y la que hablaba en todo momento con Clea, luciendo una sonrisa en la cara, haciendo que su hermana la observara con atención, teniendo a las gemelas a ambos lados de ella, como si la estuvieran protegiendo. Y, por las expresiones de los rostros de las jóvenes, no parecía caerles en gracia la dama.

Algo respondió su hermana a las provocaciones de la mujer, ya que vio

cómo Clea alzaba la cabeza, desafiante hacia ella, haciendo que su hermana mayor se temiera lo peor desde donde se encontraba observándolas, temiendo acercarse y empeorar la situación.

La señora Vincent hizo un gesto a los músicos, los cuales se detuvieron en el acto, haciendo que toda la atención se dirigiera hacia la dama, ya que llamó la atención de los presentes dando unos golpes en su copa.

—¡Atención todos! —anunció—. La encantadora señorita Freeman va a regalarnos a todos una perfecta pieza de piano, ya que se ha ofrecido a ello.

El alma de Lisa cayó a sus pies al oír aquellas palabras, sabiendo que qui,n tenía la culpa de que su hermana se pusiera en ridículo era suya. Ella y solo ella había enfadado a las mujeres al salir del cuarto en compañía del señor Bells, incluso aunque hubieran vuelto con tanta rapidez al salón, ya que estas solo podían suponer lo que había ocurrido entre ellos.

Vio cómo su hermana se acercaba al piano entre los aplausos educados de los invitados, viendo cómo su padre parecía confuso por la situación. Del mismo modo que sabía ella, Clea nunca había tocado ante más público que los propios miembros de su familia. Podía decir que se encontraba nerviosa solo observando la forma que tenía esta de caminar hacia el piano.

—¿Por qué está tan tensa? —le preguntó Adrien, sintiéndole a su espalda.

Pero no podía perder el tiempo con él en aquellos instantes, no cuando su hermana menor podría hacer el ridículo ante las personas más influyentes de todo el país.

—Clea nunca ha tocado para tanta gente —le murmuró ella, entrelazando sus manos, nerviosa, para llevárselas al pecho, tratando de controlar su miedo.

—¿Tan poca confianza tiene en su hermana? —le preguntó este.

Lisa se volvió hacia él, dispuesta a discutir sus palabras, pero cuando abrió la boca ante Adrien se dio cuenta que aquello era precisamente lo que la ponía nerviosa. No confiaba en que su hermana pudiera hacerlo bien delante de tanta gente.

Volviéndose hacia el piano, vio cómo esta buscaba entre las partituras alguna pieza que fuera de su agrado y, cuando la encontró tomó aire, preparándose. La señorita Vincent reía por lo bajo hacia las demás damas, teniendo por seguro de que la joven se pondría en ridículo ante las miradas molestas de las gemelas, que veían cómo las mayores trataban de gastar aquella mala broma a su amiga.

Sin embargo, toda la sala se quedó en silencio cuando las primeras

dulces notas del piano empezaron a alzarse en el aire, así como el sonido de la voz de Clea con la canción que acompañaba a las notas, haciendo que más de un invitado suspirara con deleite.

Clea siempre había tenido el don de la música, con aquella hermosa voz que poseía. Irene le había dicho en más de una ocasión, con lágrimas en los ojos, que cuando cantaba era la viva imagen de su madre, ya que ambas tenían la misma canción favorita, incluso antes de que la menor supiera de la coincidencia, y ambas la cantaban a todas horas.

Lisa no pudo evitar cerrar los ojos, disfrutando de la pureza de su voz junto con las notas perfectamente bien ejecutadas, ganándose cada vez más la admiración de los invitados.

La expresión en el rostro de la señorita Vincent se trastocó en el acto al oírla, ya que pensaba que sus conocimientos de piano serían casi nulos.

De habérselo pedido a Lisa, su acción habría resultado como ella quería, pero, desde los cuatro años, Clea había tocado el piano casi cada día, ya que a la pequeña le había gustado ver las expresiones de su familia de aprobación cuando tocaba y cantaba, solo mejorando con el tiempo.

Cuando las últimas notas murieron, los aplausos en la sala se elevaron como un bramido, haciendo que Clea se pusiera en pie con el rostro completamente sonrojado, no perdiendo tiempo para volver junto a sus amigas, las cuales la felicitaron fervorosamente mientras la señorita Vincent se volvía con un aire de orgullo herido y se alejó de ellas abanicándose con indignación, seguida por el grupo de mujeres que parecían seguirla por la sala.

—¿Ve cómo no tenía nada que temer? —le dijo Adrien, que aún permanecía a su espalda, haciendo que Lisa saltara, pues se había olvidado de su presencia, trayendo a su mente lo que había ocurrido en el jardín, haciendo que su rostro se tornara igual de rojo que el de su hermana, impidiéndole volverse hacia él.

—Solo temía que Clea fuera incapaz de tocar delante de tanta gente. Siempre lo ha hecho solo delante de nosotros, pero desde luego que veo que mi hermana es más valiente de lo que yo creía. Parecía que ni siquiera notara al resto de invitados.

—Creo que, a partir de este momento, va a tener bastantes pretendientes —le señaló este, indicándole con la cabeza los hombres que miraban a Clea con algo parecido a la aprobación, como si midieran que su belleza y su forma de tocar valiera más que el hecho de venir de una familia más humilde.

Incluso aunque a Lisa le sorprendiera poder hablar de aquel modo con

Adrien después de lo que había ocurrido entre ellos hacía solo unos minutos, se volvió hacia este con determinación.

—Mi hermana aún no está en edad de que nadie la pretenda.

—Por supuesto —comentó él, aun mirando a la gente, con las manos unidas a su espalda—. Primero tendrá que casarse su hermana mayor.

—¿Se está prestando usted como voluntario para eso? —le preguntó Lisa, con tono burlón.

Pero volvió a recordar lo que había pasado entre ellos en el jardín y Adrien la contempló con aquella inmóvil y atenta atención, haciendo que Lisa se sintiera incómoda por su mirada y estúpida por permitir que unas palabras como aquellas salieran de sus labios delante de él. Era como si le incitara a que volviera a hacerlo.

Viendo cómo su hermana le hacía un gesto con la mano para que se acercara a ellas, se sintió salvada, así que solo hizo una rápida inclinación de cabeza hacia el señor Bells antes de alejarse de él.

Adrien la contempló alejarse con aquel vestido color *beige* que parecía encajar con su tono de piel, como si se hubiera transformado en su segunda piel, pensando en las palabras que ella había dicho en tono de burla.

La había arrastrado a su jardín para besarla, ¡a ella!, a Lisa Freeman, ya que algo dentro de él, un impulso incontrolable que había apagado cualquier rastro de raciocinio por su parte, le había empujado a ello y a mucho más, porque el deseo no había quedado en un simple beso, ya que se había imaginado sin problemas arrastrar a la joven bajo él y tomarla, recorrer aquella piel cubierta de aquellas pequeñas pecas doradas y descubrir cada uno de los secretos de su cuerpo. Hubiera sido relativamente fácil aquello, ya que Lisa había acabado abandonándose al beso.

Pero su parte racional había despertado de golpe, recordándole que aquella mujer se divertía llevándole la contraria y su modo de discutir, haciendo que se refrenara a sí mismo incluso en contra de sus deseos. ¡¿Cómo se atrevía a bromear con algo como que él quisiera ser uno de sus pretendientes?! ¡Lo que su cuerpo le clamaba era que la tomara, que la hiciera gemir bajo él, que enterrara el rostro en sus cabellos rojizos y se envolviera en su aroma como un adicto envuelto en opio! ¡No casarse con ella!

Su cuerpo aún se hallaba tenso y duro de un modo que le costaba ocultarlo a los ojos de los demás. Por eso permanecía cerca de la mesa de la comida, tratando de mantenerse lejos de los ojos de sus invitados.

¿Cómo podía estar ella tan tranquila? ¿Cómo podía hacer bromas de

aquella clase? ¿Acaso no había sentido nada cuando la había besado? ¿Solo había sido él el que se había perdido en el momento? Demasiadas damas habían quedado extasiadas con sus besos, sometiéndolas con facilidad a sus deseos para pensar que no era lo suficientemente experto.

Entonces... ¿qué demonios había ocurrido con la señorita Freeman? ¿Acaso era inmune a las artes amatorias de un caballero?

Sintiéndose frustrado por aquellos pensamientos sobre la muchacha, a la cual tendría que estar sacando cuanto antes de su mente, tomó una de las copas de champán que había dispuestas sobre la mesa, vaciándola de un trago más por la necesidad de moverse que porque quisiera emborracharse.

El alcohol despertaba en él recuerdos que prefería olvidar, por lo que nunca bebía más de la cuenta. Y, ahora, sin embargo, por culpa de una simple muchacha con la que había jugado de niño, que solo era una chica normal y sosa de campo, todo su interior parecía encontrarse revolucionado.

No. Tenía que controlarse, pensar con racionalidad. La atracción repentina que había sentido hacía ella tenía que deberse a que hacía mucho tiempo que no había estado con ninguna mujer. Observando al resto del grupo femenino que pululaban por su casa, pensó que no había ninguna medianamente atractiva. Pero acabaría llevando a alguna de ellas a su habitación. Así se tranquilizaría, volvería a tomar el control de sí mismo, se recordaría que ahora era él el que mandaba y mataría de una vez por todas aquella estúpida atracción que había surgido tan de repente.

Cuando Lisa se colocó junto a su hermana, esta no tardó en tomar sus manos entre las suyas con una amplia sonrisa surcándole el rostro.

—¿Has visto cómo he tocado? ¡Todo el mundo ha quedado impresionado! —exclamó Clea, pareciendo aún demasiado emocionada.

—¡Desde luego que sí! ¿A quién no podría gustarle cómo tocas o cantas cuando pareces un ángel al piano? Es el único momento del día que estás tan quieta y tranquila.

Clea torció el gesto al notar la ligera pulla entre los halagos que su hermana le dedicó, pero no comentó nada al respecto sobre ello.

—Ha sido tan hermoso —comentó una educada señora mayor, la cual se presentó como la baronesa Clayworth, envuelta en un elegante vestido color burdeos—. Realmente toca como un ángel, querida. Estoy segura de que a mi hijo le hubiera encantado oírla tocar.

—¿No ha podido asistir a la fiesta? —le preguntó Lisa, tratando de parecer cortés.

No conocía de nada a la mujer, pero si esta había sacado el tema era posible que no le molestara que preguntara el motivo de su ausencia.

—Oh, querida —se lamentó la mujer, entristeciéndose su expresión—. Mi querido Rayner tuvo un accidente donde su vista quedó seriamente dañada. Los médicos opinan que se recuperaría con tratamiento, pero él se niega a ello y apenas logramos que salga de casa.

—Parece un desgraciado incidente —se lamentó Kailyn, a un costado de la baronesa.

—Por supuesto que lo es. Desde entonces, Rayner se niega a salir de su habitación, se pasa los días en la cama y sin ningún apetito. Nos tiene a todos muy preocupados, ya que los criados siempre le han tenido un gran aprecio.

—Yo creo que es solo una etapa. Después de un accidente de semejante calibre es normal que pase un tiempo en que acepte la nueva situación en la que se encuentra. Pero, con el paso del tiempo, su actitud cambiará y, sabiendo que hay tratamiento, acabará por mejorar. Seguro —comentó Lisa, convencida.

En Bishopstoke había visto a hombres que habían perdido miembros en accidentes y, aunque en un principio se lamentaran de su suerte y se mostraran furiosos con todo el mundo, acababan adaptándose a su nueva condición, la mayoría de ellos buscando empleos que pudieran desempeñar. Siempre había unos pocos que se mantenían en aquel pozo de autocompasión del que no salían jamás, pero no le diría algo como eso a la baronesa.

—Son ustedes muy dulces. Estoy segura de que mi hijo estaría encantado de conocerlas —les dijo la señora Clayworth, cogiendo la mano de Lisa entre las suyas y sonriendo a Clea—. Desearía que mi hijo encontrara a una mujer como ustedes.

Lisa y Clea se dedicaron una mirada, ya que se dieron cuenta de que realmente la baronesa estaba buscando una mujer que quisiera casarse con su hijo, incluso en la nueva situación en la que se encontraba.

El señor Craven apareció a su lado, saludando a la dama y mirando hacia las jóvenes Freeman.

—Lamento separaros de vuestras amigas, queridas, pero hay unas personas a las que deseo presentaros. Si no os molesta que os las robe... —comentó, haciendo que la baronesa tuviera que soltar la mano de Lisa a regañadientes.

Las hermanas se agarraron a los brazos del señor Craven, alejándolas de las invitadas y, cuando estuvieron a una buena distancia, les comentó:

—Tened cuidado con la señora Clayworth. Antes consideraba que no

había nacido mujer alguna digna de su único hijo. Pero, sabiendo cómo se encuentra este ahora y que parece que su ceguera será permanente, no deja de buscar a alguna dama que se preste a cuidarlo.

—Nos hemos dado cuenta —comentó Clea.

—El problema es que esa mujer no ha dejado respirar a su hijo en ningún momento. Su marido murió muy pronto, poco después del nacimiento del niño, y volcó sobre él todas sus atenciones. Por mucho que él trató de alejarse de ella, de que le permitiera cierta libertad, su madre siempre estuvo encima de él. Creo que es ahora la primera vez que sus decisiones cuentan por encima de las de su madre. Pero, aun así, la mujer que se case con él tiene que saber que la baronesa siempre formará parte de ese extraño triángulo matrimonial.

—¿Insinúa usted que la baronesa no dejaría a la joven que aceptara ese matrimonio en paz, sabiendo que esta prácticamente sacrificaría su vida junto a él? —le preguntó Lisa.

—No lo insinúo. Lo afirmo. Todo tendrá que hacerse siempre a su gusto. Y el barón, que no sale de su cuarto, no pondrá ninguna pega a ello porque le importará muy poco. Por eso os he sacado de allí. Parecía bastante pendiente de vosotras dos.

—Yo no tengo deseos de casarme —afirmó Lisa.

—Y yo tengo que conocer y amar a mi futuro marido —aseguró Clea a su vez.

—Bueno... espero que eso siga así, aunque no en su caso, señorita Lisa. De paso, ya que os he sacado de allí, os presentaré a alguno de los invitados. No sería digno que dos bellezas como las vuestras pasaran desapercibidas en esta fiesta.

Cómo no, Clea rio por lo bajo y se dejaron llevar por este de un lugar a otro, sonriendo y presentándose a tal cantidad de gente que Lisa desistió de recordar todos sus nombres.

Si hubiera estado un poco más atenta a su entorno, en vez de tratar de recordar esos nombres, a lo mejor hubiera notado la mirada molesta de Adrien Bells sobre ella, observándola con atención mientras el señor Craven se encargaba de llevarlas de un lugar a otro, sonriendo a los invitados.

CAPÍTULO 7

En esos términos, llegó marzo, con las jóvenes haciéndose aún más amigas, y Lisa y Adrien seguían manteniendo aquella relación de disputas, haciendo ver delante de los demás que actuaban como siempre, cuando en privado ninguno de los dos parecía capaz de olvidar lo ocurrido en la fiesta.

El señor Bells viajó a Bradford, en el norte, ya que allí tenía dos fábricas textiles que atender. Por lo general, tenía a varios encargados de estas, que eran sustituidos en cuanto tenía la menor duda sobre ellos respecto a su desempeño en el trabajo, pues él mismo no podía pasar mucho tiempo allí como para controlarlo todo. Y Lisa, al saber de su marcha, en vez de quedarse más tranquila ante sus menores encuentros, notó la ausencia de este mientras salía con sus hermanas, fingiendo que le traía sin cuidado.

—Quién diría que lo echas de menos —le comentó Clea con una sonrisilla perversa después de volver ambas de ayudar a su padre con los niños de la parroquia.

El cuidado de estos tenía que ser constante y procurar que, al menos, tuvieran una comida decente al día si era posible, tratando de evitar que contrajeran enfermedades. Algo que, para la época en la que se encontraban, parecía casi imposible.

—¿Cómo crees eso? Yo nunca echaría de menos a ese hombre. Siempre está haciéndome la contra y tratando de enfadarme por cualquier cosa.

—¿Y no crees que hace eso para llamar tu atención? Lo hablé con las gemelas y llegamos a la conclusión que eres la única mujer con la que tiene un trato tan cercano como para andar molestándoos el uno al otro.

—Así que de eso habláis cuando os dejo a solas, ¿eh? Ahora resultará que estoy rodeada de jóvenes cotillas.

—Bueno... Solo pensábamos que, si os casabais, nosotras seríamos aún más cercanas y hasta es posible que nos fuéramos a vivir todos juntos.

—Maquinando matrimonios a las espaldas de los demás. Ya deberías saber que yo no me voy a casar. Ni con el señor Bells ni con nadie, así que no insistas.

—¿Por qué sigues diciendo eso? —le preguntó Clea, siguiendo a su hermana mientras Lisa trataba de alejarse de ella, dando por concluida aquella

conversación—. Seguro que lo dices porque aún no te has enamorado de nadie y por lo que ocurrió con Charl...

La mirada de Lisa fue más que suficiente para que dejara el tema de lado, ya que sabía qué efectos tenía aquel tema en su hermana.

Pero no así las gemelas, pues las jóvenes habían quedado en hablar con discreción con sus respectivos hermanos para descubrir si había algún sentimiento el uno por el otro.

Cuando Adrien volvió de su viaje fue igualmente asaltado por las señoritas Bells, que entraron en su despacho poco después de que este dijera al servicio que no quería ser molestado por nadie.

Kailyn se colocó cerca del escritorio, con las manos apretadas contra el regazo, un poco nerviosa ante la perspectiva de cómo reaccionaría su hermano al meterse en sus asuntos, pero Kaila se sentó en la mesa, quedando de cara a su hermano, haciendo que este se hiciera hacia atrás en su asiento, sabiendo que las gemelas querían algo de él.

—¿Tenéis algún problema? —aventuró.

—No. ¿Qué problema íbamos a tener? —le preguntó Kaila con una fingida sonrisa inocente que su hermano no se creyó.

—¿Me dirás tú la verdad, Kailyn? —le preguntó a su otra hermana.

En comparación con Kaila, esta se notaba claramente nerviosa, mirando a uno y a otro sin demasiada confianza. Su hermana también la miró, esperando a que hablara.

—¿Qué te parece Lisa Freeman? —le preguntó ella a su vez, haciendo que la mayor de las gemelas soltara un bufido.

—¡Qué sutil!

—¿Y eso a qué viene?

—Nos hemos dado cuenta que, a pesar de lo mucho que discutís, es la única mujer con la que tienes un trato cercano —comentó la mayor mientras Kailyn asintió, secundándola.

—Parecemos cercanos porque nos conocemos de antes. Pero nada más. Todo lo que se os ocurra a partir de ese punto es cosa de vuestra imaginación. Os aseguro que no estoy enamorado de esa mujer ni nada que se le parezca.

Kailyn puso mala cara y Kaila volvió a soltar un nuevo bufido.

—Aunque nos consideres unas niñas, no somos idiotas en absoluto. Notamos cómo te llevaste a la señorita Freeman de la fiesta durante un rato.

—Estaba alzando la voz. ¿Esperabais que dejara que el resto de los invitados oyeran lo que nos decimos? ¿Qué imagen hubiéramos dado?

—¿Y qué imagen crees que diste al sacarla de aquella forma? Además, aunque discutís, tampoco notamos como si eso os molestara.

Kailyn solo parecía asentir a todo lo que decía su hermana mientras Adrien trataba de mantenerse tranquilo respecto a aquel tema. Después de todo, no pensaba contarles a sus hermanas que era cierto, que, al menos, por su parte, sí que no podía evitar sentir una cierta atracción, la cual no sabía de dónde surgía.

Aunque aquello significara mentir a sus hermanas, negaría todo aquello.

—No somos las únicas que pensamos así —le aseguró Kaila.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Adrien, frunciendo el ceño—. ¿Quién más piensa como vosotras?

—Clea también piensa que hay algo entre vosotros. Dice que nunca ha visto a su hermana tan alterada como cuando habla contigo —le aseguró Kailyn, acercándose.

Por un momento pensó que la propia Lisa podría haberles dicho algo a sus hermanas, teniendo en cuenta que estas pasaban mucho tiempo con los Freeman. Fue un alivio descubrir que aquello solo era un complot entre las hermanas pequeñas, las cuales parecían querer unir a las familias de algún modo.

—Sabéis que yo solo me casaré con una mujer que pueda darnos cierta posición en la sociedad —les aseguró este, manteniendo su fachada inescrutable.

—¿Y crees que nosotras vamos a creernos eso? No te hace falta ninguna mujer con título para tener una posición aún más alta de la que ya tienes. Y jamás serás feliz en ese tipo de vida —le reprochó Kaila.

—Pero yo nunca esperé a ser feliz. Lo creáis o no, aunque a vosotras siempre os dediquen sonrisas y halagos, aún nos desprecian, nunca nos considerarán a su nivel hasta que no consigamos obtener un título. Y prefiero sacrificarme yo que alguna de vosotras tengáis que casaros con algún viejo para eso.

A pesar de lo que le había dicho a Lisa en la fiesta, sobre que quería a hombres con dinero y título como esposos de sus hermanas, sabía que nunca serían felices así y prefería ser él que tuviera que venderse al mejor postor que ellas.

Las gemelas se miraron sin saber muy bien cómo contestar a eso. Era verdad que ellas nunca habían sentido cómo que nadie las despreciara, ya que todo eran sonrisas en su presencia. Aunque sabían de los modos de ser de la

alta sociedad.

—Tampoco vemos bien que te sacrifiques tú —le dijo Kailyn.

—Además, ¿por qué das por sentado que no nos podemos casar por amor con alguien con un título? No queremos a una hermana que odiamos y sea una creída, que nos mire por encima del hombro.

—Sois unas ingenuas. Si pensáis que de verdad el mundo es así de fácil, que encontrareis a alguien con todo eso del que os podáis enamorar, es que aún os falta por crecer.

—¿Nos estás llamando niñas?! —gritó Kaila—. Además, estoy absolutamente convencida que puedo llegar a casarme con alguien de buena posición —le aseguró.

—¿Vais a seguir así mucho más? Porque yo necesito trabajar.

La mayor de las gemelas pareció estar dispuesta a decir algo más, pero su hermana se apresuró a callarla, impidiendo que dijera algo más.

—Nos vamos. Pero recuerda que nos prometiste ir con nosotras a dar un paseo por la ciudad.

—Tranquilas. Me aseguraré de tener todo el trabajo del día terminado por la mañana —aseguró este, tratando de volver a centrar su atención en los libros mientras Kaila y Kailyn salían del cuarto, dedicándose una sonrisilla traviesa antes de cerrar la puerta.

Cuál fue la sorpresa cuando, al día siguiente, se enteró que también habían quedado con las hermanas Freeman, viendo la expresión de sorpresa en Lisa tanto como en él mismo cuando se encontraron cara a cara.

Podían verse sin problemas cuando estaban todos juntos, cuando no tenían ningún tipo de intimidación, cuando el señor Freeman hablaba del cielo y el paraíso a la señora Bells para que esta se sintiera tranquila y las jóvenes estaban en torno a ellos, hablando de los cotilleos que conseguían escuchar. Pero, en la calle, donde las chicas se arrastraban las unas a las otras hacia los escaparates dejándolos a ellos dos atrás, era como si fueran algún tipo de pareja que estuviera paseando por la ciudad. Ninguno de los dos se sentía cómodo con semejante impresión y solo caminaron al lado del otro en completo silencio, sin ni siquiera sacar un tema sobre el que discutir.

—Parece que os lleven a la orca —comentó Kaila, riéndose, cuando se volvió hacia ellos y contemplaron sus caras largas.

—Bueno... ellos dicen que no se llevan bien, ¿verdad? —comentó Clea—. Entonces, es normal que tengan esa expresión.

Lisa hubiera deseado matar a su hermana allí mismo, pero alzó los ojos

hacia Adrien con cierta incomodidad, contemplando el rostro inexpugnable de este.

Su hermana le había dicho que ambos no lucían precisamente felices. Cómo había conseguido deducir eso al mirarle era algo que se escapaba de su comprensión. Solo quería terminar cuanto antes con aquel paseo y que cada uno volviera a su casa sin mayor inconveniente.

—¿No teníamos que comprar algo en la tienda que nos hemos pasado? —preguntó Clea de golpe hacia las gemelas, que se detuvieron y echaron un vistazo a la calle.

—¡Oh! Es verdad. ¡Le prometimos a la señora Le Point que pasaríamos a recoger los sombreros que le habíamos encargado! —exclamó Kaila, dando una palmada sonora—. Esperad aquí. Nosotras volveremos enseguida —dijo hacia Adrien y Lisa, cogiendo a su hermana y a Clea de las manos antes de marchar calle arriba.

Aquel intento de dejarlos solos fue tan infantil que de encontrarse en otra situación Lisa se habría echado a reír. ¿Encontrándose completamente a solas con el señor Bells? Deseaba que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara, ya que estar a su lado significaba recordar constantemente su momento de debilidad y la hacía sentirse avergonzada sin poder evitarlo.

—Tengo la impresión de que no volverán en un buen rato —comentó Adrien, sin ningún tono particular en la voz.

—Jóvenes de compras, ya se sabe. —Fue todo lo que comentó ella por lo bajo.

Y el silencio pesado volvió a abatirse sobre ellos, haciendo que Lisa se sintiera aún más incómoda en aquel momento.

Quería ir a casa, centrarse en ayudar a Irene con las tareas, limpiar su cuarto o dedicarse a planchar cortinas. Cualquier cosa le vendría bien con tal de que su mente se concentrara en cualquier otra cosa que no fuera él. Desde aquel maldito momento de la fiesta, su cabeza parecía completamente incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera Adrien Bells. Saber que iría a su casa la hacía estar nerviosa todo el día, revisando su vestuario una y mil veces hasta pensar que no podía estar más perfecta, diciéndose que esa actitud se debía al desprecio del que él había hecho gala cuando la había encontrado en la bañera. Sus discusiones, aún fuertes como una pelea de perros, se estaban sintiendo hasta divertidas y temía que su hermana o las gemelas lo notaran claramente y se lo hicieran saber a este. No quería ser la única que parecía estar cambiando, incluso quería resistirse a ello, y trataba de dar la misma

imagen de siempre.

—A mí no me disgustaría que os casarais —comentó el señor Freeman cuando Lisa le dijo cómo su hermana y las jóvenes Bells trataban de emparejarlos—. Es más. Pienso que es todo un caballero, sin olvidar de dónde vino, y siempre me agradó. Cuando eráis pequeños, ya pensaba que os tendría que tener vigilados cuando crecierais para que no hicierais algo indebido antes de tiempo. Pero creo que sus intentos son inútiles. Con su nueva posición, lo más seguro es que encuentre a una señorita de buena posición.

—¡No hable como si fuera yo la que quisiera casarme con él y no pudiera! —le recriminó esta—. ¡Dígale a mi hermana que deje esos juegos de niñas molestos y se dedique a mejorar su carácter! Tiene que aprender a tener cuidado con los hombres. Cae demasiado fácil ante los halagos.

Lo que menos necesitaba era que su padre también apoyara aquella absurda ilusión sobre que ella y Adrien podrían llegar a comprometerse. Ella no estaba interesada en hombres, no quería estarlo, y quería dedicarse a cuidar a su padre, sin ningún marido que se metiera en sus asuntos, hasta que este falleciera en paz y ver a su hermana bien casada. Eso era todo lo que deseaba en la vida.

—¿Le apetecería caminar por los alrededores durante un rato? No creo que las jóvenes vuelvan pronto —ofreció Adrien, observándola desde su media cabeza más de altura, sacándola de sus recuerdos.

Lisa pensó en decirle que no, que tenían que esperar allí hasta que las jóvenes volvieran o estas no sabrían encontrarlos. Pero aquello significaba más de ellos dos a solas en mitad de la calle, inmóviles, como si fueran dos desconocidos a los que hubieran obligado a permanecer juntos de ese modo. Caminar un poco haría que el silencio no fuera tan pesado y tampoco tendrían que alejarse muchas manzanas de allí.

—De acuerdo. No me parece una mala idea.

En el acto, Adrien le ofreció su brazo, lo cual la dejó algo desconcertada, pues, desde que se reencontraron y él hizo el desafortunado comentario sobre sus manos, este no había vuelto a tener un detalle parecido ni ella lo habría aceptado entonces.

Y, a pesar de todo, Lisa aceptó en aquella ocasión, comenzando a caminar a paso relajado por la calle, sabiendo la imagen que daban a los transeúntes con los que se cruzaban. Una pareja de jóvenes paseando juntos un día de primavera.

—¿El señor Craven pasa a visitarlos a menudo? —le preguntó el señor

Bells de golpe, sacándola de sus pensamientos.

No entendía a qué venía aquella pregunta, pero tampoco tenía por qué no contestar.

—Por supuesto. Él es un buen amigo de la familia. Tiene un enorme cariño hacia mi padre y nos trata muy bien a mi hermana y a mí. Es de los pocos hombres que me agradan tanto.

La vista de Adrien se clavó en ella ante aquel último comentario, pero Lisa no lo percibió, ya que su atención estaba en la calle, tratando de esquivar a todas las damas y criados que se encontraban en aquella zona comercial, gastando a manos llenas.

—Desde luego, él parece tenerle un gran cariño a toda su familia —comentó este, en un tono más molesto de lo que le habría gustado emplear.

Aquel tono hizo que Lisa alzara el rostro hacia Adrien, ya que también había notado el malestar en su voz, frunciendo el ceño. No entendía a qué venía aquella animadversión hacia el señor Craven cuando ambos tenían negocios juntos.

—¿Le cae mal por algún motivo en especial o es que trata de ese modo a todos sus socios? —le preguntó Lisa, aún con el ceño fruncido por el malestar.

En verdad, apreciaba al señor Craven y agradecía todo lo que este había hecho por ellos. Su padre no se habría atrevido a abandonar Bishopstoke si no hubiera sido por él, sabiendo que este lo apoyaba, que les ayudó a encontrar un hogar y les enseñó una ciudad extraña para ellos.

—No es que me caiga especialmente mal. Lo que creo es que le tiene en demasiada alta consideración y no ve qué es lo que puede querer este de su familia.

—¿Y qué es lo que puede querer? ¡Dígamelo! —exigió Lisa, deteniéndose y soltándose del brazo de este.

No iba a permitir que el señor Bells insultara de aquel modo al casi único amigo con el que contaba su familia. Y menos por unas supuestas acusaciones que solo salían de la mente de Adrien.

—¿No le parece extraño que un caballero esté tan pendiente de unas jóvenes con las que no tiene ninguna relación sanguínea, si no sintiera algún tipo de interés especial en ellas? —le preguntó Adrien a su vez, elevándose su mal humor.

El hecho de que ella se soltara de su brazo ya le había hecho sentirse molesto, pero que, encima, defendiera de aquel modo al señor Craven, como si fuera algún tipo de héroe para ella, le hacía que lo sacaran de sus casillas a

un nivel que pocas veces había alcanzado en su vida.

—¿Está insinuando que el señor Craven solo permanece cerca de nosotros porque espera obtenernos a mi hermana o a mí por ello? ¡Es usted el hombre más retorcido que he conocido! ¡El señor Craven es todo un caballero y su cariño hacia nosotros no supera el aprecio que nos tendría nuestro propio padre! —sentenció Lisa, colocando las manos en las caderas y alzando el mentón.

Pero, para Adrien, aquella defensa tan apasionada por su parte solo servía para aumentar su ira. Y aún más cuando Lisa parecía desafiarlo, allí de pie frente a él, con aquella postura.

¿Era normal que su cuerpo pareciera desearla aún más cuando se comportaba de aquel modo? Tuvo que recordarse que estaban en mitad de la calle, rodeados de gente, para impedir que extendiera los brazos hacia ella y le hiciera entender con su cuerpo que al único hombre al que tenía que defender de aquella forma tenía que ser él, que tendría que mirarle solo a él, sin prestar atención a nadie más, y contener aquella pasión que envolvía su cuerpo para cuando ambos estuvieran a solas.

Él mismo se sorprendió ante aquel deseo de monopolizarla. Ni siquiera entendía de dónde surgía, pero era tan fuerte que dudaba poder contenerlo por mucho tiempo más. Encontrarse con ella tan a menudo no ayudaba en absoluto a lo contrario y sus continuas peleas lo encendían de un modo inusual cada vez que encontraban algún tema en el cual su opinión no coincidían.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Lisa, dejando las manos a los costados mientras contemplaba cómo la expresión de Adrien cambiaba, debatiéndose en todas aquellas emociones y deseos internos.

—Yo... —murmuró este, tratando de explicarle de algún modo cómo se sentía sin llegar a parecer una confesión, hacerle entender que tenían que dejar de encontrarse a solas, aunque solo fuera por su propia seguridad.

Sin embargo, no pudo dejarle las cosas claras, ya que alguien apareció para interrumpirles.

—Lisa Freeman, ¿es usted de verdad? —preguntó una voz de hombre a la espalda de esta.

Lo reconoció, ¿cómo no hacerlo?, incluso antes de volverse. La piel se le puso de gallina sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Había creído que jamás tendría que volver a verlo o saber de él. Y, desde luego, no allí.

Charles sonrió al verla volverse hacia él y se acercó aún más a ellos con paso vivo hasta que, sin que Lisa pudiera hacer nada para evitarlo, tomó su

mano y se la besó, haciendo que un escalofrío causado por el asco la recorriera de arriba abajo. No quería a aquel hombre cerca. Mucho menos que la tocara.

—¿Y de quién se trata tu acompañante? No recuerdo su rostro —siguió comentando Charles, colocándose ante Adrien con total desparpajo, como si tuviera el derecho de conocer a todos los conocidos de Lisa por alguna razón.

Si su simple visión, incluso su voz, era para ella desagradable, ver a los dos hombres uno frente al otro solo empeoró esa impresión. Por un momento, se imaginó aquel encuentro como una especie de tormenta, pues la tensión entre ambos mientras se contemplaban creaba una perturbación patente en el aire.

—Señor Johnson, este es el señor Adrien Bells. Debería recordarlo, pues vivió en Bishopstoke cuando era niño.

—¿El pequeño Bells?! —exclamó Charles con fingida sorpresa—. No me habría esperado nunca que ese niño pudiera llegar a parecer un caballero en algún momento. Siempre iba sucio y con las ropas hechas un desastre.

La expresión de Adrien se endureció. Lisa podría afirmarlo sin dudar al ver su mandíbula apretada y estaba segura de que este ya recordaba perfectamente de quién se trataba el otro. Después de todo, Charles había sido el torturador oficial de los niños del pueblo durante muchísimos años. Sobre todo, de Adrien, ya que, en aquella época, era uno de los niños más humildes que tenían en el pueblo y, por tanto, el objetivo más fácil para este.

—Soy yo la que no esperaba verle aquí. Tenía entendido que a su padre le gustaba poco abandonar Bishopstoke y usted no tenía muchos deseos de abandonar el pueblo desde que volvió de la guerra —interrumpió Lisa.

No le agradaba en absoluto hablar con este, pero tenía la impresión de que de seguir hablando ellos dos las cosas acabarían muy mal.

—Bueno... desde luego que no me agrada abandonar mi hogar, pero mi esposa se había encaprichado en que hiciéramos una visita a la ciudad para hacer algunas compras. Si hubiera sabido que os habíais trasladado a la ciudad os aseguro que hubiera venido aquí con más premura. Me preocupé al saber que toda su familia desapareció del pueblo de un día para otro —afirmó este, dando unos pasos hacia ella, haciéndola sentir incómoda y acechada.

Para tranquilidad de Lisa, una mujer sin aliento se sujetó al brazo de Charles, deteniendo su avance.

Era algo más joven que Lisa y su largo cabello rubio estaba sujeto en un complejo recogido en su nuca. Un vestido rojo oscuro, a juego con su

sombrero, hacía que su piel clara y rosada pareciera aún más suave y poseía unos hermosos ojos azul claro como un cielo despejado. Para la mayor de las Freeman, fue todo un enigma el porqué alguien como ella había llegado a casarse con un hombre tan depravado como Charles.

—Cariño, has empezado a caminar muy deprisa y me has dejado atrás. Casi no he conseguido encontrarte.

—Perdona, mi amor, pero es que he reconocido a unos antiguos amigos del pueblo y no he podido evitar correr a su encuentro. Si me permitís presentaros, esta es mi amada esposa, Katherine Leighton, aunque ahora sea Johnson también. Su padre y el mío son buenos amigos de negocios. Estos son el señor Adrien Bells y la señorita Lisa Freeman —les presentó Charles.

La joven los saludó con una afable sonrisa, pero ellos dos solo correspondieron a su saludo sin corresponder a su sonrisa, pues no se hallaban de ánimos para eso.

—Me alegra encontrar a unos conocidos de Charles aquí. Llevamos días en la ciudad y aún nos quedan algunas compras. Empezábamos a sentirnos solos, así que... ¿qué les parece aceptar una invitación a comer mañana en nuestro hotel? El servicio es excelente y seguro que será una agradable velada.

Lisa intentó inventarse alguna excusa decente para declinar la invitación, pero no se le ocurría ninguna cosa en aquel momento y, en cierta forma, aquella joven le despertaba cierta lástima. Sin saberlo, esta se había casado con un hombre que parecía capaz de forzar a una mujer si esta no llegaba a complacerlo de buena voluntad. Esperaba que nunca tuviera que pasar por algo como aquello en su matrimonio.

—Aceptaremos encantados esa invitación. Al fin y al cabo, solo permanecerán aquí unos días más, ¿verdad? —aceptó Adrien por los dos, sorprendiéndola.

Katherine asintió de buen ánimo, viendo cómo sus facciones parecieron iluminarse ante la noticia, pero Charles no le quitó la vista de encima a Lisa.

—¿Están ustedes comprometidos? —les preguntó el señor Johnson, sin parecer preocupado por si su esposa detectaba cierto interés en la pregunta.

—No, en absoluto —negó Adrien.

En aquellos momentos, en semejante situación, Lisa habría sido capaz de decir que sí con tal de que el interés que Charles sentía por ella desapareciera de una vez por todas, así que solo permaneció en silencio, al costado de Adrien, tratando de ser lo menos visible posible.

—Bueno... será un placer recibirlos a ambos, incluso aunque no sean

pareja. Nuestro hotel está en la calle... —comentaba Katherine con buen ánimo.

Pero Lisa no podía escucharla. Sentía la vista de su esposo sobre ella, por lo que solo trataba de ocultarse más detrás de Adrien. Y este debió de notar su incomodidad, pues se apresuró a despedirse de ellos.

—Venga, señorita Freeman. Es momento de regresar.

Esta no abrió la boca y solo trató de seguirlo, pero la mano de Charles en su brazo se lo impidió, girándola de nuevo hacía él.

—No te mostrabas tan colaborativa conmigo cuando estábamos en el pueblo. Pero nuestra relación era de otro tipo, ¿verdad? —le susurró Charles.

Lisa no hizo caso a sus palabras, soltándose de su agarre mientras la esposa de este los observaba sin comprender, e instó a Adrien a que caminara más deprisa, agarrándose a su brazo, saliendo de allí, perdiendo al hombre de vista entre la gente lo antes que le fue posible.

—Necesito lavarme —dijo Lisa de pronto, sorprendiendo a su acompañante, cuando ya había unas manzanas de distancia entre ellos y los Johnson.

—Lamento que mi tacto la asquee tanto —comentó este, con las facciones endurecidas por las palabras repentinas de esta.

—No es por usted. Él me ha tocado. Tengo que lavarme —le dijo, como si aquello fuera el hecho más obvio del mundo.

Adrien la miró, pero no comentó nada ni trató de sacarle más información por el momento.

En silencio, la acompañó hasta una fuente en un parque cercano, observando cómo esta se subía las mangas de su vestido para lavarse los dos brazos con vehemencia, sin importarle las miradas que los transeúntes le dirigían al verla realizar semejante espectáculo.

Tan concentrada estaba en su tarea que ni siquiera hubiera sabido decir si Adrien seguía a su lado o no.

Ese cerdo de Charles se había vuelto a atrever a tocarla, había puesto sus dedos sobre ella, sintió la presión de estos contra su piel, tratando de sentirla de nuevo mientras Lisa solo había sentido deseos de salir corriendo.

Si no hubiera estado su mujer presente estaba segura de que hasta la hubiera abrazado, fingiendo que aquello era un feliz encuentro delante de su acompañante, sin importarle si se trataba de su prometido o no.

Tenía que eliminar su rastro de ella. ¡Tenía que hacerlo! ¡Limpiar a fondo todo lo que él hubiera tocado hasta que no quedara nada!

—¿Tan mala fue su relación con ese hombre? —le preguntó Adrien, contemplándola con cierto aire de indiferencia.

Al fin y al cabo, Lisa seguía insistiendo en limpiar su piel, como si sobre esta hubiera manchas que solo ella pudiera ver, sin prestarle la menor atención, mientras él tenía que mantener la mirada a todos aquellos que pasaban cerca y los contemplaban con asombro.

—No entendería lo horrible que puede ser un hombre —comentó ella, con cierto aire distraído, aún frotando con vehemencia.

En realidad, después ni siquiera recordó lo que le había dicho, pero sí lo que este respondió.

—Oh, sí. Claro que lo sé. Y creo que algo mejor que usted, se lo aseguro.

Esas palabras hicieron que Lisa abandonara su tarea durante un momento y alzara los ojos hacia él, sorprendida.

—¿A qué se refiere?

Pero este no contestó. Los ojos color humo de Adrien parecían insondables mientras la miraba a su vez, pareciendo arrepentido de haber abierto la boca con semejante comentario.

—¿Qué te hicieron aquí, Adrien?

Fuera lo que fuera, Lisa estaba segura de que era el motivo por el que el niño agradable que conoció desapareció y dejara en su lugar a aquel ser frío y despiadado que no parecía mirar por nadie excepto por él mismo y su familia.

—Si ya ha terminado, será mejor que nos marchemos ya. Las chicas estarán buscándonos —comentó este, dándole la espalda, con la intención de volver a la calle comercial.

A Lisa no le quedó otro modo que bajarse las mangas y seguirle, sin atreverse a volver a preguntarle. Después de todo, tenía la impresión de que antes que después acabaría enterándose de ello.

Cuando volvieron a donde estas los habían abandonado, las chicas se encontraban esperándolos justo donde los habían dejado a ellos, pareciendo bastante preocupadas. Ellas planearon dejarlos unos minutos a solas para que pudieran hablar tranquilamente sin nadie más presente, pero, entre el paseo, la charla con Charles y su nueva esposa y el deseo de Lisa para quitar todo rastro de su tacto había sido mucho más que unos minutos y las chicas habían comenzado a pensar que estos se habían adelantado y las estarían esperando allí.

Aquella situación, que se hubieran ido juntos a alguna parte, les pareció una muy buena impresión, pero Clea notó la tensión y la cierta palidez en el

rostro de su hermana, como si en su paseo se hubiera encontrado con un fantasma.

No tardó en colocarse a su lado para tratar de averiguar lo que había ocurrido y cuando el nombre de Charles salió a colación, no pudo evitar volverse a mirar a Adrien con sorpresa e ira. Por su culpa, su hermana iba a tener que aguantar la presencia de aquel tipo aborrecible.

—No le cuentes nada de lo que pasó al señor Bells. No quiero que nadie lo sepa —le advirtió Lisa, ya que podía leer el rostro de su hermana como un libro abierto.

—Pero lo mejor sería advertirle, que vigilara a ese tipo para asegurarnos de que no te ponga ni un dedo encima —se quejó la menor.

Sabía que su hermana no quería que nadie se enterara del incidente con Charles. Si ya se había resistido a la idea de matrimonio, teniendo que dejar a la familia de la que se había hecho cargo a la muerte de su madre, después de lo sucedido con este hizo que peleara con uñas y dientes ante la idea de unir su vida a la de otro hombre. Si Lisa se quedaba soltera y sola hasta el día de su muerte el único culpable era aquel despreciable hombre.

—No le cuentes nada. Te lo advierto —la amenazó, acelerando sus pasos después para colocarse a la misma altura que las gemelas, dando por concluido la conversación.

Pero eso no iba a impedir a Clea avisar de lo que sucedía a Adrien de alguna forma, ya que, por mucho que las hermanas discutieran, se amaban la una a la otra.

—Me gustaría pedirle que cuide muy bien a mi hermana durante esa comida —le pidió la menor, colocándose al lado de este.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo con ese hombre? —le preguntó este, intrigado.

Sabía que pasaba algo. En cuanto Lisa oyó la voz de aquel hombre, había palidecido de golpe y no le había pasado desapercibido cómo ella trataba de esconderse tras su cuerpo mientras este solo quería tocarla de algún modo. Estaba claro que la mayor de las Freeman no había vivido una buena experiencia en sus manos.

—No me está permitido responder a eso. Por eso solo prométame que la va a cuidar y no va a dejar que ese tipo se le acerque en ningún momento.

Aquel asunto le intrigaba y hacía que sus ganas de partirle la cara al abusón oficial del pueblo solo aumentaran peligrosamente, imaginando que había tratado de poner sus asquerosas manos sobre el cuerpo de Lisa en algún momento donde él no había podido ayudarla. Solo imaginar la angustia de ella

al verse indefensa, amenazaba con hacer que Adrien acabara clavándole el tenedor en el ojo a este en cuanto lo viera. Aun con todo, apretando los puños, prometió a Clea que cuidaría bien de su hermana y esta, más tranquila, le dedicó una sonrisa, agradeciéndoselo, y se colocó junto a las chicas.

Tenía la impresión que lo que había ocurrido con Charles también podía ser el motivo por el que se hubieran trasladado a una ciudad tan grande cuando la familia adoraba el campo, la libertad que el lugar les proporcionaba y el aire fresco y limpio.

Colocándose junto a Lisa solo caminó en silencio a su lado, pero no pudo evitar mirar a esta más de una vez por el rabillo del ojo, admirando la suave piel clara salpicada de aquellas pecas doradas, el cabello rojo recogido en un moño que parecía muy complejo, ya que había visto aquel cabello suelto y sabía lo abundante que podía ser, la pequeña y graciosa nariz, los labios llenos solo lo justo para resultar deseables, los ojos llenos de determinación... Y, mientras la contemplaba, se preguntó qué sería lo que aquel tipo habría tocado, si la habría admirado como estaba haciendo él en aquel momento y no habría podido contener su impulso de saltar sobre ella.

No podía recriminarle haber tenido el impulso, pues él mismo lo había sentido. Su pecado residía en no haberse alejado cuando lo había rechazado, seguir queriendo tocar aquel cuerpo cuando las palabras de negativa de ella hubieran llenado el aire. Si él hubiera pasado por lo mismo, si al besarla le hubiera dicho que no quería aquello, por mucho que le hubiera dolido, la habría soltado sin más. Cualquier otra opción contraria a los deseos de ella eran propios del ser más despreciable del planeta.

—¿Ocurre algo? —le acabó preguntando Lisa, pues sentía la mirada de este sobre ella y estaba haciendo que se sintiera incómoda.

—Solo me preguntaba si habría hecho bien al haber aceptado aquella invitación por los dos. No parecía muy cómoda en presencia del señor Johnson, aunque la señora Johnson hubiera deseado tanto que aceptáramos.

—No se preocupe. Podré soportarlo. Es solo una comida. No tiene por qué ocurrir nada malo. Además, la señora Johnson me parece una joven encantadora y debe de sentirse muy sola en una ciudad donde no conoce a nadie. Me pregunto de dónde será. De la capital seguro que no y no vivía en Bishopstoke mientras vivíamos allí.

Ninguno de los dos sacó a colación el hecho de cómo Lisa había sentido la imperiosa necesidad de lavarse, como si la huella de este sobre su piel se tratara de la misma marca que la de Satán. Él ya había deducido lo que había

podido ocurrir y ella se sentía bastante avergonzada de que la hubiera visto en un momento como aquel, cuando sus nervios se encontraban fuera de control y había estado casi a punto de sufrir un ataque de histeria.

El mero tacto de Charles sobre ella la arrastraba de nuevo a aquella noche con la fuerza de un tren de mercancías, volviéndose a recordar en el suelo, cómo este le había impedido huir con su cuerpo, cómo había parecido inútil cualquier intento de resistirse o pedir ayuda cuando él ocupaba todo su campo de visión, cómo notó que alzaba su camión sin que pudiera hacer nada para impedirselo. Si se concentraba mucho hasta era capaz de recordar el calor de las lágrimas en sus mejillas y el aliento atascado en la garganta.

La presencia de Adrien a su lado pareció lo único que la reconfortaba un poco, ya que cuando había estado en sus brazos, aunque se hubiera sentido devorada, había sido de un modo en que solo había podido echarse a temblar y dejarse hacer, envuelta en sus manos, en el calor de su cuerpo... Se dijo que solo se dejó arrastrar porque ambos estaban alterados por su discusión, pero, en el fondo, sabía que eso no era cierto.

Contempló a este mientras caminaba a su lado y agradeció que, de tener que volver a ver a Charles, pudiera contar con su presencia a su lado.

Desde niña, se había sentido segura con él, como si fuera alguna clase de protector, un héroe y, ahora, en aquella situación, volvió a sentirlo de aquel modo.

Aunque, en el presente, hubiera otras emociones entrelazadas.

CAPÍTULO 8

Cuando las hermanas Freeman llegaron a casa, ya cuando la tarde caía, Clea no perdió tiempo en contarles a su padre y a Irene que Charles estaba en la ciudad y que su hermana había aceptado una invitación para comer con él. Su padre se puso tan pálido como cuando Lisa había escuchado la voz de este a su espalda e Irene no tardó en empezar a enumerar a pleno pulmón todos los motivos por los que sería un completo error que ella se presentara a semejante invitación cuando aquel tipo era el anfitrión.

—El señor Bells aceptó la invitación por mí y me acompañará. Además, la invitación vino de manos de su esposa, la señora Katherine Leighton, aunque ahora tenga el apellido Johnson. No creo que haya algún peligro con la dama presente.

—No encontraste ningún modo de rehusarte, ¿verdad? —preguntó su padre, como si, de repente, hubiera estado presente en la conversación.

—De ningún modo. ¿Cómo iba a explicarle a aquella afable mujer el porqué no quiero estar cerca de su esposo? Además, parecía bastante desesperaba por hacer amigos, a falta de una palabra mejor.

—A mí sigue sin gustarme esto. Hay tantas cosas que podrían salir mal... —se lamentó Irene, negando continuamente con la cabeza.

—No tenéis que ser tan negativos. El señor Adrien me prometió que cuidaría de ella —les aseguró Clea de pronto, haciendo que la vista de su hermana saltara sobre ella.

—¿Le has dicho algo de lo que ocurrió con Charles cuando te dije que no lo hicieras? —le preguntó Lisa, sintiendo como la ira y la vergüenza se enfrentaban en su interior.

—No le dije nada de lo que había pasado. ¡Lo juro! Solo le pedí que cuidara de ti mientras este estuviera presente y él aceptó. El señor Bells no es ningún estúpido y estoy segura de que ha notado que pasaba algo.

Eso solo hizo que Lisa se sintiera aún peor, ya que era muy posible que este se estuviera imaginando todo tipo de cosas ocurridas entre ellos dos. De no haber sido por Irene desde luego que no andaría muy desencaminado con sus suposiciones, pero temía que se estuviera imaginando toda clase de actos ocurridos entre ella y Charles sin que pudiera hacer nada para evitarlo. No

sabía ni cómo lo miraría a la cara al día siguiente.

Cualquier hombre se sentiría incómodo en presencia de una mujer con su honra en duda y hasta era posible que rehuyera su contacto, como si se tratara de algún tipo de serpiente venenosa a la que quería echar a un lado.

Conocía casos de ese tipo. Ya fuera porque la mujer consintiera o no, si el hombre que había puesto en entredicho su honor no se casaba con ella, esta quedaba marcada de por vida, como si fuera un artículo defectuoso, como si ni siquiera fuera una persona que tuviera sentimientos. Los hombres no querían verse con ese tipo de mujeres, a no ser que fuera a escondidas y para obtener lo que querían de ellas.

No era tan inocente para saber cómo era el mundo, cómo se comportaba la sociedad en diferentes situaciones y cómo de abismal era la diferencia entre hombres y mujeres, sobre todo cuando su padre había sido el párroco de Bishopstoke durante tantos años y había visto hombres y mujeres arrepentidos ir en busca de su ayuda y su consejo.

Cuando sintió las lágrimas picarle en los ojos, imaginando el asco y la irritación que brillaría en los ojos de Adrien cuando lo viera al día siguiente, se disculpó delante de los demás, explicando que se encontraba algo cansada y se retiró a su cuarto sin que nadie pusiera una objeción a ello, ya que todos solo podían suponer cómo debía sentirse al tener que volver a ver a aquel hombre.

Ya en su habitación, no trató de contener las lágrimas, odiando a Charles por haber decidido por su cuenta destrozarse su vida, quitándole su honor incluso cuando ella no había hecho nada para alentarle. Incluso se imaginó que todo el mundo se enteraba de lo que había ocurrido y pudo ver en su mente cómo la gente la miraría, cómo susurrarían a sus espaldas, cómo hablarían de su familia. Su hermana se vería salpicada por su causa y nadie permitiría a sus hijos acercarse a ella. Y Adrien, que tanto trataba de hacerse un hueco en la sociedad, impediría que sus hermanas volvieran a relacionarse con ellas y todo aprecio y amistad entre las familias se rompería.

¿Por qué?! ¿Por qué, de todos los lugares a los que podrían haber ido, Charles y su esposa habían acabado precisamente en aquella ciudad, en aquella calle, justo a la misma hora que ellos?! ¿Acaso era eso alguna clase de señal?! ¿Significaba eso que no podría huir jamás de lo que había sucedido, que sería algo que ya la había marcado y que jamás podría ocultar?!

Tratar de dormir se hizo inútil por completo, pues las pesadillas de aquella noche volvieron con fuerzas a ella, ahora con más rostros a su

alrededor que contemplaban su tormento y no hacían nada por ayudarla, solo dedicándole expresiones de repulsión.

Se despertó empapada en sudor varias veces, sabiendo que todo intento de dormir sola sería en vano, así que, poniéndose en pie, fue todo lo silenciosa que pudo hasta el cuarto de su hermana, intentando no despertar a su padre del sueño ligero que poseía.

Clea se removió cuando notó el cuerpo de su hermana uniéndose con ella bajo las sábanas, pero, de forma inconsciente, sabiendo lo que había ocurrido aquel día para que ella se viera obligada a invadir su habitación, se giró hacia esta y la abrazó, colocando la cabeza de Lisa cerca de su cuello como si ella fuera la hermana pequeña y no al revés.

Fue el único modo para que Lisa pudiera conciliar el sueño de alguna forma, temiendo que llegara la mañana.

Irene pareció autonombrarse consejera oficial para la elección del vestido que iba a tener que usar para aquella comida, ya que tenía que usar algo elegante como la situación requería, pero que no le favoreciera lo suficiente para que Charles se sintiera completamente atraído hacía ella durante la comida.

—Cómo me gustaría que no tuvieras que ir —se lamentó Irene, cerrando el vestido verde claro que había decidido que estaba en el término justo.

—Piensa que no estaré sola. Además, si siento que hay algún peligro, saldré de allí de inmediato. No voy a darle la oportunidad de volver a atacarme.

La criada asintió, pero la miró de aquella manera suya, como si pudiera notar que Lisa no estaba completamente convencida de sus palabras, que aún había temor en ella por aquella situación.

Tampoco es que ella pudiera hacer algo para evitarlo, ya que, al fin y al cabo, cualquiera en su situación se encontraría de manera similar o peor.

—Menos mal que te acompañará el señor Bells. De otro modo, no me sentiría tranquilo —comentó su padre mientras ellos dos se encontraban en el salón.

Irene se encontraba en la cocina, preparando la comida para el resto de la familia y Clea estaba en la biblioteca, tocando al piano una canción suave y tranquilizadora que sabía que a su hermana le encantaba.

Ella no le daría palabras de ánimo diciéndole que aguantara la situación que se avecinaba como mejor pudiera ni le diría que fue una locura que no se le hubiera ocurrido una excusa para negarse a ir a aquella comida cuando

sabía que tendría que aguantar la presencia de Charles. Aquel era su modo de animarla y darle su apoyo, tocando aquella canción para ella. Y, en cierta forma, Lisa lo prefería así, pues todo lo que le decían la ponía más nerviosa.

—Vinimos aquí para no tener que volver a verlo y ahora resulta que aparece aquí de la nada. No puedo evitar pensar que tenemos mala suerte por algo que hayamos hecho al no poder quitarnos de encima la sombra de ese joven —siguió comentando el señor Freeman, haciendo que la atención de Lisa tuviera que abandonar el piano para volver a centrarse en él.

—Solo han venido a hacer unas compras. Aunque ahora sepa dónde estoy, está casado y reside en Bishopstoke y no saldrá de allí mientras su padre siga vivo, así que, después de esta comida, no tendremos de qué preocuparnos —le aseguró Lisa.

Era ridículo que fuera ella la que tenía que estar consolando a su padre en aquella situación, pero no comentó nada de eso y pensó que daba un toque cómico a un momento tan dramático. Después de todo, su padre había hecho el esfuerzo de trasladar a toda su familia desde su amado pueblo, donde su mujer y su familia estaban enterrados, para proteger a su hija.

La sacó de aquellos pensamientos el timbre de la puerta, que hizo que se sobresaltara y el corazón comenzara a saltar en su pecho, ya que solo podía tratarse de una persona.

Irene emergió de la cocina con paso rápido, limpiándose las manos con un trapo de cocina antes de abrir.

Lisa se puso en pie, sabiendo perfectamente que era hora de irse. Incluso el piano de Clea se detuvo ante el sonido de la puerta. Se despidió de ella con un ademán de la mano y una sonrisa, al igual que depositó un beso sobre la frente de su padre antes de dirigirse hacia la puerta cuando Irene le indicó que el recién llegado se trataba del señor Bells.

Este solo le dedicó un saludo con la cabeza, del mismo modo que ella contestó, pues no se atrevía a mirarlo a la cara. Estaba tan segura de que Adrien habría deducido lo que había ocurrido entre ambos y cómo le asquearía lo sucedido que se sorprendió cuando este le ofreció su mano para subir al coche.

La miró fijamente, con una expresión llena de preguntas no formuladas, pero este solo movió la mano ante ella, instándola para que la tomara y subiera, lo que Lisa acabó haciendo.

Ni siquiera había imaginado que él fuera a actuar de otro modo y pensó por un momento que, a lo mejor, este pensaba que solo habrían tenido algún

tipo de discusión entre ellos tan fuerte que ella ni siquiera quería verle.

Pronto, esa idea también fue desechada.

—¿Por qué aceptaste ir? —le preguntó Adrien en cuanto el coche se puso en marcha.

Les esperaba un buen trayecto hacia el hotel, pero Lisa había supuesto que lo pasarían en silencio, como ya habían hecho en situaciones anteriores.

—¿Cómo dice? —le preguntó ella a su vez, sin comprender.

—Solo acepté esta invitación porque, a pesar de su animadversión hacia ese hombre, no sabía qué contestarle a su esposa y era más rápido aceptar e irnos que tratar de explicar por qué no podíamos ir. Parecía bastante desesperada por hacer amistades. Sin embargo, hoy podría haber puesto una excusa para no ir, la que fuera, y ellos ya no habrían podido decir nada.

Aquellas palabras tenían tanto sentido que Lisa se quedó sin aliento al darse cuenta de que llevaba razón. Una vez que este aceptó por los dos ni siquiera había imaginado que podía hacer aquello. Se concentró tanto en otras cosas que aquella idea jamás pasó por su mente.

—Yo... ni siquiera pensé en eso —admitió al final, avergonzada.

—Me sorprende. Es capaz de discutir acaloradamente conmigo. Y, sin embargo, ante un hombre que le produce repulsión, se bloquea.

Lisa abrió la boca para decir algo a esas palabras, pero llevaba razón. Ante aquella situación tendría que haber mantenido la cabeza fría para enfrentarse a él, demostrarle a Charles que ya no podía hacerle nada que la afectara. Pero, en vez de eso, había hecho todo lo contrario, ocultándose tras Adrien como un infante.

Toda la noche de pesadillas, todos sus temores y sus pensamientos negativos se habrían esfumado solo al mandar a Irene a la puerta con el mensaje de que se encontraba enferma y que no podía asistir a la comida. Y él parecía bien dispuesto a realizar semejante tarea. Pero...

—¿Qué hubiera ocurrido si al saber que no me encontraba bien hubieran decidido venir a casa? Hubiera sido mucho peor para mí que averiguara dónde vivo.

—Ese era un pequeño riesgo, es cierto, pero nada que no se pueda remediar. Aunque ahora es tarde para pensar en “¿Y si...?”. Lo hecho, hecho queda.

Lisa apretó las manos sobre su regazo, sintiendo el estómago revuelto y la boca seca. Y saber que estaban cada vez más cerca de ese tipo hacía que un ligero dolor de cabeza se hubiera empezado a transformar en una molesta

jaqueca. Hasta juraría que su cuerpo se sentía frío, a pesar de notar que estaba sudando.

Adrien debió de notar su estado, ya que sujetó sus manos y le dio un apretón comprensivo que le hizo alzar el rostro hacia él.

Este se había inclinado hacia delante para sujetar sus manos, con lo que parecía ocupar todo su campo de visión y, de extraña forma, e incluso en semejante situación, su corazón comenzó a latir apresuradamente de nuevo.

Se dijo que era porque estaban muy juntos en un lugar tan pequeño, pero, aun así, no pudo apartar la mirada de él ni aunque en ello hubiera dependido su vida.

—Todo saldrá bien. Te enfrentarás a ese tipo, superarás tus temores y ya no tendrás que volver a verlo nunca más, ¿de acuerdo? —le susurró este.

Y, en el silencio de aquel oscuro espacio, Lisa asintió, sintiendo cómo perdía la conciencia de todas aquellas partes de su cuerpo de las que antes se había quejado mientras contemplaba aquellos dos orbes grises que se extendían ante ella, perdiéndose en ellos.

Sentía el imperioso impulso de echarse en sus brazos y que él le infundiera fuerzas, que la consolara con palabras cálidas y acariciara su espalda mientras ella se envolvía en él y tomaba parte de su valor para pasar por aquello.

En verdad, creía que sería significativo que se enfrentara a Charles sin miedo. Cuando Adrien lo había expresado, se había dado cuenta de que llevaba razón. Desde lo de aquel incidente, desconfiaba de todo hombre que parecía acercársele con buenas intenciones, ya que sabía lo que se podía ocultar detrás de esas sonrisas.

Pero si le demostraba a aquel gusano que no le temía, que seguía siendo la misma chica orgullosa que conoció en el pueblo, sería como si su ataque jamás hubiera tenido lugar, como si borrara este definitivamente de su vida. Para siempre.

—Yo cuidaré de ti —afirmó Adrien, apretando su mano con mayor fuerza, haciendo que el deseo de refugiarse contra él solo aumentara aún más, sabiendo que este no solo no la rechazaba, si no que se encontraba apoyándola.

Asintió hacia él, incapaz de hablar en aquellos momentos, pero alzó sus manos hasta sus labios y depositó en estos un ligero beso en el que quiso plasmar su agradecimiento.

De haberse atrevido a volver a mirarlo a la cara, se habría dado cuenta

de cómo los ojos de este habían brillado, como si pequeñas chispas hubieran saltado desde el interior, al verla realizar semejante gesto y observar cómo la máscara de frialdad se hubiera derretido durante un mero instante.

Pero este se obligó a volver a controlar sus emociones con voluntad de hierro, ya que no se atrevería a aprovecharse de ella cuando se encontraba en una situación tan vulnerable. Bastante tendría ya con aguantar toda la comida con ese Charles Johnson para que él empeorara las cosas.

No tardaron mucho más en llegar al hotel, un precioso y acogedor edificio de fachada rojiza, que parecía agradable y limpio, en una zona no muy concurrida de la ciudad. Un chico, con un uniforme también rojizo, que se encontraba en la puerta del hotel les abrió la puerta del coche y le indicó al cochero dónde tenía que dejar el vehículo para que los caballos descansaran y él pudiera esperar hasta que su señor le hiciera llamar.

Aventurándose al interior, les recibió un amplio *hall* de motivos blancos y dorados, lleno de espejos y pequeñas plantas de hojas verdes, con lo que parecía que el espacio era mucho más amplio de lo que era en realidad. Y ese mismo método parecía llenar cada rincón del lugar, pues el comedor era idéntico, indicándoles que allí eran donde los señores Johnson los estaban esperando.

Katherine no tardó en saludarlos con una amplia y efusiva sonrisa, diciéndoles lo contenta que estaba porque hubiera aceptado la invitación. Charles fue algo más seco en recibimientos y, en realidad, solo tomó la mano de Lisa, besándosela, antes de conducirlos hacia su mesa, tratando que esta se sentara a su lado.

Pero Adrien se encontraba allí y no iba a permitir que aquel rufián la tuviera al alcance de su mano, así que se interpuso, sentándose él junto al hombre y haciendo que Lisa quedara protegida entre él y a la señora Katherine, que comenzó a comentar cosas de la ciudad con ella en cuanto se sentó.

—Y, dígame, señor Bells, ¿se puede saber a qué se ha dedicado para que le vayan tan bien las cosas cuando, de niño, era el chico más pobre del pueblo? —le preguntó Charles de golpe, nada interesado en la conversación de las damas.

—Textiles. Tengo varias fábricas. —Fue todo lo que este le contestó, tomando un sorbo de su copa de vino.

Si le molestó de algún modo la mención de este a que antes había sido pobre no lo demostró de modo alguno, lo que solo pareció molestar más aún a

Charles.

—Debe de ser un trabajo bastante duro y absorbente —comentó Katherine, tratando de mantener viva la conversación.

—Oh, cariño. Desde luego que no. De ser así, el señor Bells no habría tenido tiempo de comer con nosotros —comentó su esposo.

Adrien le dirigió una mirada de advertencia, pero este no pareció prestarle atención alguna mientras tomaba un bocado de su plato.

—Sí, sí que es un trabajo duro. Pero, aun así, se esfuerza en sacar tiempo para los demás. Sus hermanas pasarían mucho tiempo añorando su compañía de actuar de otro modo —lo defendió Lisa, sin poder evitarlo.

Detestaba la forma abierta y clara en la que Charles trataba de atacar a Adrien, tal vez buscando que este no aguantara más sus insultos y lo atacara de algún modo para herirlo a su vez. Estaba más que claro que apenas podía aguantar su presencia en aquel lugar.

—¿Tiene hermanas, señor Bells? —se apresuró a preguntarle Katherine para impedirle hablar a su marido.

Parecía que ella también se había dado cuenta de que no estaba siendo en absoluto educado con sus invitados.

—Así es. Dos, gemelas. Apenas han cumplido los dieciséis años, pero, desde luego, son más activas que yo.

—Yo creo que usted pasa poco tiempo quieto, de un lado para el otro con el trabajo —comentó Lisa, pareciendo que había olvidado, o decidido ignorar, la presencia de Charles en la mesa circular.

—No me refería en el aspecto en el que el trabajo te obliga a actuar. Básicamente, procuro que los pedidos entren y salgan y que todo marche bien en las fábricas antes de encerrarme en un despacho con los libros de cuentas —les explicó a las damas—. La actividad a la que yo me refiero es a esa energía desbordante que les impide quedarse quietas bajo cualquier circunstancia.

—Bueno... eso es normal. Aún son muy jóvenes. Sin duda, esa fase pasará —comentó Katherine con una sonrisa.

—O también puede deberse a que no aprendieron a comportarse como se debe. Señorita Freeman, usted siempre ha sido una dama correcta. ¿Por qué no trata de enseñar a esas jóvenes cómo comportarse? —le preguntó Charles.

Esta no se tomó la molestia de contestarle, ya que estaba observando las facciones de Adrien, las cuales se habían oscurecido tanto que Lisa no sabía cómo este no había saltado aún ante uno de sus anfitriones.

—Charles, cariño, ¿no crees que estás siendo un poquito impertinente al hablar de ese modo de dos señoritas a las que no conoces? —le preguntó su mujer, tratando de poner un poco de paz.

Pero Lisa dudaba de que aquello pudiera llegar a ser posible. Adrien parecía ser la piedra en el zapato de Charles, la había apartado de él cuando este la había querido cerca y, desde luego, estaba claro que hubiera deseado que él no se hubiera presentado a aquella comida con tal de poder llegar a Lisa sin ninguna dificultad. Y parecía estar dispuesto a decir lo que fuera con tal de sacar a este de escena.

—Eso me sería imposible, señor Johnson, ya que las jóvenes Bells son las jóvenes mejor educadas y más amables que he conocido nunca —comentó Lisa al final, queriendo aplacar la tensión.

No le parecía en absoluto justo que, por estar defendiéndola de este, Adrien se viera atacado por aquel hombrecillo. Y menos hablar de aquella forma de sus hermanas cuando las jóvenes no tenían nada que ver en su conversación.

—Oh, bueno. Pues entonces no habrán salido a su hermano. Lo recuerdo siempre subido a algún árbol.

—Eso se debía a que cogía insectos para que los dos pudiéramos asustar a las damas que llegaban en verano —comentó Lisa.

—No recuerdo tampoco que supiera leer y escribir.

—Empezó a aprender poco después que yo y mírele. Si con varias fábricas bajo su control aún no supiera sería algo de locos, ¿no cree? —comentó ella, tratando de no sonar demasiado dura.

—Siempre iba lleno de cortes y de golpes a todas partes. No sé dónde demonios se metía.

—No luciría peor que yo misma, pues, por aquel entonces, éramos uña y carne y donde estuviera uno siempre estaba el otro cerca.

¿Sería demasiado decir que estaba sintiendo un inmenso placer al dejar a Charles sin argumentos contra Adrien y ver cómo su frustración aumentaba cada vez más? Por un momento, incluso llegó a pensar cómo demonios había llegado a conseguir un hombre como aquel dejarla retenida contra el suelo. Sin duda, el terror del momento había tenido algo que ver.

—Desde luego, lo defiende usted ardorosamente, a pesar de haber dicho que no estaban comprometidos —comentó su anfitrión, sin conseguir ocultar su expresión tras un vaso de vino.

—Pero en ningún momento hemos dicho que no seamos buenos amigos y

tenemos muchos recuerdos juntos.

Adrien solo la contemplaba en silencio, comprobando que no parecía necesitar a nadie para que la ayudara con aquel tipo, disfrutando extrañamente de que lo estuviera defendiendo con tanto fervor. Por otro lado, la señorita Katherine no parecía saber bien qué hacer, ya que lo que ella había creído que sería una velada tranquila entre amigos se había convertido en una guerra abierta entre su marido y sus invitados sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo.

—Vamos, señorita Freeman. ¿Por qué estábamos hablando como si nos estuviésemos atacando? Recuerde que nosotros también fuimos muy buenos amigos. —Y a aquel comentario le siguió el tacto de su bota llegando a acariciar su pierna.

Lisa, que había dado un trago al agua para recuperarse de aquella batalla verbal, se acabó atragantando, haciendo que Adrien y Katherine se inclinaran hacia ella en el acto, asegurándose de que se encontraba bien.

—Debería beber con más cuidado —comentó Charles, como si él no hubiera hecho nada.

El señor Bells le dirigió una mirada, ya que estaba seguro de que aquel hombre tenía algo que ver con el ahogamiento repentino de Lisa, incluso aunque no pudiera demostrarlo.

—Será mejor que vaya un momento a limpiarme —les dijo esta, poniéndose en pie en el acto.

—¿Necesita que la acompañe? —se ofreció la señora Johnson, preocupada por ella.

—No. No, en absoluto. Estoy segura de que encontraré por mí misma algún lugar. Si me disculpáis...

Y abandonó el comedor tan rápido como le fue posible, ya que no quería dar a entender que estaba huyendo.

Era culpa de la mesa. De haber sido un poco más grande no hubiera tenido que haber pasado por el desagradable momento de volver a sentirle y había hecho que su sensación de victoria desapareciera por completo. Justo cuando se sentía tan valiente y preparada para luchar contra él... Pero Charles estaba acostumbrado a abusar y aprovecharse de los demás. Al final, la culpa había sido de ella misma, creyéndose que sería tan fácil aplacarle.

Se aseguró que la mayoría del agua que se había escapado de su boca quedó sobre su servilleta y la poca que lucía su vestido se secaría enseguida. Solo tenía que serenarse y dirigirse de nuevo al comedor, haciendo como que

nada había ocurrido.

—Me agrada comprobar que mi contacto aún le pone nerviosa —comentó una voz a su lado.

Con disgusto ignoró a Charles, que se acercaba a ella, intentando no sentir miedo. Después de todo, estaban en un lugar público y concurrido, donde se encontraba la propia esposa de este, así que no se atrevería a hacerle nada.

O eso pensaba.

—Esperé unos minutos con los demás cuando se marchó. Pero, al ver que no volvía, supe que era una señal para que viniera.

—¿Disculpe?! —exclamó Lisa, volviéndose hacia él, furiosa.

¿De dónde había sacado que quería llamar su atención?! ¡Lo único que quería hacer ella era golpearlo hasta dejarlo medio muerto y salir de allí!

—No se haga la inocente conmigo. Sé que siente, tan bien como yo, la atracción que existe entre nosotros —murmuró este, luciendo una sonrisa mientras la acorralaba contra la pared del pasillo desierto.

¿Atracción?! Desde luego, había algo en la mente de Charles que no funcionaba como debería.

—Escuche y escúcheme bien. Nunca, ¡jamás!, he sentido por usted nada semejante a la atracción. Lo único que despierta usted en mí es la repulsión más clara e intensa que he sentido en mi vida y no quiero que se acerque a mí de nuevo.

Se sintió orgullosa de sí misma por atreverse a decir algo tan directo sin haberse echado a temblar, aunque el temor del momento se encontraba por entero en su interior.

—¡Oh, no me venga con esas! —exclamó este, cerrando los ojos con molestia y colocando sus brazos a ambos lados del rostro de Lisa, golpeando la pared de un modo que la hizo saltar en el lugar—. ¡Sabe muy bien que nos deseamos el uno al otro!

—Yo nunca he dado pie para hacerle pensar de ese modo y... —murmuró Lisa, intentando no paralizarse por el miedo del momento.

—¡Oh, sí lo ha hecho! ¡Claro que lo ha hecho! Siempre me dedicaba esas sonrisas tan sinceras cada vez que me veía y parecía estar esperando a que apareciera en alguna de las fiestas del pueblo, ya que no bailaba con nadie más. Usted esperaba por mí. Por nadie más —susurró este, interrumpiéndola, inclinándose sobre ella hasta que Lisa apartó el rostro y cerró los ojos, rogando porque alguien apareciera y la rescatara de aquella situación.

Sentía el tacto de la nariz de este en su mejilla, acariciando su piel y su aliento caliente dar contra ella en cortos jadeos que solo le provocaban aún más repulsión de la que ya sentía hacía él. Odiaba tenerlo tan cerca y se odiaba a sí misma por dejar que el miedo la controlara y le impidiera hacer algo para huir de él.

—No sabe lo que la he echado de menos. El pueblo se quedó gris sin usted. Me pasé muchas noches pensando en su cuerpo, en los besos que habíamos compartido, en el tacto de su piel. Quería volver a tocarla como aquella noche, antes de que alguien de su casa me confundiera con un acosador. Vuelva la cabeza y déjeme besarla.

«¡Socorro!», pensaba Lisa, deseando ponerse a llorar del mismo modo que una niña. No quería oír los sucesos de aquella noche, no quería recordar nada de lo que ocurrió, no quería oír cómo Charles quería repetirlo ni cómo lo recordaba él en su mente. Solo quería escapar de aquella cárcel que había creado a su alrededor y no volver a verlo en aquella ciudad.

—Quiero volver a sentirla. Se sintió tan bien cuando me coloqué sobre usted, cómo sus piernas me rodeaban —siguió comentando este, girando el rostro para poder llegar a sus labios, ignorando los gemidos agónicos de ella.

Pero alguien apartó a Charles de un fuerte tirón y el sonido de un puñetazo hizo que Lisa abriera los ojos y contemplara a Adrien, que miraba a su vez a Charles, tirado cómo este se encontraba en el suelo, sujetándose la mandíbula.

—¡¿Cómo se atreve?! ¡Soy un héroe de guerra! —clamó este, ofendido.

Pero, cuando Adrien dio un paso hacia él, retrocedió por el suelo, espantado.

—Se lo advertiré una vez y solo una vez —murmuró el señor Bells, con una voz tan oscura que ni siquiera parecía suya—. Si descubro, en algún momento, que ha vuelto a acercarse a la señorita Freeman, no habrá fuerza humana ni divina que me impida dar con usted y matarlo como la rata que es. ¿Me ha entendido?

Charles parecía conmocionado, poco acostumbrado a que le hablaran sin tener mucho cuidado con las palabras que le dirigían. Miró a Lisa, que parecía tan sorprendida como él mismo, pero volvió su atención a Adrien cuando sintió que este avanzaba hacia él.

—He preguntado si le ha quedado claro. Y espero una respuesta.

—S... sí. Ha... ha quedado claro.

Sin hablar una palabra más, Adrien sujetó la mano de Lisa y la sacó del

hotel, ni siquiera molestándose en despedirse de Katherine, solo abriendo la boca para decirle al joven de la puerta que corriera para avisar a su cochero para que apareciera en la entrada ya.

Lisa estaban tan sorprendida por lo rápido que había ocurrido todo y por el malestar que sentía en él que ni siquiera se atrevió a abrir la boca mientras esperaba a su lado, aún con su mano envuelta en la de él.

Por supuesto, el coche no tardó mucho en presentarse y Adrien la ayudó a subir, aún con aquella expresión furiosa marcándole el rostro, lo que hacía que ella no se le ocurriera nada sobre lo que hablar, solo sentándose erguidamente en su asiento.

—Da una vuelta por la ciudad hasta que yo te diga —le ordenó Adrien al cochero, que solo asintió antes de ponerse en marcha.

Lisa no entendía a qué venía aquella orden, pero, antes de que pudiera preguntarle, una serie de temblores empezaron a recorrer su cuerpo sin que ella pudiera controlarlo, ahora entendiendo la situación.

El señor Bells sabía que aquello pasaría y quería asegurarse de que Lisa se encontraba calmada antes de dejarla en su casa.

Al verla, Adrien se sentó a su lado y, antes de que ella supiera qué era lo que estaba pasando, este la tenía envuelta entre sus brazos, colocándola contra su pecho de un modo que se sintió reconfortante después de lo que había pasado, solo dejándose abrazar en silencio, extrañada consigo misma al haber estado tan asustada hacía solo unos minutos y ahora pudiera abandonarse en sus brazos sin el menor temor.

—Lo siento tanto —se lamentó Adrien junto a su cabello, sonando realmente tan arrepentido que ella se sorprendió—. Prometí que cuidaría de ti, que te protegería y, aun así, no lo he conseguido. Espero que puedas perdonarme.

—No tienes la culpa —murmuró Lisa, aún refugiada en su pecho—. No has hecho nada malo. Ni siquiera yo creí que fuera tan rastrero como para atacarme en mitad de un pasillo, con su esposa allí.

—¿Te hizo daño en algún sitio? —le preguntó, tomando su rostro entre las manos y haciendo que lo mirara—. ¿Dónde te ha tocado?

—Solo... ha acariciado mi mejilla con su nariz —le contó.

No, no estaba bien que estuvieran tan cerca, que estuviera envuelta en su olor de nuevo. Sentía que todo lo sucedido anteriormente era solo una pesadilla lejana, perdida por completo en el momento. No recordaba a un Adrien tan cariñoso o atento con ella desde que eran niños y, en parte,

agradeció a Charles porque se lo hubiera traído de vuelta.

Este no perdió tiempo de acariciar su mejilla con el dedo pulgar, como si limpiara la mancha que aquel infeliz hubiera dejado sobre ella con aquel gesto, haciendo que el aliento de Lisa se perdiera en algún punto de camino a su boca. Después de todo, el único momento con una intimidad similar había sido aquel instante en la fiesta, haciendo que su sangre bullera dentro de sus venas y los latidos aumentaran aún más.

—Creo que ya está limpio. No tienes que preocuparte —comentó él, dando por concluida su tarea.

Pero Lisa se vio incapaz de decir nada, solo mirándole fijamente en silencio. Teniendo en cuenta que él tampoco se alejó, hizo que ambos quedaran suspendidos en ese instante.

Hasta que el dedo de Adrien cambió de dirección y se movió hacia sus labios, notando cómo Lisa tembló ante el ligero contacto.

Se dijo que debía contenerse, dejar de hacer aquello, alejarse de ella y llevarla a casa, que había pasado un mal día y lo que menos necesitaba era que él se sumara a sus problemas. Pero su cuerpo no reaccionó a aquel pensamiento. Solo permaneció donde estaba, pasando su dedo por el labio inferior de esta, notando cómo su visión se oscurecía hasta que solo la sintió a ella mientras Lisa se mantenía inmóvil, con la respiración entrecortada y sin saber si apartarse o echarse completamente en sus brazos para que detuviera aquella lenta tortura.

—Será... mejor que pare —susurró Adrien. Pero pareció más bien que hablara consigo mismo y, después de todo, su dedo no se detuvo ni sus ojos se alejaron de la visión de sus labios.

Era como si hubiera quedado hechizado en el momento y no pudiera o no quisiera liberarse.

Pero Lisa no podía permanecer así mucho más tiempo.

Antes de que se arrepintiera de lo que iba a hacer, se apoyó en los hombros de Adrien y se alzó hacia él, alcanzando sus labios con los propios al tiempo para sentir cómo la respiración de este se cortaba.

En una situación normal, nunca habría hecho algo tan atrevido como aquello. Pero Adrien era el único hombre que parecía poder calmarla y exaltarla al mismo tiempo, torturarla solo acariciando sus labios una y otra vez, relajando y encendiendo algo dentro de ella, necesitando reaccionar de alguna forma.

Este acabó correspondiendo al beso, sus labios comenzando a moverse

sobre los suyos de la misma manera lenta, hipnótica, calmada, como si él tampoco se creyera que estaban besándose por voluntad propia, que hubieran podido unirse así de nuevo.

Sin embargo, toda la calma desapareció de él con un gruñido casi animal al sentir que ella abría la boca para tomar aire y, levantándole las faldas por la parte delantera, ignoró el gemido de sorpresa de esta que sintió contra su boca, la sentó en su regazo y colocó las manos en sus caderas, tratando de tenerla lo más cerca posible mientras Lisa solo parecía capaz de sujetarse a sus hombros en mitad de aquel saqueo.

Era extraño que en aquella agresividad explosiva pudiera sentirse cómoda, pero lo hizo. Lisa no pudo evitar rodearle el cuello con los brazos mientras Adrien intentaba acercarla todo lo posible, como si el tejido sobrara, como si la propia piel sobrara. Ni siquiera se sentía intimidada por la fuerza de este, ya que sabía que no le haría daño.

—¿Qué me estás haciendo? —le susurró Adrien cuando liberó sus labios.

—Yo... no te he hecho nada —se defendió Lisa, sintiéndose extrañamente cómoda sobre las piernas de este, sintiendo el tejido de sus pantalones sobre la piel vulnerable que había bajo su falda.

—Sí, me has hecho algo, algo a mi cabeza —murmuró este de nuevo, depositando rápidos besos en sus labios—. Haces que olvide lo que tengo que hacer por mi familia. Me provocas a cada momento.

—Si eso es lo que piensas, suéltame —se quejó esta, queriendo descender de su regazo.

No quería estar oyendo aquellas palabras de reproche, como si ella fuera alguna clase de demonio que solo hubiera aparecido ante él para alejarlo del camino correcto.

Pero Adrien detuvo su intento de huida solo con el mero hecho de aumentar la presión de sus manos en las caderas de esta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, acercando su rostro hacia el de ella hasta que pensó que iba a volver a besarla.

—Me... me acusas de que... te estoy haciendo algo, así que me aparto.

—Pero yo no he dicho que quiera que te apartes —susurró este, inclinándose de nuevo sobre ella, dejando suaves besos en sus mejillas, en la punta de su nariz, en la comisura de sus labios...

Lisa giró la cabeza hacia él para que volviera a besarla, dejando escapar un suspiro, pero este pasó sobre sus labios para ir hacia su cuello, haciendo

que ella abriera los ojos con sorpresa, notando cómo Adrien mordisqueaba la blanca piel sensible sin ninguna piedad para ella. Fue casi inevitable que Lisa comenzara a dejar escapar unos gemidos incluso sin que se diera cuenta, echando la cabeza hacia atrás para dejarle mejor acceso.

—Si las lamo, ¿estás pequeñas pecas desaparecerán? —preguntó Adrien contra la piel de su clavícula.

Pero todo lo que pudo hacer Lisa fue echarse a temblar al sentirlo.

Aquello, incluso siendo mucho más calmado, estaba siendo más atrevido y arrasador que su beso en el jardín, haciendo que su mente fuera eliminando todas aquellas objeciones que hubiera podido tener para lo que estaban haciendo.

Notó que las manos de Adrien trataban de entrar por debajo de su falda y, cuando sintió estas sobre sus muslos, solo pudo aferrarse a su espalda como si sus manos se hubieran transformado en garras mientras dejaba escapar un jadeo, notando cómo el coche repiqueteaba bajo ellos por las calles empedradas. Los labios de él seguían hacia abajo, sintiéndole en el nacimiento de sus pechos, sabiendo que el vestido no le dejaría ir más allá.

Sin embargo, para su completa sorpresa, este se hizo hacia atrás en el asiento y sacó las manos, que habían estado acariciando sus piernas, de debajo de su vestido, poniéndolas en alto.

—¿Qué... qué pasa? ¿Por qué paras? —preguntó Lisa en un susurro, oyendo cómo su propia respiración escapaba de ella en silbidos, como si fuera un fuelle.

Sentía todo el cuerpo deliciosamente caliente, la piel despierta y toda ella lista, esperando. Pero ¿esperando qué? Lo único que sabía era que no quería que Adrien se detuviera en aquel preciso momento.

—¿Por qué debería ser yo el único que hiciera todo el trabajo? Has sido tú la que ha empezado a besarme antes, así que he pensado que, a lo mejor, sería placentero que tú llevaras algún tipo de iniciativa.

¿Iniciativa? ¿Ella? Ni siquiera estaba segura de que tuviera que dejarle seguir tocándola. Mucho menos ser ella la que le hiciera algo a él.

Pero Adrien permaneció quieto donde estaba, con una pequeña sonrisa en los labios, observándola con atención, aún con las manos en alto, contemplando como ella se debatía, aún sentada en su regazo.

—¿Y bien? —acabó preguntándole al final.

Los dos sabían que no deberían estar haciendo aquello, que ninguno de los dos deseaba ningún tipo de compromiso con el otro, que Adrien tendría

que casarse con una dama de buena clase y ella tenía una familia que cuidar. Pero, aun sabiéndolo, eso no hacía que las ganas de tocarse, de sentirse, desaparecieran sin más.

—¿Cómo... debo tocarte? —acabó murmurando Lisa, bajando la vista mientras sus mejillas ardían.

—Como tú quieras. Tienes total libertad para hacer lo que te plazca. Pero hay una cosa que quiero que hagas por mí.

—¿El qué? —preguntó esta, alzando los tímidos ojos hacía él.

—Quiero que te sueltes el cabello —le pidió este, acariciando los adornos que lo mantenían preso.

—Pero, si hago eso, Irene se dará cuenta y me hará preguntas. No sabré dejarlo como estaba.

—Yo te ayudaré a volverlo a poner en su sitio.

¿Un hombre ayudando a una mujer a peinarse? La idea le pareció divertida al principio. Pero luego imaginó a Adrien tras ella, pasando los dedos por sus mechones, acariciando su cabeza y no pudo decir que le desagradara la idea.

Aún nerviosa, se llevó las manos a los adornos y los fue quitando uno a uno, dejando que los mechones rojizos comenzaran a caer sobre su espalda y hombros, como si de una lluvia de seda rojiza se tratara.

Adrien contuvo el aliento cuando Lisa comenzó a hacer lo que le había pedido, bajando las manos que había mantenido en sus caderas hasta que las tuvo cerradas en dos fuertes puños sobre los asientos. De otro modo, no podría evitar alzarlas y tocarla, perdiendo el control.

—¿Así? —murmuró Lisa una vez que quitó todos los adornos y los dejó en los asientos de enfrente, ahora con el cabello totalmente suelto sobre los hombros, envolviéndola.

Adrien solo se vio capaz de asentir, ya que se le había secado la boca. No recordaba haberse sentido de aquella forma con ninguna otra mujer, pues nunca habían compartido tanta intimidad como para hacer que estas se desnudaran poco a poco para él.

—¿Ahora puedo tocarte como quiera? —le murmuró esta, con las manos sobre sus hombros.

Y este, de nuevo, solo pudo asentir.

Lisa se pasó, de manera inconsciente, la lengua por el labio inferior, tratando de calmar sus nervios.

Nunca había tenido aquella clase de intimidad con un hombre y creía que

nunca la tendría, así que, sin saber bien qué hacer, pasó las manos por sus hombros hacia sus brazos en un lento recorrido y vuelta a subir del mismo modo por estos hasta el punto de partida, descendiendo después hacia su pecho, sintiendo, por un momento, los fuertes latidos del corazón de Adrien. Siguió aquel camino descendente hacia su cadera, disfrutando de la sensación de su piel debajo de aquel tejido, cerca de sus dedos, pero, cuando bajó la vista y vio el bulto que se alzaba en los pantalones de este, se puso nerviosa y no supo continuar.

Adrien jadeaba entre los dientes apretados, pero abrió los ojos, concentrado como había estado en aquellas suaves pasadas de las manos de ella por su cuerpo, para verla mirando hacia abajo, comprendiendo lo violento que tendría que ser aquello para ella.

Aunque Charles la hubiera atacado, estaba seguro que este no había conseguido su objetivo ni ella habría visto nunca aquello que diferenciaba a los hombres de las mujeres.

Sin poder hablar, tomó con delicadeza la muñeca de esta con su mano, haciendo que Lisa lo mirara un instante con sorpresa antes de darse cuenta que la estaba conduciendo hacía el punto que había estado mirando.

Saltó sobre él cuando lo tocó, incluso cuando la ropa aún estaba de por medio, pasando la mano con la mayor delicadeza, notando cómo este se tensaba bajo ella, alzando el rostro hacia Adrien con timidez, viendo cómo este tenía los labios fuertemente cerrados, intentando mantenerse inmóvil.

Dejó de tocarlo solo para alzar las manos hacia su rostro, deseando tocar su piel de algún modo, haciendo que este la mirara, extrañado, inclinándose hacia él y besando sus labios con cuidado, moviéndolos como él había hecho antes con ella. No sabía qué más hacer a partir de aquel punto, pero confiaba que Adrien le diera alguna clase de pista para ayudarla a continuar.

Tal vez, lo hubiera hecho en ese instante si no se hubiera encontrado tan perdido en el momento. La suavidad de aquellas manos sobre sus mejillas le habían quitado el aliento y sentir los labios suaves y cálidos de ella, solo acariciando los suyos propios con timidez, lo dejó tan desarmado que ni siquiera se movió, esperando para ver qué sería lo siguiente que esta hiciera.

La parte inferior de su cuerpo había quedado en un segundo plano, pero ni siquiera le importaba. Lo único que quería en aquellos momentos era tumbarla sobre una mullida cama y que siguiera besándole de esa forma durante toda la noche, tenerla así de dispuesta a hacer cualquier cosa, envolverla entre sus brazos mientras que Lisa solo tenía que pasar sus manos

dulces por su piel para tenerlo totalmente rendido ante ella.

Solo para ver qué haría a continuación, entreabrió los labios, notando cómo ella besaba el superior y el inferior con extremo cuidado, como si pensara que eso era todo lo que ella pudiera hacer en esa situación. Y, aunque a Adrien le gustara, quería verla más osada, que se atreviera a ir más allá, sacando su lengua para buscar la suya.

Lisa se hizo hacia atrás, sorprendida, llevándose los dedos a los labios, pero, sonrojándose aún más, volvió a inclinarse sobre él, haciendo que este abriera de nuevo los labios con lentas pasadas de su lengua hasta que, de manera tímida, se atrevió a entrar en él, apenas unas acometidas sutiles que no podrían dejarlo satisfecho. Su parte baja volvió a saltar ante aquel intento de penetración y se dijo que tenía que volver a coger las riendas, sujetando la cabeza de Lisa con un puño, inmovilizándola sobre él para enseñarle qué era lo que quería que hiciera, cómo tenía que hacerlo y obligándola, en cierta forma, a que lo imitara, no sin cierto titubeo.

La otra mano de Adrien volvió a introducirse bajo su falda, haciéndola saltar de nuevo sobre su cuerpo, buscando la unión de las piernas de esta, necesitando saber si realmente se encontraba tan extasiada en el momento como él, haciéndole silbar entre dientes cuando se dio cuenta que sí. Lisa se encogió sobre sí misma ante su exploración, robándole el aire, dejándola con las piernas y el resto del cuerpo tembloroso mientras se aferraba a él.

—Me dijiste que... podía tocarte como quisiera —se quejó esta, separándose un poco de su rostro—. Pero eres tú el que me está tocando. No es justo —le reprochó.

—¿Acaso no se siente agradable? ¿No te gusta lo que estoy haciendo? —le murmuró él, besándola en la comisura de los labios.

—Sí, sí. Sí es agradable, pero... no es eso lo que trataba de decir.

—Solo podremos tocarnos de este modo un poco más. Pronto tendré que dejarte de nuevo en casa —se lamentó Adrien, como si no la hubiera oído, besándola en el cuello y comenzando un camino descendente.

—Pe... pero eso... eso no era lo que... te estaba diciendo —se quejó ella, no sonando tan dura como le gustaría, sin poder evitar dejarle más espacio hacia su carne, haciendo la cabeza hacia atrás.

—Tendré que volver a dejarte en casa y tendremos que hacer como que esto no hubiera pasado jamás —volvió a lamentarse este, con las dos manos de nuevo bajo su falda.

Sería tan fácil hacer las prendas a un lado y llegar hasta el fondo de

ella...

Tan perdido en esa idea estaba que se sorprendió cuando Lisa lo empujó hacia atrás, colocándole contra el asiento de nuevo para, a continuación, sacar las manos que la habían estado acariciando por debajo de la ropa con una expresión molesta en el rostro.

—¿Hacer como que esto no hubiera pasado? ¿Lo estás diciendo en serio?

Adrien, demasiado desconcertado, solo pudo parpadear mientras veía cómo Lisa se ponía en pie, tratando de arreglarse las faldas, aún con el ceño fruncido, cogiendo los adornos de su cabello que había dejado en los otros asientos, queriendo devolver a sus mechones a su estado anterior.

—Déjame que te ayude —le propuso este, queriendo acercarse a ella.

Pero esta lo apartó de un manotazo, dirigiéndole una mirada furiosa con sus ojos encendidos.

—No quiero que me vuelvas a tocar —se quejó esta, volviendo a la tarea que estaba realizando, dando unos golpes en la pequeña ventana que daba al cochero y diciéndole su dirección, indicándole que se dirigiera hacia allí de inmediato.

Adrien, aún confuso, solo observó desde el asiento de enfrente cómo esta trataba inútilmente de colocar su cabello como había lucido antes, sin atreverse siquiera a hablar. Algo que había dicho era lo que había molestado a Lisa, pero no sabía qué era y quería repasar la escena en su cabeza para evitar decir algo que empeorara la situación.

—¿Te ha molestado que diga que tenemos que hacer como si esto no hubiera pasado? —le preguntó, tras concluir su examen de la situación, observando cómo esta continuaba la tarea de devolver su pelo a su lugar.

Esta volvió a dirigirle una mirada encendida por entre los mechones, haciéndole sentir culpable, ya que había creído que ella sabía tan bien como él que aquellas caricias eran todo lo que podrían hacerse el uno al otro. Lisa misma había dicho varias veces que no deseaba casarse, pero ello no significaba que no pudiera disfrutar y experimentar la pasión.

—¿Te crees que soy una fulana? ¿Qué puedes hacer lo que quieras conmigo y yo solo me dejaré hacer?

—Nunca he pensado eso de ti —se quejó este, irritado porque pusiera palabras en su boca que no había dicho.

—Pues pienso que lo mejor será que no volvamos a hacer cosas como esta. Nuestras familias se aprecian y, como tal, nos trataremos con cordialidad. Pero toda relación por nuestra parte quedará ahí —le aclaró Lisa,

enfadándose cada vez más al notar que los adornos no conseguían sujetar su pelo como habían hecho antes.

«¿Cordialidad? ¿Cuándo se habían tratado ellos con cordialidad?», pensó Adrien con desconcierto. Todas las escenas que venían a su cabeza eran de ellos dos discutiendo, excepto esa ocasión en el coche y el momento del jardín en el cumpleaños de sus hermanas.

No dijo nada más, ya que parecía inútil tratar de hacerlo, pero la contempló con atención mientras ella seguía recogiendo su cabello, pareciendo frustrada al no tener mucho éxito.

En ese silencio tenso se mantuvieron hasta que llegaron a la casa de los Freeman, donde Lisa descendió, sin esperar su ayuda, y se dirigió hacia la puerta de la casa con paso vivo, sin ni siquiera despedirse de él.

¿No había sido ella la que había propuesto que se trataran con cordialidad hacía unos momentos?

Pero no pensó más en ello de lo necesario y ordenó al cochero que se pusiera en marcha hacia casa, al tiempo de ver cómo la criada abría la puerta y Lisa se precipitaba hacia el interior con la fuerza de una tormenta.

CAPÍTULO 9

Lisa no podría encontrarse más irritada que en aquel momento e, incluso aunque su padre, su hermana e Irene esperaban por saber qué era lo que había ocurrido durante la comida, no estaba de humor para hablar con nadie en esos momentos y espetó que subiría a su cuarto a cambiarse y que hablarían después.

Irene miró al señor de la casa con duda, pero este solo pudo encogerse de hombros.

—Si solo está enfadada es porque ha tenido que estar en el mismo cuarto que Charles, pero no le ha hecho nada, ¿verdad? —preguntó Clea, contemplando a los adultos en busca de una afirmación.

Ninguno de los presentes comentó nada de lo sucedido y solo esperaron abajo a que Lisa volviera y quisiera explicarles algo, oyéndola trastear en el piso de arriba como si estuviera descargando su irritación contra los muebles.

En realidad, ella golpeó su mesilla con un pie, tratando de descargar su mal humor, pero acabó haciéndose daño. Y, al volverse, quejándose de ello, se golpeó el otro con la cama, cayendo al suelo sobre su trasero, sintiéndose ridícula y estúpida.

Ni siquiera sabía por qué se había dejado besar por Adrien o cómo ella se había atrevido a besarlo a él. Como siempre había confiado en él, parecía lo más natural del mundo, sobre todo en algo tan íntimo como un beso, olvidándose que ya no era el mismo niño que había conocido. Ahora era el tipo de hombre que obtendría lo que una mujer quisiera darle y no se preocuparía más por ella. Era como si, al dejarse hacer todo aquello dentro del coche, hubiera aceptado ser una más de las muñecas que tendría y con las que podía jugar.

Le gustaría arañarse el rostro por estúpida, por no recordar que las cosas ya no eran como antes, por bajar sus defensas ante aquel hombre cuando sabía que todos eran peligrosos. Pero eso no resolvería nada.

Y lo que más odiaba era que aún esperaba algo por parte de Adrien y su cuerpo se negaba a olvidar el tacto de sus caricias, el calor que había despertado, la expresión de su rostro mientras la contemplaba, el brillo del sol en el fondo de sus ojos de nube mientras se besaban, el tacto de sus labios

sobre los suyos, firmes y decididos, seductores, invitadores...

—¡Ahggg! —exclamó, sacándose los adornos del pelo de nuevo a tirones.

Tenía que olvidar todo eso, encerrarlo en algún lugar de su mente y no volver a abrir esa puerta jamás.

Cuando se sacaba el vestido, no sin cierto trabajo al tener que hacerlo ella sola, se preguntó qué le podía decir a su familia sobre lo sucedido.

Si les decía que Charles se había atrevido a volver a tocarla, que parecía incapaz de olvidar lo ocurrido en Bishopstoke y que le importaba muy poco atacarla en un lugar público y donde se encontraba su propia esposa, les preocuparía gravemente. Además, no sentía ningunos deseos de explicarles la extraña relación que existía entre Adrien y ella, pues le avergonzaba solo pensar en ello.

Se centraría en solo decirles que Charles había sido un impertinente durante la comida, lo que sería cierto, irritándola, y esperaba que volviera al pueblo y que no volviera a pisar la ciudad nunca más. Eso les dejaría tranquilos y no harían más preguntas, achacando que su irritación se debería solo al hecho de haber tenido que comer con él.

Decidida a eso, terminó de cambiarse, se trenzó el cabello, haciendo un moño en su nuca, y bajó al salón. Su hermana ya se encontraba sentada ante el piano, practicando de nuevo, pero no la perdió de vista mientras ella se dirigía hacia su padre y se sentaba frente a este.

—¿Y bien? —preguntó el señor Freeman, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo, dejándole espacio para que ella se explicara como mejor quisiera.

—Tengo la impresión de que Charles no cambiará mientras viva. Se comportaba como si fuéramos amigos y fue muy impertinente con el señor Bells. Hasta su esposa se dio cuenta de ello. Me da un poco de lástima, ya que considero que es una buena mujer. Tiene una sonrisa fácil y buenas palabras para todo el mundo. No creo que sepa con qué hombre se ha casado.

Con un suspiro, su padre bajó el libro, contemplarla, mientras Lisa trataba de mantenerse calmada.

—Bueno, hija. Teniendo en cuenta que ni siquiera sabíamos de la existencia de esa dama en el pueblo lo más seguro es que el señor Johnson acelerara las cosas para que se casaran cuanto antes, así que no se conocerán demasiado. Charles es un hombre temperamental, obsesivo, pero no creo que sea de los que se atreva a levantar la mano a su esposa. No cuando el padre de

ella es amigo de negocios del suyo, si las cosas son como me contaste.

—Pero, con el carácter que tiene, estoy segura de que acabará haciéndola infeliz.

—Eso no se puede evitar, cariño. Depende de ellos y de aquellos padres que aún piensan que su decisión siempre será la correcta para sus hijos. Ya decidí hace tiempo a negar ese comportamiento. Sé por experiencia que cuando el corazón elige de verdad no hay lugar alguno para el error. Y esto te lo estoy diciendo especialmente para ti.

—¿Por qué especialmente para mí? —preguntó ella, sonriendo.

—Cariño, sé que piensas que tu obligación como la mayor es permanecer a mi lado a falta de tu madre y hacer un buen matrimonio para tu hermana. Pero no estás obligada a ello —le indicó este, inclinándose hacia ella para sujetar sus manos.

—¿Qué tonterías dice? Yo no lo veo como una obligación. Quiero quedarme a tu lado y sé que la vida de casada no es para mí. ¿Sabes lo que nos costará casar a Clea? Con el carácter que tiene me llevará toda una vida.

El señor Freeman no pudo evitar sonreír ante ese comentario, pero miró las manos de su hija, las cuales aún tenía apretadas entre las suyas, y le dio un apretón cariñoso.

—Por mucho que digas, Clea no es tan tonta como para no saber con qué tipo de hombre deba casarse. Tiene un carácter que no es el acostumbrado, no lo negaré, pero cualquiera que acabe conociéndola, acabará amándola. Lo sabes tan bien como yo.

—Bueno... aunque así fuera, aunque hiciera un matrimonio provechoso y encontrara un marido que la amara con locura, no quiero dejarle solo. ¿Quién cuidaría de usted si no?

—Irene siempre ha cuidado de nosotros. No tienes que buscar esa clase de excusas.

—Pero...

—Lisa, no habría nada en el mundo que me hiciera más feliz que ver a mis dos hijas casadas y felices. Valoro tus cuidados, claro que lo hago, pero verte rodeada por tu propia familia sería lo que me daría fuerzas para vivir cien años —comentó el señor Freeman, con una sonrisa decorando su rostro.

Lisa no pudo evitar mordisquearse el labio inferior mientras contemplaba las manos de su padre entre las suyas.

—¿Y si no me enamorara del hombre correcto? —acabó murmurando.

El señor Freeman frunció el ceño ante esa pregunta, pero su hija no

alzaba el rostro para mirarlo.

—Nunca pensé que no fueras lo suficientemente lista para que supieras quién es el hombre adecuado para ti. Cuando lo tengas delante, estoy seguro que sabrás quién es —le aseguró este, obligándola a alzar el rostro mientras le sujetaba la barbilla.

Lisa no pudo evitar apenarse ante esa idea, porque si se había dejado besar por Adrien por el motivo que imaginaba, sí era tan estúpida como suponía, sabiendo desde el principio que él buscaba a alguien que le concediera un título adecuado a su nuevo estatus, por mucho que pudiera jugar con mujeres como ella.

El señor Freeman pudo imaginar lo que estaba pasando por la mente de su hija y, durante un momento, solo la contempló en silencio, dejando que ella pensara sobre el asunto mientras todo se reflejaba en su expresión.

—¿Sabes cómo conocí a tu madre? —le preguntó de pronto, forzando a esta para que le prestara atención.

Lisa solo pudo negar con la cabeza, ya que, aunque Irene les hablaba de su madre, cómo había tenido siempre un carácter afable y lo que amaba la música, los muchos pretendientes que había tenido y cómo ella los había rechazado a todos, jamás les explicó cómo se conocieron ni su padre le había hablado antes de ello.

—La conocí en una fiesta de Bishopstoke. Su familia acababa de llegar porque el aire limpio del campo, decían, le sentaría mejor a su hija e inmediatamente desde que llegaron, todos los hombres de la zona, yo incluido, nos enamoramos perdidamente de ella. Parecía un ángel que había aparecido en el mundo para hacerlo aún más brillante. ¿Sabes cómo supe que ella era la única mujer en el mundo de la que me iba a enamorar?

Lisa, en silencio, solo pudo negar de nuevo, escuchando con atención.

—Me lo gritó el corazón. Daba igual cuántos hombres se acercaron a ella, tratando de conquistarla con regalos caros o prometiéndole una vida llena de prosperidad. Sabía que, si aceptaba a alguno de ellos, ella jamás sería realmente feliz y yo estaría solo hasta el fin de mis días.

—¿Y cómo conseguiste enamorarla cuando tenía a tantos pretendientes?

El señor Freeman sonrió con una ternura como pocas veces había visto aparecer en el rostro de su padre.

—Le regalé una rosa, una simple rosa de las que crecían en los alrededores, y le dijo que, mientras viviera, siempre tendría rosas para ella e, incluso cuando ya no estuviera, sería la única mujer en el mundo a la que

podría mirar.

—¿Y funcionó?

—¡En absoluto! Se rió, diciendo que muchos se le habían acercado diciendo cosas similares, así que me rechazó y se marchó riendo a casa, diciendo que los hombres de campo eran muy atrevidos.

—¿Te rechazó? —preguntó Lisa, incrédula—. Entonces, ¿cómo...?

—Solo le demostré que no mentía. Mientras los demás se rendían ante sus constantes rechazos, yo seguí regalándole una rosa cada día y me marchaba a casa feliz solo por saber que ella encontraría la rosa junto a su ventana cuando se levantara. Me dijo que era el tipo más extraño que había conocido en su vida, pero que no podía evitar sonreír cuando veía aquella rosa cada mañana o me veía por el pueblo.

Ella recordaba eso. Junto a la cama de su madre, siempre había un pequeño jarrón que tenía todos los días una nueva rosa. Pero solo pensó que era algo de lo que Irene se encargaba. A su madre le encantaba mirar esa rosa en su mesilla, pero nunca imaginó que estaba relacionado de esa forma con su padre.

—Al final, hablé con tu abuelo y, cuando su hija insistió en que me aceptara, no le quedó de otra que permitir nuestro matrimonio. No fue una ceremonia por todo lo alto como todas las novias sueñan, pero estaban presentes aquellos a los que queríamos y nunca había visto a tu madre tan hermosa como aquel día.

—¿Lo que me estás queriendo decir es que, a pesar de las circunstancias o las negativas de esa persona, si mi corazón dice que ella es la adecuada, tengo que insistir en ello hasta que lo consiga?

—¿Más o menos? Sí. La mente puede engañarnos, nuestros sentidos puedes engañarnos y también nuestros ojos. Pero lo que diga nuestro corazón será algo duradero y definitivo. No quiero ver cómo niegas lo que te dice tu corazón solo porque quieres cuidar a un viejo como yo o porque temas un rechazo.

—Padre, usted no es ningún viejo —le reprochó Lisa con una sonrisa en los labios.

—No de momento, pero espera unos pocos años más. No seré capaz ni de ponerme en pie por mí mismo. Y cuando yo falte, entonces te arrepentirás de no haber hecho caso a tu corazón cuando te habló en su momento.

—A lo mejor mi corazón es un necio que no quiere ver la realidad.

—Si tu corazón ha hablado es porque ha tenido motivos para ello. Y, en

verdad, espero que esta lección haya quedado clara para ti. Sobre todo, ahora.

—¿“Sobre todo ahora”? ¿Qué ocurre, padre? ¿Acaso está enfermo y no me lo ha dicho? —preguntó Lisa con preocupación, cogiendo las manos de su padre con más fuerzas que antes, contemplando su rostro en busca de una enfermedad.

—No, no, hija mía. No tienes que preocuparte por mí. Yo me encuentro bien. Pero esta mañana he recibido una carta desde York de mi amigo John. Fuimos juntos al seminario, pero él acabó diciendo que su vida no se encontraba al lado de Dios. Se casó con una muchacha, hija del dueño de una tienda de especias, y, cuando se casaron, su suegro le cedió el negocio. Sin embargo, unas fiebres se llevaron a su mujer y a sus dos hijos. Y, al parecer, tras años de esa desgracia, él también ha caído enfermo. Me pide que vaya a verlo y pasar con él el poco tiempo de vida que le queda.

—Pero... ¿y si también cae enfermo? Me parece muy arriesgado. Sabe que su salud no es tan buena como antes.

A decir verdad, su padre caía enfermo cada invierno de algún resfriado, cuando se cansaba le daba fiebre y cada día comía menos que antes. Era como si se estuviera apagando poco a poco.

—¿Qué clase de amigo sería si desoyera semejante llamada de auxilio? Estaré bien y, mientras esté fuera, le diré al señor Craven que esté pendiente de vosotras. Os ha cogido un gran cariño.

—Creo que se debe a que no ha tenido hijos propios.

—Pudiera ser, pero eso a mí me tranquiliza. Incluso con el modo que tiene para ganarse la vida, no os confiaría a nadie más. A excepción del señor Bells, por supuesto. Ha demostrado ser un muchacho muy capaz.

Lisa torció el gesto, pero no comentó nada al respecto.

—¿Cuándo habéis decidido partir?

—Mañana mismo, por la tarde. Cogeré un tren tras asegurarme que alguien más quede al cuidado de la parroquia. Debes pasar por la iglesia para ver a los niños. Te han cogido mucho cariño y se pondrán tristes si ninguno de los dos está por allí durante un tiempo.

—Claro que pasaré a verlos. Aunque no entiendo por qué no se llevan tan bien con Clea. Cuando les canta, les encanta, pero si se ponen a hablar acaban discutiendo.

—Eso es porque tu hermana y esos niños están al mismo nivel —comentó el señor Freeman con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —le preguntó esta.

—No estoy seguro. Permaneceré con John hasta que abandone este mundo, pero no sé lo que eso tardará.

—Espero que no esté sufriendo mucho.

—Al menos, hasta hace unos días estaba lo bastante bien como para escribirme esta carta.

—Procura no ponerte enfermo también en un lugar tan lejano o me preocuparé.

—Cuando hablas así me recuerdas a tu madre.

—¿También la preocupabais a menudo?

—No, siempre me decía que llevara cuidado porque era muy fácil de engañar.

—Creo que aún sigue siendo un poco fácil de engañar —le comentó esta, dirigiéndole una sonrisa cariñosa, aun apretando sus manos, pensando en que tendrían que empezar a recoger las cosas de su padre para el viaje.

—Procura cuidar de tu hermana mientras estoy fuera.

—No se preocupe por eso. Las gemelas Bells ya la cuidan bastante por mí. Creo que un día de estos me pedirán que si se la puedan quedar de manera permanente.

El señor Freeman tuvo que reírse sin poder controlarlo. Pero Clea entró en ese momento en el cuarto.

—Yo quedé con Kaila y Kailyn para vernos mañana. ¿En verdad es necesario que se vaya mañana mismo?

—¡Clea! Te ves todos los días con las Bells. Por un día que tengas que permanecer en casa no te pasará nada. Además, no sabemos lo que padre tardará en volver. Tienes que despedirte apropiadamente de él —le reprochó Lisa.

La joven torció el gesto molesta, mirando de mala manera a su hermana. Pero Lisa ignoró eso, manteniéndose impassible mientras la miraba a su vez, sosteniendo su mirada. El señor Freeman miró a una y a otra, ya que lo que menos deseaba era marcharse dejando a ambas hermanas peleadas entre ellas.

—Yo llevaré a Clea mañana a casa de los Bells. Podremos despedirnos apropiadamente y le diré al señor Bells de mi partida para que también os eche un vistazo. Así podré pasarme por la iglesia también y asegurarme de que todo está bien.

—La consientes demasiado —se quejó Lisa—. Pero está bien. Entonces, yo me ocuparé de ir a buscarla por la tarde. No quiero que los Bells tengan que tomarse la molestia de traerla.

—¿Ha pasado algo entre el señor Bells y tú? —le preguntó Clea, abrazando a su padre como había estado después de asegurar que se salía con la suya—. Antes no te importaba que me trajeran o no.

—No podemos estar aprovechándonos de ellos porque tú tienes una amistad con las jóvenes. Eso es abusar —le recriminó Lisa.

—Son ellos los que siempre se ofrecen a traerme. Además, así Kaila y Kailyn salen. En su casa, siempre tenemos que tener mucho cuidado con la voz para no malestar a su madre. Dicen que en la fiesta de su cumpleaños las criadas tuvieron que llevarle infusiones para que durmiera porque los ruidos de abajo la pusieron muy nerviosa.

Lisa no pudo evitar pensar en la figura encogida de esta y a su mente acudió las palabras de Adrien cuando se encontraron con Charles por primera vez, cuando afirmó que sabía cómo una mujer se sentía cuando era molestada por un hombre.

—Aun así —acabó murmurando—, me encargaré yo misma de ir a buscarte, así que niégate si dicen de traerte a casa, ¿entendido?

Clea solo asintió, preguntándole a su padre por qué su hermana siempre tenía que comportarse de esa insoportable manera. Pero ella hizo oídos sordos a esas palabras, ya que tenía que dirigirse al cuarto de su padre para hacer sus maletas.

Así, por la mañana, su padre se encargó de llevar a Clea a casa de los Bells, despidiéndose de la joven en la puerta y hablándoles de su marcha al señor Bells, que prometió, al menos, vigilar a su hija pequeña. Ambos hombres se dieron un fuerte y firme apretón de manos, despidiéndose también de las jóvenes Bells, que le desearon un buen viaje.

Lisa permaneció en casa toda la mañana, en aquella vacía casa, ya que Irene también había salido a comprar y ella no se había sentido de ánimos para acompañarla, sentándose en el salón sin saber qué hacer.

En Bishopstoke, siempre había algo que hacer, ya fuera cuidar del jardín, ir a visitar a algún vecino que sabía que necesitaba ayuda o compañía, llevar comidas a los trabajadores del campo... Pero allí, la gente que conocía estaba ocupada trabajando y no tenía a quién visitar. Ni siquiera tenía la suficiente práctica con el piano como entretenerse con él, ya que siempre había dejado este a Clea mientras ella se dedicaba a cuidarla.

Fue un alivio cuando su padre e Irene volvieron. El primero se aseguró de que sus cosas estaban preparadas para el viaje. Y la segunda llegó directamente a la cocina, ya que tenía que preparar la comida y algún cesto

que el señor pudiera llevar para su viaje.

—Escríbeme mientras estés allí tan a menudo como se pueda, ¿sí? —le pidió Lisa mientras ayudaba a este a bajar sus maletas—. No me gustaría que pasaran semanas antes de recibir una carta.

—No tienes que preocuparte por eso. Enviaré carta cada vez que sea posible —le aseguró este, besando a Lisa en la frente.

Ambos se despidieron en la puerta de la casa e Irene afirmó que ella cuidaría de todo hasta su regreso. La mayor de las Freeman permaneció en la entrada, contemplando cómo su padre montaba en el coche que había alquilado, ya que este tendría que llevarlo hasta la estación, viendo cómo su padre se volvía hacia ella dentro del vehículo y le sonreía antes de que este desapareciera en una vuelta del camino, despidiéndola con la mano.

Lisa se sintió extrañamente inquieta, pero correspondió a su despedida mientras fue visible.

—El señor cuenta con muchos amigos, pero ¿se ha fijado en que casi todos son solteros? —comentó Irene, tras ella.

—El señor John no es soltero. Es viudo.

—Bueno... soltero o viudo, la cuestión es que están solos en el mundo. Espero que no le llamen todos cuando se acerque su hora o creo que pasará poco tiempo en casa.

—No seas tan cruel, Irene. Esos hombres se habrán quedado solos y no tienen a quién acudir.

—Pero es como un recordatorio constante a vuestro propio padre de que él tampoco cuenta ya con su esposa. Y los hombres hacen muchas tonterías o pierden la cabeza cuando están solos —comentó la criada, dirigiéndose hacia la cocina antes de que Lisa pudiera añadir algo más.

Después de todo, tenía cierta razón. Su padre no dejaría de ver a montones de hombre solos, por elección o por viudedad, que envejecían solos y que morirían solos si no fuera por él, recordándole todo el tiempo que, a pesar de tener dos hijas, se encontraba en una situación bastante similar a la de ellos.

Dejando esas ideas negativas a un lado, se dijo que su padre solo se centraría en cuidar a su amigo y hacerle más llevadero el final. En ningún momento se colocaría él en su misma situación y, tras darle el último adiós, su padre volvería a casa, seguiría cuidado a los miembros de su iglesia y leería sentado en su sillón mientras Clea tocaba el piano. Su vida no cambiaría absolutamente en nada y viviría durante muchísimos años más.

Se llevó una mano al pecho, incómoda con la extraña punzada que volvió a correr por ella, así que, en vez de permanecer quieta en la entrada, se dirigió a la cocina para ayudar a Irene, tratando de alejar esa sensación de su mente. Después de todo, al ser solo ellas dos para comer, tampoco podría llevarles mucho trabajo y tendría alguien con quien hablar y que la aliviara de sus temores.

—Su hermana está aprendiendo mucho de las jóvenes Bells —le comentó Irene, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. Antes, sus modales en la mesa eran prácticamente inexistentes, pero, ahora...

—¿Verdad que sí? Ellas están siendo una buena influencia para Clea. Aunque se ha vuelto más cotilla últimamente.

Irene la miró un momento pero, en seguida, su atención volvió a lo que estaba haciendo. Sin embargo, Lisa no pudo evitar sonreír al notar que la vieja criada quería decirle algo.

—¿Qué es lo que ocurre, Irene? ¿Hay algo que quieras decirme?

Esta volvió a mirarla, ya que nunca había sido una mujer que se quedara callada cuando quería saber algo.

—¿No ha pensado que su cambio de actitud se deba a que hay alguien que le guste? —comentó esta, tratando de no darle demasiada importancia al comentario.

En vano. Lisa soltó el cuchillo que tenía entre las manos para volverse a mirarla, pero esta no dejó lo que estaba haciendo, incluso cuando notaba la mirada de la mayor de las Freeman sobre ella.

—¿Gustarle alguien? ¿Quién podría gustarle? Es demasiado joven y... —.Antes de que siguiera hablando, la imagen de Jack Mardling acudió a su mente, recordando la forma en la que este tenía de mirarla—. ¿Te ha comentado algo sobre eso? ¿Ha mencionado el nombre de algún caballero?

—A mí no me ha hablado de nada de eso, pero si ha hablado con alguien estoy segura que ha tenido que ser con las jóvenes Bells. Pasan juntas todo el tiempo, así que, sin duda, ellas sabrán algo al respecto. Clea nunca ha sido de las muchachas que cambian su actitud por la influencia de sus amistades.

Lisa volvió a sentirse inquieta. Jack Mardling no era en absoluto un hombre apropiado para su hermana. Sabía perfectamente lo que hombres como él querían de jóvenes como Clea. También estaba convencida que tampoco era uno de esos hombres que se casaban. Por su profesión, pasaba el día rodeado de mujeres hermosas y, por lo que había oído de él, había mantenido relaciones con casi todas ellas sin que este siquiera tratara de ocultarlo.

No. En absoluto. Si su hermana se sentía atraída por un hombre como él debía acabar con esa clase de atracción.

—Hablaré con las Bells cuando vaya esta tarde a su casa —le aseguró a Irene.

Esta solo asintió, pero no comentó nada más del asunto, así que ambas permanecieron de ese modo, en silencio, mientras terminaban de preparar la comida mientras ambas se encontraban sumidas en sus pensamientos.

El camino hasta la casa de los Bells fue un paseo tranquilo y grato. Hacía un hermoso día y aún estaría el sol fuera cuando Clea y ella volvieran caminando a casa, así que disfrutaría un poco más del clima primaveral mientras pensaba cómo sacar el tema de los hombres con su hermana, tratando de que ninguna de las frases que se pasaban por su mente parecieran agresivas o molestas. Lo que menos necesitaba era que esta se negara en rotundo a hablar con ella del tema, pues necesitaba saber si era necesario tomar medidas con aquel hombre.

Clea era lo suficientemente ingenua para dejarse embaucar por un hombre como Mardling y este la despacharía mucho antes de que su hermana se diera cuenta de lo que había pasado, dejándola destrozada y sin reputación.

Llamó a la puerta de los Bells aún con aquella imagen en su cabeza, viendo a su hermana llorando sin consuelo mientras se imaginaba a aquel hombre riendo ante su ingenuidad, estremeciéndose de rabia y miedo por ella. Lo que menos quería era que alguien la engañara, que le hiciera pasar por semejante dolor. Ni siquiera fue consciente de estar siguiendo a una criada hacia el interior de la casa hasta que la figura de Kaila de espaldas, asomada a una habitación, la sacó de sus cavilaciones.

Poco a poco, con el tiempo, se aprendía a distinguir a las gemelas, incluso cuando el lunar de Kailyn no era visible.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Lisa, haciendo que la joven se sobresaltara y se apartara de la puerta.

Cogiéndola de la muñeca, la joven Bells la apartó de allí y, cuando se aseguró de que la criada se había marchado a realizar otras tareas y estaban solas, se dispuso a hablar.

—Estaba bajando a las cocinas a ver si conseguía algo de comer para que lo llevaran a la habitación de Kailyn, cuando he oído que llamaban a la puerta, pensando que aún era algo temprano para que llegaseis. Pero resulta que se trataba de alguien que no deseaba ver por aquí nunca más.

—¿De quién se trata? —preguntó Lisa, intrigada. Después de todo, Kaila

parecía la más acertada de las dos hermanas para medir a la gente.

—Se trata del señor Bolton y su hija. Él tiene también una fábrica textil en Bradford. De eso conoce a mi hermano. Pero su hija, la señorita Elizabeth Bolton —comentó Kaila con disgusto—. Ha estado detrás de mi hermano desde hace meses y a su padre no parece disgustarle el hecho de que su hija sea una... fresca y vaya cogiéndose del brazo de los hombres con ese desparpajo —aseguró, con hastío.

—A lo mejor no es para tanto —comentó Lisa a su vez, tratando de restar importancia al asunto.

Ni siquiera podía imaginar a Adrien interesado en alguna mujer. A pesar de las cosas que habían hecho juntos este, había dejado claro el hecho de que quería una mujer con título para que fuera su futura esposa y que no aceptaría a nadie más.

Kalia, contemplándola con irritación, volvió a tomarla de la muñeca y la condujo hacia el salón donde las figuras estaban hablando. El señor Bolton y Adrien tenían unas copas en las manos y conversaban con entusiasmo sobre algo. Por otro lado, como si fuera completamente invisible, una joven unos pocos años más mayor que las gemelas, de cabello castaño oscuro, vivaces ojos marrones, que lucía un vestido demasiado revelador para su edad, estaba enganchada en el brazo de Adrien, sonriendo hacia este sin parar, con lo que él le dirigía pequeñas sonrisas de vez en cuando.

—La muy... —comentó Kaila por lo bajo—. Siempre actúa de ese modo con mi hermano. Su padre solo tiene un pequeño título de barón que heredó de manera lejana, pero es lo más cerca que Adrien se ha visto de un título y, al morir el señor Bolton, su hija heredaría este junto con la fábrica, ya que no tiene más hijos.

Lisa notó cómo su cuerpo se quedaba frío ante aquella información sin poder hacer nada para evitarlo.

Ante Adrien, se encontraba la oportunidad que siempre había esperado. Tendría un título que acompañara a su estatus y, encima, tendría una fábrica más y la joven Bolton parecía completamente cautivada por él. En la vida, solo se le presentaría una oportunidad tan conveniente como aquella. Sería estúpido si no hiciera uso de ella.

Apartándose de la puerta, se dijo que aquello era lo lógico, lo que tenía que acabar pasando. Adrien se casaría con alguien que le concediera lo que siempre había estado buscando y ella, por mucho que su padre dijera que deseaba lo contrario para ella, permanecería en casa cuidándolo y

asegurándose de que su hermana no cometiera alguna locura. Así era como iban a acabar siempre las cosas. Sería estúpido haber pensado de otro modo.

—¿Mi hermana... has dicho que estabais en el cuarto de Kailyn? —preguntó por lo bajo, señalando las escaleras.

Kaila solo asintió, ya que aún permanecía contemplando lo que sucedía a través de la puerta entreabierta y no parecía tener intención de alejarse de allí.

—¿Por qué no entras ahí y les haces saber que mi hermano solo puede mostrarse como realmente es cuando está contigo? Déjale claro a esa chica que no puede ser rival —le sugirió Kaila, volviéndose hacia ella.

Para su sorpresa, Lisa ya se había marchado. Sabía perfectamente que su hermano se casaría con alguien que no amaba con tal de que ellas vivieran mejor y tuvieran la oportunidad de acceder a esferas más altas. No deseaba eso para él. Del mismo modo que Clea no deseaba que su hermana se quedara sola. Ambos, a pesar de sus discusiones, parecían encajar bien. Entonces... ¿por qué no aceptaban de una vez acabar juntos?

Lisa ni siquiera sabía que Kaila le había dirigido aquellas palabras mientras subía las escaleras, tratando de sacar de su mente la imagen de Adrien con aquella joven colgada de su brazo, sonriéndose. Ni siquiera deseaba tener que estar pensando en ello.

«No es un asunto que me concierna. Lo que el señor Bells haga o deje de hacer es solo cosa suya. Ya quedó claro que, entre nosotros, no puede existir nada más que un trato cordial por nuestras familias y nada más. Todo lo que no tenga que ver con eso, está fuera de lugar», se dijo.

Entonces... ¿Por qué sentía ganas de llorar?

Sentía una opresión en el pecho y las lágrimas subían con rapidez a sus ojos, incluso sin entender por qué. No tenía auténticos motivos para llorar. ¿Acaso había habido algo serio entre Adrien y ella? ¿Él había dicho en algún momento que ya no deseaba buscar a una esposa con título? Porque, de ser así, no lo recordaba. Sabía a la perfección cómo habían estado las cosas. Aquello no debería haberle pillado por sorpresa. No podía ser de otro modo. Él lo había dejado claro.

Entonces, ¿por qué las lágrimas seguían acumulándose en sus ojos?

Tomó varias bocanadas de aire tratando de serenarse, de eliminar la opresión y la imagen de su mente de Adrien con aquella mujer. No quería que nadie la viera en semejante estado, así que agradeció que ni los criados caminaran por los pasillos.

Cuando se sintió más tranquila, o, al menos, pudo contener las lágrimas y

fingir que todo iba bien, se dirigió al cuarto de Kailyn, ya que haber ido a recoger a Clea tantas veces con anterioridad había logrado que aprendiera dónde estaba el cuarto de las dos hermanas, incluso cuando la casa era tan sumamente grande.

Tanto se había acostumbrado a pulular por los pasillos con la libertad que los criados le otorgaban que ni siquiera se molestó en llamar a la puerta del cuarto cuando llegó a este, encontrándose con una escena que la dejó petrificada en el umbral.

Ambas jóvenes, tanto Clea como Kailyn, se encontraban arrodilladas en el suelo del amplio cuarto, besándose la una a la otra mientras los brazos de la menor tenían rodeados los hombros de Clea, solo separándose de golpe cuando oyeron la puerta, observando con similares rostros de sorpresa a Lisa, que aún no había conseguido mover ni un músculo.

—¿Qué... qué estáis haciendo? —consiguió murmurar al final, apenas con un hilillo de voz que no sabía dónde había encontrado.

—Es... estábamos... practicando los besos —le susurró Clea a su vez, poniéndose en pie, mientras Kailyn solo parecía capaz de mirar a una y a otra sin saber qué decir, con el rostro rojo por la vergüenza.

—¿Y... por qué estabais practicando... eso?

—Es la única forma de saber qué hacer cuando encontremos maridos.

—¡Pero esa idea es completamente absurda! —acabó por estallar Lisa, dando un paso hacia el interior del cuarto—. ¡¿Quién os ha sugerido eso?! ¡No habrá sido ese tal Jack Mardling, ¿verdad?! ¡Solo un hombre como ese, con su reputación, podría haberos convencido de hacer esto!

Ambas chicas se miraron, pero esta no les dio lugar para poder hablar.

—¡No podéis hacer esta clase de estupideces! ¡¿Qué hubiera pasado si alguien más os hubiera encontrado haciendo eso?! ¡La cantidad de rumores que hubieran corrido de ambas por toda la ciudad hubiera impedido que pisarais la calle en lo que os restara de vida!

—¡Por favor, no se lo digas a mi hermano!— le rogó Kailyn, poniéndose en pie de un salto tras sus palabras.

—De mí no saldrá una palabra mientras me prometáis que no lo volveréis a hacer. Esas cosas no pueden practicarse. Llegado el momento, sabréis lo que tenéis que hacer —afirmó, notando cómo se sonrojaba al tener que hablar de semejante tema con ambas jóvenes.

—¿Tienes... mucha experiencia con eso? —le preguntó Kailyn por lo bajo, apenas capaz de hablar por encima del silencio para que se la oyera.

—¡Qué va a tener! —interrumpió Clea, indignada ante el enfado de su hermana ante algo que ella creía inocente, antes de que Lisa pudiera abrir la boca—. El único hombre que se le acercado con semejante intención estaba loco. Y con el único con el que se lleva bien es tu hermano y mira cómo se tratan.

—Aun así —les dijo esta, tratando de no parecer molesta por sus palabras—. Prometedme que no lo volveréis a hacer. Por favor.

Ambas jóvenes lo prometieron, Clea más a regañadientes por haber tenido que soportar sus recriminaciones y Kailyn completamente sonrojada, con lo que Lisa pudo respirar algo más tranquila. Lo que menos deseaba era tener que estar constantemente pendiente de las chicas por imaginar lo que podrían estar intentando practicar. Confiaba en que, de haber dado su palabra, una escena como la que había presenciado no volvería a repetirse.

—Vamos, Clea. Tenemos que irnos. El señor Bells tiene visita y es posible que pronto requiera a sus hermanas en el salón antes de que sea la hora de la cena.

—¿Invitados? —repitió Kailyn con extrañeza, volviéndose hacia ella—. No recuerdo que hoy tuviera que venir alguien. ¿De quién se trata?

—Por lo que me ha dicho tu hermana, del señor Bolton y su hija. —Fue todo lo que comentó Lisa, asegurándose de que su hermana se estaba arreglando el cabello y el vestido antes de salir.

—¡¿Qué?! ¡¿Elizabeth Bolton?! —exclamó Kailyn con disgusto—. No tenía nada que hacer aquí.

—¿Qué pasa con esa mujer? Parece que no te gusta en absoluto —comentó Clea.

—¡Claro que no me gusta en absoluto! Todas las otras ocasiones en las que se ha presentado, siempre nos ha tratado como si no estuviéramos en el cuarto y ha sugerido, en más de una ocasión, que madre estaría mejor en algún lugar donde pudieran “cuidar bien de ella” y que nosotras podríamos estudiar en el extranjero, que sería muy beneficioso.

—¡Quiere quitaros de en medio! —exclamó Clea con indignación.

—Quiere quedarse con Adrien para ella sola y estoy segura de que, de conseguir enviarnos fuera, cuando volviéramos tendría nuestros matrimonios arreglados y no llegaríamos a pisar nuestra casa antes de tener que irnos de nuevo.

—Sabéis perfectamente que Adrien nunca haría algo como eso ni permitiría a su esposa que lo hiciera. Os quiere y no haría nada que os hiciera

daño —aseguró Lisa.

—No sabes lo convincente que puede ser esa mujer. Incluso tras las primeras veces que apareció por aquí, cuando aún no sabíamos la clase de mujer que era, Adrien nos preguntó si nos gustaría estudiar fuera, aunque solo fuera por curiosidad. Le metió en la cabeza que, ya que se lo podía permitir, podía enviarnos a un internado en Europa en vez de buscar a los mejores profesores que pudiera encontrar aquí.

—A lo mejor, realmente piensa que es lo mejor para vosotras. Es posible que su padre la enviara fuera a estudiar —comentó Lisa.

No es que quisiera defenderla, pero, sin pruebas, no tenía por qué pensarse que lo que esta hacía lo hacía por un mal motivo.

—¡Oh, vamos! Hasta yo veo claro que esa mujer quiere apartarlas —se quejó Clea.

—De todas formas, no es asunto nuestro, así que será mejor que nos marchemos ya —aseguró Lisa, cogiendo a su hermana de la mano para conducirla hacia la puerta.

—¿De verdad que no le contarás nada de lo que ha pasado a Adrien? —le preguntó Kailyn cuando estaban a punto de salir.

Clea miró hacia atrás hacia su amiga, pero Lisa solo se detuvo, notando la preocupación en la joven. Aunque Clea solo había considerado aquel beso como un juego, una práctica sin importancia entre amigas, la joven Bells no parecía verlo de ese modo. Tenía suerte de que, en ese sentido, su hermana fuera tan ingenua.

—Te prometo que mantendré este asunto en silencio. Pero, para la próxima, asegúrate de besar a alguien que también te ame. Si no, tú serás la que acabe sufriendo más que nadie.

—¡Vaya, Lisa! Eso sí que ha sonado como un comentario de alguien con experiencia —bromeó Clea, que no parecía notar la seriedad del momento.

Sin que ninguna de las otras dos implicadas dijera una palabra más al respecto, la mayor de las Freeman acabó abandonando la habitación, arrastrando a su hermana tras ella, mientras la joven Bells permanecía en pie donde estaba, sin ni siquiera atreverse a moverse, notando aún cómo el corazón le latía en su pecho con la fuerza de un tren de carga.

No se había esperado la aparición repentina de la hermana mayor cuando había conseguido convencer a Clea para que practicara.

Sabiendo que esta parecía sentirse atraída hacia el joven Mardling, no le fue muy difícil que creyera que este tenía más del doble de experiencia en

cuanto a mujeres se refería y, si quería llamar su atención, tendría que ser una mujer que supiera qué hacer con un hombre como él.

¡Qué vergüenza recordar cómo Lisa las había mirado al encontrarlas! ¡Nunca debió de intentar aquel movimiento, aunque hubiera muerto por la añoranza de tocarla! Después de todo, desde que conoció a Clea, desde el momento en que esta se acercó a ellas en el parque, derrochando confianza, asegurando que ella recuperaría su chal y la había visto internarse en el estanque, subiéndose las faldas, ayudando sin ningún titubeo a una completa desconocida, sabía que sentía algo por ella.

Pero, a partir de entonces, tendría que volver a la distancia. No podía permitirse caer de nuevo en aquello para sufrir.

Mientras Lisa bajaba las escaleras tan rápido como le permitían sus piernas, los invitados de los Bells salieron del salón, seguramente para dirigirse al comedor o a cualquier otra estancia hasta que fuera la hora de servir la cena.

Adrien la miró con sorpresa, del mismo modo que Lisa se detuvo un par de escalones antes de acabar de bajar, soltando la mano de Clea, la cual se quejó por lo bajo de su total falta de tacto.

—¿Son estas jóvenes sus invitadas también, señor Bells? —preguntó el señor Bolton, tan parecido a su hija, mientras ambos las observaban de arriba abajo que no podría negarse su parentesco.

—En cierto modo. Ellas son hijas del señor Freeman, el párroco del que le he hablado con anterioridad. Esta joven de aquí —añadió, señalando a Clea— se ha transformado en la mejor amiga de mis hermanas hasta ser casi una hermana más.

—Pero no dice lo mismo de la mayor, ¿verdad? —comentó Elizabeth, aún aferrada al brazo de Adrien.

—Fuimos amigos de la infancia, pero poco nos une ya —se apresuró a contestar Lisa, temiendo lo que el señor Bolton podría imaginar de su relación.

—Me extraña que dejara de ser amigo de una joven tan bella como esta, señor Bells. Temo que esté sufriendo de algún mal de la vista —bromeó el señor Bolton, sin perder de vista a Lisa mientras volvía a recorrerla de arriba abajo con algo más de satisfacción.

—Si me disculpan, mi hermana y yo desearíamos retirarnos. No nos gustaría importunar su tarde —afirmó la mayor mientras trataba de seguir su camino hacia la puerta.

—¿Por qué irse tan pronto? Podrían cenar con nosotros —afirmó el señor Bolton—. Incluso podríamos llevarlas a casa después.

—Padre, no debería forzar a las jóvenes si no quieren —le comentó su hija, mirando a Lisa con mal disimulado disgusto.

—No es ninguna molestia. Pero no avisamos en casa que fuéramos a faltar para la cena, por lo que nos estarán esperando —dejó ver la mayor de las Freeman, deseando poder llegar a la puerta.

—Aun así, lamento que dos jóvenes tan hermosas no nos acompañen —se lamentó el señor Bolton.

Clea soltó una pequeña risilla a su espalda, pero ella no le prestó atención. No podía mientras notaba cómo Adrien no la miraba en ningún momento, contemplando a la muchacha que colgaba de su brazo. De no haberlos visto antes de aquel modo, estaba segura de que algo se habría reflejado en su rostro. Para su consuelo, en aquel momento, podía aparentar estar tan serena como dejaba ver, fingiendo que no le importaba.

—Debemos ir a casa —afirmó con rotundidad, caminando hacia la puerta antes de que nadie más pudiera hablar.

Tanto Adrien como los Bolton se giraron a mirarla, sorprendidos por su repentina marcha y seriedad. Hasta Clea tuvo que salir de su estupor para seguir a su hermana, que ya había llegado a la puerta.

Ni siquiera se despidió de los invitados, pero tampoco era que quisiera hacerlo. En realidad, ni siquiera deseaba volver a verlos de nuevo. No quería creer sin más en lo que las gemelas le habían dicho de Elizabeth Bolton, pero, desde luego, estaba segura de que aquella muchacha y ella no llegarían a ser grandes amigas.

Clea, que había notado algo de la tensión que se había formado, caminaba tras su hermana en silencio, lo que siempre hacía cuando notaba que algo malo o grave había pasado, sin saber qué hacer para ayudar.

—No te preocupes —le dijo Lisa de pronto, sin detener sus pasos, rompiendo el silencio—. Nos hemos ido así porque Irene nos está esperando. No tienes que pensar en lo que ha pasado allí dentro.

—Nunca imaginé que Adrien encontraría a alguien para casarse —comentó Clea por lo bajo, dejando salir parte de lo que había estado pensando. Lo que menos necesitaba escuchar Lisa en esos instantes era que nunca había imaginado que Adrien encontraría a alguien para casarse, aparte de la propia Lisa. Su hermana diría lo que quisiera, pero no iba a engañarla con ese hecho. Ahora ya no.

—Yo tampoco —acabó murmurando la mayor de las Freeman, sin detener sus pasos de camino a casa.

No se lo había esperado. Era la forma más simple en la que podía decirlo. Ni siquiera sabía en qué momento Lisa había llegado a casa, ya que solo había pensado durante media fracción de segundo que alguien había llamado a la puerta principal antes de sumirse por completo en la conversación que había estado manteniendo con su invitado.

Sin embargo, cuando había visto a Lisa Freeman descendiendo las escaleras de su casa, el brazo que Elizabeth Bolton mantenía prisionero le había pesado como una losa y se sentía incapaz de mirarla a la cara. No porque se sintiera culpable por lo que había hecho en el interior de la berlina, sino porque esta viera en la forma en la que se estaba vendiendo a sí mismo.

Notó en el acto que la atención del señor Bolton se había centrado en Lisa y, teniendo en cuenta que este era viudo y que él mismo no tenía ningún poder sobre la joven, no pudo hacer nada contra su coqueteo.

Al menos, Lisa había sido lo suficientemente inteligente para abandonar la casa, aunque no se hubiera esperado que fuera de aquella brusca manera. Le había recordado al momento en el que se había enfadado en el coche, tratando de parecer calmada cuando eso era precisamente lo único que no transmitía.

—¡Qué maleducada! —se quejó Elizabeth, apretando más su brazo—. ¡Ni siquiera se ha despedido como se debe!

—Creo que llevaba un poco de prisa —aventuró el señor Bolton, contemplando la puerta cerrada—. Desde luego, una joven como ella no debería caminar de noche sola. Podría asaltarla cualquier tipo de indeseable.

—¡Por favor, padre! —exclamó la joven Bolton, mirándolo con una expresión de hastiada sorpresa—. Esa joven podría ser mi hermana mayor por muy poco. No creo que nadie pudiera sentir algo por ella para hacerle eso.

Adrien se mantuvo en silencio, pensando que lo sucedido en el interior del coche podía parecerse un poco a un asalto. Al fin y al cabo, ella no había tenido escapatoria, de haberla deseado.

—Pues podría ser tu madre por muy poco —le aseguró este, sonriendo, divertido.

—Espero que eso sea alguna clase de broma de mal gusto.

—¿Sabe si la mayor de las hermanas tiene algún tipo de pretendiente, señor Bells? —le preguntó el señor Bolton, ignorando las protestas de su hija, que seguía insistiendo en que aquella era una broma demasiado pesada.

Adrien miró la puerta cerrada a su espalda y hacia las escaleras, tal vez

esperando que alguna de sus hermanas apareciera en cualquier momento y pudiera cambiar el curso de aquella desagradable conversación. Pero ninguna de ellas apareció ni ningún criado llegó pidiendo su atención durante un instante. Y el señor Bolton seguía esperando una respuesta por su parte.

—Por lo que tengo entendido, la mayor de las Freeman no tiene ningún pretendiente serio ni desea encontrarlo, ya que solo quiere permanecer en casa, al cuidado de su padre, hasta que este fallezca —le aseguró, conduciéndolo hacia el comedor.

—Bueno... nadie ha dicho que no le permita hacer eso, aunque se case conmigo —comentó el señor Bolton con una sonrisa.

—¡Padre! —exclamó Elizabeth, pegando un tirón al brazo de Adrien por la rabia que estuvo a punto de mandarlo al suelo.

—Estoy seguro de que su padre está bromeando. Nunca trataría de colocar otra mujer en el lugar de vuestra madre —le aseguró Adrien.

—Por supuesto que no, pero tampoco me negará que tengo la obligación de pasar el resto de mi vida solo.

—Busque una viuda respetable, pero no manche la imagen que tengo de usted en mi mente —le pidió Elizabeth, acariciando el brazo de su padre con una mano libre, sin soltar a Adrien del todo, como si temiera que este pudiera huir de su lado.

—Me parece algo ofensivo que creas que no estoy en edad de conquistar a una joven como ella, pero me parece peor que ni siquiera me esté permitido gastar bromas de vez en cuando ya. Envejeceré más pronto por tu culpa.

—Mientras yo pueda conseguir los medios para que pases una buena vejez, no debería importarte, ¿verdad? —preguntó Elizabeth, luciendo una sonrisa mientras por fin soltaba al señor Bells y se arqueaba hacia su padre para besar su mejilla.

Adrien no añadió nada más, solo indicando en silencio hacia dónde tenían que dirigirse sus invitados, deseando en verdad que las palabras del señor Bolton se hubieran tratado de una broma. Ver a Lisa de lejos podía llegar a ser soportable cuando se acostumbrara, centrándose en su objetivo, pero que esta se convirtiera en su suegra era algo que no deseaba de ninguna de las maneras.

El mejor lugar donde podía estar era en su casa, cuidando de su padre, como tanto ella decía desear.

Un criado le impidió seguir a sus invitados, tendiéndole una carta que decía que acababa de llegar.

Extrañado, ya que sus trabajadores no tenían que enviarle ningún informe ni esperaba correspondencia alguna, examinó el nombre que aparecía y frunció aún más el ceño al comprobar de quién se trataba.

El señor Freeman tenía una carta para él.

CAPÍTULO 10

Pasó un mes antes de que las Freeman recibieran alguna noticia de su padre, un mes entero en el que Lisa no podía dormir tranquila por las noches, pensando que algo malo había ocurrido, pensando en si escribir una carta o no, pidiendo recibir noticias, temiendo que esta volviera con una nota que dijera que no se había encontrado al remitente.

Pero una carta acabó llegando, junto a un paquete, el cual, a pesar de estar a nombre de su hermana, Clea no tardó en abrir para descubrir qué había allí dentro.

Para su sorpresa, unos pañuelos preciosos de varios colores eran parte del paquete, con las iniciales de Lisa bordadas. Y también se podían ver otras dos cajas más pequeñas, que Clea abrió, descubriendo que se trataba de chocolate, las dos cosas que más se trabajaban en York.

Lisa, sonriendo al ver la emoción de su hermana, pasó a leer la carta:

«Queridas mías:

Sé que prometí ponerme en contacto con vosotras más a menudo, pero cuidar a John me roba más tiempo del que creía probable. A pesar de que pudo escribirme una carta de su puño y letra, su estado no era tan favorable cuando llegué a York.

Lamento decir que lo más probable es que no pase mucho tiempo aquí, aunque es preferible que John vaya al lado del Padre para que deje de pasar por esta clase de calvario que es la enfermedad. Siempre fue un buen hombre, no muy dado a Dios, pero bueno. Y eso tiene que ayudarlo en estos momentos.

Aun así, sé que no estaré en casa para tu cumpleaños veintitrés, así que te envío unos presentes que parecen gustar mucho por aquí, pues es con lo que más trabajan.

Para que tu hermana no se ponga celosa, he añadido una segunda caja de chocolates para ella. Ambos sabemos cómo es y quería que tuviera un presente también.

Espero que todo os esté yendo bien por allí y que el señor Craven se esté encargando de cuidaros. A falta de mí, él es lo más parecido a mi sustituto que podría encontrar, incluso contando con sus formas extrañas de hablar y actuar,

pues sé que es un muy buen hombre también. Decidle que mire su correo cuando llegue a casa, ya que debería tener una carta también.

Y hablando de cartas. El señor Bells me ha escrito para saber cómo me encontraba y para asegurarme que ambas os encontrabais bien. Es un joven confiable y me tranquiliza aún más saber que él también está cuidando de vosotras, por mucho que confíe en mi amigo, ya que Clea disfruta de la compañía de sus hermanas y no me gustaría saber que tan buena amistad podría llegar a romperse.

Contadme cómo van las cosas en Londres, cómo os está yendo a vosotras y cómo está marchando la iglesia en manos del párroco sustituto. No me gustaría saber que algo no marchara bien en mi ausencia. En cierta forma, la responsabilidad de ello recaería en mis manos.

Cuidaos y dadme noticias pronto».

Lisa leyó la carta, encantada de tener noticias, pero, por muchas cosas por las que hablara su padre, no había hecho el menor comentario sobre su propio estado de salud y cómo se encontraba él. Estaba tan acostumbrado a darse a los demás que pasó por alto que su hija querría saber, por encima de todo, cómo se encontraba él.

Aun así, se dijo que le preguntaría por ello en la carta que le enviaría en respuesta, agradeciendo los regalos y asegurándose que comprendía los motivos que lo mantenían alejado de ellas, tratando de que no se preocupara por ello, ya que sabía de sobra que el sentimiento de preocuparse por las menores cosas lo había heredado de su padre.

—Tom es demasiado bueno. Deberían ascenderle —comentó el señor Craven cuando fue a visitarlas, como había cogido ya por costumbre en aquellos tiempos, después de que Lisa le dejara la carta para que la leyera—. Pero no me habías dicho que tu cumpleaños se acercaba.

—Es algo sin importancia —le aseguró esta.

—¿Sin importancia? Sé que nunca celebraré el cumpleaños de un hijo propio y tu padre no consentiría eso de estar aquí, así que déjame aprovechar la ocasión para tomar su lugar en esto.

—¿Por qué dice eso? Es posible que en el momento en el que menos se lo espere forme su propia familia.

—Lo dudo, pero no estábamos hablando de mí, sino de ti. ¿Qué tal si celebramos una fiesta por tu cumpleaños? Por supuesto, yo ofrezco mi casa

para ello. Habrá más espacio.

—No conozco a tanta gente aquí como para que tenga sentido organizar una fiesta. A decir verdad, aparte de los Bells, no conozco personalmente a nadie más. Además, una fiesta... No me gustan esas aglomeraciones de gente.

—Está bien. Entonces, una fiesta no. Aunque creo que no me sería difícil llenar una sala con pretendientes para ti.

Ante la mirada seria y directa que Lisa le dirigió ante semejante comentario, el señor Craven sonrió y alzó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo. Nada de fiestas ni pretendientes. Pero, a cambio, tendrás que permitirme hacerte algún tipo de regalo.

—Mientras no sea muy caro, lo aceptaré encantada.

—Oh, no, querida. Lo elegirás tú misma, pues mañana pienso llevarte de compras. Y no digas que eso tampoco puedes permitirlo, porque, si sigues así, me molestaré contigo. Al menos, dale ese placer a un viejo. No está bien de mi parte presumir de ello, pero tengo el dinero necesario para que mañana elijas medio Londres y yo pueda pagarlo sin parpadear.

—De todas formas, lo considero excesivo. Cualquier cosa que usted eligiera me sería suficiente.

—¿En verdad vamos a tener una discusión por esto? Mañana vamos de compras y punto. También podría venir Clea. ¿Dónde está, por cierto?

—En casa de las Bells, donde también creo que va a estar mañana. Me comentó algo de una modista que iría a su casa.

—Por lo que parece, ella es una hermana más.

—Pero eso no durará mucho más —afirmó Lisa, dejando la carta de su padre encima de la mesa antes de sentarse frente al señor Craven, sin mirarle cuando este frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—El señor Bells se comprometerá pronto y Clea no podrá entrar y salir de allí tan a menudo. Es posible que a la nueva señora le moleste su presencia constante por la casa y yo no puedo dejar que mi hermana sea una molestia.

—¡Oh! —exclamó el señor Craven, estudiando la expresión de Lisa—. ¿Así que el señor Bells va a comprometerse? ¿Y quién es la joven afortunada?

—No estoy totalmente segura de que lo hagan, pero creo que se trata de la señorita Elizabeth Bolton. Al menos, por parte de ella está por completo dispuesta a ello y él seguro que no pondrá impedimentos. Lo único que le hace falta para abrirse un hueco en la sociedad es un título y el señor Bolton es un barón.

El señor Craven la observó con atención mientras Lisa trataba de contarle todo lo que sabía del modo más calmado posible, solo respondiendo a lo que este había preguntado.

—Seguro que también será una joven hermosa. No creo que el señor Bells se casara con alguien que no es agradable de ver solo porque tiene un título debajo del brazo —comentó el señor Craven, reclinándose hacia atrás para observarla con más comodidad.

—Sí. Por lo que he podido ver de ella, es una joven hermosa. El señor Bells estará encantado de casarse con ella. Además, se lleva bien con su padre, así que no puede pedir más.

—También se lleva bien con tu padre y tú eres una joven hermosa, más que ella. Estoy seguro de eso.

—Pero yo no poseo ningún título —comentó, recordándole ese detalle.

—Eso no es algo obligatorio. El señor Bells lo quiere porque no lo tiene, pero si encontrara a alguien que le compensara esa falta, con amor, por ejemplo, seguro que no sería tan tonto como para rechazar un trato tan beneficioso.

—Creo que está tratando de decirme algo, señor Craven —apuntó Lisa, alzando los ojos hacia él.

—Lo que trato de decir, que entiendes pero finges que no, es que, al menos, él te gusta. Y es muy posible que tú le gustes a él. No sabes las miradas que me dirigía en el cumpleaños de sus hermanas mientras te presentaba a la gente. Desde luego, no era la mirada de alguien al que le disgustaras. Además, Clea me ha comentado en más de una ocasión que ellas también han notado eso.

—Pues tendré que decir a esas jovencitas que tienen que dedicarse a otra cosa y que no hay nada parecido a lo que imaginan. Yo ya he dejado claro en más de una ocasión que no planeo casarse.

—Pero casarse no se planea. Ocurre después de enamorarse y, por lo que sé, eso no te ha ocurrido nunca. Entiendo que quieras cuidar a tu familia, pero un matrimonio no impide nada de eso. Es más, podrían ayudarte.

Lisa frunció el ceño mientras lo observaba, ya que, a pesar del aire relajado del señor Craven, esta podía ver a través de él.

—Tengo la impresión de que ha hablado con mi padre, ¿no es así?

—¿Por qué piensa eso?

—Porque, en esencia, ha dicho lo mismo que ya me dijo él.

—Eso puede deberse a que llevamos razón y por eso coincidimos

—aseguró este, con una sonrisa aflorando a sus labios.

—Pero parecen olvidar que esas decisiones no les incumben y el señor Bells no desea semejante matrimonio.

—¿Solo el señor Bells? —preguntó Craven, alzando una ceja, aún con aquella sonrisilla en el rostro.

Lisa no pudo evitar sonrojarse al notar la metedura de pata, ya que no se había dado cuenta de su error. De niña, había pensado más de una vez en casarse con Adrien. Ambos se llevaban bien y se divertían juntos, así que parecía lo más natural del mundo que, cuando fueran mayores, fueran a la iglesia St. Mary Church y su propio padre oficiara la boda, como hacían los adultos. Decir que ella nunca había querido ese matrimonio habría sido una mentira, incluso aunque lo hubiera pensado una niña mucho tiempo atrás.

—Creo que ya quedaba implícito que yo no lo deseaba. No hacía falta que lo reafirmara de nuevo —acabó por decir, tras recuperar el habla y serenarse un poco.

—Tu padre de verdad desea que te cases con un hombre que te haga feliz.

—¿Y en qué momento de nuestras discusiones ha notado mi padre que el señor Bells me haría feliz?

—Odio que te hagas la dura de semejante manera. También notamos cómo desaparecisteis juntos en la fiesta. Y no trates de negarlo. Todas las damas de la fiesta perdieron los nervios cuando él te sacó de la sala.

—¡Eso solo se debe a que estábamos discutiendo! —exclamó Lisa, intentando defenderse sin que un sonrojo le subiera al rostro.

—¿No os habéis dado cuenta que, a pesar de que estáis discutiendo, parece que os lleváis bien y hay una complicidad entre vosotros que todo el mundo ve?

—Eso solo se debe a que nos conocemos desde niños. Hemos jugado juntos desde que teníamos uso de razón. Él me defendía de los otros niños y yo le ayudé cuando su padre falleció. Nada más.

El señor Craven asintió, pero se mantuvo en silencio mientras la contemplaba, lo cual siempre había logrado que la pusiera nerviosa. Irene siempre hacía lo mismo cuando consideraba que no le estaba diciendo toda la verdad. Hasta su color de ojos era parecido.

—¿Qué? ¿Qué espera que más le diga? —acabó preguntando Lisa, cada vez más nerviosa.

—Nada. No he dicho nada más —se defendió Craven, con aire inocente.

Pero Lisa, incómoda, se puso en pie y dijo que iría a buscar el té

mientras Craven, todo sonrisas, afirmó que esperaría allí su regreso sin la menor queja.

Al día siguiente, cuando Lisa se levantó, Irene le informó que su hermana ya se había marchado en el coche de los Bells.

—¿Tan temprano? Ni siquiera me dio lugar ayer para decirle que hoy iba de compras y si quería venir conmigo.

—Ha mejorado bastante con sus horarios desde que sale con las jóvenes Bells, ya se lo había dicho. Pero... ¿cómo es eso que va de compras? ¿Algún vestido se ha descosido? Sabe que puedo arreglarlo sin problemas.

—No, no es eso. El señor Craven se empeñó en llevarme de compras. Afirma que nunca tendrá hijos y me ha dicho que tengo que dejarle que me haga un regalo. Aunque a mí me parece excesivo. No le une ninguna obligación con nosotros.

Irene puso mala cara ante su mención, como siempre que se hablaba de él. Sin embargo, en aquella ocasión, dijo algo bueno de su persona.

—El señor Craven siempre se ha llevado muy bien con su padre. Se alegró muchísimo de la boda y vino a veros cuando nacisteis. Nunca he visto a un hombre tan emocionado con los hijos de otra persona. Sobre todo, contigo. Te tuvo en brazos un buen tiempo y se negaba a soltarte. Decía que no había visto a una niña tan bonita como tú nunca. Tu madre rió cuando le dijo que parecía una copia en miniatura de ella misma.

—Entonces, sabiendo lo que nos aprecia, ¿por qué te disgusta?

—Que os aprecie no significa que no tenga cosas malas. Considero que sería mejor para vosotras y vuestra reputación que no pasara mucho tiempo en vuestra compañía.

—Irene... ¿ha pasado algo entre el señor Craven y tú? —le preguntó esta, acercándose a ella hasta que colocó una mano en su hombro, tratando de crear un ambiente lo suficientemente íntimo para que quisiera contárselo.

—No imagine cosas que no son. Cuando llegamos al pueblo, yo tenía catorce años y él veintitrés. Además, no tardó en marcharse mucho después de la boda.

—Entonces... ¿de dónde viene esa inquina que parece que le tienes?

—No le tengo inquina. Es solo que sé cómo es. Y no quiero que ustedes salgan salpicadas por eso.

—Irene, si no me dices las cosas claras, no entenderé qué es eso tan malo que nos puede afectar tanto.

Esta abrió la boca para añadir algo más, pero, en ese momento, el timbre

de la puerta sonó y esta se apresuró a ir a abrir.

Lisa seguía teniendo la sensación de que algo había ocurrido entre ellos, pero mantuvo en silencio sus sospechas mientras el señor Craven la saludaba desde la puerta, que Irene mantenía abierta para él, sin dirigirle la más mínima mirada.

—Será mejor que nos marchemos ya. De camino para acá he visto las calles más llenas de lo habitual. Parece que el buen tiempo está sacando a la gente de sus casas.

—Siempre hay que aprovechar cuando hace buen tiempo —afirmó Lisa mientras recogía sus cosas y se dirigía hacia la puerta, despidiéndose de Irene en el camino, asegurándole que estaría bien.

La criada solo asintió, pero no dirigió una buena mirada al señor Craven, que pareció ignorarlo a propósito.

—Su criada parece tener un carácter muy fuerte —comentó este cuando ya se encontraban en la calle, caminando con paso calmado mientras se dirigían a la zona comercial.

—¡Oh! Irene parece dura, pero es muy buena persona. Nos quiere como una madre, aunque ella insiste en que no podemos llamarla de esa forma. Ha estado toda la vida con nosotras, así que, lo quiera o no, para nosotras lo es. Y siempre está dispuesta a defendernos de quien sea o lo que sea.

—Desde luego, parecen apreciarla mucho. La he visto siempre en su casa.

—Sí, vino con mi madre desde su antigua residencia antes de que llegaran a Bishopstoke, así que ha estado toda la vida en nuestra familia. —Observando al señor Craven, que asentía, se atrevió a preguntarle—: ¿Acaso siente algún tipo de interés por Irene?

En un primer momento, este la contempló con absoluta sorpresa, con los ojos abiertos como platos por la impresión, pero en seguida, rompió en carcajadas, carcajadas que desconcertaron a Lisa por completo, pues no se lo esperaba.

—¡No, por Dios! No tengo ningún tipo de interés particular por ella. Es solo que me intereso por las personas que cuidan a las hijas de mi buen amigo. No pienses cosas extrañas.

—No era por ser malpensada, es solo que...

—En algún momento prometo hablarte de ello con calma, pero hoy no es ese momento. Hoy es un día dedicado a ti, para complacerte con regalos, así que no pienses más en ello, ¿sí? ¿Qué querrías comprar primero?

—Mi hermana necesita un par de zapatos nuevos, así que...

—No, no, no. Hoy es tu día. Otro día será el de Clea, pero no será hoy. Piensa en cualquier otra cosa.

—Pero... es que no necesito nada más —aseguró Lisa, dirigiéndole una tímida sonrisa de disculpa.

—De acuerdo. Si es así, elegiré yo mismo algunas cosas para ti. Pero no podrás impedirme comprarte todo lo que yo quiera bajo ningún concepto. Se suponía que este día era para mimarte y no me estás poniendo las cosas fáciles.

A Lisa no le quedó de otra más que sonreír y asentir a sus demandas, aferrándose al brazo que este le ofreció mientras continuaban caminando, hablando sobre temas banales tales como el tiempo, el tipo de gente que caminaba a su alrededor o los edificios que los rodeaban, donde este le explicó el tipo de altercados que habían tenido lugar entre esas callejuelas que se sucedían entre señores de muy noble descendencia y los más humildes por los asuntos más disparatados que alguien podría llegar a imaginar.

—La mayoría de esos encontronazos se deben a una mujer —comentó esta, después de haber escuchado alguno de los relatos.

—Por supuesto. Cuando los hombres pelean, suele ser por honor, orgullo o por mujeres. Son seres muy simples y, cuando se les entiende, muy fáciles de manejar. Por eso, mis negocios van tan bien.

—Usted no se incluye entre ellos —le comentó Lisa con una sonrisa.

—Tengo la suerte de saber que soy algo más inteligente que mis compatriotas. Pero no se lo comentes a nadie.

—Mis labios estarán completamente sellados —le aseguró esta.

Por mucho que Irene le advirtiera lo extravagante que pudieran resultar las acciones o palabras de este, el señor Craven le caía bien y podía llegar a entender por qué su padre lo apreciaba tanto y confiaba en él. Cuando sucedió el incidente de Charles, su padre buscó ayuda en él y el señor Craven hizo todo lo que estuvo en sus manos para ayudar.

—Pero... ¿no es esa la señorita Freeman? —comentó una voz masculina a su espalda.

Antes de que ambos pudieran voltearse del todo, el señor Bolton ya tenía la mano de Lisa entre las suyas y se la llevó a los labios. El señor Bells, con la joven Elizabeth colgada de su brazo, se encontraban algo más atrás.

—Señor Bolton, qué sorpresa. —Fue todo lo que a Lisa se le ocurrió comentar—. No lo hacía aún aquí.

—Es cierto que pronto saldré hacia Bradford de nuevo, pero, antes, quería complacer a la pareja aquí presente con un pequeño paseo antes de dirigirme a realizar un encargo. Ha sido una placentera sorpresa encontrarme con usted.

—Pero no hace falta que se quede con la mano de la joven por ello— comentó Craven, consiguiendo liberar la mano de Lisa de entre las manos del señor Bolton.

Este no contempló con muy buenos ojos al primero, disgustado por su intromisión.

—¿Y se puede saber quién se supone que es usted? ¿Su padre? —preguntó.

—No, soy un amigo de este y, en su ausencia, es como si yo mismo lo fuera, así que le rogaría que tuviera algo más de cuidado cuando trata con una dama como ella.

Lisa se puso nerviosa, ya que vio que la tensión entre los dos hombres era patente. El señor Bolton quería acercarse a ella y el señor Craven protegerla, lo que no podía ser de otra manera. Pero fue Adrien quien, desembarazándose de los brazos de Elizabeth, se acercó para mediar entre los dos hombres, intentando que la tensión que se palpaba entre ellos desapareciera.

—Si siguen mostrando semejante actitud, asustarán a las damas —afirmó.

El señor Bolton observó a su hija, que solo se mostraba disgustada porque el señor Bells se había alejado de ella tan fácilmente, pero Lisa se mostraba alterada y había cogido tímidamente la manga de la chaqueta del señor Craven, intentando que este retrocediera.

—Lo siento, cariño. No debería haberme comportado de esta forma el día de tu cumpleaños —se lamentó este, sujetando a Lisa por el rostro para que lo mirara sin tener en cuenta a los demás—. Me perdonas, ¿verdad?

—Solo si nos marchamos ya. No me encuentro de ánimo como para ir de compras ahora mismo.

El señor Craven podía parecer un caballero a veces, mientras otras parecía un hombre que intentaba conquistar a una dama utilizando su labia. Sin embargo, en otras, podía parecer un padre preocupado, como se mostraba en aquellos momentos, incluso cuando la tocara con semejante libertad cuando no tuviera porqué.

—¿Es su cumpleaños? Lo lamento muchísimo. No era mi intención alterar su día de esta forma —comentó el señor Bolton.

Lisa solo asintió hacia él, pero no comentó nada a sus palabras. En consecuencia, el señor Bolton pensó que estaba disgustada con él y afirmó que tenía que marchar ya a hacer su recado, deseándole un buen día y dejándolos con su hija y el señor Bells.

—¿Cuántos años cumple ya? —le preguntó Elizabeth una vez que esta volvió a colocarse junto a Adrien y volvió a colgarse de su brazo.

—Los veintitrés —le contestó ella sin dudar. Después de todo, Lisa no tenía problemas para hablar de su edad.

—¡Vaya! Veintitrés ya. Tengo entendido que, con esa edad, las damas que están acudiendo a las temporadas ya se consideran demasiado mayores y dan por sentado que se convertirán en unas solteronas de por vida —comentó esta, con una sonrisa que pretendía ser inocente.

—Tenía decidido que permanecería soltera desde hace tiempo, así que ya lo era antes de cumplirlos.

La contestación fue tan directa que Elizabeth ni siquiera se vio capaz de contestar algo de vuelta y Adrien tuvo que ocultar una sonrisa.

—Te tengo dicho que no hables de ese modo. Si te niegas a casarte, muchos hombres se echarán a llorar —le dijo el señor Craven, tratando de que entrara en razón.

—No conozco a muchos hombres. Y los que conozco dudo que se echen a llorar —afirmó esta.

—Señor Bells, usted que es conocido por ser un hombre razonable e inteligente, dígame que es una estupidez permanecer soltera solo por cuidar de su familia.

Lisa alzó la vista hacia Adrien con aire desafiante, incluso cuando este ya había permanecido contemplándola, haciendo que, para ella, fuera una tarea imposible apartar los ojos de los suyos. Solo con mirarla, parecía tener el poder de anclarla a él, incluso cuando Lisa no quería que tuviera ese poder sobre ella. ¿Por qué tenía que ser su relación tan confusa?

—Yo creo que la señorita Freeman está en edad de hacer lo que crea más conveniente para ella. Y si cree que eso es permanecer en casa, cuidando a su familia, no creo que nadie más deba inmiscuirse en sus asuntos.

Aquellas palabras deberían haberla contentado, pues afirmaban que su postura era la correcta siempre que así lo creyera. Pero, que precisamente Adrien afirmara eso, que permaneciera soltera mientras él solo se casaba para obtener un título, la hacía sentir irritada sin razón.

—Pero... nunca se sabe. A lo mejor, con el tiempo, encuentro al hombre

adecuado, el que de verdad merezca la pena y cambie de opinión. Como ya ha dicho, señor Craven, casarse ocurre después de enamorarse. Y eso aún no me ha pasado.

La expresión de Adrien se endureció sin que él pudiera evitarlo, al mismo tiempo que Lisa parecía haber sacado pecho y sonreía con satisfacción. La conversación había pasado de ser fingidamente cómoda a una especie de guerrilla entre ambos a través de sus miradas.

—Señor Bells, ¿por qué no me acompaña a la tienda de chocolates del final de esta calle? He oído que es donde venden los mejores chocolates de la ciudad y me gustaría comprar algunos.

—No me gustan los dulces —sentenció este, sin apartar los ojos de Lisa, que ahora mostraba una expresión similar a la suya, manteniéndose la mirada el uno al otro.

—¡Yo deseaba comprar algo allí! —exclamó el señor Craven, tomando a Elizabeth del brazo y apartándola de Adrien—. ¿Por qué no me acompaña mientras nuestros acompañantes nos esperaban aquí? Será solo un momento.

Antes de que Elizabeth pudiera rehusarse o liberarse de su brazo, el señor Craven ya la conducía calle abajo sin liberar su brazo, mientras esta solo parecía capaz de mirar hacia atrás entre paso y paso, buscando al señor Bells.

Ambos se quedaron solo de nuevo en mitad de una calle, como ya les hicieran sus hermanas en otra ocasión. Ninguno dijo nada en un primer momento, pero Lisa no pareció poder mantener ese silencio durante demasiado tiempo.

—Creo que debo felicitarlo por su futuro matrimonio —afirmó.

—¿Cómo dice? —preguntó Adrien, frunciendo el ceño, confuso.

—Creía que ya se había comprometido con la señorita Bolton a estas alturas, así que siento que estoy en la obligación de felicitarlo. Desde luego, va a conseguir lo que siempre quiso, ¿verdad? Gracias a ella, tendrá acceso a ese título.

—Yo no me he comprometido con la señorita Bolton.

—¿Disculpe? Creo recordar que dijo en una ocasión que solo podría casarse con una joven con título. Y, desde luego, la señorita Bolton lo tiene, es joven, es hermosa... ¿O, acaso, ha encontrado a una joven con un título mayor que esté a su alcance?

—¿Por qué piensa que puede juzgarme por eso? —le preguntó Adrien, sintiéndose irritado.

Por mucho que quisiera un título, no podría soportar una vida al lado de Elizabeth. Imaginarse día tras día a esta colgada de su brazo, hablándole de cosas que no le importaban en lo más mínimo, era superior a sus fuerzas. Además, no sentía ningún deseo por ella, lo que le sería imposible meterla en su cama, incluso aunque hubiera un título de por medio. Sin embargo, por el contrario, cuando veía a Lisa se le hacía más difícil mantener las manos lejos de ella. Cada vez que veía a un hombre cerca de esta, los nervios se le alteraban y solo podía permanecer inmóvil para evitar cometer una locura. Pero no podía permitirse casarse con ella. Si alguien tenía que sacrificarse en su familia para obtener un título, era él. Y Lisa no le hacía ese sacrificio más fácil.

—Yo conocí en el pueblo a un chico magnífico. No tenía casi nada, pero era más noble de lo que muchos otros podrían ser jamás. Sin embargo, en cuanto pisó la ciudad y se hizo con algo de poder, ese chico murió y dejó en su lugar a un joven que solo piensa en obtener aún más poder. Desearía que nunca hubiera obtenido esa primera fábrica —sentenció Lisa con rabia, cruzándose de brazos y negándose a mirarlo a la cara.

—¿Cómo te atreves?! —exclamó Adrien, acercándose a Lisa amenazadoramente rápido, asustándola—. ¿Acaso sabes lo que tuve que hacer, lo que me obligué a soportar para que mi familia saliera adelante, para que mis hermanas no tuvieran faltas en el futuro, para darles una posición segura?!

—¡No! ¡No lo sé! ¿Cómo voy a saberlo cuando nunca ha hablado de ello?! ¡Todo lo que he podido saber ha sido a través de los chismes que otras personas contaban! ¡Ni siquiera sus propias hermanas lo saben con seguridad! —estalló Lisa, no dejándose amedrentar.

Claro que quería saber lo que había ocurrido con Adrien cuando se trasladó a la ciudad, el motivo por el que desapareció el chico que ella había conocido. Era lo que más había querido saber desde que se habían reencontrado. Y si había hecho falta enfadarlo para que se lo contara que así fuera. Ni siquiera le importaba la gente que caminaba en torno a ellos y podrían oírlos.

—Lo único que he oído es que el dueño de la fábrica te trató como a un hijo y te dejó el negocio al morir —acabó diciéndole.

Adrien miraba a su alrededor, alterado, como si no supiera por dónde empezar o no pudiera serenarse, pero acabó cogiendo a Lisa por la muñeca y arrastrándola a la boca de un callejón, donde podrían hablar sin ser tan oídos.

—¿De verdad piensas que un hombre de negocios dejaría todos sus bienes a un chico al que apenas conocía solo porque lo consideraba su hijo? ¿En serio eres tan ingenua? —le preguntó este, aún alterado.

—¿Qué otro motivo podría haber? —le desafió Lisa a contestar.

—¿Qué crees que podría ocurrir entre un hombre que tiene todo lo que quiere y un chico que necesita un trabajo para ayudar a mantener a su familia? ¿Realmente crees que un hombre con poder podría considerar a un chico de campo su hijo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lisa, temiendo lo que Adrien podría contestarle.

Había querido saber tanto lo que había cambiado a este que en ningún momento se había planteado que podría ser tan malo para que realmente no quisiera escucharlo, de que podría ver lo que tanto había afectado a Adrien.

Este, suspirando, cruzando los brazos, le dio la espalda para no ver su reacción cuando hablara.

—Al principio, solo era amable conmigo. Se acercaba siempre donde estaba trabajando y me preguntaba cómo me iban las cosas. En ese tiempo, pensaba que solo era una buena persona, así que aceptaba ir con él a recorrer la fábrica, explicándome cómo funcionaba cada cosa. Pero, después, empezó a tocarme. En principio, eran los hombros y los brazos, diciéndome que me estaba haciendo más fuerte desde que trabajaba allí. Pero, cuando comenzó a llamarme a solas a su despacho, supe qué era lo que quería de mí y tuve que aceptar lo que fuera a pasar allí dentro para mantener el trabajo. En los meses anteriores, había estado subiendo mi sueldo y no podíamos renunciar a eso.

—Adrien... ¿de verdad tú... ? ¿Por qué no se lo dijiste a tu madre?

—¿Sabes a qué se tuvo que dedicar mi madre cuando nos trasladamos aquí? —le preguntó este, girándose hacia ella tan rápido que Lisa no pudo evitar sobresaltarse—. Era una mujer de campo. En las casas donde intentó servir decían que no tenía el refinamiento necesario como para hacer bien su trabajo. Y en las fábricas iba más lenta que las demás, por lo que la despidieron, incluso sin contar con que ella nunca había trabajado en nada parecido. ¿Imaginas a lo que se tuvo que dedicar?

Lisa se mordió el labio inferior, ya que, por supuesto, se lo imaginaba, pero temía hablar y haberse equivocado, que hubiera pensado demasiado mal y este se ofendiera después de hablarle de cosas tan íntimas.

—Se hizo prostituta, se dedicó a buscar hombres para mantenernos antes de que yo consiguiera un empleo. Cuando llegaba a casa, ni siquiera podía

mirarnos a la cara. Se lavaba y se sentaba en un rincón del cuarto, en silencio, sumida dentro de sí misma. Cuando conseguí el trabajo, pudo empezar a dejar el suyo y pasar más tiempo cuidando de mis hermanas, en vez de tener que dejarlas en manos de una vecina que nos ayudaba. ¿Cómo iba a sacrificarme yo menos que ella?

—Tu madre... hacía eso por vosotros. Si lo hacía era para que vosotros no tuvierais que hacerlo —murmuró Lisa, mirando el suelo. Después de todo, su padre también confesaba a ese tipo de mujeres y la mayoría lo hacía para mantener a su familia y para que sus hijos no pasaran por algo similar.

—Bueno... eso me dijo después. Supongo que es lo que una mujer pensaría. Antes de que el señor Stott llegara hasta el final conmigo, mi madre se presentó en el despacho para agradecerle lo bien que creía que me trataba y nos encontró. Me sacó de allí y me dijo que me marchara a casa. Pensé que me despedirían y ella tendría que volver a hacer las calles tanto como antes, pero, no sé cómo, convenció al señor Stott para aceptarla a ella en mi lugar. Yo seguiría en mi puesto, ganaría lo mismo que en esos momentos, pero mi madre no podría evitar que hablara conmigo y me enseñara los por menores del negocio mientras ella permanecía en su despacho, con él. Por supuesto, cuando estábamos solos, me tocaba, pero nunca intentó llegar tan lejos de nuevo y, cuando murió meses más tarde, descubrimos que había dejado la fábrica a mi nombre. Quise venderla o no aceptarla, pero tenía que cuidar a mis hermanas. Y mi madre se sumía cada vez más dentro de sí misma hasta lo que has visto ya. Eso es todo lo que pasó.

Lisa, que había permanecido en silencio, no sabía bien qué decir después de haber oído todo aquello. Desde luego, se había imaginado la historia de Adrien de otra manera y tampoco podría haber imaginado lo que la madre de este había tenido que hacer.

—Seguro que ahora te arrepientes de haber querido saberlo, ¿verdad? —preguntó este, con una sonrisa sin ninguna alegría en el rostro.

—¡No! ¡Eso no es verdad! —exclamó esta, sorprendiéndolo—. Nunca imaginé que podría ser así tu historia, pero desde luego no me arrepiento de haberla oído. Estoy segura de que no se la haces saber a mucha gente.

—Hasta el momento, solo la conocíamos mi madre y yo. Y madre parece haberlo borrado de su mente.

—Lamento haberte forzado a que me lo contaras. Seguro que no deseabas que nadie más lo supiera.

—Pero dudo que hubieras dejado de insistir hasta que te lo contara.

Siempre fuiste muy insistente, incluso para tu propio bien —comentó este—. Supongo que ahora mantendrás más las distancias con mi familia.

—¿Por qué? —preguntó Lisa, desconcertada.

Eso no tenía sentido para ella.

—Bueno... después de esto, seguro que no quieres que tu familia se mezcle con gente como nosotros.

—Hablas como si hubieras tenido la culpa de algo. El señor Craven ya nos dijo que había hombres de ese estilo, que vigiláramos a los niños de la iglesia para que ninguno de esos hombres se los llevara. Lo que te ocurrió fue algo horrible, lo sé, pero gracias a ello, tus hermanas ahora pueden ser felices y tener todo lo que necesiten. Y para que encuentren un buen hombre que las quiera y las mantenga sin que nunca pasen falta es por lo que quieres obtener un título y ascender, ¿no es así? Supongo... que yo también aceptaría un matrimonio provechoso si eso ayudara a Clea a vivir mejor.

Adrien la contempló, desconcertado, ya que en ningún momento se había esperado que alguien aceptara con semejante facilidad su historia. Estaba seguro de que en oídos de otra persona todo Londres habría acabado enterándose, sus fábricas habrían empezado a irse a la ruina y su familia hubiera estado mal mirada desde entonces. Sin embargo, allí estaba Lisa, aceptándolo todo, diciendo que él no tenía la culpa de lo que le había pasado y que ahora entendía por qué buscaba con tanto ahínco un matrimonio provechoso. ¿Por qué tenía que ser tan comprensiva? ¿Por qué tenía que entenderlo y aceptarlo todo, haciéndole sentir aliviado por primera vez en mucho tiempo? Era como si ella misma fuera una prueba que tenía que superar para conseguir sus objetivos, que si conseguía dejarla a ella de lado todo iría bien y obtendría lo que buscaba.

Sin embargo, ella seguía frente a él, comentando lo que podría hacer por su propia familia, excusando cada vez más lo que él había soportado en el pasado.

—¿Haces esto por algún motivo en especial? —acabó preguntando este, sintiéndose inquieto y un poco desesperado. Después de todo, tenía justo frente a él a una joven que aceptaba lo que le había ocurrido sin más, al alcance de sus manos, cuando ya había sentido deseos por ella antes que no se habían apagado.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Lisa, alzando la vista hacia él, sacándola de golpe de lo que había estado diciendo hasta ese momento.

—No tenías por qué aceptar de manera tan fácil lo que te he dicho,

siendo tan comprensiva. La gente, normalmente, se alterarían y ni siquiera podrían mirarme a la cara. Me considerarían un hombre manchado, así como mi familia, si supieran lo que nos había ocurrido y lo que habíamos tenido que hacer. Pero tú... en vez de eso, dices que tiene sentido, que ahora entiendes cómo soy y por qué busco un buen matrimonio. ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí?

—No entiendo lo que quieres decir —le aseguró Lisa, frunciendo el ceño—. ¿Cómo que qué quiero? Nunca he dicho que quiera algo de ti. Solo quería saber lo que había pasado.

—¿Y por qué te interesas tanto por mí? —le preguntó este, acercándose a ella.

Después de todo, la gente que pasaba cerca no les prestaba atención y Adrien había tratado de mantener las distancias con Lisa desde el incidente del coche. Pero allí estaba ella, siguiendo presentándose frente a él, obligándolo a reaccionar. Todo sería mucho más fácil si ella decidiera rehuirle, decirle que sería mejor mantener las distancias entre sus familias, incluso después de haber recibido la carta del señor Freeman.

—¿Por qué te estás acercando tanto? —le preguntó Lisa, nerviosa, alzando una mano hacia él, como si quisiera detener su avance.

—¿Ocurre algo porque me acerque? —le preguntó este a su vez, disfrutando al verla alterada, olvidando durante un momento sobre lo que habían estado hablando hacía unos instantes.

Lisa miró hacia atrás, seguramente esperando a que el señor Craven apareciera en cualquier momento para salvarla.

—¿Temes que me acerque después de lo que te he contado?

—Sabes que no es eso. Ya te informé en el coche que no quería que me volvieras a tocar.

—Tampoco entendí entonces por qué me dijiste eso en aquel momento. Creí que te gustó lo que te estaba haciendo. Al menos, eso era lo que sentía.

El rostro de Lisa se coloreó tan rápido de rojo que hasta sus propias pecas parecieron haberse oscurecido, incapaz de responder.

Si esta supiera lo mucho que podía llegar a provocar luciendo de semejante manera, evitaría hacerlo delante de hombres como él, hombres que no podrían evitar lanzarse sobre ella.

—Eso... eso que hicimos en el coche... fue un error. Esas cosas ni siquiera deberían hacerse entre personas casadas.

—Tú misma has dicho que no pensabas casarte, así que... ¿No piensas

hacer nada en tu vida?

—Lo que recuerdo haber dicho recientemente es que aún no he conocido al adecuado y, por tanto, no iba a casarme. Pero, en el futuro, podría pasar. Si tú puedes casarte por el bien de tu familia, ¿por qué no iba a poder yo casarme por amor?

La expresión de Adrien volvió a oscurecerse ante semejante mención, la cual no le hacía ni la más mínima gracia. Pensar en Lisa dependiendo de otro hombre, que viviera con él y tuviera poder sobre ella, hacía que el interior de su boca supiera a veneno, incluso cuando un tipo como ese aún no existía.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión? Me parecías muy segura y decidida cuando decías que no te ibas a casar.

—Mi padre insistió en que no renunciara a hacer mi propia familia si tenía la oportunidad, así que, si encuentro al hombre adecuado, no dudaré en casarme. Creo que padre sería muy feliz si se viera rodeado de nietos. Y ni siquiera había pensado en ello hasta que él empezó a insistir tanto.

Adrien se alzó aún más en su lugar, apretando los puños. Pero, cuando se disponía a decirle algo más, el señor Craven apareció en la boca del callejón, sonriendo cuando se dio cuenta de que se trataba de ellos.

—¡Menos mal que os encontramos! ¡¿No os habíamos dicho que permaneceráis en el mismo lugar?! La señorita Bolton casi pierde los nervios al ver que no estabais —comentó, cogiendo a Lisa del brazo para sacarla de allí—. Si queríais hacer algo a solas, procurad no llevar a alguien que empiece a buscaros cuando desaparezcáis.

—¡No estábamos haciendo nada! —exclamó Lisa, azorada. Pero el sonrojo que le recorrió el rostro sirvió para aparentar todo lo contrario.

—Señor Bells, creo que llegará a tener un problema con la señorita Bolton si no quiere nada serio con ella. Me ha hecho saber con bastante decisión su intención de casarse con usted. Tal vez debería hablar con ella.

—Y yo creo que nadie debería meterse en mis asuntos. Pero gracias por su opinión.

El señor Craven asintió, pero, tras esas palabras, se abstuvo de añadir nada más. Sabía lo celoso que este era para su intimidad y lo que creía en que nadie tenía derecho a inmiscuirse en su vida. Se había arriesgado a recibir ese tipo de respuesta. Pero, tras volver al lugar donde los habían dejado, la señorita Elizabeth no había dudado en hacer saber a este que el señor Bells era suyo, que pensaba casarse con él y que no iba a permitir que ninguna mujer se le acercara, lo cual, con la expresión que había lucido, había sido bastante

aterrador.

—¿Qué les parece si nos separamos aquí ya? Deseaba comprar unos regalos de cumpleaños para la señorita Freeman antes de que se acabara el día y la señorita Bolton agradecería que os dejáramos a solas.

—Si eso es lo que desean... —Fue la respuesta que Adrien les dio, deteniéndose cuando el señor Craven lo hizo, con Lisa a su lado.

—Parece lo más adecuado. Esa joven no mira con demasiados buenos ojos a la señorita Freeman, así que será mejor que cada cual siga su camino para evitar conflictos innecesarios. Que pase un buen día, señor Bells.

—Lo mismo les deseo —afirmó este, haciendo una pequeña inclinación antes de empezar a alejarse.

De manera inconsciente, Lisa permaneció mirando aquella espalda que se alejaba hasta que la misma gente que caminaba por la calle le impidieron seguirlo por más tiempo.

—Si quieres observarle, al menos, disimula un poco. Eres demasiado obvia —le susurró el señor Craven al oído, luciendo una sonrisa divertida en el rostro.

Esta no tardó en azorarse de nuevo, negando con la cabeza.

—¡Yo... yo no estaba mirándole!

—¿A dónde deberíamos ir ahora? —preguntó el señor Craven, ignorando las palabras mientras colocaba el brazo de Lisa sobre el suyo, dejando tiempo a esta para que pudiera recomponerse.

—Estoy en sus manos. Usted marca el rumbo —acabó murmurándole, lo que solo hizo que la sonrisa de este se hiciera aún más amplia.

—De ese modo, mejor comenzaremos a andar y ya veremos dónde nos lleva el destino, ¿no cree?

Para el final de la tarde, Lisa portaba más bolsas de las que podía contar y, por mucho que le dijera al señor Craven que dejara de gastar, cada vez que este veía algo que era de su agrado lo compraba, ignorando todas las palabras en contra que Lisa trataba de emplear, teniendo que pagar a un joven para que les ayudara a cargar con los paquetes que se habían ido acumulando de camino a casa.

—No me puedes negar que, al menos, ha sido divertido —le comentó este.

—No digo que no lo fuera, pero no ha tenido que gastar de ese modo. Tenía entendido que las fortunas se hacen amasando, no despilfarrando.

—¿Y de qué sirve una fortuna si no puedes despilfarrarla de vez en

cuando?

—Es usted terrible —comentó Lisa con una sonrisa iluminando su rostro.

Cuando llegaron a casa, Irene se sorprendió tanto como ella de la cantidad de paquetes y demás artículos, mirando al señor Craven como si se tratara de un loco que acabara de aparecer frente a su puerta.

—¿Qué es lo que pretende con todo esto? —le acabó preguntando, mientras Lisa trataba de dejar las compras de un modo que estorbaran lo menos posible cerca de la puerta hasta que lo subiera todo a su cuarto.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿No sabía que iba a sacar a Lisa de compras?

—No se haga el tonto conmigo —le advirtió Irene, bajando el tono para que Lisa no les oyera—. ¿Qué pretende acercándose tanto a ellas? ¿Qué es lo que quiere de ellas?

—Yo nada. ¿No puedo ser amable con las personas que aprecio?

—¿Apreciar? ¿Conoce el significado de esa palabra? Me parece sorprendente.

—Siempre has tenido una mala opinión de mí desde que nos conocimos —se quejó el señor Craven, haciendo una especie de puchero demasiado infantil para que se viera bien en él.

—Y debería saber a qué se debe eso, ¿verdad?

Se hizo un momento de silencio entre ambos que ninguno rompió, manteniéndose la mirada, haciendo que la expresión divertida de este desapareciera e Irene endureciera la suya propia, creando un momento de tensión en torno a ellos.

—¿De qué estáis hablando? —les preguntó Lisa cuando los vio el uno frente al otro, sin notar la tirantez existente entre ellos.

—Al parecer, a la señora Irene no le hace la más mínima gracia que hayamos comprado tanto.

—Desde luego. Ni siquiera sé dónde pondré todo esto.

—¿No cree que es hora de que se retire, señor Craven? —comentó la criada, tratando de sonar cordial, sin conseguirlo.

—¡Irene! ¡El señor Craven ha sido muy bueno con nosotros! Deberíamos invitarlo a cenar.

—No contaba con él para la cena, así que creo que faltaría comida.

—Además, algunos de mis clubes estarán a punto de abrir, así que tengo que ir a trabajar. Si no me paso con cierta asiduidad por ellos, los clientes piensan que algo malo está ocurriendo y eso los pone nerviosos —afirmó este

con una sonrisa calmada.

—¿Está seguro? No nos costaría nada poner un plato más —le aseguró Lisa.

Aunque la expresión de Irene decía todo lo contrario.

—De verdad, no tienes que preocuparte. En otro momento, estaré encantado de comer en tan buena compañía, pero hoy me resulta completamente imposible. Que pasen una buena noche —les deseó el señor Craven mientras se dirigía a la puerta.

Irene no tardó en abrir esta para él, con lo que le hizo sonreír a este antes de cerrar.

—¿No crees que estás siendo demasiado descortés con el señor Craven? Es un buen amigo de mi padre y nos tiene un gran aprecio a mi hermana y a mí.

—Creo que mi trato hacia él es el que se merece, pero, por respeto a vosotras, trataré de ser un poco más cortés —aceptó esta, de mala gana, para contentarla.

—Solo te pido eso, un poco más de cortesía. De verdad que considero que el señor Craven es buena persona y no me gustaría que se sintiera ofendido cada vez que pisara nuestra casa.

—Vuestra hermana no ha llegado todavía —le informó Irene, cambiando radicalmente de tema mientras cogía algunos de los paquetes junto a la puerta y comenzaba a subirlos hacia la habitación de Lisa.

—¿Qué?! ¿Aún no ha vuelto de la casa de los Bells?! —exclamó esta, volviéndose hacia la mujer.

Una cosa era que su hermana tuviera una buena relación con las gemelas Bells y pasaran juntas sus días, pero otra muy distinta era que abusara de esa amistad para pasar en su casa tantas horas. Comía con ellos casi todos los días, exceptuando los días en los que las gemelas iban a su casa, y daba clase con ellas y los profesores que el señor Bells había contratado para sus hermanas, incluso cuando decía que no había problema de que tuvieran una alumna más en el cuarto. Clea estaba abusando demasiado de su amistad y Lisa tendría que hacerle entender a su hermana que ya no podrían permanecer tanto tiempo juntas.

Esa decisión no se debía a la confesión de Adrien sobre su historia. Nunca consideraría alejar a su hermana de ellos por unos hechos que habían escapado a su control. Simplemente era que Clea tenía que entender que, por muy bien que se llevara, ella no formaba parte de la familia y estaría empezando a ser una molestia para ellos. Si Adrien acababa casándose, esta

no podría pulular por allí a sus anchas.

¿Debería coger un chal e ir a buscarla? Era posible que esta ya estuviera de camino a casa en el coche de los Bells, algo que también parecía ya una costumbre, pero también podía ser probable que su hermana siguiera en la casa de ellos, esperando para la cena, sin pensar que la estarían esperando en casa, bajo la mirada del señor Bolton y, sobre todo, bajo la mirada de Elizabeth Bolton, que la examinaría con hastío.

Una imagen de lo que ya había visto a Clea y Kailyn haciendo a solas acudió a su mente, temiendo que también hubiera vuelto a sus prácticas, incluso después de que ellas se lo hubieran prometido.

Oyó risas en la puerta de la entrada, lo que la sacó de sus cavilaciones, y se dirigió a esta, abriendo de golpe.

Clea estaba allí, lo que, en parte, la tranquilizó. El problema era que no iba sola y que los cielos se abrieran y se la llevaran si le agradaba volver ver a su acompañante tan cerca de ella mientras ambos reían.

Jack Mardling, tan elegantemente vestido como siempre, arreglado y sonriente, estaba junto a su hermana. Más concretamente, con el brazo de Clea entrelazado en su brazo, haciendo que la sangre de Lisa ardiera.

¿Era el maldito día para que todo el mundo estuviera contra ella?!

—Clea, entra ahora mismo —le ordenó a su hermana, haciendo un gesto con la cabeza para indicar el interior de la casa.

—Pero... quería despedirme del señor Mardling. Ha sido tan amable de acompañarme hasta casa y...

—¡He dicho que entres! —exclamó Lisa, haciendo que la menor saltara en el lugar.

El señor Mardling apretó su brazo para que lo mirara y le dedicó una sonrisa plácida cuando lo hizo.

—Será mejor que haga caso a su hermana. Así podré hablar con ella. No se preocupe. Estoy seguro de que nos volveremos a ver —aseguró este.

Clea acabó asintiendo, no muy convencida, pero se soltó del brazo de Jack y entró en la casa pasando junto a su hermana, que solo se movió un poco a un lado para dejarla pasar.

—¿Se puede saber qué es lo que busca de mi hermana? —le preguntó Lisa cuando esta entró.

—Creo que ya se lo había comentado antes. Deseo pintarla. Pero teme hacerlo sin su permiso. Como he ido de visita a la casa de los Bells y la he encontrado allí, he dado por supuesto que, acompañándola, me daría el lugar

de hablar con usted para que le concediera el susodicho permiso.

—Pues yo creo que debe de estar completamente demente si cree que voy a dejar a mi hermana en sus manos. No es más que una niña y usted es un mujeriego reconocido.

—Todos los hombres con algo de influencia de Londres lo son. Es una de las ventajas de tener poder. No creo que eso tenga algo que ver con que me deje pintarla.

—Escúcheme y escúcheme bien. No quiero que se vuelva a acercarse a mi hermana bajo ningún concepto. Ni como pintor, ni como amigo, ni como nada. Como no me haga caso, aténgase a las consecuencias. Si es tan mujeriego como aceptar ser, debería saber lo que una mujer es capaz de hacer cuando se enfada con usted.

Antes de permitir que el señor Mardling abriera la boca para responder a sus palabras, Lisa le cerró la puerta.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?! —le gritó Clea después de ver cómo lo despachaba.

—Te estoy haciendo un favor. Ese hombre puede parecer muy amable y encantador, pero tú misma has oído que es un mujeriego. No puedo permitir que te acerques a tipos como ese y destruyas tu vida así, sin más.

—¡Pero es mi vida! ¿Quién te crees que eres para creer que puedes tomar decisiones por mí?!

—¡Soy tu hermana mayor y, como tal, me debes algo de respeto! ¡He cuidado de ti como una madre desde que la nuestra se fue y he dedicado mi vida para que fueras una joven decente que encontrara al hombre adecuado con el que casarse!

—¿Y quién te pidió que hicieras eso?! ¡Tú misma fuiste lo que te impusiste esa tarea! ¡Nadie te pidió que permanecieras soltera, que nos cuidaras a cada momento o que dedicaras tu vida a ello! ¡Lo hiciste porque quisiste!

—¡Alguien tenía que hacerlo! ¡Irene no podía cargar con toda la familia para siempre! ¡No tenía por qué! ¡Y padre ni siquiera parecía ser consciente con lo que pasaba! ¿Quién iba a cuidar de ti salvo yo?! ¡Tenía que ser yo!

—¡Pero yo no necesito que nadie me cuide! ¡Sé perfectamente lo que tengo que hacer y lo que no! ¡El señor Mardling es un caballero que me presta atención y quiere pintarme! ¡Pintarme, Lisa! ¡Quiere hacer un cuadro de mí!

—¡¡¡Basta!!! ¡Ya le he dicho que no vuelva a acercarse a ti! ¡Y espero que tú tampoco te acerques a él!

Clea, exasperada, soltó un grito de frustración y comenzó a subir las escaleras hacia su habitación, haciendo sonar cada paso. Pero, a mitad del camino, se detuvo y se giró hacia ella.

—¡Parece que disfrutes de que todo el mundo esté tan solo como tú!

Y, tras esas palabras, siguió subiendo hasta que oyó el portazo de la puerta de esta.

—¡Enfádate todo lo quieras, pero esto es lo correcto! ¡A lo mejor, una noche sin cenar te hace reflexionar un poco! —le gritó Lisa, incluso cuando ya era ridículo que siguiera discutiendo.

Irene, que había escuchado toda la discusión desde la puerta de la cocina, se acercó a ella.

—Menos mal que vuestro padre no se encuentra en la casa. Esta pelea habría afectado a sus nervios.

—Pero sabes que he hecho lo correcto, ¿verdad? Ese tipo parece que no deja de rondarla, pidiéndome que la deje pintarla. ¿Se cree que no sé lo que pasa entre él y las mujeres que pinta? No le daré lugar para que vuelva a acercarse.

—Aunque tenga sentido lo que está haciendo, Clea no lo ve de ese modo. Cree que solo trata de molestarla.

—Bueno... ya está en esa edad. Sé que es normal que se oponga y me lleve la contraria. ¿Recuerdas cómo te contestaba yo a veces? —le preguntó Lisa, mirándola y dirigiéndole una pequeña sonrisa.

—Pero fueron muy pocas veces y duró muy poco. Creo que es la primera persona que he visto que ha pasado tan rápido su etapa rebelde. Incluso yo misma pasé unos años muy malos.

—Espero que pueda controlarla mientras pasan.

—Yo espero que el señor vuelva pronto a casa antes de que esto se convierta en una guerra.

Lisa no creía que las cosas llegaran tan lejos, pero sí. También deseaba que su padre volviera cuanto antes y volvieran a ser una familia completa de nuevo.

CAPÍTULO 11

El enfado de Clea duró bastante tiempo, sobre todo después de que su hermana le hiciera saber que tenía un toque de queda para ir y venir de la casa de los Bells. No podría quedarse a comer o cenar con ellos si antes no lo había hablado con Lisa y tenía que estar fuera de la casa antes de que comenzara a anochecer.

Su padre mandó otra carta, mucho más corta que la anterior, anunciando que estaba bien, pero que su amigo estaba cada vez más débil y que el final no podría alargarse demasiado, que era posible que pudiera estar en casa dentro de dos meses, en pleno cénit del verano. Aunque a Lisa eso no la convenció demasiado. La letra de su padre lucía descuidada, como si la hubiera escrito con urgencia o se encontrara demasiado débil como para mantener su pulso estable. Temía que él mismo se estuviera poniendo enfermo por dedicarle demasiados cuidados a su amigo.

—Tu padre sabrá cuidarse. No ha tenido una salud de hierro nunca, pero os tiene a vosotras —le aseguró el señor Craven.

Sin embargo, ni eso parecía muy convincente. Este mostraba unas amplias marcas de ojeras bajo sus ojos, como si no hubiera dormido aquella noche.

—¿Se encuentra bien? Creo que usted mismo se encuentra algo cansado.

—Oh, no. No es nada. Los negocios me dejan con este aspecto de vez en cuando. No tienes de qué preocuparte.

Pero incluso Irene le miró con atención cuando trajo el té y las pastas al salón.

—Eres una chica fuerte y lista. Podrás pasar por cualquier cosa, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Ha pasado algo malo? ¿Le... está pasando algo malo, señor Craven?

—¡No, no! ¡No me ocurre nada! ¡De verdad! —exclamó este, apartando la mano de la suya en el acto—. Creo que debería ir a casa y descansar un poco. Si luzco tan lamentable será mejor que duerma un poco. No quiero asustar a nadie más.

Todos los presentes alzaron el rostro hacia la sala de música, donde Clea

estaba tocando el piano con rabia, en protesta por tener que permanecer en casa más tiempo de lo que ella quería. El único modo de que las jóvenes pasaran todo el día juntas era que las gemelas vinieran a casa y su hermano tampoco se lo permitía diariamente.

—¡Clea, deja de incordiar! ¡Estás molestando a nuestro invitado y vas a estropear el piano de mamá! —se quejó Lisa.

No le molestaba que esta se quejara, era lo esperado tras sus prohibiciones, pero no le hacía gracia que se mostrara impertinente delante de las visitas, ya que a nadie de fuera le importaban sus peleas familiares.

Esta la miró desde la otra sala, pero lo único que hizo fue aporrear aún más el piano, que sonó en protesta.

—¡Basta! ¡Si ese va a ser el comportamiento que vas a mostrar, sube a tu cuarto ahora mismo! —le gritó Lisa.

Clea, molesta, se puso en pie y, sin una palabra, subió las escaleras, aporreando estas con los pies, ignorando las palabras de su hermana mayor para que se comportara como una adulta y no una niña maleducada.

—Estoy deseando que vuelva mi padre. No puedo seguir lidiando de este modo con ella —se lamentó Lisa, frotando su frente para aliviar el dolor creciente de cabeza.

—Creo que no fue una idea demasiado buena alejarla de sus amigas —comentó el señor Craven, que había permanecido en pie mientras la pequeña batalla entre las hermanas tenía lugar.

—Pero ya dije que no podía seguir permitiendo que entrara y saliera como quisiera. Su comportamiento es el de una niña, por mucho que quiera que la tratemos como a una adulta, así que no hay más remedio.

—¿La señora Irene está de acuerdo con ese modo de proceder? —preguntó el señor Craven, volviendo la cabeza hacia ella.

—No me compete los medios que la señorita Lisa crea convenientes usar con su hermana. Aunque, si pregunta mi opinión al respecto, tengo que decir que es lo apropiado. Una joven no debe entrar y salir como crea conveniente de la casa de alguien más.

—Pues yo creo lo contrario. No había nada mejor para ella que su buena relación con las Bells, pero como ya ha dicho la señora Irene, eso es algo que no me compete, así que me marcharé ya. Que pasen un buen día.

Lisa asintió e Irene lo acompañó a la puerta sin añadir nada más. Al fin y al cabo, eran asuntos de la familia Freeman, en los que nadie más tenía que inmiscuirse, por muy amigos suyos que pudieran ser.

—¿Estoy haciendo bien en mostrarme tan dura con Clea? —le preguntó a la criada cuando esta volvió de cerrar la puerta—. ¿No crees que he intentado mostrar demasiado control de pronto?

—Yo creo que había que marcar unos términos claros, incluso aunque estos le disgustaran. Pero es solo mi opinión.

Lisa asintió mientras esta se retiraba a hacer su trabajo, incluso cuando no estaba segura de lo que hacía. Había enviado una carta a su padre para hacerle saber si había tomado la decisión acertada, pero este no había respondido en su carta ni a nada de lo que había preguntado, excepto su estado de salud. O no había recibido su carta, donde le comentaba todo lo recientemente sucedido, o se había olvidado de responder a ello por las prisas con las que escribió la carta.

No le gustaría saber que estaba cometiendo un error con su hermana. Al menos, por lo que correspondía a la parte de los Bells. Su postura con respecto a Jack Mardling seguía siendo tan firme como el primer día y, por lo que sabía, el joven no había tratado de volver a ponerse en contacto con su hermana, con lo que podía respirar tranquila por ese lado. El hombre había entendido sus palabras.

Pero... ¿y las Bells? ¿Estaba haciendo bien? Sabía que Elizabeth Bolton había vuelto a Bradford con su padre y no se había hecho público ningún anuncio de su compromiso, pero eso no quería decir que no pensarán hacerlo pronto. Era probable que la joven pasara más tiempo en Londres para que la sociedad se diera cuenta de su relación y, pasados unos meses, anunciar su compromiso. Y, pocos días después, su boda. Parecía lo más lógico. Y no toleraría la presencia de su hermana en su futura casa. Si quería mandar a las gemelas a estudiar en el extranjero, mucho menos iba a permitir invitados indeseables en su futura casa.

Eso era lo que pensaba.

Una tarde, no muchos días después de la visita del señor Craven, el señor Bells en persona se presentó en su puerta.

Clea se encontraba en su habitación, donde últimamente se negaba a salir, a no ser que fuera para comer, e Irene se encontraba fuera, realizando algunos recados que se le habían ido acumulando, así que tuvo que ser la misma Lisa quien tuvo que abrirle la puerta, indicándole que pasara al salón.

Le ofreció té o cualquier otra cosa que quisiera tomar, pero este alegó encontrarse bien tal y como se encontraba, sentándose en uno de los sillones y quitándose el sombrero, peinándose los cabellos que se habían salido de su

lugar con los dedos.

—¿Y... a qué debo su visita? —le preguntó Lisa, sentada a unos cuantos sillones de distancia de él.

—Creí que había dicho que mi historia no le había afectado en absoluto como para alejarse de mi familia —le dijo este, directo al punto.

—¿Cómo dice? No entiendo qué es lo que quiere decirme con eso.

—Me aseguré que comprendía lo que había ocurrido en el pasado, que no era culpa mía y demás. Sin embargo, desde entonces, ha permitido cada vez menos que su hermana acuda a nuestra casa y mis hermanas se encuentran desoladas. La señorita Freeman era la única amiga de verdad que han tenido desde hace mucho tiempo.

—Le aseguro que la decisión de que mi hermana acuda a su casa cada vez menos no tiene nada que ver con su historia. Puede creer en mi palabra sobre eso.

—Entonces... ¿podría explicarme a qué se debe esa decisión repentina que ha tomado? ¿O por qué se sienta lo más alejada de mí que puede? —le preguntó Adrien, con un rictus molesto en la comisura de sus labios.

—Mi decisión sobre que Clea visite cada vez menos su casa está clara. Usted no tardará en casarse y una señorita decente no entra y sale de las casas sola cuando quiere, por muy amigos suyos que sean los dueños de la casa. Además, el señor Mardling también parece visitarlos con cierta asiduidad y no quiero que ese hombre tenga nada que ver con mi hermana. Ella no me hace caso respecto a él, así que el mejor modo es mantenerlos alejados. Y no me estoy manteniendo lo más alejada que puedo de usted.

—¿En serio? —comentó Adrien, poniéndose en pie y acercándose a Lisa, haciendo que esta se inclinara hacia atrás sobre su propio asiento—. Pues yo diría que me está rehuendo claramente.

—Y yo vuelvo a insistir en que eso no es así. Y puede pensar lo que quiera sobre ello, pero la respuesta será la misma.

Las manos de este se colocaron a ambos lados de la cabeza de Lisa, haciendo que la respiración de esta se interrumpía mientras él se sujetaba al respaldo y se inclinaba hacia ella, obligándola a bajar la mirada para no perderse de nuevo en aquellos ojos grises que parecían capaces de leer a través de ella.

—Ni siquiera eres capaz de mantenerme la mirada y aún insistes en que no es por mi historia —se quejó este, dejando percibir su irritación. Sabía que la gente le rehuiría cuando se enteraran de su pasado, pero, por algún motivo

que solo le irritaba aún más, odiaba que ella precisamente lo hiciera justo después de decirle que lo había entendido.

—No es por eso —murmuró Lisa, sintiéndose inquieta, removiéndose en su asiento.

Las pocas veces que se habían encontrado tan cerca no había resultado bueno para ninguno de los dos. Sobre todo para ella, que siempre acababa enfadada y frustrada por su culpa, habiendo esperado algo que no podía llegar.

—Entonces, ¿por qué? Dime a qué se debe.

—No tengo por qué decírselo. No me obliga nada a responderle —le retó, a pesar de mover sus manos con nerviosismo sobre su vestido, arrugando la tela bajo sus puños.

—Tengo modos bastantes efectivos para que hables si sigues resistiéndote. Deberías saberlo ya.

¿Modos efectivos para que hablara? Si seguía acercándose más, lo que menos podría hacer sería hablar. Y, menos si sentía su mirada sobre ella, escrutándola, tratando de sacarle la respuesta.

—Insisto en que no es por su historia —afirmó Lisa, cerrando los ojos cuando sintió los dedos de Adrien alzar su barbilla.

Más que una visita, aquello parecía un interrogatorio en su propia casa y su mente y su cuerpo se negaban a actuar con normalidad mientras él se encontrara tan cerca. Su aroma la estaba envolviendo como si de una jaula invisible se tratara y sus dedos sobre su piel se estaban calentando como brasas al fuego, aumentando su propia temperatura incluso cuando Lisa no quería que pasara.

Y Adrien deseaba besarla, incluso aunque no hubiera acudido para ello. Quería acabar de inclinarse y tomar sus labios como ya había hecho con anterioridad, sabiendo que, incluso con sus protestas, Lisa acabaría cayendo sobre él, como siempre hacía.

El único problema era que temía no ser capaz de detenerse allí, que se perdería en ella en el propio salón de su casa y la tomaría por entero, incapaz de detenerse, como si de un animal se tratara, cuando sintiera su calor. Robaría de ella lo que pudiera antes de verse atado a un matrimonio sin amor, ya que no pensaba enamorarse y tampoco pensaba deshonrar a su esposa metiéndose en la cama de otras mujeres, por mucho que estas lo tentaran.

Allí, con los ojos cerrados y la cabeza alzada hacia él, Lisa era una víctima perfecta, sin mostrar ninguna resistencia.

Inconscientemente, se pasó la lengua por los labios, tratando de

suavizarlos para ella y se dijo que le demostraría que huía de él. Si se apartaba ferozmente de su beso sería un claro ejemplo de que no quería que la tocara, teniendo en cuenta que solo un fuerte sentimiento de rechazo había conseguido que ella consiguiera apartarlo de su cuerpo.

Ni siquiera se dijo que era inútil que demostrara lo contrario, que aquello no serviría de nada. Demostrar que Lisa huía o no de su contacto sería tan inútil como demostrar qué había sido antes, si el huevo o la gallina, pero, en aquellos momentos, ni siquiera se planteaba eso. Ni su propio cuerpo reaccionaba como debería, totalmente ajeno a sus órdenes.

—Abre los ojos —le ordenó a Lisa, dejándolo todo de lado. Lo único que quería era que ella obedeciera, que abriera los ojos, lo mirara y aceptara su beso, incluso cuando este no tendría que tener lugar, cuando ambos sabían que cualquier cosa entre ellos era imposible.

—Lo lamento, pero no puedo obedecer esa orden —se lamentó Lisa, inmóvil por completo, permitiendo que la tocara, pero sin atreverse a mirarlo a la cara.

¿Qué quería ocultar tras sus ojos cerrados? ¿Qué podría ocultarse tras ellos que ella no quería que viera? Y eso, precisamente, que siempre tratara de mantenerse alejada de él en cierta forma, como si hubiera un secreto que no podía conocer, lo irritaba sobremanera y le hacía desear más desnudarla a fondo, hasta la última pieza y dejar bajo su vista todo aquello que hubiera deseado ocultarle, verla como aquel día que solo había intuido su cuerpo bajo las aguas.

Debería asustarse por la fuerza de sus propios deseos, pero, en aquellos momentos, solo quería cumplirlos.

—Dime por qué no puedes y a lo mejor te suelto —afirmó, sabiendo que no lo haría.

—Mi... Mi hermana está arriba. Si grito me oirá y vendrá a ayudarme. Y su imagen quedará destrozada —le advirtió esta, diciéndose a sí misma que no deseaba que aquellos dedos en su barbilla se movieran sobre su rostro y la acariciaran como ya habían hecho antes, mostrándole una ternura que le había derretido el corazón.

—Oh. Así que quiere que su hermana nos descubra para obligarme a casarme con usted, ¿no es así? Porque, si su hermana hablara, su imagen quedaría más manchada que la mía.

—¿Cree que a una mujer que no desea casarse le importa lo que se diga de ella?

—Pero sabe, tan bien como yo, que su mancha no solo le afectaría a usted, sino también a su hermana.

Lisa frunció los labios, ya que sabía que llevaba razón. Desgraciadamente, las manchas pesaban más en las mujeres que en los hombres y que estas afectaban a las familias al completo. El temor a un hombre y lo que podría decir sobre ella les había obligado a abandonar su hogar, por ello debería saberlo mejor que nadie.

—Dímelo. ¿Por qué no miras a los ojos? Si no es mi historia, dime qué es, pero no prives a nuestras hermanas de su mutua compañía, pues prácticamente son lo único que tienen.

—Te vas a reír de mí si lo digo—se quejó Lisa, titubeando.

Al fin y al cabo, sabía que acabaría cediendo. Adrien había dicho que ella era testaruda, pero él tampoco se quedaba corto.

—Te prometo que no me reiré, así que habla de una buena vez.

—Ten... —Lisa se detuvo un momento, tratando de coger aliento—. Tengo la impresión de que... puedes ver dentro de mí cuando me miras a los ojos, que puedes ver lo que pienso... cuando estás tan cerca.

Adrien parpadeó, confuso.

En un primer momento, pensó que Lisa le estaba gastando una mala broma, pero el sonrojo que teñía por completo el rostro de ella se lo desmentía, haciendo que una sonrisa de medio lado se abriera paso por su propio rostro y alzara aún más la barbilla de Lisa, oyendo cómo esta dejaba escapar un pequeño jadeo mientras permitía que este la manejara con semejante libertad, incapaz de hacer lo contrario.

—¿Ves? Me lo has contado y no me he reído —afirmó este, observando a completo placer aquel rostro que tenía tan cerca y a su alcance. La irritación que había estado sintiendo, pensando que lo rechazaba, se había esfumado y ahora contemplaba aquella piel suave y clara salpicada de pecas, las largas y pálidas pestañas, espesas a pesar de todo, la pequeña nariz, los rellenos labios, semiabiertos en busca de aire.

Quería tomar todo eso y reclamarlo como suyo. Llevaba el último mes solo pensando en eso. Cuando pensaba que ella no se casaría con nadie bajo ningún concepto se había sentido tranquilo y seguro. Pero oír sus palabras sobre que podría replanteárselo de encontrar al hombre correcto había hecho que se alterara, que muchas veces se despertara con la imagen de ella en su retina en un altar junto a un hombre sin rostro. Ni siquiera el hecho de que podía tener un título en la palma de su mano alejaba aquellas ideas de su

cabeza y tenía que ser culpa de Lisa.

Antes de que ella apareciera, antes de que dejara de ser solo una sonriente niña pelirroja en el seguro lugar de los recuerdos de su infancia, sus intenciones eran claras. Su único objetivo era encontrar la suficiente estabilidad para la familia, para que estos jamás les ocurriera ningún mal.

Sin embargo, allí se encontraba ahora, tentado a dejar todo eso de lado, en lo que tanto había trabajado, por una joven de carácter vivo que podría discutir un instante con él y, al siguiente, encontrarse refugiada entre sus brazos, haciéndole sentir como si fuera el hombre más poderoso del mundo, perdiéndole en la vorágine de la pasión instantes después, volviéndole loco.

—Pero has sonreído. Puedo notar que estás sonriendo por tu tono de voz —se quejó Lisa, sacándole de sus pensamientos, de aquel conflicto que estaba teniendo lugar justo frente a sus mismos ojos.

Adrien tenía la impresión de que fuera cual fuera el resultado de todo aquello sería su decisión definitiva y, para bien o para mal, sería el camino que seguiría hasta las últimas consecuencias.

—¿Ahora tampoco me está permitido sonreír? Dijiste que no me riera y no lo he hecho.

—Me siento tan estúpida... —murmuró Lisa, tratando de apartar los dedos de este de su rostro.

Pero, sin más, Adrien se lo impidió. No le costó en absoluto sujetar con más firmeza aquella barbilla para que permaneciera en su lugar, mirándole, como debía de estar. No podía tolerar otra manera.

—¿Por qué? No tienes de qué.

—¿No? Me tienes inmóvil en el sillón de mi propia casa y no me atrevo a abrir los ojos y mirarte porque... Bueno, ya te he dicho el porqué. Te dije que no volvieras a tocarme nunca. Pero, como siempre, ignoras mis palabras.

—Se deberá a que sé que son mentiras —argumentó este sin más, alterándola.

—¡¿Cómo te atreves a...?! —comenzó a protestar esta, pero había abierto los ojos, lo único que Adrien estaba esperando que hiciera, y acabó besándola.

Lisa ni siquiera se lo había esperado, tratando de discutir con él, pero aquellos labios firmes y suaves sobre los suyos le robaron cualquier intento de protesta, dejando escapar un gemido cuando Adrien la empujó con su cuerpo de vuelta al respaldo del sillón, sintiéndole por todas partes cuando ni siquiera tenía las manos sobre ella.

Solo el olor de este, un olor masculino y oscuro, como si se pudiera tomar la esencia de la noche y aprisionarla en el cuerpo masculino fuera posible, llenaba sus sentidos por completo, doblegándola a su voluntad mientras él marcaba el ritmo, girando el rostro para profundizar más el beso, para perderse aún más en el interior de ella.

Adrien se obligaba a permanecer con las manos en el respaldo, ahora convertidas en dos firmes puños que amenazaban con romper la pieza. De recorrer el cuerpo de Lisa no se detendría allí, no dejaría de tocarla por todas las partes que encontrara, abriría sus ropas y la dejaría totalmente desnuda ante sus ojos, cogería su cuerpo y la tumbaría en el suelo de aquel mismo salón, se colocaría sobre ella y se perdería en el calor que manaría de entre sus piernas, la tomaría solo como un bárbaro podría hacerlo, devorándola, perdiéndose en sus labios o en cualquier otra parte de ella donde sus besos lo llevaran.

La fuerza de aquel deseo le impresionó y se sintió dolorosamente excitado cuando la vívida imagen de ella desnuda comenzó a flotar en su mente mientras oía a la verdadera gemir entre sus brazos.

Lisa parecía removerse en el lugar por la fuerza arrolladora de sus besos y las manos de esta, tímidamente alzadas, se agarraban a las solapas de su chaqueta, como si necesitara aferrarse a algo o quisiera sentirlo de alguna forma. Después de todo, por muy hambrientos que fueran sus besos, por mucho que se hundiera en ella de aquella forma, no la tocaba de ninguna otra manera y, en aquellos momentos, sintiendo cómo todo su cuerpo era consumido por una llama abrasadora, quería tenerlo cerca, sentir el contacto de su piel, que sus manos la tocaran allí donde deseara, que viera lo que quisiera de ella. Después de todo, decir lo contrario sería mentira.

Una de las manos de Adrien se movió sobre el sillón hasta coger su nuca, donde su pelo pretendía permanecer parcialmente recogido, pero él no soportaba eso. Él quería ver aquel cabello rojizo suelto, siempre a su alcance, rodeándola, sobre una cama amplia y cómoda que se asemejaba bastante a la de su propia habitación, donde esta siempre lo esperaría, desnuda por completo.

Gruñó en el interior de su boca, devorando sus labios sin cuidado, saqueando a través de ella, cuando aquella imagen asaltó su mente, apretando la mano que mantenía en su nuca mientras notaba que ella se volvía suave por momentos, se dejaba hacer y respondía del mejor modo que podía, gimiendo y jadeando contra él, alzando las manos desde las solapas hacia su cuello y, de

allí, hacia su cabello, aferrándose a sus mechones para no permitirle apartarse.

Si solo con el tacto de aquellas pequeñas manos le hacía sentir que podía caer de rodillas ante ella, ¿cómo sería sentirla contra su piel desnuda, que esta pudiera explorarlo a placer, contemplando por primera vez en su vida el cuerpo desnudo de un hombre? No lo sabía, pero tenía deseos de hacer semejante experimento.

Sus gruñidos, señales hambrientas de que no había tenido suficiente de ella, llenaron el cuarto, del mismo modo que Lisa gemía por lo bajo en el interior de sus labios, como respuesta, agitando las piernas cada vez que lo oía, como si fuera la respuesta esperada, la única que podía darle para responder a su deseo con el propio, deseando romper las distancias, lejos del pensamiento racional, mientras se perdía por completo en sus brazos, en el calor de su cuerpo, en...

El sonido de algo al caer al suelo les hizo separarse de golpe, volviéndose hacia la puerta del salón, donde Irene había dejado caer la cesta que llevaba entre las manos para taparse los labios con ellas, como si hubiera contenido un grito.

El rostro de Lisa se coloreó tan rápido de rojo que temió que acabara por explotar, pero Adrien se incorporó con calma, como si desafiara a la criada a que comentara algo al respecto, colocándose delante de Lisa para cubrirla con su cuerpo y darle tiempo a recuperarse.

—¿Desea algo? —le preguntó.

—No, yo... Es solo que... —murmuró Irene, la cual parecía algo confusa.

Desde luego, no era una escena que se fuera a esperar al volver a casa. En un principio, al ver la figura masculina había pensado que se trataba de Charles, que aquel cerdo había vuelto a atacarla, pero Lisa no se resistía y había alzado las manos sobre aquella figura, dándose cuenta de su error y dejando caer la cesta.

—Irene, por favor... —murmuró Lisa, saliendo por detrás del cuerpo de Adrien, aún con el rostro un poco sonrojado.

—Será... será mejor que me marche a la cocina —comentó la mujer, agachándose en el suelo y recogiendo a toda prisa los objetivos que se habían desparramado, apresurándose a salir poco después.

—¡Dios! ¿Cómo la miraré después a la cara? —murmuró Lisa de nuevo, después de ponerse en pie, ocultando el rostro detrás de sus manos, azorada.

Adrien, en silencio, lo único que se le ocurrió hacer por ella fue

abrazarla contra él, oyendo el jadeo de sorpresa que esta dejó escapar cuando se vio rodeada entre sus brazos, apretada contra su cuerpo.

—¿Qué... estás haciendo? —le preguntó esta por lo bajo, diciéndose que aquel abrazo no era tan agradable como parecía.

—Procuro infundirte fuerzas para enfrentarte a ella. Tengo la impresión de que vas a tener una larga charla después de que me vaya.

—Eso solo se debe a que hemos hecho algo que no debíamos. Siempre me haces hacer cosas que no debería.

—¿Disculpa?! —preguntó Adrien, sonando falsamente ofendido—. Por lo que tengo entendido, eres tú la que me hace hacer locuras a mí. Y no puedes negarlo.

—¿Yo?! —exclamó Lisa, apartándolo de su cuerpo para mirarlo a los ojos—. ¿Quién fue el que me besó en el jardín?!

—¿Y quién fue la que me besó en el interior del coche?!

Lisa tomó aire, ofendida, pero eso último no podía negarlo. Había sido ella la que se lanzó a besarlo, pero...

—¡Eso pasó cuando tú me estabas acariciando los labios! —le reprochó, señalándole con el dedo.

—Estaba consolándote después de lo que había pasado.

—¡Esto es el colmo!

—Será mejor que me marche. Solo piense en permitir a su hermana que pueda moverse entre nuestras casas con la misma libertad de siempre. Y... ya he comprobado que no huía de mí, así que...

—Sí, será mejor que se marche ya a casa.

Adrien la contempló durante unos instantes, pero Lisa se negó a hacer lo mismo, mirando en dirección contraria a donde se encontraba, esperando que este entendiera que no tenían más que decirse y abandonara la casa.

Y él pareció hacerlo. Sin ni siquiera añadir una palabra más, este acabó dirigiéndose en solitario hacia la puerta y cerró tras él sin hacer el menor ruido.

Cuando Lisa oyó aquello, alzó el rostro con una expresión mezcla de cansancio, angustia y tristeza, diciéndose a sí misma que aquello había sido lo mejor que podía haber hecho. Aparte de besos y caricias robadas, Adrien no parecía sentir nada más por ella y cualquier otra cosa que se dijera sería mentira.

Trató de serenarse, diciendo que no había nada más por hacer y, tomando aire, se dirigió a la cocina, sabiendo que tendría que hablar de lo sucedido con

Irene, la cual, de espaldas a ella, parecía estar colocando las cosas que había traído en su sitio.

—Irene, yo... —intentó murmurar.

Pero la criada alzó una mano hacia ella, pidiéndole que guardara silencio.

—No hace falta que me explique nada. Entiendo perfectamente lo que estaba pasando.

—¿En serio? ¿Cómo es posible que lo entiendas cuando ni yo misma me entiendo? —le preguntó esta, acercándose a ella hasta colocarse al lado de Irene, apoyándose en la mesa.

Esta la observó, contemplando el bello rostro desolado, haciendo que no pudiera evitar sonreír.

—Creí que su padre le había explicado que cuando el corazón habla no hay nada que hacer.

—Sí, lo hizo. Pero, aunque un corazón hable, no significa que el de la otra persona también lo haga.

—¿Quiere eso decir que acepta sentir algo por el señor Bells?

Lisa alzó el rostro para mirarla, pero no surgieron palabras de ella y volvió a bajar la vista.

—Lo que sienta yo no importa. Él solo quiere un matrimonio conveniente. Y aunque en verdad sintiera algo por mí, ese sentimiento no será muy diferente a lo que Charles sentía por mí, ese deseo que mueve a los hombres. La única diferencia entre los dos es que yo me veo incapaz de rechazar a Adrien cada vez que se acerca y me considero una completa estúpida por no saber decirle que no.

—¿De verdad coloca al señor Bells al mismo nivel que ese miserable?

—¿Qué buscaban ambos de mí, al fin y al cabo? Adrien me dejó claro desde el principio que no buscaba un matrimonio por amor, que lo único que quiere es casarse bien para que su madre y sus hermanas vivan desahogadamente.

—El señor Craven opinaba que esa idea, en el señor Bells, podría cambiar.

—Pues yo lo dudo. Es un hombre muy decidido. Ha tenido que sufrir para estar donde está en estos momentos. No renunciará a su esfuerzo por algo efímero como un sentimiento. ¿Y a qué viene que ahora apoyes lo que dice el señor Craven?

—Bueno... aunque no es santo de mi devoción, considero que hay raras

ocasiones en las que tiene razón.

Lisa no pudo evitar sonreír débilmente ante aquellas palabras, negando con la cabeza, pero alzó esta hacia Irene poco después.

—De todas formas, te agradecería que no comentaras esto ni con mi padre ni con Clea. El primero insistiría en que tendría que seguir intentándolo con él. Y la segunda iría corriendo a decírselo a sus hermanas y, de ahí, se enteraría todo Londres. No dormiría tranquila sabiendo que yo he causado semejante rumor.

—De mis labios no saldrá nada, ya lo sabéis, pero... ¿estáis segura de que esta es la decisión correcta?

Lisa reflexionó un momento sobre ello, para, poco después, alzar el rostro y volver a dirigirle una triste y cansada sonrisa.

—No, pero es la única que puedo tomar.

—¿Qué?! ¿En serio?! —exclamó Clea, que parecía no poder creer las palabras que acababa de escuchar.

—Así es. Te permitiré volver a tu antiguo hacer en casa de las hermanas Bells porque así me lo ha pedido su hermano mayor. Considero que, si lo han pedido, es que no estás siendo una molestia tan grande para ellos como yo creía. Pero escúchame y presta mucha atención. Ante la menor mención de que eres un incordio para ellos se acabó. ¿Me has entendido?

Clea asintió con energía, pero Lisa dudaba mucho que le hubiera prestado la más mínima atención, demasiado emocionada como se encontraba, caminando de arriba abajo.

—Óyeme bien. A la mínima. —Trató de hacerse oír la mayor de las Freeman, intentando captar la atención de su hermana.

—¡Sí, sí! A la mínima —canturreó la joven, dirigiéndose a su habitación.

Aunque al principio de la conversación Clea se hubiera encontrado sentada frente a su hermana en el salón, esta había acabado poniéndose en pie y había comenzado a dar vueltas en torno a ella mientras Lisa intentaba que la escuchara.

No tardó mucho tiempo en prepararse y estar lista para ir a visitar a las gemelas. Al fin y al cabo, aparte de ellas, Clea no contaba con ninguna otra amistad, sin contar con los niños de la iglesia, con los que parecía que le encantaba discutir, pues eran lo único que hacían cada vez que iba a visitarlos.

Insistiendo, consiguió que Clea aceptara que Irene la acompañara hasta la casa de estos, ya que la tarde aún no había declinado, pero no le gustaba la idea de que su hermana anduviera sola.

Le había llevado días tomar esa decisión, manejando los pros y los contras de volver con ellos a la misma situación, pero creía que Adrien había sido sincero en decirle que sus hermanas la extrañaban y, después de todo, Clea no hacía mucho en casa, aparte de tocar el piano cuando se encontraba de buen ánimo o leer si Lisa insistía mucho en que cogiera un libro.

—Tendrá que ser Elizabeth Bolton la que la eche de allí —murmuró para sí mientras zurcía uno de los vestidos de Clea, el cual habían tenido que arreglar entre ella e Irene porque se le había quedado pequeño.

Al parecer, Clea no dejaba de crecer, en todos los aspectos. Habían insistido en más de una ocasión en que el señor Mardling era un caballero y que todo lo que deseaba de ella era pintarla. Pero el sonrojo que teñía sus mejillas cuando hablaba de él indicaba que, al menos por su parte, no se trataba solo de una relación entre el pintor y su modelo y Lisa se mostró más inflexiva ante el hecho de que los dos no se encontraran de nuevo.

Sabía que, manteniendo tan buena relación con los Bells, ambos volverían a encontrarse a menudo, pero confiaba en que el cabeza de familia no permitía que pasara algo indecoroso entre sus invitados en su propia casa.

Despidió a ambas mujeres desde el salón mientras pensaba en ello, preguntándose cuánto duraría el encaprichamiento de su hermana con aquel hombre, diciéndose que debería convertir en su prioridad principal encontrar un buen partido para su hermana y fomentar una buena relación entre ambos antes de la boda.

—Aunque tampoco imagino a Clea casada —comentó en voz alta, aunque solo fuera para escuchar su propia voz.

En el silencio de aquella casa, con apenas gente caminando por la calle a aquellas horas para hacer ruido, era como si estuviera sola en el mundo, como si solo quedara su cuerpo después de un cataclismo bíblico, del mismo modo que se sentía en su cuarto por las noches.

No podía negar que, después de decirse que olvidar a Adrien era lo más sensato y decidir verle lo menos posible, había llorado en más de una ocasión en la soledad de su habitación dejando que sus almohadas se tragaran las lágrimas.

Después de todo, era la primera vez en su vida que sentía algo similar a lo que llamaban amor y había tenido que renunciar a él antes de acabar de entenderlo del todo, sabiendo que no tendría cabida su existencia en el futuro que Adrien planeaba.

Unos sonoros golpes en su puerta la sobresaltaron, haciendo que se

clavara la aguja en el dedo.

Maldiciendo por lo bajo, arrepintiéndose poco después por dejar esas palabras de sus labios, se quitó el vestido de encima y se llevó el dedo a los labios, lamiendo la pequeña gota roja que había florecido en este, dirigiéndose a la puerta para ver quién era su visitante.

El señor Craven le dirigió una sonrisa cuando la abrió, quitándose el sombrero, pero, aunque parecía tratar de lucir animado, lo cual solía ser lo habitual en él, el cansancio que se reflejaba en sus rasgos indicaba que llevaba tiempo sin descansar como era debido.

—Señor Craven, créame que siempre es un placer recibirlo en nuestra casa, pero últimamente creo que se encuentra demasiado cansado por sus negocios. Creo que debería irse a casa a descansar —le sugirió Lisa, incluso aunque se hizo a un lado para dejarlo pasar si así era su deseo.

Este entró tratando de dirigirle una nueva sonrisa animada, sin mucho éxito.

—No sabes lo que me agrada que os preocupéis por mí, pero mi estado es algo que se repondrá con el tiempo.

—¿Está seguro? Creo que avisar a un médico sería lo mejor para asegurarnos.

Este se volvió hacia Lisa, cogiendo la mano de esta y envolviéndola en la suya, haciendo que lo mirara.

—Eres una joven fuerte y envidiable. No hay mucha gente que se preocupe por aquellas personas que no son de su propia familia.

—Por favor, no diga eso. Sabe que lo consideramos parte de la familia, señor Craven —aseguró esta, sonriéndole.

Pero, en ese momento, alguien volvió a tocar a la puerta.

El señor Craven endureció la expresión del rostro y Lisa, consiguiendo librar su mano de las de él, fue a abrir, soltando una exclamación de sorpresa al verse frente a frente de Adrien de nuevo tan pronto.

Este entró en la vivienda, mirando al señor Craven con tanto disgusto que Lisa supo al instante que algo había pasado entre los dos hombres antes de que ambos se dirigieran a su casa.

—Nunca pensé que fuera tan buen corredor, señor Craven. No he visto antes un carruaje que volara por las calles como el suyo.

—Por favor. Le ruego que no se lo cuente —le suplicó este.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no quiere que el señor Bells me cuente? —preguntó Lisa, mirando tanto a uno como al otro, tratando de entender la

situación.

No entendía qué podía contarle Adrien que el señor Craven quisiera impedirlo tanto como para correr a su casa para llegar antes que él. No recordaba haber visto a ambos hombres juntos excepto en fiestas. Aunque ni en esos lugares los había visto hablar más allá de unos saludos, a pesar de saber que ambos tenían negocios juntos.

Y, aunque sus conflictos pudieran derivar de disputas por sus negocios, ya que sabía que los hombres podían perder el control fácilmente por estos, eso no tendría nada que ver con ella y, por tanto, no tendrían que estar en su casa.

—Deberías habérselo contado antes. Yo también debería habérselo dicho. Al final, tengo tanta culpa como usted mismo —se lamentó Adrien, aún mirando al señor Craven con cierta irritación.

—¿De qué habláis?! —volvió a preguntar Lisa, tratando de entender.

Para ella, aquella conversación no tenía ningún sentido.

—No era algo que nos competa. Y aún sigue sin competernos, así que le ruego que dé media vuelta y se marche. No haga esto y deje que las cosas sigan el curso que se les ha asignado.

—A lo mejor, para usted eso sea algo fácil de hacer, pero a mí me resulta imposible cuando ya se ha llegado a estos extremos.

—¡Por favor, hablemos fuera de esto! —le rogó el señor Craven, cogiendo a Adrien por los hombros para arrastrarlo fuera del cuarto bajo la mirada confusa de Lisa, que no entendía nada.

Sin embargo, este se deshizo de fácil manera de las manos de su hombro, echándose hacia atrás con cierta repulsión, pues odiaba que lo tocaran si él no lo deseaba. Muchas veces había tenido que tener cuidado de no quitarse a Elizabeth Bolton de encima cuando esta se abalanzaba sobre él sin previo aviso.

—¡Esto es algo que ella tiene que saber! —le gritó, tratando que el señor Craven entendiera su postura.

—¡Y yo te ruego que no se lo cuentes! ¡No era este su deseo!

—¿Qué es lo que ocurre aquí?! ¿Por qué nadie...?! —Trató de hacerse oír Lisa, pero la mano del señor Craven se alzó hacia ella para acallarla por el momento, volviéndose hacia Adrien.

—Si te consideras un buen amigo de la familia, saldrás por la puerta en este momento.

—¿Y tú te consideras muy amigo de la familia al estar escondiendo una

cosa como esta?! —le preguntó este, a su vez, acercándose amenazadoramente a él.

Pero, en su defensa, a pesar de que el señor Bells era más alto y robusto, el señor Craven no se achantó ante él, sino que permaneció en el lugar plantado frente a este.

—¡Si así fue su deseo, por supuesto! ¡Tú no tienes ningún derecho a venir aquí y contárselo! ¡Nadie te ha dado ese privilegio!

—¡Mi conciencia no me permite permanecer en silencio por más tiempo! ¡No ahora, después de la última...!

—¡Dile a tu conciencia que se calle, si no quiere causar sufrimientos innecesarios! —le interrumpió este, furioso.

Ambos hombres parecían bastante cercanos a llegar a las manos, pero, en aquellos momentos, Lisa estaba sintiendo cómo un dolor creciente de cabeza comenzaba a palpar en el interior de su cráneo, en una mezcla de molestia por los gritos de los hombres en la pequeña vivienda y no entender la situación que se estaba dando lugar y que parecía tener que ver algo con ella, incluso cuando aún no supiera de qué se tratara.

—¡Por favor, señores! —exclamó para llamar su atención—. Necesito que alguno de ustedes me explique qué está ocurriendo aquí, porque no os estoy entendiendo —les rogó, intentando que, al mismo tiempo, ambos se tranquilizaran.

Craven y Adrien se miraron, el primero rogando con la mirada al segundo, haciendo que este titubeara, dirigiendo sus miradas hacia Lisa, que casi se había colocado entre ambos.

—Tiene que saberlo —murmuró hacia el mayor, pareciendo que su mal humor se hubiera controlado.

—Por favor... —susurró el señor Craven, bajando la vista al suelo.

Sin embargo, no volvió a añadir nada más para impedir que el señor Bells contara lo que pasaba.

—Lisa... —susurró Adrien, cogiendo las manos de esta con tanta delicadeza como si fuera alguna pieza de cristal que pudiera romperse con increíble facilidad—. Tu padre... se está muriendo.

CAPÍTULO 12

La noticia la pilló tan desprevenida que Lisa ni siquiera pareció reaccionar durante los primeros instantes tras oír aquellas palabras abandonar los labios de Adrien, pero, poco después, esta empezó a negar con la cabeza, notando cómo las lágrimas corrían a sus ojos.

—¿Qué me estáis diciendo?! ¿Qué significa eso?!

Notó las manos del señor Craven posarse en sus hombros, pero, aunque no deseara el contacto, tampoco se sentía con fuerzas para rechazar la cercanía de ambos hombres, pues sus manos aún estaban envueltas en las de Adrien.

—¿Por qué me habéis dicho eso?

—Me llegaba carta de vuestro padre todos los meses, preguntándome si estabais bien y pidiéndome que cuidara de vosotras. Pero... acabo de recibir una nueva carta hoy, mientras estaba en una reunión con el señor Craven.

Lisa alzó la vista solo para mirar a su espalda y ver cómo este asentía, con expresión desolada. Si este sabía de lo de su padre ahora entendía por qué había lucido de ese modo el último mes.

—¿Y... dónde está esa carta? Quiero leerla —le pidió a Adrien, alzando los ojos hacia él.

Este, a regañadientes, soltó sus manos y buscó en sus bolsillos del interior de su chaqueta, tendiendo esta a Lisa para que la tomara, con la expresión inescrutable mientras veía cómo ella trataba de contener sus lágrimas.

Desplegando esta, supo al instante que era la letra de su padre, aquella nueva letra más difícil de leer que ella, estúpidamente, había achacado a la prisa o al cansancio.

«Estimado señor Bells:

Agradezco lo que está haciendo por mis hijas. Me hubiera gustado permanecer más tiempo junto a ellas, me hubiera gustado ver a ambas casadas, trayendo al mundo sus propios hijos, reír felices rodeadas de su propia familia, pero, me temo, ya no tengo ese tiempo.

Te pedí que cuidaras de mis hijas y espero que lo sigas haciendo en el futuro, cuando ya no esté.

Tengo tisis, señor Bells, y apenas puedo saber lo que estoy escribiendo. No cuento con superar el verano y dudo que pueda escribir una carta más después de esta. En realidad, ni siquiera sé cómo he llegado hasta este momento.

Cuando murió mi amada, deseé irme con ella y ahora que quiero permanecer con mis hijas me llama a su lado. Tengo que llevarle las flores que le gustan. No puedo presentarme ante ella con las manos vacías. Una por cada día que estoy sin ella. Creo que serán demasiadas flores. No sé cómo llevárselas todas.

Oigo a una niña llorando. Espero que Irene esté consolando bien a mis hijas. ¿Por qué lloran?

Adrien, cuídate y cuida a tu familia. Yo tengo que irme».

Así era como terminaba la carta, como si, de repente, este hubiera empezado a desviar. Era imposible que oyera a una niña llorando y pensar que se trataba de su hermana y de ella, pues no habían llorado desde que Lisa tenía siete años y Clea seis. ¿Y las flores? ¿Cómo pensaba su padre llevarles las flores a su madre? ¡¿Tisis?! ¿Había contraído tisis? ¿Se lo había contagiado su amigo al estar cuidado de él? ¡Tendría que haber impedido que fuera a cuidarlo! ¡Sabiendo lo delicado que era, lo fácil que enfermaba, no tendría que haber salido nunca de la casa!

—¡No tuve que dejar que fuera a York! ¡Tuve que impedir ese viaje! —se lamentó esta, llevándose las manos al rostro para ocultar las lágrimas que ahora caían vívidamente por sus mejillas.

—Tu padre nos rogó que no te lo contáramos, que sería inútil que pasaras por ese dolor cuando no se podía hacer nada por él. Pero no ha enfermado por ese viaje a York —le contó el señor Craven.

—¿Qué... quiere decir? —le preguntó Lisa, tratando de alzar el rostro hacia él.

Este suspiró, pero, mirando a Adrien, el cual asintió, pensó que ya daba igual que lo supiera todo.

—Enfermó en Bishopstoke, pero no se dio cuenta de que tenía tisis hasta que llegó aquí y empezó con las toses de sangre, apenas caminando antes de tener que detenerse por el cansancio. Me contó que había estado yendo diariamente a casa de un hombre de su parroquia que había contraído esa enfermedad, el cual vivía solo y al que apenas cuidaban unos vecinos. Ni siquiera abrían las ventanas para ventilar la habitación, lo que solo hacía más

peligroso que alguien entrara.

Lisa recordaba eso. Concretamente, recordaba haber asistido a la misa que su padre había oficiado en memoria de aquel hombre, casi un año atrás.

—Cuando noté sus síntomas, le dije que buscaría médicos para él, alguien que pudiera ayudarlo y que, mientras tanto, siempre ventilara la casa y no se acercara mucho a vosotras. Dicen que la tisis puede transmitirse por el aire y no podíamos permitir que vosotras os contagiara. Al final, decidió ir a cuidar a su amigo John, pues él también estaba muriéndose, y pensó que sería mejor que ambos se cuidaran mutuamente. He ido a visitarlo varias veces y me he encargado que alguien adecuado los cuide a ambos.

—Pero... ¿por qué? ¡¿Por qué no me lo contó?! —gritó Lisa.

Adrien deseaba hacer algo por ella, para consolarla, pero tampoco se sentía con el derecho de ello. Y menos en una situación donde ella estaba tan vulnerable.

—Tu padre me pidió que no te lo dijera. Solo te preocuparías cuando no tenía remedio y sabía que querías cuidarlo personalmente, por lo que podrías contagiarte. Me dijo que no te contara nada hasta que hubiera fallecido, pero parece que ha querido que el señor Bells lo supiera también y él insistía en que tenías que saberlo.

—Gracias —murmuró Lisa, mirando hacia Adrien, el cual solo asintió—. Pero deseo ir a York y verlo. No quiero que las últimas palabras que le dirigí a mi padre fueran creyendo que volvería a verlo en unos meses. Quiero decirle que le quiero, agradecerle lo que ha hecho por nosotras y... —Las lágrimas no dejaron que Lisa siguiera hablando, pero antes de que Adrien pudiera moverse el señor Craven rodeó a esta con sus brazos, llorando en silencio con ella, haciendo que él no supiera qué hacer.

—Te llevaré hasta la estación y te acompañaré —le aseguró Craven—. Yo también tengo cosas que quiero decirle. ¿Podrías ocuparte de su hermana, señor Bells?

—¿No consideran que Clea merece saberlo también? Es posible que también quiera despedirse de él.

—Es posible, pero bastante mal le sentará que yo le visite cuando no quería que lo viéramos así, así que prefiero que ella permanezca aquí. Si hay riesgo de contagio, no quiero arriesgar a Clea. Mi padre me odiaría.

—Pero... —murmuró Adrien, dispuesto a luchar un poco más por el derecho de Clea para despedirse, tanto como su hermana, de su padre.

Sin embargo, Craven negó con la cabeza, diciéndole que no hablara nada

más.

Lisa apenas podía sostenerse a sí misma. Menos podría consolar a su hermana cuando esta se enterara y entendía su postura de que no quería arriesgarse a que contrajera la enfermedad.

Irene llegó oportunamente, llevándose las manos a los labios cuando recibió la noticia, decidiendo en el acto que acompañaría a Lisa y pidiéndole a Adrien que cuidara de Clea mientras se encontraban fuera.

A pesar de tener los ojos vidriosos, era espectacular ver cómo la mujer se mantenía entera mientras ayudaba a Lisa a moverse por el cuarto y hacía las maletas para ambas, ayudándose del señor Craven para llevarlo todo al coche y dándole otra maleta al señor Bells con ropa de Clea, pues no sabían el tiempo que esta tendría que quedarse en su casa.

Cuando Lisa salió hacia el carruaje, Adrien ofreció su mano para ayudarla a subir. Sin embargo, esta lo ignoró, sin ni siquiera parecer que hubiera reparado en su presencia, subiendo al vehículo por sus propios medios.

Incluso entendiendo su situación, le dolía en cierta forma que no se apoyara en él para nada, incluso cuando sabía que no pasaría de ser “un amigo de la familia”, manteniéndole apartado.

Se despidió de Craven, pidiéndole que cuidara bien de ella, y de Irene, la cual volvió a pedirle que cuidara bien de Clea en su ausencia y tuviera algo de tacto, pues recaía en sus manos la tarea de contarle a la joven qué era lo que estaba sucediendo.

Le hubiera gustado ir con ellos, pero no parecía tener cabida en la vida de Lisa en esos momentos.

La joven ni siquiera fue consciente del viaje pues, cuanto más repasaba el pasado, se daba cuenta que su padre siempre tosía cuando se encontraba solo, colocando un pañuelo contra sus labios y esperaba a que todos se fueran para subir o bajar las escaleras. Si alguna vez se había dado cuenta de su debilidad debido a la enfermedad, siempre lo había achacado a que este nunca había sido un hombre muy fuerte.

¡Cuánto se odiaba ahora al no estar más pendiente de él! ¡Tisis! Era una enfermedad terrible para el paciente, pues las toses se agravaban, haciéndose peores, se perdía el apetito, se padecían fiebres, se empezaba a desvariar... Y era igualmente horrible para aquellos que tenían que cuidar a los enfermos, pues les tocaba contemplar cómo se iban apagando ante sus ojos.

Entendía por qué su padre no había querido que lo supieran, por qué

había querido que sus hijas no lo vieran irse poco a poco en manos de la tisis, pero, en cierta forma, se sentía herida con él. Lisa siempre había afirmado que cuidaría de su padre, que por ello renunciaba a la vida de casada, pero su padre había rechazado esos cuidados.

Tanto él como su hermana rechazaban aquello a lo que ella había aceptado dedicarse, por lo que le hacía preguntarse si no había sido una necia y una vanidosa al autoproclamarse la cuidadora de su padre y la protectora de su hermana, sobre todo después de darse cuenta de que estaba fallando en ambas tareas y estos se apoyaban en otras personas antes que en ella.

Ni siquiera supo cuánto duró el viaje, solo percatándose débilmente de que Irene y el señor Craven hablaban de vez en cuando, aunque nunca puso tanta atención como para saber de qué.

—Querida, es aquí —le indicó este, colocando su mano sobre la suya cuando el carruaje que habían tomado en la estación se detuvo frente a una pequeña y estrecha casa, la cual lucía con todas las ventanas abiertas.

Lisa nunca podría haber dicho como eran las calles o si transitaban mucha gente por ellas, pues su vista solo estaba clavada al frente, hacía la puerta, tocando esta y esperando con impaciencia a que alguien acudiera a abrir.

Una rechoncha mujer, la cual lucía un pañuelo en torno a la boca y la nariz, les abrió, aunque Lisa no le prestó mucha atención.

—¿Dónde está? —preguntó, internándose en la casa.

La mujer pareció confusa, pues no sabía a quién se refería, pero se tranquilizó al ver entrar al señor Craven.

—Dile donde se encuentra el señor Freeman, Bessy.

—Está en la segunda habitación de la izquierda, nada más subir las escaleras.

Y hacia allí se dirigió Lisa sin una palabra más, seguida de cerca por Irene.

No tardó ni un minuto en dar con la habitación y mucho menos en entrar, pero sintió como la sangre le huía del rostro cuando reconoció a su padre entre los restos decrepitos que se encontraban en el centro de la amplia cama que ocupaba el lugar, solo oyendo más de aquellas toses que caracterizaban a la enfermedad, viendo cómo sus labios se coloreaban con el rojo de la sangre.

Tratando de contener las lágrimas, sacó uno de sus propios pañuelos y se colocó junto a su padre, limpiándole mientras oía el ruido trabajoso de la respiración de este.

Siempre había sido delgado y parecía que cualquier prenda que usara le quedaría grande, pero, en aquellos momentos, su padre se encontraba a la mitad de lo que fue en una ocasión y sabía que eso no iba a mejorar.

Este intentó abrir los ojos cuando sintió la tela contra sus labios y le costó un rato enfocar la vista, pero, cuando la miró, Lisa trató de dirigirle una sonrisa animada, sintiendo como las lágrimas acudían a sus ojos.

—Has... venido —murmuró este, apenas una vocecilla antes de que nuevas toses lo atacaran.

—Pues claro que he venido. ¿En verdad esperaba que no acudiera cuando me enterara? Aún no me conoce —afirmó esta, tratando de dirigirle una sonrisa más amplia mientras volvía a limpiarle los labios.

—¿Y dónde están las niñas?

—¿Las niñas? —repitió Lisa, con cierta confusión. No sabía de qué le estaba hablando.

—Sophia, no sabes lo que te he echado de menos —susurró su padre, sacando la mano de debajo de las sábanas, no sin cierto trabajo, hasta sujetar la mano que Lisa había apoyado en la cama para acercarse a él y limpiarle los labios.

Ahora lo entendía. La estaba confundiendo con su madre. Entre las fiebres, los delirios, que no parecía ver con demasiada claridad y su cabello rojo, era lo más lógico y, en cierta forma, se alegraba de dar un alivio a su padre, pues este nunca había sido tan feliz como cuando había estado junto a su madre.

—Yo también te he echado de menos —afirmó, estrechando su mano, sin lograr impedir que algunas lágrimas comenzaran a caer por sus mejillas—. Y las chicas están bien. No tienes por qué preocuparte por ellas.

—Claro. Irene las estará cuidando. No pudimos encontrar a una persona más leal.

Esta, que se había detenido junto a la puerta, se tapaba los labios para no hacer ruido, ya que, como Lisa, se encontraba llorando en silencio.

—Por supuesto. Tú bien lo sabes.

—Me estás esperando para realizar el último viaje juntos, ¿verdad? Al final, te convertiste en un ángel.

—¿Cómo podría irme sin ti? ¿Quién fue el que me persiguió hasta que me convenció para casarme con él? No te escaparás ahora de mí con esa facilidad —afirmó, viendo cómo su padre trataba de reír sin que le doliera.

—Eso es cierto. Siempre fui muy testarudo. Creo que Lisa ha salido a mí

en eso —comentó este, volviendo a toser.

Esta tuvo que soltar el pañuelo y llevarse la mano a los labios para evitar que unos gemidos de dolor salieran de ella, cerrando los ojos mientras se sentía derrumbarse por momentos.

No soportaba ver a su padre así, no era justo. Había sido un buen hombre toda su vida, había amado a una única mujer que le fue arrebatada, cuidó de sus hijas lo mejor que pudo y ayudó a todas las personas a las que conocía sin pensar nunca en sí mismo. ¿Cómo podía hacer un dios que se fuera de semejante forma del mundo?

Las manos que sintió en sus hombros la sobresaltaron, pero se dejó apartar por el señor Craven, el cual le indicó que se lo dejara a él mientras ella se acercaba a Irene y se refugiaba en sus brazos, llorando ambas de manera silenciosa para que su padre no las oyera.

—Amigo, ¿me escuchas? —preguntó Craven al señor Freeman, ya que este había acabado cerrando los ojos.

—¿Quién es? —preguntó, confuso, mientras trataba de abrir los ojos de nuevo, buscando a la figura parlante.

—Soy yo, Christopher. Mira que he envejecido mal, pero no creo que tanto para que no me reconozcas —bromeó, intentando, del mismo modo que las mujeres, que no se diera cuenta de las lágrimas que estaba derramando.

—Oh, Christopher. ¿Las chicas están bien? Te encargué que cuidaras de mis hijas. ¿Cuidarás de ellas por mí cuando ya no esté aquí?

—Claro que sí. Cuidaré de ellas como si fueran mis propias hijas. No tienes que preocuparte por eso.

—Me hubiera gustado que tuvieras hijos. De haber sido varones, nos habiéramos convertido en una verdadera familia.

—Sabes que eso es imposible. El gran amor de mi vida siempre fuiste tú —afirmó este, sin el menor signo de titubeo al decir aquellas palabras.

Lisa alzó el rostro al oír aquello, conteniendo una exclamación, y miró a Irene, pero esta no se había inmutado, como si ya hubiera sabido aquel secreto.

—Siempre... fuiste un tipo extraño, Christopher. ¿Quién se enamora de su mejor amigo? —Sonrió el señor Freeman, sin juzgarle, como hacía con todo el mundo, cerrando los ojos de nuevo y relajando la expresión del rostro.

—¿Tom? —lo llamó Craven, temiendo que ya se hubiera ido.

Pero este volvió a reaccionar poco después, como si se hubiera dormido solo por un instante.

—Cuida de mis niñas, ¿sí? Son todo lo que me queda.

—No tienes ni que mencionarlo —afirmó su amigo, apretando su hombro con cariño.

El señor Freeman asintió, pero, definitivamente, se quedó dormido, ya que su respiración todavía era audible y se podía apreciar su pecho alzarse y descender.

—¿Señor Craven? —murmuró Lisa mientras este se dirigía a su lado para pasar por la puerta.

Este se detuvo, sonriendo tristemente, sabiendo cuál era la pregunta no formulada de la joven.

—Ahora sabes por qué nunca formé mi propia familia y por qué os aprecio tanto —comentó, antes de salir del cuarto sin esperar a más palabras.

Ella parpadeó entre las lágrimas que retenía, volviendo a mirar a Irene. Pero esta la sacó de la habitación antes de que abriera la boca, sabiendo lo que quería preguntarle. Si quería hablar de ello, lo harían donde no molestaran al señor Freeman.

—¿Tú sabías eso? ¿Sabías que el señor Craven quería... a mi padre?

—Claro que sí. Era más que evidente lo que sentía por él.

—¿Y por eso lo detestabas tanto? ¿Por eso decías que era mejor para nosotras que no nos acercáramos a él?

Le sorprendía ese comportamiento en Irene. Sabía que no era normal que un hombre se enamorara de otro hombre, pero su padre les había enseñado que no podían juzgar a la gente, pues solo Dios podía hacerlo, y les había mostrado que todo el mundo tenía un lado oculto y bueno dentro de sí mismos, como les enseñó sobre las chicas del burdel del pueblo, a las que confesaba. Nunca habían considerado a alguien deplorable si sus acciones no lo habían confirmado y, desde luego, nunca juzgarían a alguien por lo que le dijera su corazón.

—Nunca fue por eso —le aseguró esta, tranquilizándola—. Precisamente, el amor que sentía por su padre sería algo bueno para ustedes, pues no habría defensor mejor a falta de él.

—Entonces... ¿qué es lo que se supone que ocurre entre ustedes? Queda claro que no es un problema en el sentido romántico, así que, ¿de qué se trata?

Ella suspiró y apretó los puños que había mantenido contra el regazo, mirando hacia otro lado mientras parecía debatirse si hablar o seguir manteniéndose en silencio.

—Cuéntaselo. Después de todo, Lisa y Clea se irán a vivir conmigo

después de esto y las tomaré como mis hijas adoptivas. Y me gustaría que tú también fueras con ellas —aseguró el señor Craven.

Irene miró con atención tanto a uno como a otro, pero, al final, pareció decidirse.

—Verá... el señor Craven y yo somos... medio-hermanos —afirmó esta, manteniendo la mirada de Lisa.

Esta, sorprendida, miró hacia este, el cual asintió, volviéndose de nuevo hacia Irene.

—Pero... por otro lado, también soy medio-hermana de su madre —acabó de confesarle del todo.

Aquello acabó con ella, dejándola paralizada donde estaba, parpadeando como si eso fuera lo único que se viera capaz de hacer mientras su cerebro procesaba aquella información.

—¿Cómo...? —acabó murmurando, aún inmóvil.

—Será mejor que lo explique yo, pues ella no tiene delicadeza alguna para dar noticias —afirmó el señor Craven.

Irene, irritada con esas palabras, solo se cruzó de brazos, esperando a que hablara.

—Verás, mi padre murió de unas fiebres cuando yo era muy pequeño y mi madre pensó que, para cuidarnos a mis abuelos y a mí, sería mejor buscar trabajo en la ciudad. Pasamos algunos años sin saber de ella y, con el tiempo, hasta dejó de mandarnos dinero, por lo que pensamos que podría haberle ocurrido algo. Cuando mis abuelos enfermaron, le mandé una carta a la casa donde nos dijo que había encontrado trabajo, pero no obtuve respuesta.

Lisa miró hacia Irene, esperando por si ella tenía algo que añadir, pero esta se mantuvo en silencio.

—Cuando cumplí los veintitrés años, con mis abuelos ya muertos, pensé en abandonar el pueblo, pues se me daban bien los números y negociar y esperaba ganarme la vida con ello. Pero, en ese momento, volvió mi madre, acompañada de una chica de catorce años, la cual decía que era mi hermana. Me contó que había tenido una especie de romance con el señor de la casa mientras su propia esposa estaba embarazada y que de ahí surgía mi hermana.

—Lo que me convertía en su media-hermana tanto como en la de la hija del señor —murmuró Irene, como si le avergonzara hablar de ello.

Pero, la historia aún no había terminado, así que Lisa solo agarró su mano mientras seguía escuchando, intentando que esta no se alejara de ella.

—Rechacé a mi madre, pues me había abandonado e ignorado cuando la

necesité. No quería dejar de lado a mi hermana, ya que ella no tenía la culpa, pero esta solo consideraba su hermana a la señorita con la que había crecido y a la que servía y me odió aún más al saber que amaba al enamorado de su hermana y que rechacé ayudar a mi madre cuando enfermó, tiempo después de que me marchara.

—Lo del señor lo dejé pasar. No lo entendía, pero no era algo que tú hubieras escogido a propósito. Pero, que dejaras a tu propia madre de lado...

—Ella me dejó de lado a mí sin ni siquiera titubear.

—¿Y por eso debías responderle con la misma moneda? ¿Acaso eras un niño?

Lisa contempló la pelea sin saber si tenía que intervenir o no, pues en lo único en lo que podía pensar era que Irene era su tía, era la hermana de su madre y, por tanto, miembro verdadero de su familia y no solo de nombre.

—Mi tía —murmuró Lisa, haciendo que ambos la miraran, con una expresión desolada en el rostro de Irene al contemplarla.

—Lamento que hayas tenido que enterarte de esto —se lamentó la mujer, bajando la vista.

Pero Lisa sujetó su barbilla y la alzó para que la mirara, sujetando una de sus manos con la que tenía libre mientras negaba con la cabeza.

—Creo que no me habéis entendido. En estos momentos, cuando pensaba que mi único familiar cercano sería mi hermana, esta noticia es un regalo. Siempre te hemos considerado parte de nuestra familia y, ahora, descubro que realmente es así. No sabes lo feliz que me hace saber esto —declaró, abrazando a esta.

Irene, más que sorprendida, solo permaneció con los brazos abiertos durante los primeros instantes, pero, tras vacilar, se decidió en envolverla con los propios.

Dio por sentado que su madre y su padre desconocían esto, pues, de haberlo sabido, estaba segura de que su lugar en el hogar de los Freeman hubiera sido otro bien distinto de ser así.

—Por eso permaneciste al lado de nuestra familia todo este tiempo, ¿no es cierto?

—No podía dejaros. Le prometí a Sophia que cuidaría de vosotras y cuidaría de su esposo mientras que este no encontrara una nueva esposa.

—Mi padre nunca volvió a casarse —se quejó Lisa, molesta con su madre por haber pensado siquiera que su padre podría volver a hacerlo tras su marcha.

—Por supuesto que no. Amaba demasiado a vuestra madre como para eso. Por eso siempre cuidé también de él. Pero... nunca pensé que mi trabajo fuera tan deficiente. Nunca me di cuenta de nada.

Retomar el recuerdo de lo que estaba sucediendo detrás de aquella misma puerta hizo que nuevas lágrimas volvieran a ambas y que su abrazo se hiciera más estrecho. Craven, que estaba junto a ellas, permaneció en silencio y con la cabeza baja, tratando de contener sus propias lágrimas. Después de todo, su amigo aún seguía vivo en aquella habitación.

Pasaron varios días, días en los que Lisa se encargó de cuidar personalmente a su padre con la ayuda de Irene y de la mujer que había en la casa, Bessy, la cual parecía haber hecho un trabajo excelente con el señor John y su padre, aunque este primero hubiera fallecido hacía una semana, dedicándose exclusivamente a los cuidados del señor Freeman.

Su hermana Clea acabó mandándole una carta, preguntándole el estado de su padre y si podía ir a verlo antes del final.

Pero Lisa se negó en rotundo. En ningún momento su padre la había reconocido y seguía llamándola Sophia. Quién sabía con quién confundiría a Clea cuando la hubiera tenido delante y tampoco quería que el último recuerdo de su hermana de él fuera aquellos restos de lo que había sido un activo hombre. Prefería que lo recordara como antes de que se fuera. Si ella no había podido evitar echarse a llorar nada más verle, no quería ni imaginar cómo reaccionaría Clea.

El señor Craven se mantuvo allí con ellas, aunque la mayoría de las mañanas las empleaba en escribir carta para sus trabajadores, informándoles de cómo organizarlo todo mientras él estaba fuera, del mismo modo que dijo estar pensando en reformar su casa para cuando ellas fueran a instalarse, ya que, a pesar de ser una casa grande, nunca se había preocupado por que fuera demasiado habitable siempre que su cuarto y el salón de fiestas se encontrara en buen estado.

—Le agradezco que quiera acogernos, pero no creo que sea algo necesario. Nosotras saldremos adelante como podamos —afirmó Lisa en una de las pocas veces que bajó a comer al comedor.

Por lo general, comía en la habitación con su padre, ya que, al mismo tiempo, le ayudaba a comer a él. Como este seguía creyendo que se trataba de su esposa, intentaba pasar con él todo el tiempo que podía, así que bordaba o leía junto a su cama para que pudiera hablarle o mirarla si así lo deseaba mientras le hacía compañía.

—¡Tonterías! —exclamó el señor Craven—. ¡Le prometí a mi amigo que cuidaría de vosotras y eso es lo que pienso hacer! Aparte de Irene, no cuento con más familia, incluso aunque no me considere su hermano, por lo que deseo que las tres seáis mis herederas.

Lisa, a la fuerza, tuvo que aceptar aquel arreglo. Dudaba de que este cambiara de parecer.

—Pero yo no creo que Irene le rechace como hermano. Después de oír su historia, que es todo lo que sé, creo que solo está dolida por lo que sucedió con su madre. Aunque usted le guardara rencor era una persona importante para ella.

—Es posible que tengas razón, pero, en aquel tiempo, me era imposible comportarme de otro modo. Guardaba demasiado rencor a mi madre como para darme cuenta de mi deplorable comportamiento.

Al menos, pensó Lisa, cuando se fueran a vivir juntos, la relación entre ellos podría mejorar y estaba segura de que Irene acabaría aceptándolo, con el tiempo.

Pero, si lo pensaba bien, si Irene era su tía y el señor Craven era el hermano de esta, de una manera no sanguínea, eso lo convertía en su propio tío también, por lo que irse a vivir juntos era como formar una extraña familia juntos.

Debería haberle contado todo aquello a Clea en la carta que le hizo llegar con su negativa para que viajara a York, pero prefirió que estuvieran cara a cara para explicarle todo con calma, aun sabiendo que se lo tomaría bien. Después de todo, Clea siempre había dicho que, para ella, Irene había sido su madre, aunque esta siempre le hubiera regañado por decir esas palabras.

—No le queda mucho, ¿verdad? —murmuró, al entrar en el cuarto, donde Irene había permanecido mientras ella bajaba a por algo de comer.

Lamentablemente, esta solo pudo asentir mientras dirigía la vista a la cama, donde era audible la trabajosa respiración de su padre. Sus toses habían empeorado sorprendentemente rápido y quedaba destrozado después de cada ataque, sin poder apenas moverse y con las sábanas manchadas de sangre. Decirse que su muerte no estaba cerca sería engañarse.

Además, lo peor que tenía aquella enfermedad era que la muerte era el único descanso posible para los enfermos y para sus propias familias, ya que estas se veían sometidos a los cuidados constantes que necesitaban.

—Siempre pensé que papá moriría en su cama, tranquilamente, rodeado

de los hijos de Clea y sabiendo que lo queríamos —susurró Lisa, sin poder contener las lágrimas que acudieron a sus ojos, parpadeando para apartarlas—. Y, sin embargo...

—Sí, una muerte como esa habría sido lo justo para él, pero la vida no es justa. Solo podemos ayudarle a pasar esto del mejor modo posible, ya que sabe que le queríamos.

La joven se acercó a esta y se apoyó en su costado, contemplando la cama, mientras Irene envolvía sus hombros con un brazo.

—Cuando esto pase, quiero llevarlo a Bishopstoke. Quiero que esté junto a mi madre —murmuró, dejándose abrazar.

—Y eso haremos. Es lo que él querría y es como tiene que ser.

No pasaron muchos días después de ese cuando el señor Freeman finalmente se fue.

Bessy, que parecía tener experiencia con pacientes que padecían esa enfermedad, les informó después de la cena que era posible que el señor Freeman no pasara de aquella noche y, cómo no, Lisa se negó a abandonar el cuarto.

Con una silla junto a la cama, permaneció al lado de su padre por si necesitaba cualquier cosa, buscando en los restos cansados la figura de su padre detalles pequeños como la forma en la que curvaba los labios al dormir o la forma de sus cejas, mientras mantenía una de sus manos entrelazada con la de él.

Ni siquiera se dio cuenta en qué momento se quedó dormida.

Poco antes del amanecer, cuando el cielo de la noche se estaba rompiendo con las primeras luces del alba, Lisa alzó el rostro de la cama, sobre la que parecía haber doblado al caer dormida y, aún aferrada a la mano de su padre, volvió la vista hacia él, sabiendo que ya no estaba y sorprendiéndose con la expresión tranquila que se reflejaba en su rostro.

Con la enfermedad, incluso mientras dormía, era patente en su rostro el cansancio que le producía las fiebres y las toses. Su ceño había lucido constantemente fruncido por el dolor, pero, en aquellos momentos, era como si hubiera recuperado de manera milagrosa algo de su antiguo ser, algo de paz entre aquel tormento.

Levantándose e inclinándose hacia él, besó su frente y se despidió, arropándole bien y colocando sus manos sobre su abdomen, tratando de contener las lágrimas silenciosas que aparecieron. Después de todo, aunque aquel hubiera sido el final más esperado, el único en realidad, era duro

aceptar que su padre en verdad se hubiera ido.

Craven la abrazó cuando salió del cuarto para informar, intentando parecer lo más entera que pudo. Nadie se dejó engañar, no obstante, y acabó rompiéndose en sus brazos, oyéndole decir que avisaría al señor Bells para que acompañara a Clea hasta Bishopstoke. El funeral se llevaría a cabo allí y ninguna de sus dos hijas podían faltar a su último adiós.

Bessy les ayudó a recoger sus cosas y preparar el cuerpo para el viaje, despidiéndose en la puerta de la casa de ellos. Como el señor John no tenía hijos ni familiares vivos, este le había dicho que podía quedarse con la casa como pago a sus cuidados una vez muriera.

Craven insistió en pagarle algo más por las molestias, pero la mujer afirmó que la casa ya era pago más que suficiente.

Durante el viaje, Lisa permaneció entre las manos de Irene, sabiendo que pronto le llegaría el turno para tener que ser ella la que consolara a su hermana.

No se equivocó, pues, nada más llegar al pueblo, Clea ya se encontraba allí junto al señor Bells y las gemelas, corriendo hacia su hermana en cuanto la vio, abrazándose a ella con tanta fuerza que Lisa temió que la rompiera en algún momento.

—¿Por qué?! ¿Por qué no me dejaste ir?! ¡Quería despedirme de él!
—le gritó esta, aún sin soltarla.

—Créeme. Ha sido mejor que no le vieras. Papá ya no era el que había sido.

—Pero... ¡tú le viste! ¡Tú estuviste a su lado!

Lisa no añadió nada más, solo abrazando a Clea mientras esta lloraba contra su pecho. Las hermanas Bells permanecieron cerca de ellas, igualmente apenadas, pues apreciaban al amable señor Freeman. Sin embargo, su hermano, tras darle el pésame, se había retirado para hablar con el señor Craven y Lisa se enfureció sin remedio.

¿Incluso en el funeral de su padre, este tenía que estar hablando de negocios?!

Sus conocidos en el pueblo, todos aquellos que habían estado bajo las alas de su padre en la parroquia y aquellos que habían recibido su ayuda, incluso las chicas del pequeño burdel que había en el pueblo y a las que él iba a confesar y escuchar, ayudándolas si tenían problemas, acudieron al funeral, incluso cuando muchos tuvieron que escuchar el sermón desde fuera, con las puertas abiertas, pues no había sitio para todos, emocionando a sus hijas.

Sabían que su padre había sido muy apreciado, pero, aquello...

La mayoría les dijo a las jóvenes Freeman que, de necesitar algo, cualquier cosa, no dudarán en avisarles, que las ayudarían con lo que fuese. Y Charles, aun sabiendo que estaban en el pueblo, tuvo el buen juicio de no asistir, aunque sí estuvo presente su esposa, Katherine, la cual le dio su sentido pésame y les indicó dónde estaba su casa por si la necesitaban.

Desde luego, habían dejado buenos amigos en aquel pueblo.

—Podrías volver a vivir aquí si quisierais. No me sería ningún problema compraros una casa —afirmó el señor Craven, siempre tratando de ayudarlas.

—Muchas gracias, pero ya decidimos hace tiempo dejar el pueblo. Aunque nuestras raíces estén aquí, nuestras vidas no —afirmó Lisa, con Clea pegada a su costado, cabizbaja.

Después de unos días, en los que todos permanecieron en la pensión, decidieron que era tiempo de volver a Londres. Los Bells se habían empeñado en permanecer con ellas hasta que decidieran volver y Lisa había querido ir a limpiar la tumba de su madre, con la ayuda de Clea e Irene, y colocar flores frescas en ambas lápidas.

Después de todo, dudaba de que Bishopstoke volviera a entrar en sus vidas en poco tiempo.

CAPÍTULO 13

No les llevó mucho tiempo recoger las pertenencias que tenían y trasladarse a la casa del señor Craven, como este tanto llevaba insistiendo en que hicieran después de volver de Bishopstoke.

A decir verdad, aparte de sus propias ropas y unos pocos libros, los únicos objetos que llevaron con ellas fueron el piano de su madre y el retrato de esta, el cual Craven les dio permiso para que lo colocaran allí donde más les complaciese, quedándose definitivamente sobre la gran chimenea del salón principal, lo suficientemente grande para que el piano también tuviera cabida allí.

Clea aceptó sin ningún problema el hecho de que Irene era la hermana de su madre y su parentesco con el señor Craven, tal vez demasiado fácil, aunque le dio una pequeña reprimenda a esta por no habérselo contado nunca a su madre, pues afirmó que ella se habría alegrado de saberlo.

—Lo importante es que ahora lo sabemos —afirmó Lisa, para que esta no se excediera en sus reprimendas.

También se dieron cuenta del esfuerzo diario que había hecho el señor Craven al compaginar sus negocios con el hecho de ir a visitarlas diariamente, ya que la mayoría de sus clubes abrían al anochecer y este pasaba cada noche en uno de ellos en turnos para hacer acto de presencia, siempre quitándose tiempo de descanso para ir a verlas, aunque solo fuera para preguntar cómo estaban. Así aprendieron a valorarlo aún más si cabía y cenaban más temprano para poder cenar con él antes de que se fuera a trabajar. Del mismo modo que habían adelantado su comida para coincidir con este cuando se levantaba.

Aquel ritmo vertiginoso, en otra persona, habría acabado por destrozarle, pero no así con el señor Craven, que parecía más enérgico conforme se acercaba el anochecer.

—Por favor, chicas. Llamadme Christopher. Si me seguís llamando señor Craven, incluso cuando vivimos juntos, me haréis sentir como un viejo —lloriqueó una de las mañanas, después de que Clea le preguntara si quería oír la tocar la nueva pieza de piano que las hermanas Bells le habían regalado—. A Irene la llamáis por su nombre, ¿no?

Esta, ya conocida oficialmente como la hermana del señor entre los

trabajadores de la casa, los cuales le negaban realizar cualquier tarea de la servidumbre, estaba en la mesa con ellos, jugando con la comida del plato, aburrida.

Se había pasado toda su vida trabajando y cuidando a su familia al mismo tiempo. Como su hermano, ahora más patente el parecido, era enérgica y la desesperaba mortalmente no tener nada que hacer, por lo que se dedicaba a pasear por la ciudad, conversar con Lisa todo el tiempo que esta estuviera en la casa o escuchaba a Clea tocar.

—Bueno... supongo que es algo que se debe a la costumbre. Con el tiempo, nos iremos adaptando... Christopher —aseguró Lisa, dándole el gusto de llamarle por su nombre, viéndole sonreír con deleite.

Conviviendo con él, se había dado cuenta que solo actuaba de manera estafalaria, lanzado halagos demasiados subidos de tono y demás, con aquellas personas a las que acababa de conocer o con los que no tenía mucha confianza, como le había ocurrido con ellas cuando recién habían llegado a Londres. Pero, con el tiempo, mostraba un comportamiento más tranquilo y aplacible, más dado a la reflexión que a la locura y que le gustaba mucho recordar el pasado.

—En verdad, vuestro padre os ha contado muy pocas cosas de cuando era joven —se percató en una de las ocasiones en las que estaban manteniendo una conversación.

—Creo que nunca le gustó recordar el pasado porque ahí era donde estaba mamá —comentó Clea.

Durante su tiempo de adaptación a la nueva casa, la joven había tenido el buen juicio de decidir no visitar demasiado a las jóvenes Bells, tratando de comprender cómo funcionaban las cosas en su nueva casa antes de poder tomarse la libertad de entrar y salir como creyera oportuno.

—Pues hay tantas anécdotas que os podría contar sobre vuestro padre... Recuerdo que un día, a mediados del otoño, se nos ocurrió que podía ser muy divertido meter serpientes de río en el salón de nuestros padres y...

El señor Craven les contaba una anécdota detrás de otra, lo que dejaba patente lo que atesoraba esos recuerdos y lo que había apreciado a su padre, incluso cuando él no lo hubiera sabido. Incluso Irene permanecía con ellos cuando hablaba de tiempos en los que ella no había estado y se mostró curiosa con respecto a sus abuelos maternos.

De no ser tan testaruda, Lisa estaba segura de que ellos dos ya tendrían un trato más cercano.

Pero, los meses pasaban y, aunque las cosas en la nueva casa iban bien y todos parecían haberse adaptado a su nueva situación, Lisa se encontraba sin saber qué hacer con ella misma.

Su padre se había ido, quitándole el deber de cuidar de él, y su hermana se pasaba todo el tiempo que tenía con las Bells. El señor Craven no puso objeciones para que las chicas fueran a su casa, pues parecía disfrutar al ver esta llena de actividad, con lo que estas pasaban allí tanto como Clea en su casa, con lo que Lisa no tenía que cuidarla con tanta atención.

Entonces... ¿qué planeaba hacer con su vida de ahora en adelante? ¿Cuidar a Irene? Esta sabía mejor que ella cuidar de sí misma. ¿Cuidar al señor Craven? Era demasiado activo para que necesitara que alguien cuidara de él. Pasaba sus días bordando, andando por la casa y hablando con los criados, los cuales a veces no sabían cómo decirle que tenían tareas que realizar y que tenían que posponer sus conversaciones.

Pensando desde muy pequeña que su único cometido en la vida sería cuidar, ahora que no tenía de quién la dejaba como menos que una escoba vieja a la que nadie le hacía falta. Sin nadie del que cuidar, no tenía utilidad.

«¿Esto quiere decir que permanecerá toda su vida como una solterona?».

Recordaba esas palabras de Adrien la primera vez que ella y su hermana fueron invitadas a su casa.

En aquel entonces, se había ofendido porque creía que estaba tratando de insultarla de algún modo, pero, pensando de nuevo en aquellas palabras, lo que este había tratado de preguntarle era si cuidar a su padre tenía algo que ver con el hecho de casarse. Estaba claro que su padre moriría antes que ella y entonces Lisa ya no tendría nada que hacer o a lo que dedicar su vida.

No había querido pensar demasiado en Adrien, no cuando se había dicho que lo suyo era imposible, pero siempre había algún tipo de motivo el que se lo traía a la mente. La visita de sus hermanas era uno, claro está, pero Clea también le contaba cosas de él cuando volvía y el señor Craven comentaba los negocios que tenía con este y las ansias que tenía Adrien de expandirse a algún otro lugar que no fuera Inglaterra.

La única que no le hablaba de él era Irene y, a pesar de eso, ambas sabían lo que había ocurrido con él en el propio salón de su antigua casa, con lo que no necesitaban hablar para recordárselo.

—¿De verdad deseas olvidarte de él? —le preguntó esta, después de hablar con ella sobre sus pensamientos, pensando que sería estúpido tratar de ocultarle algo.

—¡Sí, en verdad lo deseo!

—Pues, si eso es cierto, lo lógico sería hacer lo que el señor Craven sugiere; celebrar un baile con los jóvenes más adecuados de la ciudad y decidirte por alguno de ellos. Tu hermana ha sido presentada en sociedad varias veces gracias a las hermanas Bells, pero tú misma te has dejado ver muy poco.

—Pero... ya tengo una edad. Hace tiempo que cumplí mis veintitrés años. En las temporadas, me considerarían ya una anciana —comentó esta, no muy convencida.

—Por eso digo que deberíamos aceptar la sugerencia del señor Craven de hacer un baile aquí, prestando atención a los invitados. Cuando se percaten que la mayoría son jóvenes, entenderán en qué consiste realmente.

—¡Eso es como si les gritáramos que busco un marido! —exclamó Lisa, avergonzada.

—Es lo que buscamos en realidad. No tendría sentido tratar de ocultarlo y mejor que queden las cosas claras.

—No. No me veo preparada para eso —negó en rotundo.

—Como quieras. Pero entonces permíteme decirte que no quieres olvidarte del todo de él como me quieres hacer creer.

Y, lamentablemente, Lisa creía que estaba en lo cierto.

Aunque no preguntara por él, aunque no prestara especial atención cuando su nombre era mencionado o no se hubiera visto con este desde el funeral de su padre, no lo sacaba de su pensamiento. Recordaba a la perfección como había sido su trato al principio, sintiéndose avergonzada al pensar en la forma en la que había discutido con él. También recordaba cómo este parecía suavizar su actitud con el tiempo, o cómo había sido el primer beso que le había robado en el jardín, cómo la había encontrado bañándose en su cuarto, el momento de pasión que habían vivido dentro de un coche o cómo este la había besado en el salón de su propia casa.

Todos aquellos recuerdos quedarían grabados en su cuerpo y en su cerebro por mucho que tratara de apartarlos, del mismo modo que había conseguido internarse en su corazón antes de que ella pudiera darse cuenta, a pesar de todas las advertencias que este le había dado sobre que no buscaba nada serio.

—Señorita Lisa, tiene una visita —le informó una de las jóvenes criadas de la casa, sacándola de sus pensamientos, arreglando las plantas del jardín como se había encontrado haciendo.

Aún no se acostumbraba a tener tantas personas que satisficieran todos sus deseos casi antes de que pudiera formularlos y todavía se sorprendía cuando se encontraba a uno u otro criado por los pasillos, acostumbrada a ser solo cuatro en casa.

Frunciendo el ceño, se preguntó quién podría ser, ya que, después de todo, no contaba con demasiados amigos en la ciudad. Clea estaba con Kaila y Kailyn, el señor Craven se encontraba descansando a aquellas horas de la mañana, Irene estaba paseando por la ciudad y ella iba a ver a los niños de la iglesia, sabiendo que el nuevo párroco había conocido la condición de su padre, y estos no irían a verla a su casa. Aun así...

—Haz entrar a quien sea que se trate —le indicó a la criada, pues esta había permanecido esperando pacientemente mientras ella se debatía en la lista de sus conocidos.

La joven hizo una inclinación y se marchó a cumplir con la orden, volviendo acompañada de quien, al menos para Lisa, menos se esperaría del mundo.

Elizabeth Bolton.

La joven se comportaba con la clase de altivez que ya había notado en gente con posición. No le podía reprochar eso, pero no entendía por qué esta había acudido a verla personalmente cuando había quedado patente que ellas jamás sería amigas ni nada que se asemejase.

—Espero no haberla importunado en medio de sus tareas —comentó esta, como saludo, cuando se colocó frente a ella, mirando con cierta repulsión el hecho de que Lisa había estado trabajando en la tierra, arrodillada en el suelo.

—¡Oh! No me importa en absoluto, señorita Bolton. Aunque sí considero inesperada su visita.

Una forma educada de decirle que no sabía qué estaba haciendo allí.

—Lógicamente. Aún no he comentado a qué he venido. Tendría que ser adivina para saberlo —afirmó ella a su vez, colocándose mejor el chal sobre sus hombros, luciendo un vestido de color parduzco.

Estaban casi entrando en el invierno, así que la gente con sentido común elegiría lo abrigado por encima de lo llamativo.

—Bueno... pues usted dirá.

Lisa se puso en pie, palmeándose las manos para hacer desaparecer la tierra, esperando que esta se decidiera a hablar.

—El señor Bells y yo vamos a comprometernos —afirmó Elizabeth,

alzando el mentón, con una sonrisa de triunfo en los labios.

Lisa pudo sentir como su corazón se saltaba varios latidos ante aquella noticia, pero una voz práctica de su cabeza le indicó que aquello era algo que llevaban esperando tiempo a que ocurriera.

—La felicito —se forzó a decir—. Estoy segura de que será una muy feliz pareja, pero... no entiendo por qué viene a decirme esto personalmente. Yo no tengo nada que ver con la vida de los Bells.

—Desde luego, una mujer de sus orígenes, la cual ha quedado huérfana y ha tenido que ser acogida por uno de los amigos de su padre, incluso cuando este no tiene muy buena reputación, no tiene cabida en nuestras vidas, pero he venido para pedirle un favor.

—Dígame, pues —concedió Lisa.

Sentía deseos de sacar a aquella joven de los pelos, arrastrarla a la calle y lanzarla como cualquiera lanzaría lejos algo a lo que detestara, pero se obligó a permanecer donde estaba, sin alterarse. Tenía la impresión de que, de no conseguirlo, le daría una satisfacción a la señorita Bolton y, desde luego, no era algo que deseara.

—Verá... A pesar de que Adrien y yo ya estamos oficialmente comprometidos, me ha informado de algo. —¿¿Tenían ya la confianza para llamarlo por su nombre?! ¿¿Tan cercanos eran ya?!—. Él me ha hecho conocedora de algunos deseos carnales que siente hacia usted. Es un hombre, así que es lógico que busque algún alivio... físico mientras que no se encuentre casado, pero detestaría que contrajera matrimonio conmigo cuando aún tiene alguna atracción hacia usted. Por eso le he permitido acabar con esa “atracción”.

—¿Disculpe? —murmuró Lisa, que no quería creer lo que estaba oyendo.

—Oh. No se lo tome a mal, pero no me gustaría que se casara conmigo y, mientras tanto, se preguntara qué hubiera sido de poder haber pasado una noche con usted. Sé que vendrá pronto aquí. Le dirá las palabras más hermosas que haya oído nunca para conseguir lo que quiere y, créame, puede llegar a ser muy convincente, pero le advierto que es solo por una noche y que después será todo mío. Venía a dejar eso último claro, pues podía ser que se confundiera y tomara sus palabras por verdaderas. Y sería horrible el dolor que le quedara después.

—¿Ha venido hasta aquí para pedirme que pase una noche con él?
—preguntó Lisa, con la voz entrecortada por la indignación.

¡Aquello ya era el colmo! ¡No solo iba a casarse con otra, sino que,

encima, su prometida acudía a verla para pedirle que aliviara los deseos de Adrien antes de su boda!

—Así es. Solo una noche. Tengo entendido que no tiene ningún deseo de casarse, por lo que no tiene que mantenerse sin mácula para ningún hombre. Todo lo demás, déjeselo en sus manos y Adrien hará el resto —le aseguró, con una sonrisa que pretendía ser inocente.

Lisa sentía que la cabeza fuera a estallar en cualquier momento.

¿Dejarse hacer y él haría el resto?! ¿Había sido este capaz de contarle a su “prometida” algo de lo que había ocurrido entre ellos, haciéndole saber que no podía resistirse a él una vez que estaba en sus manos?! ¿Cómo había sido capaz?!

—Le rogaría que se marchara ahora mismo de aquí —finalizó Lisa, señalando hacia donde se encontraba la entrada del jardín y que comunicaba con la entrada de la casa.

—No se lo tome de tan malas maneras —le pidió esta, contemplando la expresión furiosa en el rostro de la mayor con cierto deleite—. Él no sabe que he venido a verla después de darle el permiso. En verdad, cree que ya estoy de camino a Bradford para ultimar con mi padre los detalles de la boda. Pero he hecho un alto en el camino para hablar con usted y evitarle un dolor innecesario. Debería estarme agradecida.

—¡Le pido que se marche en estos momentos! —exclamó Lisa, señalando la salida con más vehemencia, notando como si la cabeza fuera a partirse en dos.

Elizabeth, que se había echado hacia atrás con temor por el grito, trató de recomponerse.

—Tampoco es para que se comporte de ese modo. Usted también ha estado detrás suyo incluso cuando supo que nada serio surgiría de allí. Encima que trato de ayudarla... —comentó esta con disgusto—. Si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer para mi boda.

Dándose media vuelta, se alejó de allí hasta que abandonó el jardín, pero Lisa, aun hirviendo de furia, lo único que pudo hacer fue permanecer inmóvil donde estaba, clavándose las cortas uñas en las palmas de las manos, las cuales había mantenido cerradas en apretados puños.

¿A qué mujer se le ocurriría aparecer para decir todo eso con semejante desfachatez?!, continuó pensando Lisa todo el día, lo que solo logró que se mostrara irritada con todo el mundo y respondiera de malas maneras a su hermana cuando esta le preguntó, del modo más inocente del mundo, si le

estaba ocurriendo algo.

Craven e Irene se dirigieron una mirada, pero ninguno de los dos le preguntaron si le había sucedido algo, pues era más que evidente que así había sido. Algo había ocurrido con ella mientras ellos no estaban en la casa y los criados no tardaron en hacerles saber que la señorita Freeman había tenido visita de una joven aquella misma mañana, aunque desconocían para qué.

Por la descripción que ofreció la criada que la había recibido, este supo en el acto que se trataba de Elizabeth Bolton, la cual sabía que estaba en la ciudad porque el señor Bolton se había estado paseando por sus clubes dos noches seguidas. Y, recordando aún cómo Lisa le había dicho que era bastante probable que la joven se convertiría en la prometida de Adrien Bells, su visita a esta se hacía aún más interesante.

—Será mejor que nos lo cuentes —le aseguró Irene aquella tarde, después de que Craven obtuviera la información—. Si fuera a ocurrir algo malo, sería mejor que estuviéramos prevenidos.

Lisa los observó a ambos, sentados en el salón como se encontraban. Clea, aún molesta con las formas en las que le había hablado, dijo que había quedado con las gemelas y no se encontraba en la casa.

—¿Qué va a haber para contar? —preguntó Lisa, sin conseguir ocultar su irritación.

—Cariño, sabemos que Elizabeth Bolton ha estado aquí. Y dudo que tengáis una relación de amistad. Sabiendo que no es así, ¿por qué iba a venir aquí? —le preguntó esta.

El señor Craven solo asintió, contemplándola con atención. No había comentado nada, pues estaba dejando a su hermana hablar, pero la misma pregunta brillando en sus ojos.

—Ha venido... para informarme que está comprometida. Con el señor Bells.

Irene, que se había inclinada hacia ella para animarla a hablar, se reclinó en su asiento, mirando al señor Craven, el cual se removió en su asiento, mirando a su hermana a su vez.

—¿Ha venido hasta aquí solo para decirte eso? —acabó preguntándole este.

—Cree que... el señor Bells siente cierta “atracción” por mí y supongo que ha venido a dejar claro que será solo suyo, porque, después de eso, se ha ido, diciendo que iba a volver a Bradford para prepararlo todo para su boda.

—¡¿Qué clase de mujer hace algo como eso?! —exclamó Irene con

disgusto—. ¡¿Ha venido a advertirte que no te acerques a él?!

Lisa solo asintió. Después de todo, era inútil hacerles saber todo lo que le había dicho. Solo haría que ellos se indignaran tanto como ella, en vano, pues no podían hacer nada contra ella, aparte del propio hecho de enfurecerse.

—Desde luego, va a estar muy pendiente de su marido. Dará miedo verla con él —comentó Craven.

—Y, aun sabiendo que es así, ¿el señor Bells piensa casarse? Me parece algo estúpido por su parte —comentó Irene, cruzándose de brazos con molestia.

—Él sabrá lo que hace. Si se ha prometido con ella habrá sido por algo.

—Sí, por un título; un título de barón que el señor Bolton posee —añadió Lisa, recordándose.

—Eso es verdad, pero, de querer un título, el señor Bells tenía acceso a jóvenes con niveles aún más altos. Al fin y al cabo, un barón es solo un poco más que un señor —les informó este, dudoso—. Supongo que esta noche habrá movimiento por los clubes por la noticia, pero no voy a poder estar en todos para tranquilizar los ánimos. La gente se emociona ante cualquier noticia.

Pensativo, este dirigió la mirada hacia Irene, la cual frunció el ceño al notar cómo la mirada.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me mira de ese modo?

—Estaba pensando... Siempre he admitido tener una hermana y, teniendo en cuenta que esta noche habrá mucha actividad, de la que me gustaría enterarme, ¿por qué no me acompañas al trabajo?

—¡¿Eh?! —exclamó esta, sobresaltándose—. ¡¿Quiere que vaya a esos clubes suyos?!

—¿Por qué no? En algún momento tendré que enseñártelos. Después de todo, cuando yo muera, tú y las chicas los heredaréis.

—No hable así —le pidió Lisa. Lo que menos quería era pensar en más marchas de seres queridos.

—Pero es cierto. Nadie vive para siempre y estoy seguro de que Irene hará un buen trabajo. Tiene el suficiente carácter y mano firme para impedir que destrocen mi negocio por las celebraciones en mi ausencia.

—Pero yo tengo que quedarme cuidando de las chicas —comentó esta.

—Yo sé cuidarme sola. No tienes que preocuparse por mí —le aseguró Lisa.

—Y Clea va a pasar la noche en casa de las Bells. Me ha dicho que dentro de poco es el cumpleaños de su madre y le han pedido que las ayude a

organizar algo para ella —le informó Craven con una sonrisa.

Irene titubeó, pero era mejor que aprendiera el negocio mientras el fundador pudiera explicárselo que cuando se viera forzada a asumir las riendas después de su marcha. Y, para ser sincera, quería oír lo que se decía del señor Bells y su prometida, saber si la gente apoyaba aquel compromiso.

—Está bien. Pero como alguien me falte el respeto, te advierto que no me quedaré de brazos cruzados.

El señor Craven no pudo menos que sonreír ante aquel comentario, consiguiendo que hasta Lisa sonriera.

—Está bien, querida. Si actuaras de otro modo, me asustaría.

Así que, después de cenar, Lisa se encontró completamente sola en casa.

Estaban los criados, por supuesto, pero estos apenas se veían por los pasillos a aquellas horas, después de haber recogido todo y preparado la casa para el día siguiente. Acudirían si los llamaba, pero no tenía por qué mientras permanecía leyendo junto a la chimenea del salón, donde era bastante reconfortante encontrarse a aquellas horas.

Para bien o para mal, la única afición que le quedaba en aquellos momentos era leer, algo que a su padre siempre le había encantado y lo poco que conservaba de él. Ahora tenía tiempo que dedicarles a esos libros hasta lograr entenderlos, ya que algunos eran sobre filosofía y los debates entre los diferentes autores conseguían confundirla.

La llamada a la puerta la dejó extrañada, pues era tarde para visitas.

Preocupada, pensando que algo malo había ocurrido a alguno de sus conocidos, se colocó en la puerta del salón, desde donde se podía ver la entrada principal, esperando a que el mayordomo abriera para ver de quién se trataba.

La única vez que había tratado ella misma de abrir la puerta, este le había dejado claro que aquello era parte de su trabajo y que ella, como la señorita que era, no tenía por qué hacer.

Frunciendo el ceño, le pareció ver una figura masculina casi tan alta como el propio mayordomo, el cual miró en su dirección tras unas breves palabras con el recién llegado.

Haciéndose a un lado, la figura de Adrien fue bien visible, el cual alzó la mirada hacia ella en cuanto se percató de su presencia.

¿Se atrevía de verdad en ir a buscarla después de que su prometida le diera permiso?! ¿Era ella el último deseo de soltero que este quería cumplir antes de casarse?! ¿Cómo podía ser tan sinvergüenza?!

Sin embargo, aun con la cólera corriendo por sus venas, hizo un gesto con la cabeza para que el mayordomo lo dejara pasar, internándose de nuevo en el salón, sabiendo que Adrien iría tras ella y no quería que los criados se enteraran de lo que tenía que decirle a este.

Poco después, el prometido señor Bells entró en el cuarto, cerrando la puerta tras él, aislándolos.

—Perdone las horas a las que me presento, pero he estado todo el día con las chicas y solo ahora he podido venir —se excusó.

Con las chicas y con Elizabeth Bolton, le hubiera gustado decir a Lisa. Pero, por el momento, quería dejarlo hablar. Según la misma señorita Bolton, este le dedicaría las palabras más bonitas que había oído en su vida para conseguir lo que quería y quería saber qué palabras eran esas que la conseguirían.

Cierto era que había caído antes en sus brazos sin poder contenerse, pero ahora, advertida como estaba, no volvería a picar.

—Y... ¿se puede saber a qué viene? —le preguntó Lisa, volviéndose hacia él con los brazos cruzados.

Adrien frunció el ceño un momento al notar su tono con él, pero pareció dejarlo de lado para pensar en qué decirle.

—Sé que nuestra nueva relación no empezó muy bien y que hemos tenido bastantes conflictos entre nosotros, pero, también hay que admitir que, incluso sin darnos cuenta, eso empezó a cambiar, transformándose en... algo especial.

¿Especial?! ¿Llamaba “especial” al hecho de querer llevársela a la cama?! ¡Qué desfachatez!

—Noto, por tu expresión, que no me crees, pero no sé bien cómo hacer que me creas. He hablado de cosas contigo de las que no he hablado con nadie más, incluso ni con mi propia familia. Te has convertido en una especie de constante en mi vida. Admitiré que, en estos últimos tiempos, incluso me sentía perdido cuando no podía verte. Nunca me había sentido de ese modo con otra persona. Era como si... fueras más importante para mí que yo mismo. —Adrien soltó un gemido, llevándose una mano al rostro—. No sé si me estoy haciendo entender bien.

Maldito. Maldito él y todas sus palabras. Si no fuera por las advertencias de Elizabeth, en verdad hubiera creído en ellas, aunque solo fuera por ver la expresión de turbación que veía en su rostro.

Lisa permaneció de la misma manera; brazos cruzados y mentón arriba. No le iba a dejar ver lo que sus palabras podían hacerle, incluso sabiendo que

eran mentiras.

Este alzó el rostro hacia ella, lleno de determinación. Tanto que estuvo a punto de hacerle titubear.

—Créeme cuando digo que me ha llevado mucho tiempo llegar a este punto, pero... Quiero estar contigo, quiero amarte y que me ames. Quiero confirmar ese amor porque tengo que marcharme y...

Mientras él hablaba, Lisa se había vuelto hacia la pequeña mesa que había en el cuarto, la cual solo servía para decorar, y oyendo aquellas palabras tan hermosas, cogió el jarrón que había sobre esta y se lo lanzó a Adrien, impresionando a este, que solo pudo alzar un brazo para hacer este a un lado, evitando que el objeto le diera en el rostro.

—¡Eres un maldito! —le gritó Lisa, que siguió lanzándole todo aquello que encontraba a mano—. ¡¿Cómo te atreves a venir aquí a decirme todo esto?!

—¡Porque, dentro de poco, ya no podré decírtelo! —exclamó este, tratando de escapar de sus proyectiles, acercándose a ella.

Lisa pudo jurar que su sangre se espesó aún más en sus venas ante aquellas palabras. ¡¿Se atrevía a confesar que le decía aquello porque dentro de poco se iba a casar?! ¡¡Desde luego que era una vil rata miserable sin escrúpulos!!!

—¡No te quiero aquí! ¡Quiero que te marches de esta casa! ¡No quiero verte nunca más por aquí! ¡No quiero que me vuelvas a buscar o intentes siquiera dirigirme la palabra, porque yo no quiero saber nada más de ti! —le gritó esta, lanzándole cosas.

Adrien no entendía por qué estaba reaccionando de aquel modo, pero, comprobando que esta parecía enfadarse aún más mientras hablaban, decidió acercarse a ella en silencio.

Lisa seguía lanzándole todo aquello que encontraba al alcance de su mano como arma arrojadiza, deseando que este se dirigiera hacia la puerta y abandonara el lugar sin mirar atrás. Pero, en vez de eso, Adrien consiguió llegar hasta ella, apresando sus muñecas para impedir que siguiera lanzándole objetos, haciendo que se volviera hacia él.

Pero, aun a pesar de que la había atrapado, Lisa no quería rendirse tan fácilmente.

Luchó contra él, tratando de liberarse del agarre de sus manos, retorciéndose como una lagartija mientras Adrien, luchando con ella, trataba de sujetarla, hacer que se detuviera e intentar hablar con ella con calma.

Quería que le explicara por qué no quería hablarle y por qué rechazaba de forma tan enérgica su declaración. Después de los momentos que habían vividos juntos, estaba seguro de que ella sentía algo por él y que aceptaría de buen grado sus palabras.

—¡Estate quieta! —le gritó este.

Pero eso fue todo lo que Lisa no hizo, gritando que la soltara.

Con el alboroto que estaban causando, los objetos rotos y los gritos, este aún no sabía cómo no se había llenado la sala de criados, sacándole de allí a rastras. Aunque supuso que aún no habían hecho acto de presencia porque ella no había gritado pidiendo auxilio. Solo gritaba para insultarle y no debía parecerles muy preocupante.

—¡He dicho que me sueltes! —gritó Lisa, liberando por fin una mano.

Pero, en el mismo acto en que conseguía liberarse parcialmente, se tropezó con su vestido, cayendo hacia atrás. Adrien, frente a ella, trató de ayudarla. Pero solo consiguió caer con ella al suelo. Lo único que pudo hacer por ella fue usar la mano que tenía libre para colocarla sobre su cabeza para que no se hiciera daño al caer contra el suelo, protegiéndola del golpe.

Ella gritó, pero tuvieron suerte de que no hubiera sillas o mesas de por medio. Adrien trató de incorporarse, pero, cuando alzó la cabeza y vio a una alterada Lisa bajo él, respirando con rapidez y con las mejillas sonrojadas por la lucha, no pudo moverse y solo permaneció donde estaba, observándola.

Esta, tratando de tomar aire, seguía mirándolo con la rabia bullendo dentro de ella, pero sentía su peso contra su cuerpo, el calor que manaba de él, de qué forma la miraba, con aquellos ojos grises brillantes, como si el sol tratara de lucir tras las nubes.

Maldito fuera por ser tan deseable, por robarle el aliento, porque sintiera su presencia a pesar de saber lo que buscaba de ella, por ser el único que hiciera latir su corazón con aquella fuerza, por ser el único... al que amaría nunca.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Es mi cuerpo lo que quieres? —le preguntó, alzando el rostro, desafiándolo.

Adrien, algo descolocado, solo asintió en un primer momento, pero luego agitó la cabeza, dándose cuenta de lo que había dicho.

—¡Sí! ¡Claro que te deseo! ¡Pero eso no es lo único que quiero de ti y...! —le intentó explicar.

Pero Lisa no quería oír más mentiras, no quería oír bonitas palabras que salieran de sus labios solo para herirla después, así que, con la mano que

había conseguir liberar, pues la otra aún estaba prisionera, sujetó la nuca de este y no le costó en absoluto atraer el rostro de Adrien contra el suyo y silenciarlo con un beso.

Este se mantuvo inmóvil en un primer momento, pues aún intentaba hablar con ella, pero, una vez que aquellos labios se movieron sobre los suyos, amoldándose a la perfección, como dos piezas que estaban destinadas a encajar, se olvidó de todo lo que se le estaba pasando por la cabeza, aferrando los cabellos de Lisa con la mano que había estado sujetando su cabeza, acomodándose sobre su cuerpo.

Lo más lógico era encontrar el modo de llegar a ella y, para ello, las ropas sobraban.

No le costó demasiado hacer las ropas a un lado, aunque sí se sintió frustrado al tener que perder parte del tiempo que tendrían juntos en ir deshaciéndose de las capas. De alguna forma, decidió que tardaría menos solo deshaciéndose de la ropa interior de Lisa, mientras ella aún seguía perdida en el interior de su boca, donde Adrien trataba de mantenerla atada. No quería que sufriera otro ataque de rabia y lo apartara. Y tampoco quería que cualquiera que entrara la viera desnuda.

Esta gimió cuando sintió sus manos aflojando sus ropas. Aunque no se las quitara, quería tocarla, explorarla, calentar cada porción de su cuerpo por partes hasta que solo pudiera gemir bajo él.

Y eso hizo. Movié sus labios hacia su oído, forzándola a girar la cabeza hacia la derecha, mordisqueando su oído y descendiendo por su cuello con suaves mordiscos que calmaba con el paso de su lengua, notándola temblar mientras mecía sus caderas contra las suyas. Lo único que los separaba allí abajo eran sus pantalones.

Llegando a la clavícula de esta, mordisqueó todo aquello que encontró a su paso mientras Lisa, ahora con las dos manos liberadas, las enterraba en su cabello, aprisionándolo para que no se alejara, llegando al nacimiento de sus pechos, viendo cómo ella se arqueaba ante la cercanía a una zona que notaba tan sensible, solo abriendo las piernas bajo él para dejarle más espacio, más lugar para que pudiera llegar a ella.

Capturó entre sus labios uno de sus pechos, oyendo cómo Lisa jadeaba, aferrándose aún más sus mechones, y aquellos gemidos consiguieron apagar cualquier rastro de raciocinio que quedara en él.

Incluso cuando apenas toleraba que los demás lo tocasen, con ella ocurría todo lo contrario. Quería capturarla, quería devorarla, comerla por

entero para tenerla siempre para sí.

Devoró sus pechos, así como quería hacer con el resto de ella, encendiéndose cada vez más ante cada nuevo gemido que salía de Lisa, incrementando la tensión en su entrepierna. Tomó sus apretados botones entre los dientes, alimentándose de ella mientras sus caderas no podían dejar de buscarla, notando cómo esta también trataba de mecerse al mismo tiempo.

Solo de pensar en la humedad que podría encontrar entre sus piernas sentía que podría estallarle la cabeza.

Cuando la tomó de aquella manera, volvió a ascender por su cuerpo, viendo como ella respiraba en cortos y jadeantes gemidos, volviéndose a anclar a sus labios, hundiéndose en Lisa como quería hundirse en su cuerpo.

Con una urgencia surgida de la desesperación, intentó abrir sus pantalones, conseguir liberarse de la cárcel de la ropa y hundirse en ella con algo más que su lengua en el interior de su boca, pero la prenda se le resistía por la fuerza de su urgencia misma.

Mirándola, sabiendo que no iría a ninguna parte, se concentró en su mirada para que no dejara de observarlo, consiguiendo por fin que la tela se abriera y quedara libre, volviendo a descender sobre ella con ansia, notando el calor que emanaba de la unión de las piernas de Lisa, gimiendo por lo bajo al saber que estaba lista para él.

Pero, aun así, en medio de aquel fuego, tenía que estar seguro de que ella estaba preparada, así que, aun sabiendo que estaba al borde de la locura, llevó su mano a su centro, asegurándose de que se encontraba lo suficientemente preparada y viendo cómo ella cerraba los ojos con un gemido y se echaba a temblar.

Durante un momento quiso ser malo, torturarla un poco por haberlo apartado en otras ocasiones, así que, aún colocado sobre ella, se pasó la lengua por los labios mientras la acariciaba, sintiendo la boca seca por el fuego que lo consumía.

—No... no hagas... eso —gimoteó esta, aún aferrada a su cabello, tratando de acercarlo de nuevo.

—¿Acaso no te gusta? Yo no diría eso —comentó él con la respiración acelerada, notando a la perfección cuanto le gustaba.

De seguir torturándola de aquel modo, sería él el que no necesitaría más alicientes para culminar.

—Por... por favor —rogó Lisa, arqueando el cuello y tratando de mirarlo por los ojos entreabiertos.

¿Qué hombres en su sano juicio podría resistirse a un ruego como ese? Ni siquiera pensó que había habido muchas mujeres que habían utilizado una expresión similar para encandilarle. En su cabeza, todas ellas solo eran sombras sin importancia.

Descendió la cabeza de nuevo sobre sus labios, tragándose un gemido de sorpresa de ella mientras se aferrada a sus cabellos a su vez, tomándola del modo en que pudiera, acercando sus caderas a las de esta.

Su bienvenida casi le hizo explotar sobre ella, así que tuvo que retirarse un momento, devorando sus labios para que no se percatara de ello, tratando de serenarse un poco antes de llegar de nuevo a su calor, recibiendo una cálida acogida, notando cómo Lisa volvía a echarse a temblar entre sus brazos.

Fue lo más cuidadoso que pudo, sabiendo que era su primera vez, incluso aunque se moría por entrar en ella. Besó sus labios hasta que los de ambos se hincharon, jugó con su lengua mientras se hundía en ella e incluso la obligó a arquear el cuello para hacer el beso aún más profundo mientras entraba en esta de todas las maneras que podía abarcar. Si notó resistencia rápidamente fue superada y solo pudo rugir en el interior de su boca cuando se sintió acogido por entero, mordiendo sus labios.

Oyó que Lisa protestaba por aquel gesto inesperado, pero solo tuvo que lamer el mordisco para que ella se derritiera de nuevo, dejándole que le alzara una pierna hasta colocarla a la altura de su cadera, permitiéndole llegar más adentro.

Aún perdido en la fuerza del momento, se retiró solo para volver a hundirse, oyéndola jadear, repitiendo el movimiento una y otra vez, notando como su interior lo tomaba, como intentaba aferrarse a él para aprisionarlo para siempre en su interior.

Adrien se alzó sobre su cuerpo, apoyándose en sus antebrazos para observarla mientras la poseía, contemplándola. Su piel ruborizada y temblorosa, su boca semiabierta por los jadeos que escapaban de ella, sus ojos cerrados mientras se veía arrastrada por el placer...

Pero ella, al verse privada de su cuerpo totalmente sobre el suyo, forzándose a sujetarse a sus hombros para sentirlo de algún otro modo que no fuera entre sus piernas, cometió el error de abrir los ojos.

Al ver el hermoso rostro de este, perdido por completo en ella, jadeando, con el cabello despeinado por sus propias manos, hizo que su corazón palpitara peligrosamente y tuvo miedo, miedo de no poder dejar aquello solo como un encuentro deseado entre ambos y nada más.

Como pudo, se alejó del placer que este le proporcionaba y trató de huir de su toque, intentando retirarse hacia atrás para alejarse.

Pero Adrien no iba a permitir aquello, no ahora cuando por fin era suya.

La aprisionó entre sus brazos, colocándose entre sus piernas, forzándola a que las mantuviera abiertas, haciendo que lo mirara a la cara.

—¿A dónde crees que vas? —le dijo con la voz oscurecida, mordiéndola en el oído como castigo, al tiempo que llevaba una de sus manos al interior del escote de su vestido, tomando uno de sus pechos abandonado, redoblando su placer.

—Esto... es un... error —murmuró Lisa, tratando de huir de él, de no desear su toque.

Pero aquello era en vano. Ambos sabían que se estaría mintiendo si negaba la pasión que corría entre ambos.

—No te dejaré huir. No otra vez —le aseguró este.

Y no permitió que ella añadiera más palabras. Besó su cuello, sus pechos, sus mejillas y sus labios, al tiempo que la tomaba, haciendo que Lisa gimiera contra el suelo mientras se aferraba a los brazos que la aprisionaban, rindiéndose a su toque.

Notó todo su cuerpo ardiendo por él, como si hubiera encendido un fuego en su interior que solo Adrien pudiera controlar. Y descubrió que, abandonándose en sus brazos de aquella forma, dejándole saber que aceptaba ser suya, la dejaba indefensa ante el placer que sentía correr por ella como una tormenta, sabiendo que algo se acercaba, algo que la destrozaría en miles de pedazos.

Una de las manos de Adrien descendió hasta el interior de sus muslos, encontrando un brote hinchado que la hizo saltar y gemir, aprisionándolo en su interior sin ni siquiera pretenderlo. Y este, sin ninguna pizca de piedad, tomó aquel brote y la torturó, cayendo sobre ella una y otra vez, enloqueciéndola, haciéndola gemir sin control contra el suelo mientras se derretía en torno a él.

El éxtasis la pilló tan de sorpresa que ni siquiera pudo gritar. Solo abrió la boca, notando cómo su cuerpo perdía por completo la consistencia, su mente se colapsaba y ella era lanzada a algún lugar solo lleno de puro placer, sin poder respirar, sin poder moverse, arrastrando a Adrien consigo.

Tembló en sus brazos sin control, perdida como una recién nacida, encogiéndose sobre sí misma, retorciendo hasta los dedos de los pies por aquella fuerza apoteósica, y, cuando regresó a su cuerpo, solo pudo jadear en busca de aire, notando el peso de este sobre ella, que respiraba de igual modo

contra su oído.

Ni siquiera podía creer lo que acababan de hacer. No sabía en qué momento la rabia que sentía se había transformado en aquello ni cómo había podido permitir que ocurriera.

No quería sentirse reconfortada en sus brazos, ni deseaba permanecer envuelta en su cuerpo. Quería que su corazón dejara de latir con tanta fuerza, que su respiración se calmara y tuviera las energías necesarias para apartarlo. Que dejara de... amarlo.

Le costó mucho más de lo que hubiera querido salir de debajo de su cuerpo, ya que Adrien se había aferrado a ella y se había negado a soltarla. Y fue aún peor cuando trató de ponerse en pie y sentir que sus piernas no la sostenían, como si hasta su mismo cuerpo se resistiera a que hiciera lo que creía necesario.

Cuando consiguió sostenerse sobre sus pies, viendo cómo este se había alzado hasta quedar arrodillado, observándola con cierta confusión, pues no entendía la nueva necesidad de ella de apartarse, terminó de vestirse y trató de encontrar algo de su anterior rabia para conseguir hablar con él sin que la voz le vacilara. Sin embargo, turbada, se dio cuenta de que ya no quedaba nada de esa rabia, sino que había sido sustituido por un dolor creciente al saber qué tendría que decir.

—Lisa, ¿te ocurre algo? —le preguntó este, observándola con atención.

Pero diciéndose a sí misma que pronto todo él sería de otra, que se casaría y disfrutaría de aquel hombre, consiguió tomar algo de fuerza para llevar las manos a sus caderas y poner una expresión impenetrable en el rostro.

—Ya está. Esto será lo único que podrás obtener de mí, así que ruego que te marches —le dijo, sin vacilar, viendo como los ojos de Adrien se abrían con sorpresa ante aquellas palabras.

—¿Qué... qué estás diciendo? —murmuró este, poniéndose lentamente en pie, sin perderla de vista.

—Que esto es todo lo que nos daremos el uno al otro. Ya te he dicho antes que no quería verte, pero has insistido tanto que, al final, te he dejado tomar mi cuerpo. Pero eso será todo lo que concederé por esta vez, así que quiero que te marches.

—¿De qué estás hablando?! —exclamó Adrien, acercándose a ella hasta que la tuvo presa por los brazos—. ¿Eso es todo lo que me darás?!

—Exacto —confirmó Lisa, tratando de liberarse, sin mirarle a la cara—.

No quería nada más de ti.

Si lo hubiera mirando a la cara podría haber visto el rayo de dolor que cruzó el rostro de este, en cómo sus ojos se apagaron sin remedio mientras la soltaba y dejaba caer las manos a sus costados.

—Incluso después de todo lo que hemos pasado, ¿así quieres que se acabe todo? ¿De esta manera? ¿Sin escucharme?

—Pues sí. No hay nada que me puedas decir que me haga pensar de otro modo. Es más, ni siquiera quiero escucharte.

Este apretó sus puños, tratando por todos los medios no desmoronarse ante ella, pero era una empresa difícil.

—¿Y esto es así, sin más?! ¿Así quieres que se acabe todo?! —le gritó, perdiendo el control de sus nervios.

—Ya he dicho que sí. No sé cuántas veces tendré que decirlo. —Girándose, le dio la espalda—. Y le agradecería que se marchara y dejara de gritar o me veré forzada a llamar a alguien para que lo saque de aquí.

Adrien abrió la boca, sorprendido, pero no tardó en cerrarla con rabia poco después.

—¿Siempre has sido de este modo? ¿Solo pensabas que obtendrías de mí un placer físico?

—Eras tú el que siempre buscaba mi cuerpo. Bien. Ya lo has tenido. Ahora quiero que me dejes en paz.

Este empezó a temblar, conteniendo su rabia. Quería girarla y golpearla por haber dicho algo como aquello en la misma habitación en la que se le había entregado. Pero Lisa permaneció de espaldas a él, sin intención de moverse.

Recogiendo los pedazos rotos de su orgullo, la miró una última vez antes de volverse hacia la puerta y salir del cuarto, amenazando a esta, cuando cerró de un portazo, con sacarla de su marco.

De haber tratado de ver el rostro de Lisa una última vez podría haber visto las silenciosas lágrimas de dolor que caían por las mejillas de esta, tan calientes que pensaba que estas le abrasarían la piel, sintiendo cómo su corazón se deshacía por el dolor en algún lugar de su pecho para solo dejar un enorme lugar vacío.

CAPÍTULO 14

No recordaba haber pasado una noche tan horrible como aquella, donde lo único que pudo hacer fue llorar contra su almohada, tratando de que nadie la oyera en el silencio de aquel enorme hogar.

Cuando Adrien abandonó la casa, Albert, el mayordomo, había entrado en el salón para preguntarle si todo estaba bien, sorprendiéndose cuando se encontró el cuarto destrozado y su señorita llorando en mitad del cuarto, preguntándole si tenía que llamar a la guardia para que detuvieran a aquel hombre.

—No. No hace falta. No me ha hecho nada —le aseguró.

Pero este no parecía creerla demasiado. Sobre todo, cuando su cabello y su vestido estaban destrozados.

Aun así, el hombre, de mediana edad, le indicó que se apresurara a llegar a su habitación antes de que alguien más la viera y que él se encargaría de arreglar el desastre que habían causado en el cuarto, solo pudiendo agradecerle su ayuda.

Estaba segura de que en otras muchas casas si los criados encontraran una escena como aquella y a su señora llorando, con aquel aspecto, toda la casa no habría tardado en enterarse de lo sucedido. Agradecía a Albert que fuera un hombre más discreto.

El dolor en su corazón le impedía dormir, incluso después de creer que este se habría deshecho, intentando que su cuerpo olvidara a Adrien, que olvidara sus besos, que olvidara sus caricias, que dejara de llorar por un amor que supo desde un principio que no tendría lugar, diciéndose que había sido una estúpida al dejarse llevar, que solo había empeorado su anhelo por él al haberle tenido aquella vez.

Pero ¿no sería mejor haber podido estar en sus brazos, sintiéndole, aunque fuera solo esa vez, que no haberlo tenido en absoluto?

Su padre le había dicho que el amor era constancia, perseverancia y demostración, que, cuando el corazón hablaba, ya no había marcha atrás. Pues bien. A ella solo le quedaría llorar por el amor perdido por el resto de su vida, pues su corazón había hablado cuando no tenía que hacerlo.

Sería inútil permanecer en la cama así que, cuando comenzó a amanecer

se puso en pie, oyendo cómo la casa se iba llenando de actividad con la llegada del día, y se observó en un espejo.

¡Dios! ¡¿Aquella era ella?! Siempre había sido clara de piel pero, en aquellos momentos, se encontraba pálida como un muerto, sus ojos se encontraban sin nada de brillo, hinchados por las lágrimas y con sombras oscuras bajo ellos.

Le pidió a una criada que le llevara agua fría a su cuarto, sabiendo que esta la había visto cuando la oyó soltar una pequeña exclamación de asombro, incluso cuando Lisa se había rehusado a mirarla. Solo insistió en que le llevara el agua. Eso ayudaría a bajar la hinchazón. La palidez podría arreglarse comiendo cualquier cosa en el desayuno y solo tendría que decir que había pasado una mala noche si el señor Craven o Irene preguntaban por sus ojeras.

El único problema que tenía era: ¿cómo arreglar la herida sangrante que tenía en el corazón?

Sin obtener respuesta, hizo todo lo que pudo por mejorar su aspecto, incluso pellizcándose las mejillas para darle algo de color. No quería que nadie se diera cuenta de cómo se sentía realmente. Apenas podría mirar a Albert a la cara después de lo que había pasado. No necesitaba a nadie más preocupándose por ella.

Se dijo que lo que podía hacer para alejar la palidez sería salir al jardín, así que, después de un escaso desayuno, pues su estómago se negaba a aceptar alimento alguno, salió a este y se sentó en uno de los bancos de piedra con los que contaba el amplio lugar, agradeciendo que el sol brillara.

Se sentía tan fría por dentro que, en un primer momento, se sorprendió que el resto del mundo no luciera de la misma manera.

Para cuando Craven e Irene se levantaron, pasado el mediodía, el aspecto de Lisa había mejorado considerablemente e incluso les dirigió una sonrisa cuando ambos entraron al comedor.

—¿Cómo fue el primer día de trabajo? —les preguntó cuando los dos se sentaron, intentando que la conversación se concentrara en otra cosa menos en ella, observando cómo se preparaban para comer.

Cuanto más los contemplaba más se percataba de su parecido, incluso por la forma en la que tenían de coger los cubiertos.

—Bastante bien. Al principio, creí que Irene no podría hacerse con la autoridad de mis encargados pero, en cuanto uno se atrevió a rebelarse contra sus órdenes, lo aplastó verbalmente y la noticia corrió como la pólvora. Aún

deben de estar recogiendo trozos de él del suelo.

Lisa miró, asombrada, hacia Irene, que solo había querido centrarse en su comida, alzando la vista hacia ella.

—Ese chico dijo que una mujer no podía hacerse cargo de un club, que no entendía cómo funcionaba. ¿Cómo se le ocurre decir algo como eso a una mujer, cuando nosotras nos encargamos de que todo en una casa marche como debe? —fue todo lo que comentó.

—Ojalá hubiera ido para verlo. Seguro que estuviste sublime —aseguró Lisa.

—Sí, hubiera estado bien. Varios de los socios de los clubes están deseando conocer a mis ahijadas —les comentó el señor Craven, sonriendo hacia ella durante un momento. Sin embargo, su semblante no tardó en endurecerse—. Pero, aunque pensé que esta noche habría actividad, ha sido todo lo tranquila que puede ser cualquier otra noche. Nadie ha comentado nada del compromiso del señor Bells.

Ante la mención de su nombre, Lisa sintió cómo perdía el color del rostro, así que bajó la vista hacia su plato, fingiendo que se concentraba en su comida para que ninguno la viera.

—Es cierto. Traté de enterarme de algo a ese respecto, pero nadie sabía nada de ningún compromiso del señor Bells. Y el señor Bolton ya se había marchado a Bradford —le secundó Irene.

—Es posible que la gente aún no se haya enterado de ello. La familia de la novia no se encuentra aquí y el señor Bells siempre ha sido de la clase de hombres que no habla de su vida privada. Es posible que la ciudad no se entere hasta cuando empiecen a circular las invitaciones de la boda —comentó Craven, observando su copa de vino, sumido en sus pensamientos.

—Las invitaciones... —murmuró Irene, mirando hacia Lisa—. ¿Qué haremos si llega alguna?

—Alguna llegará. Eso es seguro. Yo soy socio en algunos de sus negocios, así que es seguro que me invitará a mí y a quien quiera llevar conmigo. Y Clea, como amiga de sus hermanas, también estará, así que...

Ambos la observaron en silencio, hasta que Lisa levantó la vista, dedicándoles una sonrisa.

—No tenéis que preocuparos por mí. Si os invitan, desde luego que tenéis que ir. De otro modo, podríais quedar mal ante ellos.

—Pero esto me parece tan injusto —se quejó Irene, irritada.

—Bueno... creo que, a estas alturas, todos nos hemos dado cuenta de que

la vida no es justa, así que sería inútil pensar lo contrario. En serio, no tenéis que preocuparos por mí.

Ambos asintieron, pero nadie más habló durante la comida.

A media tarde, llegó una carta de Clea, donde pedía permiso para quedarse en casa de los Bells durante unos días.

Pensando que pronto ya no podría ir tan a menudo y que hasta era posible que las gemelas fueran enviadas a estudiar al extranjero, Lisa no puso ninguna objeción para ello. Además, no se encontraba en condiciones para lidiar con su hermana. Aunque los otros hubieran confiado en sus palabras, su hermana leería a través de ella como un libro abierto y no pararía hasta saber qué era lo que le había ocurrido.

Irene hizo saber su deseo de volver a trabajar, diciendo que tenía mucho que aprender y que aquello solo era una ayuda para aliviar el peso de trabajo del señor Craven. Aunque todos sabían que también se trataba del aburrimiento que esta padecía en la casa, por fin encontrando algo a lo que podía dedicar su tiempo y que parecía dárselo bien.

De nuevo, tras la cena Lisa se encontró sola en la casa. Pero, en aquella ocasión, no quería permanecer frente a la chimenea del salón, leyendo.

Incluso cuando todo había sido limpiado y los objetos rotos sustituidos, no deseaba pasar su tiempo allí si se encontraba a solas, pues su cabeza rápidamente se llenaba con las imágenes de lo que allí había sucedido.

Se tumbó en la cama, ya en camisión incluso cuando supo que no dormiría, y todo lo que hizo fue permanecer allí tirada, contemplando el techo, diciéndose todas aquellas cosas que había hecho mal en la vida. Y, después de horas de reflexión, fueron bastantes cosas que ya nunca tendrían solución.

Mientras imaginaba cómo lo habría hecho de haber sabido cómo sería el futuro, cerró los ojos, tratando de hacer las imágenes lo más vívidas que le fueron posible.

De ese modo cayó presa del sueño a las tantas de la madrugada, pues, aunque ella se sintiera destrozada por dentro, su cuerpo necesitaba recuperarse y lucharía por su supervivencia más que ella misma.

Días después, Craven e Irene seguían extrañados de que ninguna noticia llegara del supuesto compromiso. Los hombres hablaban de que el señor Bells planeaba algo, pero se trataban de asuntos comerciales, nada relacionado con su vida privada, preguntándose qué era lo que estaba pasando allí.

—¿Estás segura que esa chica, Bolton, te dijo que estaban comprometidos? —le preguntó Irene.

—Os aseguro que así fue. Eso me dijo. Pero ya dijisteis que no sería raro que nadie se hubiera enterado hasta que estos empezaran a enviar las invitaciones de boda, ¿no?

—Sí, dije eso. Pero, lejos de lo que pueda parecer, los hombres también son muy entrometidos en esta clase de cosas y un matrimonio podría significar que quisieran acercarse al señor Bells o alejarse de ellos.

—Si sus negocios están bien, ¿por qué iba a depender esa decisión de un matrimonio? —preguntó Lisa, extrañada.

—Querida, sé que no te gusta la diferencia de clases, pero existe y está ahí. Si el señor Bells se casara con una señorita de buena familia, con posibles, no tardarían en pegarse a su lado para ver qué pueden sacar de él en su propio beneficio. Sin embargo, sabiendo el principio humilde que este tuvo, si se casara con una simple chica de la calle, significaría que no aspira a nada más y es posible que algunos de sus socios pensarán que su criterio no sería tan de fiar —le contó el señor Craven.

—De todas formas, eso serían algunos de ellos. No creo que todos actuaran así.

—Cariño, eres demasiado dulce. Por eso queríamos escoger nosotros la lista de invitados para el baile que el señor Craven quería organizar para ti —comentó Irene, tomando su mano entre la suya.

Se encontraban en el salón, para incomodidad de esta, pero gracias a su presencia, se obligaba a no recordar lo sucedido allí. ¿Ella dulce? ¡Ja!

—Y yo ya he dicho que no deseo que ese baile se celebre. Mi deseo de no casarme sigue en pie.

—¿Entiendes lo que significa que no te cases? Serás la solterona de Londres —le indicó Craven.

—No creo ser tan conocida en la ciudad para que me llamen de semejante modo. Y, aunque lo hicieran, tampoco me importaría. Nunca me ha importado lo que los desconocidos piensen de mí.

Estos solo volvieron a mirarse mientras Lisa trataba de concentrarse en el bordado que tenía entre las manos, dejando solo a sus lágrimas libres cuando se encontraba en la soledad de su cuarto, donde nadie podría verla y donde podía sacar todo el dolor que aún corría por dentro.

El sonido de la puerta principal los sacó a todos de sus pensamientos y Lisa se preguntó de quién podría tratarse en aquella ocasión. Después de todo, últimamente cada vez que sonaba aquella puerta, era alguien que iba a causarle dolor.

Oyeron cómo Albert, diligentemente, iba a abrir y cómo este exclamaba algo con sorpresa, haciendo que los miembros del salón fruncieran el ceño con extrañeza, pues ninguno de ellos había visto a este alzar la voz en ningún momento. Sin embargo, llegó hasta ellos los sollozos de una mujer y Lisa se pudo en pie de un salto cuando se dio cuenta de que se trataba de su hermana.

Clea lloraba ante la puerta principal mientras el mayordomo no sabía qué hacer.

Pero poco podría haber hecho, pues Lisa llegó en el acto junto a su hermana, cogiendo a esta por los hombros para que se volviera y la mirara.

—¿Qué ha ocurrido?! ¿Por qué vienes llorando?! ¿Alguien te ha atacado por el camino?! —le preguntó con urgencia, revisando el cuerpo de su hermana en busca de heridas o ropas fuera de lugar.

Irene estaba tras ellas, con una expresión terrible al suponer que alguien podría haber asaltado a la joven, pero Craven, inteligentemente, se mantenía unos pasos más atrás, esperando a que esta hablara.

—No. No es eso —murmuró Clea, limpiándose las lágrimas tan pronto como estas abandonaban sus ojos, sin conseguir contenerlas.

—Entonces, ¿qué es? ¡Habla, por el amor de Dios! —gritó Lisa, aún sin soltarla.

La joven, tratando de serenarse, miró a su hermana mayor, buscando las palabras correctas, sin ningún éxito.

—Los Bells se han ido.

La noticia los cogió a todos tan de sorpresa que ni siquiera parecieron entenderla al principio. Lisa, pasando un brazo sobre los hombros de su hermana, solo se encargó de conducirla hacia el salón, donde la sentó en un sillón, arrodillándose a sus pies y colocando las manos sobre sus rodillas, pidiendo que le explicara lo que acababa de decir con un poco más de calma.

Le llevó un buen tiempo a la joven tranquilizarse lo suficiente como para hablar pero, después de incontables palabras para que retomara la calma, esta pareció serenarse lo suficiente.

—Verás... El señor Bells estaba planeando un viaje a América, las gemelas lo sabían, pero suponían que era como sus otros viajes. Iría, haría sus negocios y volvería. Pero, hace unos días, llegó diciendo que no era así. Lo que quería hacer allí le llevaría tiempo y ellas tendrían que marcharse con él, pues no quería dejar a sus hermanas aquí sin saber lo que tardaría en volver. Tuve que ayudarlas a recoger sus cosas, pues él dijo que la única cosa que le habría retenido aquí había desaparecido.

Lisa se sintió palidecer de nuevo, sin poder creerse aquellas palabras.

—Pero... ¿no iba a casarse con la señorita Bolton? —preguntó Craven, mirando a su hermana, confuso.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Clea a su vez, alzando el rostro sin dejar de llorar.

—Ella misma. Se presentó aquí y me lo dijo con sus propias palabras —afirmó Lisa.

—Esa mujer estuvo en la casa y es cierto que quería algo del señor Bells, pero este le dejó claro que no quería nada con ella. Kaila los escuchó hablar un momento tras la puerta. Aunque no pudo oír todo lo que se dijo por los criados, estaba segura de eso. Dijo que esta salió de la casa enfurecida poco después.

Irene se llevó una mano a los labios una vez que entendió toda la situación, del mismo modo que el señor Craven negó con la cabeza, sorprendido al ver hasta dónde era capaz de llegar una mujer despechada.

Adrien le había dejado claro a la señorita Bolton que no quería nada con esta y habría mencionado el nombre de Lisa, sabiendo que este no tardaría en ir a hablar con ella para hablar de sus sentimientos. Por eso se había presentado en la casa, diciendo todas aquellas locuras y había hecho todo lo posible para que ella lo rechazara antes de darle tiempo a hablar. Y, encima, ella, enfadada, no había dejado que Adrien le explicara en ningún momento.

—El señor Bells ha estado aquí, ¿verdad? —murmuró Craven.

Pero Lisa no podía pensar en eso en aquellos momentos.

—¿Hay algún modo de ponerse en contacto con ellos? —le preguntó a su hermana, sintiéndose el ser más estúpido del mundo.

Pero Clea negó con la cabeza.

—Aún no tenían residencia allí. El señor Bells quería ver cuánto tiempo le llevaría su negocio antes de hacerse con alguna propiedad. Hasta que ellas no me escriban, no tendré idea de dónde están.

—¡¿Por qué no dijiste en la nota que enviaste que se marchaban?! —exclamó Lisa, tratando de no derrumbarse.

—Porque el señor Bells me dijo que ya lo sabías. Comenta que te dijo que ya no podría hablar contigo y que tú actuaste como si lo supieras —le contó Clea, consiguiendo que las lágrimas se detuvieran antes de abandonar sus ojos.

¡Pues claro que había hablado como si lo supiera! ¡Ella creía que este no podría hablar con ella dentro de poco porque se casaría! ¡Eso era en lo único

que había pensado mientras estaba frente a él, mientras Adrien trataba de hablarle de sus sentimientos al tiempo que ella solo podía imaginarse su boda con Elizabeth Bolton!

¿Por qué había creído en las palabras de Elizabeth?! ¿Por qué ni siquiera había llegado a pensar que esta podría haberse presentado para engañarla?! Estaba claro. Porque la había visto colgada de su brazo. Aparte de sus propias hermanas, era la única mujer que había visto que le permitiera acercarse. Y, en su rabia ciega, suponiendo que este nunca cambiaría de opinión, que solo buscaban un título, no le había dejado hablar y había ayudado a esta a terminar su plan.

Lo más seguro era que Adrien le hubiera dicho que pensaba declararse a ella antes de ir a América por negocios y Elizabeth no había perdido el tiempo para lanzar su veneno.

Llevándose las manos al rostro solo pudo romper a llorar, desgarrándose por el dolor, mientras sentía las manos de Irene en sus hombros y oía a su hermana preguntar con preocupación qué le estaba pasando.

Este había confiado en ella, le habló de cosas que no le había dicho a nadie más y, cuando le llegaba el turno de confiar en él lo único que había sabido hacer había sido meter la pata hasta el fondo, echándole de malas formas. Mientras su corazón se deshacía, había destrozado el de él sin la menor contemplación.

¡Dios! ¿Qué había hecho?!

Craven se encargó de llevarse a Clea a otra habitación para explicarle a esta lo ocurrido durante su ausencia mientras Irene solo permanecía abrazándola, dejándola llorar contra su pecho mientras ella permanecía con el rostro cubierto por sus manos.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —murmuraba Lisa por lo bajo, sintiendo como si cada lágrima que derramaba le desgarrara el alma, sin poder obtener ningún consuelo de los brazos de su nana y tía.

—Tranquilízate. Cuando sepamos dónde se encuentran, podrás enviarle una carta de disculpa. Si le cuentas lo que ha pasado con esa muchacha estoy segura de que lo entenderá completamente.

—¿Y mientras? —le preguntó, alzando el rostro hacia ella, aún deshecha, dejando que las lágrimas cayeran, como si estas pensarán llevarse el dorado de sus ojos—. Mientras no nos hagan llegar noticias, Adrien pensará que lo rechacé. Él pensará que yo no lo quiero, que no...

Un nuevo ataque de llanto la atacó, llevándose su voz por completo

mientras Irene solo podía abrazarla en silencio.

Todo lo que dijera, llegados a aquellas alturas, sería por completo inútil, pues no habría nada, aparte de aclarar el malentendido, que consolara a Lisa.

Clea se mostró indignada al saber lo que Elizabeth había hecho e insistió a su hermana para ir a Bradford y golpearla.

—¿Y qué ganaríais con eso? —le preguntó Irene, consiguiendo que Lisa se pusiera en pie.

—Pues... al menos, quedarnos tranquilas. ¿Es justo que ella haya vuelto a casa con total calma después de todo el daño que ha causado? —le preguntó la joven a la mujer.

—Ella ya ha obtenido suficiente. El señor Bells la rechazará. Eso es daño suficiente.

—¡¿Cómo puedes decir eso cuando Lisa está...?!

Pero, ante un gesto de Craven, se silenció antes de terminar la frase, observando cómo su hermana trataba de calmarse.

Fue Clea la que la acompañó a su cuarto y permaneció allí con ella; la una abrazada a la otra, compartiendo su dolor.

La joven había perdido a dos hermanas. Lisa... perdió a su único amor por su propia elección.

CAPÍTULO 15

Tres años después

—Anoche podrías haber tenido al hombre que quisieras. ¿Por qué solo dedicaste un baile a cada uno de los hombres que se te acercaron? —le preguntó Clea a su hermana mientras ambas terminaban el desayuno en el jardín, donde habían pedido que les colocaran una mesa antes de que la primavera acabase y llegara el verano.

Con el señor Craven e Irene trabajando en los clubes todos los días era imposible que pudieran salir de la ciudad, a no ser que fueran ellas dos solas, como habían hecho hacía poco. Visitaron Bishopstoke para visitar las tumbas de sus padres, limpiarlas y colocar flores frescas, saludando a sus conocidos y asegurándose de que todos estaban bien.

Los únicos días en el que estos no abrían los clubes eran dos al año, en los cumpleaños de Lisa y Clea, donde celebraban un baile y la casa se llenaba de actividad.

Su relación social había mejorado un poco, pero la mayor de las Freeman seguía sin hacerle especial gracia verse rodeada de tanta gente. Incluso con sus veintiséis años recién cumplidos, los hombres seguían acercándose a ella porque no era una mera solterona, si no una dama que se resistía a las atenciones de los caballeros, haciéndola irresistible para estos. La convertían en una presa digna de cazar, apostando quién sería el ganador.

—Ya sabes que no me interesa casarme. Estoy bien tal y como estoy. La única que debería estar buscando un buen marido eres tú —le soltó a Clea, dando un sorbo a su té.

Pero la joven soltó una risotada.

—¿Piensas que me voy a casar ahora, justo cuando todos los jóvenes de Londres me están prestando atención? ¡Ni hablar! Quiero disfrutar de este poder un poco más —le aseguró, con una sonrisa traviesa.

A base de los conocidos de Christopher Craven, Clea se había acostumbrado a los halagos, así como a aceptarlos con humildad, dejándose rodear por hombres que le regalaban los oídos. No es que se creyera todo lo que le decían, sino que disfrutaba de las atenciones. Jamás se había visto tan

atendida por los caballeros y aquello suponía un placer para ella. Pero Lisa creía que la atención de su hermana estaba posada en una persona en concreto.

A pesar de todo el tiempo que había pasado y sus advertencias, seguía emocionándose claramente cuando Jack Mardling estaba en la misma habitación, incluso cuando este no parecía reparar en ella.

Con su veintisiete años sobre sus espaldas, este seguía pintando y encandilando mujeres. Y, aunque Lisa tendría que estar satisfecha por haber obedecido su petición de que se alejara de su hermana, le extrañaba enormemente que este se hubiera hecho a un lado con semejante facilidad.

—Disfruta, pero sin pasarte. No querrás darme ninguna clase de susto, ¿verdad? Además, si juegas demasiado con los hombres y no les prestas ninguna auténtica atención a ninguno se cansarán de ti.

—No es que eso me vaya a molestar demasiado. ¿Sabes cómo nos llaman?

Lisa tuvo que negar con la cabeza. ¿Acaso tenían una forma de llamarlas?

—Somos “las hermanas de hierro”, porque dicen que es imposible llegar a nuestro interior —le contó Clea, sin poder evitar echarse a reír—. A las gemelas también les hizo mucha gracia. Dicen que les gustaría estar aquí para verlo.

Lisa suspiró, ya que siempre se le hacía un nudo en el corazón cuando se hablaba de los Bells.

Cuando se habían instalado en América, unos meses después, las chicas enviaron una carta, preocupadas por la actitud de su hermano ya que, aunque siempre habían oído que era un hombre frío, en aquellos momentos lo estaba demostrando.

Lisa tendría que haberle enviado una carta, rogando por su perdón después de sus errores cometidos pero, a pesar de todas las veces que se había sentado en el despacho de la casa, cogiendo pluma y papel, se veía incapaz de plasmar ni una sola letra ni tampoco sabía cómo podía empezar su disculpa.

Sabía que Clea les habría contado a las gemelas lo que había ocurrido en la casa, lo que Elizabeth Bolton había planeado y llevado a cabo, pero tampoco había recibido una carta de Adrien preguntando si la información que había escuchado era cierta.

Estaba claro que este ya no quería saber nada más de ella. Había pisoteado sus sentimientos sin ninguna piedad, se había negado a escucharlo y solo lo echó de la casa cuando terminó con él. ¿Qué imagen de sí misma le

habría dado? Desde luego, no una que este podría amar.

—¿Les están yendo las cosas bien? —le preguntó Lisa, tratando de parecer tranquila.

—Oh, sí. El señor Bells ha sido muy inteligente al abrir una fábrica donde pueden convertir en prendas el algodón que trata aquí. Sobre todo, con la población que hay en América.

—¿Y las gemelas están bien?

—Sí, sí. Dicen que los hombres de allí son muy simpáticos y muy cercanos. No me extrañaría si alguna de ellas se comprometiera.

—Y... ¿el señor Bells está bien?

La mayoría de las veces no quería preguntar por él, pues antes o después Clea acababa hablándole de este. Pero, en otras ocasiones, simplemente no podía contener su curiosidad por saber de él. Ni el tiempo ni la distancia habían matado eso.

Su hermana la observó con atención, pero, en vez de burlarse de ella como habría hecho en otro tiempo, esta solo volvió la vista hacia su desayuno, jugueteando con este mientras pensaba qué decirle.

—Según las gemelas, sí. Está bien. Y también es uno de los hombres más perseguidos de Nueva York, aunque no parece que le preste especial atención a nadie. Solo está concentrado en sus negocios. Decían que no tardarían mucho más en volver.

El corazón de Lisa no hacía nada más que saltar cada vez que oía algo sobre su pronto regreso, solo contentándose de saber que Adrien volvería a estar en la misma ciudad que ella. Ni siquiera necesitaría verlo para darse por satisfecha. Solo con pensar que podría verlo en cualquier momento que deseara era suficiente para ella.

—Seguro que la ciudad entera se alegrará por ello. Aunque no lo pareciera, influenciaba mucho.

—Sobre todo, alegrará a sus inversores, que no han visto otra cosa que no sea su dinero crecer. De seguir así, no dudaría que le construyeran un monumento a su regreso.

Lisa no pudo evitar sonreír ante aquella idea. Pero era cierto que Craven había contado con más fondos cuanto más invertía en el apellido Bells, así que no podía negar aquello, solo asintiendo hacia ella.

Terminaron el desayuno hablando sobre lo último que Irene les había contado que se decía en el club. Por mucho que se pensara que no había nada tan peligroso como un grupo de mujeres hablando, los clubes del señor Craven

estaban llenos de cotillas que informaban o preguntaban sobre lo que pasaba en la ciudad.

Después de eso, su hermana se dispuso para ir a comprar unas cosas que, según ella, necesitaba, acompañada de una criada. Pero ella no se animó a acompañarla. En lugar de eso, su atención se volvió hacia el jardín, ya que durante los últimos tres años, se había encargado personalmente de arreglar este y hacerlo lucir aún más hermoso, trasplantando plantas o comprando elementos decorativos para hacerle ver más agradable.

Todavía recordaba que, cuando llegó, este estaba poco más que abandonado, ya que al señor Craven nunca le había preocupado y el poco servicio que tenía cuando vivía solo no habían tenido tiempo para este.

Suponía que su vida estaba dedicada solo para cuidar de los demás, ya fuera de las personas o de las plantas, ya que no había escatimado en mimos a las flores para ayudarlas a crecer.

—Señorita, le ha llegado esto hace un momento —le indicó una de las jóvenes criadas, tendiéndole un pequeño sobre cuando se acuclilló a su lado, pues Lisa estaba arrodillada, trabajando en la tierra.

—Gracias, Nancy —agradeció a esta, tomando el sobre después de lavarse las manos.

No sabía quién podría estar enviándole mensajes, pero esperaba que no se tratara de ninguna nota que le quisiera hacer llegar alguno de los hombres con los que había bailado en la fiesta.

Sacando la nota del sobre, después de asegurarse de que la criada había vuelto a la casa, abrió este, extrañada ante el misterioso contenido:

«El señor Killer la invita esta noche a su baile de máscaras.

La invitación es personal y no es transferible a terceras personas. Se le agradecerá que acuda a los salones del hotel...».

Lisa no entendía nada. No sabía quién era ese tal señor Killer. Si había sido uno de los invitados con los que había bailado no conseguía recordarlo. Y tampoco le sonaba que fuera uno de los hombres amigos del señor Craven, con lo que solo pudo fruncir el ceño.

No tenía razones para rehusarse a ir, pero le incomodaba no poder llevar a alguien más con ella.

Le hubiera gustado que Nancy se mantuviera a su lado para preguntarle si habían llegado más de aquellas notas para el resto de las personas de la casa.

De todas formas, pensó, poniéndose en pie, podría preguntarle mientras se encaminaba a la casa y ver si podía preparar algo para aquella noche.

Desde luego, era inútil tratar de discutir con el señor Craven por un vestido, ya que este siempre parecía dispuesto a gastarse todo el dinero que llevara encima cuando salía con ellas. Debido a eso, tenían sus armarios tan llenos de ropa que, al menos ella, dudaba que se fuera a poner toda.

—No, señorita. Solo ha llegado esa nota para usted y lo traía un empleado del hotel. —Fue la respuesta que le dio Nancy ante su pregunta, haciendo que ella solo se extrañara más.

No veía sentido a aquello, pero, después de los años que llevaba en aquella casa, era cierto que había conocido a mucha gente a la que apenas podía recordar. Estaría mal visto que, a falta del señor Craven o de la presencia de Irene, ella se negara a ir, así que le pidió a la joven que fuera a buscar una máscara decente que pudiera usar en un baile.

Esta así lo hizo y Lisa solo pudo esperar a que volviera para verse dentro de su armario y buscar algo que le pudiera servir. Entre eso y que tendría que peinarse, ya tendría algo a lo que dedicar su tarde antes de salir de casa.

Estaba segura de que su hermana pondría el grito en el cielo al no haber sido invitada también, pero en la nota quedaba claro que no podía llevar a nadie más que quien aparecía invitado en esta, así que tendría que resignarse con sus gritos hasta que volviera.

Y, en efecto, mientras contaba lo sucedido durante la comida, Clea se mostró disgustada.

—¿Quién es ese tal señor Killer para solo invitar a Lisa a la fiesta?

—La verdad es que conozco a unos cuantos señores Miller, pero el apellido Killer no me suena en absoluto —comentó el señor Craven, mirando a su hermana.

—A mí no me mires —afirmó Irene—. Yo tampoco lo conozco. Pero si ha invitado a Lisa es porque la conoce, ¿no es así? ¿Puede ser que se haya fijado en ella en alguna fiesta?

—Pero me parece extraño que no me suene de nada. Pensaba que conocía a todos los hombres de esta ciudad con el suficiente dinero como para hacer un baile. Además, con un baile de máscaras, ¿cómo va a saber quién es ella?

—Lo que a mí me parece más raro de todo es que no me hayan invitado también a mí. Por regla general, siempre nos invitan a las dos —siguió lamentándose Clea.

—Es posible que sea una fiesta de presentación en sociedad de algún nuevo rico —le informó Irene, tomando la mano de la joven para que se tranquilizara—. Seguro que no tienen el suficiente dinero como para invitar a mucha gente y por eso solo han invitado a tu hermana.

Esta asintió, aunque no pareció muy convencida con esa respuesta.

—Y, aún sin conocerle, ¿suponéis que es bueno que vaya? —preguntó Lisa, tan poco convencida con todo aquello como su propia hermana.

—Si te ha invitado, al menos, conoce a nuestra familia. Además, si al llegar pensaras que aquello no tiene buena pinta solo dile al cochero que te traiga de vuelta. Creo que habrá invitado a más gente importante de la ciudad y sus coches deberían estar por las calles —le dijo el señor Craven, tomando un sorbo de su vino.

Lisa acabó asintiendo también.

Estaría mal visto si se rehusaba en rotundo, pero si había algo en aquel lugar que la hacía desconfiar solo tendría que decirle al cochero que la sacara de allí.

Era fácil.

Así que, se encerró en su cuarto con Nancy y otras dos muchachas de la servidumbre para que la ayudaran a arreglarse. Domar su pelo llevaba tiempo, así que, incluso con la máscara todo el mundo sabría que era ella al contemplar aquella llama en movimiento.

Al menos algo bueno que había hecho la joven, pues había sabido tener en cuenta los vestidos que tenía antes de ir a buscar la máscara, ya que trajo de regreso una bella máscara blanca con finos detalles en dorado que iban a juego con uno de sus vestidos más nuevos.

—A todas nos encantó ese vestido cuando nos lo enseñó, señorita. Así que solo he pensado en él cuando he ido a comprar —le confesó Nancy, un tanto avergonzada, mientras sacaba este de su armario, admirando.

—Eso es cierto. Es un vestido muy hermoso, aunque me gustaría que no revelara tanto mi pecho. No me gusta cuando los ojos de los hombres se centran en esa parte.

—¡Tonterías, señorita! —exclamó otra de las criadas—. Si tiene algo que lucir, entonces, lúzcalo. Después de unos años, estos dejaron de fijarse. Se lo digo por experiencia.

La que hablaba era una de las criadas que no era mucho más mayor que ella, pero parecía creer que había perdido sus encantos de mujer.

Ante sus cuidados, Lisa se dejó preparar, peinar y perfumar, colocando la

máscara en su lugar y ajustándolo a su peinado para que este no se estropeará si la máscara se movía.

Despidiéndose de su hermana, que se quedaría sola en la casa, y de los demás, se dirigió al coche y le dio la dirección al viejo cochero, tratando de acomodarse lo mejor posible dentro de la berlina.

Las criadas habían querido disfrutarla de pies a cabeza, pero esta solo había aceptado ponerse unos pendientes de perlas y un fino collar de plata con una pequeña perla a juego.

No estaría tan deslumbrante como otras invitadas, pero ella nunca había sido de las que llamaban la atención. En realidad, ni siquiera quería llamar la atención de nadie, así que, cuanto más sencilla fuera, mejor para ella.

De camino al lugar, la calle fue llenándose de otros coches que parecían dirigirse al mismo lugar que ella, por lo que, al menos, no parecía ser una trampa extraña ni una estratagema de alguno de los hombres que había conocido para verse a solas con ella.

Sin embargo, observando los elegantes y caros vehículos, se preguntó quién podía ser ese tal señor Killer cuando podía invitar a toda aquella gente y, sin embargo, le pedía a ella que fuera sola.

Se dejó ayudar por uno de los trabajadores del hotel cuando llegaron a las puertas del lugar y el hombre abrió su puerta, tendiéndole una mano para ayudarla a bajar.

Desde luego, aquello no era una reunión de amigos.

Contempló a los múltiples camareros que iban de un lugar a otro llevando y trayendo copas y canapés, así como los varios grupos de músicos que parecían estar tocando las mismas canciones en distintos puntos del hotel, sin apenas llamar la atención de los invitados enmascarados. Algunos, al reconocerse, se habían ido reuniendo en pequeños grupos, cuchicheando sobre quién podría ser su anfitrión.

Al parecer, nadie lo había visto todavía, pero todos habían acudido para saber de quién se trataba.

Desde luego, alguien que tenía el dinero para organizar una fiesta como aquella sería alguien que la sociedad londinense tendría en cuenta.

Sin estar interesada en ninguno de aquellos grupos, saludó a algunos de los invitados que la reconocieron.

—Sería difícil no saber quién es quién se esconde tras esa máscara al ver ese cabello y esa figura —le dijeron más de un caballero, solo recibiendo una sonrisa por lo que, ellos creían, era un comentario de lo más ingenioso.

Tratando de encontrar a alguien que pareciera el organizador de aquel evento, llegó a un balcón que daba al jardín del hotel, un pequeño espacio donde se había creado un mini-laberinto. Los arbustos no eran muy altos, así que, de querer saber dónde se encontraban solo tendrían que subirse a uno de los muchos bancos que había por todo el laberinto para saber cuál era su ubicación.

Allí parecía estar teniendo lugar un juego de parejas. O eso le pareció a Lisa, asomada como se encontraba al balcón del primer piso del lugar, al final de un largo pasillo.

Las mujeres parecían llevar una vela y los hombres, corriendo tras ellas, tenían que encontrar a sus compañeras antes de que las velas se apagaran.

Teniendo en cuenta la longitud de estas, habría algunos que podrían pasar allí toda la noche. Y hacer aquello con las máscaras puestas les daba una figura fantasmal, haciendo que hasta las risas parecieran sacadas de otro tiempo, haciéndola sentir incómoda.

—¿Le gusta la fiesta? —le preguntó un hombre a su espalda, inmovilizándola donde estaba con el pecho contra su espalda, apoyando la mano en la barandilla.

Se dio tal susto por aquella aparición que no pudo evitar dar un pequeño grito.

—No. No me gusta. Y me gusta menos que desconocidos se me acerquen de esta manera —se quejó Lisa, apartándose del hombre.

Este permaneció contemplándola, pero su máscara negra, con detalles en rojo y dorado, ocultaba su mirada y prácticamente toda su cara, solo dejando los labios y la barbilla al descubierto. Tenía el pelo peinado hacia atrás, pero bajo la poca luz del lugar solo pudo decir que era oscuro, así como las ropas que llevaba. Si incluso llegaba una capa forrada de terciopelo rojo.

No se sentía tranquila siendo observaba de aquella manera por un desconocido.

—Qué raro. Pensaba que a todas las damas os gustaban este tipo de fiestas. Os sirven para encontrar maridos —comentó el hombre, echando un vistazo hacia las figuras del jardín.

¿Qué acento era ese que notaba en él? ¿Americano?

—Pues, en mi caso, no es así. Detesto las fiestas. Solo he venido porque me han aconsejado que lo hiciera, pero parece que nadie sabe quién es nuestro anfitrión.

—Sí, parece un tipo misterioso, ¿verdad? Pero debería bajar y jugar un

poco. A las jóvenes les encanta ese juego. Les permite pasar un tiempo con sus amantes sin que nadie lo sepa.

—Yo no tengo amantes —le aseguró Lisa, sintiéndose molesta hacia aquella figura.

¿Quién se pensaba que era? ¿Una chica fácil que caía ante cualquiera?

—Amantes. Enamorados. Llamadlo como queráis, pero todas las mujeres tienen a alguien con el que les gustaría pasar el rato. Da igual que nunca lo confiesen o que ni siquiera amen a esa persona. Si les mueve un fuerte sentimiento son capaces de hacer locuras.

—Dudo mucho que una joven decente cediera a los placeres de la carne, como usted insinúa, si no es por amor. Es el único sentimiento que puede hacer que una mujer decente sucumba a los pecados.

Aquel hombre volvió a mirarla y sintió un escalofrío recorrer su espalda. De qué índole, no supo determinarlo, ya que este comenzó a avanzar hacia ella con paso decidido.

—¿Está usted segura? He conocido a unas cuantas jóvenes a lo largo de mi vida que han hecho muchas cosas. Y le aseguro que no han sido por amor.

—No sé qué tipo de mujeres conocerá usted, pero yo solo puedo hablar de aquellas que son como yo.

—¿Me está diciendo que usted nunca ha hecho alguna locura?

Había una sonrisa en el tono que empleó en hacer aquella pregunta. Aunque no notó ninguna alegría.

—Sí. Claro que he hecho locuras. Pero, como ya he dicho, han sido por amor.

—¿Y qué tipo de cosas habría hecho una mujer como usted? —susurró el hombre, acorralándola contra la barandilla del balcón de nuevo, tratando de emplear un tono seductor.

De gritar, las personas que se encontraban en el jardín podrían oírla. Era bien visible en aquel lugar. Y, con la figura oscura de este, hacía que su pelo rojo y el vestido blanco destacaran aún más en la noche.

—Creo que no tengo por qué hablarle de cosas como estas. No son de su incumbencia.

—Dice que ha hecho cosas por amor, ¿no es así? En ese caso, ¿no debería tener un prometido?

—¿Por qué da por sentado que mis locuras me han llevado ante un prometido? —le preguntó a aquel tipo, alzando el mentón para darle a entender que no se achantaba ante él.

Este se encogió de hombros.

—Sería lo lógico, ¿no? Si se hacen locuras por amor, es porque espera poder acabar con ese amor.

—No es siempre así. Y menos cuando hay otras personas involucradas.

—¿Insinúa que no ha podido estar con esa persona que ama tanto como para hacer una locura por culpa de otras personas? —le preguntó este, atreviéndose a acariciar la piel de su hombro, que el vestido dejaba expuesto, con una mano enguantada.

—Exacto. Justo de ese modo. Fui tan tonta de creer lo que oí en boca de otras personas antes de oír lo que él tenía que decirme. ¿Y le importaría dejar de tocarme? —se quejó Lisa, apartando su mano de un manotazo.

—Bueno... He dado por sentado que, si no está con ese enamorado suyo, podría haber una posibilidad para cualquiera que quiera presentarse voluntario.

—Pues está usted muy equivocado. Nunca va a haber una posibilidad para nadie, así que le agradecería que me dejara tranquila.

Odiaba que los hombres no supieran cuándo una mujer era firme en su decisión. Si entendieran su lenguaje corporal, se habría ahorrado muchísimas conversaciones innecesarias o intentos de robarle un beso en un descuido.

—Ese hombre suyo tuvo que ser realmente magnífico como para mantenerse tan fiel a él, incluso cuando no está a su lado.

—Es el más noble que he conocido —admitió Lisa.

El tipo volvió a apoyarse en la barandilla con un brazo mientras la contemplaba, como si estudiara lo que había dicho para ver si había mentira en sus palabras. Ella solo se mantuvo en silencio, mirándole fijamente, esperando que captara el mensaje.

—Creo que me siento un poco celoso de ese hombre. ¿Dónde se encuentra?

—En Nueva York, junto a sus hermanas, si lo que me han contado es verdad.

—¡Oh! ¿Un compatriota? Desde luego, solo uno de nosotros ha podido causar un efecto tan fuerte en una dama como usted.

Lisa clavó en él los ojos, sintiendo cómo el malestar corría por ella, comenzando a transformarse en ira.

—No es americano. Es de aquí, de Inglaterra.

—¿Un londinense?

—No nació aquí. Es de mi pueblo, en el oeste.

El tipo asintió, pero no dejó de mirarla, lo que no ayudaba en absoluto a que los nervios de Lisa se tranquilizaran.

—¿Qué es lo que sigue mirando? ¿No le ha quedado claro que no quiero nada con usted?

—Me preguntaba si era tan enérgica con todo el mundo en este respecto.

—Ha tenido suerte. Debe de ser por la máscara, pero me he atrevido a darle las razones por las que lo rechazo. Todos los demás ni siquiera recibieron eso.

—¿Ha habido muchos?

—Más de los que me gustaría. Y uno ya me parecía demasiado.

El tipo se rió, dándole una extraña sensación de *déjà vu* a Lisa pero, antes de que consiguiera visualizar una cara para aquella risa, esta desapareció.

—En verdad, me parece una dama que sería interesante conquistar.

—Y yo seguiré diciendo que será totalmente inútil que lo intente.

—¿Sigue insistiendo que no le interesa jugar en el jardín?

—En lo más mínimo. Lo siento —le dijo esta, sintiéndose algo más tranquila.

Algo en la actitud de él le indicó que su coqueteo había acabado. Tal vez fue su postura, que pareció relajarse. O la forma más suave en la que hablaba.

—Creo que hay muy buena comida en el salón principal. ¿Me acompaña?

—No, gracias. Yo solo quería saber quién era ese señor Killer, pero parece que ninguno de los invitados sabe quién es. Espero ver si se revela o me marcharé a casa. ¿No le he dicho ya que no me gustan estas fiestas? —le preguntó Lisa, echando un vistazo a los invitados del jardín.

No parecía que nadie hubiera reparado en su presencia.

—Es una lástima. Habría sido la envidia de los hombres de esta fiesta si me hubieran visto con una joven tan hermosa como usted.

—¿Cómo sabe si soy hermosa?

—Creo que es la única invitada que tiene ese peculiar color de pelo. ¿De verdad que no cree que sé quién es solo por eso?

—Me parece algo injusto que no me diga usted quién es de conocer mi identidad.

—Tengo la impresión de que acabará enterándose pronto. Y la gracia de un baile de máscaras es que nadie sepa nuestras identidades. Juguemos con eso un poco más.

—¿No será usted, de casualidad, ese misterioso señor Killer? —se

aventuró a adivinar Lisa, sintiendo una corazonada.

—Como ya he dicho, juguemos un poco más —le contestó este, haciendo una reverencia hacia ella—. Y espero verla pronto.

Lisa respondió a su despedida con una pequeña reverencia hacia él pero, mientras lo veía alejarse, la visión de aquella espalda a la distancia volvió a crearle la sensación de que ya había un momento parecido a aquel, viendo a alguien alejándose de ella y dejándola sola, mientras solo permanecía donde estaba, esperando el mejor momento para irse.

CAPÍTULO 16

Aquella noche Lisa volvió temprano.

A pesar del buen ambiente que hubo entre los invitados, la buena comida y la música, como ya le había dicho al enmascarado, no se sentía cómoda en aquellos ambientes y, a pesar de buscarle por el lugar, no volvió a verlo. Algo en su forma de hablar, aunque susurrada, le era familiar y quería confirmar sus sospechas.

Pero no hubo suerte. Así que, librándose de unos cuantos hombres más, que la reconocieron enseguida, consiguió llegar hasta su coche y pudo marcharse de allí.

Clea estaba en su habitación, leyendo o durmiendo, lo desconocía, pero no trató de averiguarlo, con lo que ella se retiró a su habitación para quitarse la ropa y descansar. Se sentía tan incómoda en esos lugares que tendría que notarse a la legua su disgusto y sus ganas de salir de allí.

Nancy había esperado su regreso para ayudarla y, de paso, preguntarle cómo había sido la fiesta.

Los criados solo veían dos al año, así que las más jóvenes sentían cierta curiosidad por esos temas y a Lisa no le costaba nada hablarles de ello.

Por supuesto, obvió de hablarle del enmascarado, dejando a esta encantada con los detalles del lugar, el ambiente, los salones...

Quedándose a solas frente al espejo de su tocador, peinándose una vez que ya llevaba encima su camión, esperando para irse a la cama, se preguntó de nuevo quién era aquella figura que tanto le agitaba sus recuerdos, esforzándose por recordar.

¿Era algún amigo del señor Craven? ¿Un joven que hubiera bailado con ella en alguna fiesta? De haber sido así, ¿no tendría que recordarlo? Pero la sensación de que lo conocía no derivaba de allí y no conseguía recordar. A lo mejor, de haber bailado con él o haber pasado un poco más de tiempo en su compañía le habría ayudado, pero no quería traicionar la memoria de Adrien, incluso cuando este no quisiera saber nada más de ella.

Y, al pensar en él, algo quiso brillar en su mente, haciéndola fruncir el ceño mientras terminaba de trenzarse el pelo antes de irse a la cama.

Pensó en Adrien y en esa figura enmascarada y las similitudes empezaron

a sucederse una tras otra, diciéndose a sí misma que estaba delirando. Este no había vuelto a Inglaterra, así que era imposible que se tratara de él. De haber sido así, las gemelas habrían venido con él y Clea lo habría acabado contando, sabiendo que su hermana no podría ocultarle un secreto así.

De ese modo, sintiéndose frustrada, se fue a la cama tratando de descansar un poco, aún con la imagen de ambos hombres nadando en su mente.

Por la mañana, Clea no tardó en pedir todos los detalles, queriendo saber cómo había sido aquella fiesta en la que no la habían dejado participar.

Recordando en cómo los invitados se habían ido soltando a lo largo de la fiesta, entre copas y confiados detrás de sus máscaras, había sido mejor que nadie tan joven como su hermana se hubiera acercado a aquel lugar.

—He visto más besos entre los personajes más variopintos de lo que desearía, así que alégrate de no haber ido. Además, había un juego en el jardín del hotel para parejas. No sé si se percataron, pero, aunque desde abajo no les vieran, parecieron no darse cuenta que desde los balcones sí.

—¿Y qué hacías en un balcón? —le preguntó su hermana.

Como siempre a aquellas horas, Craven e Irene estaban durmiendo, así que se encontraban ellas a solas en el salón donde solían tomar el desayuno, un cuarto pequeño y recatado que era más que suficiente para ellas dos.

—Sabes que no me gustan esos lugares. Y menos aún si voy yo sola. Quería esconderme de todo el mundo, pero...

Demasiado tarde se recordó que no quería hablar del enmascarado con su hermana.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que pasó?

—Pero tuve que ver a la gente en el jardín. Menos mal que nadie me vio a mí allí arriba.

Clea la observó con atención, pero Lisa se concentró en su taza de té.

—Por cierto, ¿sabes si los Bells han vuelto ya a la ciudad? —le preguntó, queriendo cambiar de tema.

—La verdad es que no. Las gemelas me dijeron que vendrían pronto, pero no me dieron una fecha exacta. Pero, de estar ya aquí, ¿no crees que lo sabríamos?

—Eso es cierto.

—¿Por qué preguntas?

—Por nada. Me parece raro que no te hayan dado fecha.

Ella asintió, pero no comentaron nada más mientras terminaban de desayunar.

Clea quiso salir a buscar más partituras a la tienda de música. Lo que tanto tiempo libre había ocasionado era que esta había mejorado notablemente con sus clases autoimpuestas, así que a menudo buscaba partituras más difíciles que pudiera practicar. Y, aunque Lisa se alegraba de eso, no le apetecía acompañarla. Quería quedarse en casa y descansar.

Tenía la impresión de que, últimamente, estaba pensando en Adrien más de lo normal, aunque era lógico desde que sabía que iba a volver al país.

Como hacía siempre en su tiempo libre, se marchó al jardín, queriendo trasplantar unas flores. Hacía buen día y nadie la molestaría por allí. Su hermana no rondaría a su alrededor para pedirle que fueran a algún lugar, así que tenía que aprovechar.

Estaba en ello cuando, como la tarde anterior, Nancy llegó hasta ella llevando un sobre en las manos.

—Perdone, señorita. Pero ha vuelto a llegar algo para usted.

—¿Otra invitación a una fiesta? —le preguntó a esta con una sonrisa mientras la joven le respondía con otra, viendo cómo Lisa se limpiaba la tierra de las manos.

—No lo sé, señorita, pero, de ser así, tendré que ir a buscar otra máscara.

Lisa rió y la joven se marchó hacia el interior de la casa para dejarla leer con cierta privacidad. Lo bueno que tenían los trabajadores de aquella casa era que sabían cuándo tenían que dejar a sus señores a solas, incluso sin decírselo.

Sin embargo, la sonrisa de Lisa desapareció cuando empezó a leer aquella nota.

«Señorita Freeman, si lo que he oído hasta ahora sobre las circunstancias que la inclinaron a ofrecermé aquel trato son ciertas, le rogaría que acudiera a la residencia de los Bells en Londres para poder hablar de ello.

Firmado:

Adrien Bells».

¿Adrien? ¿Adrien estaba en la ciudad? ¡¿Cuándo había llegado?! ¡¿Su hermana no había sabido nada de eso?! ¡No le había dicho nada, incluso cuando habían hablado de ello aquella misma mañana! ¡¿No lo sabía?!

Poniéndose en pie de un salto, se sacó el delantal que usaba cuando trabajaba en el jardín antes siquiera de que pudiera pensar pero,

contemplándose, se dijo que no podría presentarse en su casa con el vestido que había estado usando toda la mañana, así que, subiéndose las faldas, casi corrió hacia la casa para poder cambiarse de ropa.

Solo cuando llegó a su habitación se preguntó qué querría hablar Adrien con ella.

Pero no le importaba. Fuera lo que fuera, le estaba dando la oportunidad para disculparse en persona, explicarle lo que había ocurrido y por qué las cosas habían salido de aquel modo. Podría pedirle perdón y explicar sus sentimientos, incluso cuando él ya no sintiera nada por ella.

La imagen del tipo enmascarado superponiéndose a la de él, diciéndole que coincidían, pasó por su mente, pero eliminó aquella imagen, diciéndose que tenía otras cosas en las que pensar.

—¡Nancy, ¿dónde estás?! —gritó al pasillo, sabiendo que esta la había visto entrar en la casa con prisa.

—¿Ocurre algo, señorita? —le preguntó la joven, presentando en su puerta.

—¡Corre! ¡Ayúdame a cambiarme! —le gritó a esta, tratando de quitarse el vestido por sus propios medios, sin éxito.

—¿Ha ocurrido algo? —le volvió a preguntar, pensando que solo una mala noticia podía hacer que la siempre calmada señorita Lisa corriera por la casa como una niña.

—¡Nancy! —exclamó ella, indicándole su espalda para que dejara de mover la boca y empezara a mover las manos.

Esta por fin salió de su ensimismamiento y comenzó a ayudarla a desvestirse, volviéndose hacia el armario para buscar un cambio.

—¿Qué vestido escoge, señorita? —le preguntó.

Pero Lisa se quedó inmóvil mirando sus vestidos. Quería lucir bien para él, ¿cómo no?, pero, de parecer demasiada arreglada podría darle una imagen equivocada, como que, en su ausencia, se había dedicado a llamar la atención de los hombres. Sin embargo, lo que le quedaba como otra opción parecían vestidos de luto. Pero, si tenía en cuenta todo eso, ¿qué usaba?

—¿Qué tal el vestido verde claro? —sugirió Nancy, al ver su debate interior—. Es muy bonito y le queda muy bien. Además, es lo suficientemente recatado para no dar una idea equivocada.

—Bien. Ese entonces —le indicó, apresurándose a vestirse.

—Señorita Lisa, ¿tenía a un joven escondido en algún parte? — le preguntó la joven con una sonrisa, haciendo que esta se sonrojara sobremanera

antes de poder hablar.

—Pe... ¿pero cómo crees?! ¡Yo no tengo ningún joven escondido!
—exclamó esta.

La joven solo asintió, pero estaba claro que no la había creído en absoluto mientras la ayudaba a cerrar el vestido.

—Ve a avisar al cochero. Quiero el coche preparado en la puerta en unos minutos —le indicó Lisa, dirigiéndose a su tocador, tratando de arreglarse el cabello mientras la criada salía del cuarto con una sonrisa en los labios.

Hizo lo mejor que pudo y, echándose un último vistazo de cuerpo entero, se decidió a bajar, pensando que tendría que estar en casa antes de que Craven o Irene se levantaran. Y, a las malas, le diría a Albert que les indicara a estos, si se levantaban, que había acudido a casa de unos conocidos.

Metiéndose en el interior del coche, creyó que nunca se le había hecho un viaje tan largo como aquel, ya que, por mucho que veía a las calles pasar por su ventana una tras otra, tenía la impresión de que no avanzaban.

El mayordomo la había mirado con extrañeza, ya que Lisa no solía ir sola a visitar “conocidos”, pero lo único que dijo este es que haría llegar su mensaje si ella no estaba de vuelta para entonces.

Removiéndose con nerviosismo en el asiento, solo pudo pensar en cuál sería el mejor modo para explicarle a Adrien lo que había ocurrido entre ellos. ¿Debía empezar por la visita de Elizabeth o que ella había sentido lo que había ocurrido en el salón, negándose a escucharlo por lo que esta le había dicho?

¡Ahg! Incluso en sus oídos todo sonaba como una patética excusa.

Se arrepentía de no haberle hecho llegar una carta cuando había tenido ocasión. De haberlo hecho, estaba segura de que este le habría mandado una respuesta, aunque solo fuera para decirle que comprendía lo sucedido, pero que no quería saber nada más de ella después del daño que le había causado con sus palabras.

Siempre había sido tranquila, calmada, reflexiva... ¿Cómo había perdido tanto esas cualidades cuando más las necesitaba?

Sin conseguir pensar en nada coherente con lo que empezaba una conversación con él, solo se echó a temblar en el interior del coche, mordisqueándose el labio inferior y apretando sus faldas entre dos fuertes puños, intentando controlarse.

Y cuando el coche se detuvo ante la puerta de los Bells dejó hasta de respirar.

Solo contempló por la ventanilla las puertas de aquella casa que tantas veces había cruzado con anterioridad, esperando a que el cochero abriera su puerta, obligándola a salir.

Le dio las gracias con una nerviosa sonrisa cuando el anciano hombre le ofreció su mano para ayudarla a bajar y trató de dirigirse a la puerta sin temblar o mirar a su espalda, deseando huir.

Ahora que se encontraba tan cerca de él, sentía que el calor y la emoción que había sentido hasta hacía poco se había volatilizado. Al menos, el calor, ya que la emoción seguía revoloteando en algún lugar de su estómago, poniéndola más nerviosa.

Como pudo, se atrevió a llamar a la puerta y esperó en silencio ante esta, tratando de no saltar en el lugar cuando oyó cuando esta comenzaba a abrirse.

Una alta criada fue la que le dio la bienvenida, comenzando a sonreírle cuando la reconoció.

—¡Señorita Lisa! ¡Hacía mucho tiempo que no la veíamos por aquí! ¿Ya se ha enterado que nuestros señores han vuelto? Aunque... no todos. La señora Bells acabó sucumbiendo en aquella tierra tan lejana.

Lo sabía. Las hermanas se lo habían hecho saber a Clea hacía un año aproximadamente, enviándoles su más sentido pésame. Incluso en el estado en el que se encontraba, la señora Bells era muy querida por todos sus hijos y su marcha había sido un golpe doloroso para ellos.

—Sí, me enteré de lo sucedido. Pero estoy aquí para hablar con el señor Bells. Si se encuentra en casa.

—Oh, sí. ¡Claro! La está esperando en la biblioteca. Acompañeme —le indicó la mujer, apresurándose a dar media vuelta hacia el interior de la casa y conducirla después de cerrar la puerta principal, sin dejar de dedicarle una sonrisa.

Lisa la siguió, tratando de parecer calmada, pero, la verdad, al verse dentro de la casa, conducida por esta, le dio la impresión de que la estaban llevando al matadero.

Contempló todo con asombro, ya que, a pesar del tiempo transcurrido, parecía que nada había sido movido de lugar, como si el tiempo no hubiera corrido por aquella casa, esperando la vuelta de sus amos.

Cuando llegaron ante las puertas de la biblioteca, la mujer tocó y una voz masculina al otro lado preguntó quién era.

Lisa no pudo evitar enderezarse al oírle.

Tan firme como siempre, la voz de Adrien la obligó a reaccionar incluso

a través de una puerta cerrada. Y, de nuevo, se vio en aquel balcón en el hotel. Pero, aquello no podía ser, ¿verdad?

—Es la señorita Lisa, señor. ¿La hago pasar? —preguntó la mujer, entreabriendo la puerta y asomándose al interior.

—Por supuesto. —Fue toda la respuesta que recibió.

Así que, abriendo por completo una de las puertas de la biblioteca, se hizo a un lado y le indicó que podía pasar, permaneciendo en aquella postura hasta que entró en la estancia y cerró tras ella.

El sonido de la puerta al cerrarse pareció resonar allí dentro, o, al menos, lo hizo para Lisa, mientras contemplaba la figura de Adrien, solo luciendo una camisa mientras revisaba unos papeles que tenía amontonados sobre una mesa, de perfil hacia ella.

Se embebió de su imagen incluso sin que pudiera evitarlo porque, tras recibir la noticia de que la familia al completo se había marchado a América, pensó que no volvería a verlo, que este se quedaría en aquella tierra para que sufriera por su error cometido.

Y, sin embargo, ahora estaba allí, frente a ella. Sentía ganas de llorar.

Con el pelo un poco más largo peinado hacia tras, unos pocos mechones rebeldes caían hacia sus ojos mientras permanecía inclinado sobre la mesa, luciendo igual de atractivo que siempre, incluso aunque estuviera frunciendo el ceño en aquellos momentos.

Sí, sin duda, con aquella imagen, aquel porte y esa forma de llevar el pelo... Era él. ¿Cómo no se había dado cuenta? Seguramente, porque no había podido ver sus ojos por la máscara. Pero... ¿por qué había organizado toda aquella fiesta? ¿Para hablar con ella? Entonces, ¿para qué ocultarse?

—¿No existe el correo? —le preguntó este de manera seca, aún sin mirarla, sorprendiéndola y sacándola de sus reflexiones.

Sabía que iban a tener que hablar de lo sucedido, pero no había esperado que este pareciera tan frío. Le había herido, eso estaba claro, pero, aun así.....

—Yo... no sabía cómo explicarte lo sucedido, de todo en lo que me equivoqué —consiguió murmurar, tratando de sacar la voz del lugar donde se hubiera ido a esconder.

Adrien se alzó de golpe, mirándola, tan rápido que Lisa solo cerró la boca de golpe y se tensó, llevándose las manos al pecho para calmar a su corazón mientras este la examinaba con clara atención, revisándola sin tapujos.

Su mirada fue ascendiendo desde el borde de su vestido con tal

intensidad que casi podía sentirse como una caricia física, recorriendo sus caderas, su cintura, su abdomen, alzándose hacia sus pechos hasta llegar a su mismo rostro, donde se detuvo, haciendo que ella se sonrojara sin remedio.

—Veo que has estado bien —comentó, sin dejar de mirarla.

—Yo, en verdad, quise escribirte cientos de veces, pero no sabía nunca cómo empezar y... —murmuró esta, tratando de dar un paso hacia él.

Sin embargo, la idea de que Adrien no quisiera su cercanía la hizo detenerse en el acto, apretando los dientes mientras bajaba la mirada al suelo. Sin embargo, si no quería su contacto, ¿para qué se había acercado de aquella manera en la fiesta?

—Acompáñame —le indicó este, al notar lo que pasaba por la mente de esta, conduciéndola hacia la salida de la biblioteca y dirigiéndose hacia el fondo de la casa, cerca de la zona de servicio.

Lisa, obedientemente, solo pudo caminar tras él, pensando a dónde querría llevarla. A lo mejor, pensaba que la biblioteca no era un lugar lo suficientemente íntimo para hablar, pero aquellos cuartos estaban más cerca de los criados y, por tanto, sería más fácil para estos escucharlos de desear hacerlo.

Con nerviosismo, vio cómo este sacaba una llave del bolsillo de sus pantalones, abriendo la cerradura con la que contaba una puerta al final del lugar, internándose en el cuarto, que se encontraba por completo a oscuras.

Sabiendo que podría tropezar al no poder ver nada, Lisa solo se quedó en la puerta, esperando que Adrien le proporcionara algo de luz, pensando en qué querría mostrarle de un cuarto que tenía cerrado con llave, fuera de la vista de alguien más. ¿Tendría alguna relación con lo que había ocurrido en la fiesta? ¿Le explicaría por qué lo había hecho?

Este debió de abrir la ventana, ya que, de repente, una luz la cegó, obligándola a llevar una de sus manos ante sus ojos, oyendo cómo este seguía abriendo las ventanas de la habitación, colocándose junto a ella cuando acabó, cerrando la puerta y conduciéndola hacia el centro de la estancia, apenas con la mano por encima de su cintura.

Se concentró tanto en aquel mero contacto que tardó un rato en percatarse de lo que la rodeaba, abriendo los ojos con asombro mientras giraba sobre sí misma.

Flores. Cientos de flores los rodeaban en pequeños jarrones, todos de diferentes tamaños y formas, ya que, cuando Lisa les prestó más atención, se dio cuenta de que estas estaban hechas de papel.

Confundida, alzó los ojos hacia Adrien, que aún permanecía a su lado.

—Sería inútil que negara el hecho de que me hiciste daño con las palabras que me dijiste en casa del señor Craven, y...

—¡Adrien, en verdad siento mucho todo eso que te dije! —exclamó esta, interrumpiéndole, llevando sus manos, sin pensarlo, a la camisa de este, necesitando retenerlo de algún modo a su lado hasta que la creyera.

Para su completa sorpresa, le dedicó una plácida sonrisa que amenazó con sacarle el corazón del pecho.

—Déjame terminar o no me veré capaz. Incluso cuando nos fuimos a América, no podía dejar de pensar en ti y, no sé por qué, recordé algo que tu padre me había mencionado en las cartas que me enviaba. Decía que diariamente le regalaba una flor a su esposa, incluso después de que se hubieran casado y, de repente, me encontré haciendo una cada día, ya que pensé que las flores de verdad no durarían mucho.

—¿Estás diciendo que has hecho todas estas flores... por mí? —le preguntó Lisa, notando cómo las lágrimas marcaban su presencia en el borde de sus ojos.

—Bueno... yo tampoco supe qué escribir cuando tu hermana me informó de lo que había ocurrido. Además, solo hacía una cada día.

—¿Cuántas hay? —preguntó Lisa, mirando a su alrededor, limpiándose las mejillas, las cuales ya estaban húmedas por las lágrimas que ya se habían derramado.

—La última vez que las conté había mil cinco. Pensé que, de volver y encontrarte casada con algún otro, solo cerraría esta habitación, añadiendo una nueva flor cada día, pero...

Antes de que pudiera seguir hablando, contándole la locura que había hecho para poder hablar con ella sin que supiera que era él, para que le explicara que se había equivocado, a pesar de que sus hermanas y la de esta le habían asegurado, tanto en persona como por carta, que había sido un error y que la perdonara, Lisa se abrazó a él, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello, sin lograr que las lágrimas se detuvieran, haciendo que este solo titubease un instante antes de rodearla estrechamente contra él, colocando su rostro contra aquel cabello rojo que tanto había acabado enloqueciéndole.

—¡En verdad lamento todo lo que dije aquella vez! ¡No sentía ninguna de las palabras que salieron de mi boca! —le aseguró, aún aferrada a él.

—Lo sé —murmuró Adrien, acariciando su espalda, disfrutando de su contacto después de tanto tiempo.

Cuando la había visto de pie junto a la puerta de la biblioteca, con aquella expresión de angustia en el rostro, había tenido que refrenarse a sí mismo para no correr hasta ella y envolverla en sus brazos, diciéndole que todo estaba bien. Había querido hablar primero, mostrarle aquella habitación, ya que, de no haberlo hecho así, no se habría atrevido.

Aquel tipo de demostraciones de afecto nunca habían sido lo suyo.

Además, ni siquiera se había esperado que acercarse a ella del modo en el que lo había hecho en la fiesta se sintiera tan agradable. Estaba tan hermosa en aquel balcón que temió que se hubiera arreglado para alguien más y había jugado con ella incluso sin pretenderlo.

—¡Pensé que nunca querrías nada serio conmigo, así que creí como una estúpida en todo lo que me dijo Elizabeth! ¡Ni siquiera te dejé hablar claramente! ¡De haberte dejado nada de esto habría pasado! —siguió lamentándose Lisa.

Pero lo único que podía hacer Adrien era sonreír contra su cabello, disfrutando de su aroma, de saber que tenía su calor y su contacto, así como sus disculpas.

Al no recibir carta de esta, había supuesto que se encontraría en aquel estado pero, de haberse puesto en contacto desde América, estaba seguro de que habría dejado a un lado sus negocios para ir a buscarla, creándose auténticos problemas con sus inversores. Y, en el fondo, una parte de él había seguido dolido por sus palabras, preguntándose si esta no habría hablado en serio en algún momento, por lo que le había llevado a hacer aquella locura de fiesta. No se reveló a nadie y dejó a sus hermanas en un buen hotel a unos pueblos de distancia, queriendo moverse hacia Lisa con total libertad, sin que nadie intercediera.

—¡De verdad! ¡Perdóname! ¡¿Qué puedo hacer para que me perdones?!

Este tomó aquel rostro lloroso entre sus manos, viendo que esta parecía descolocada por el gesto, y no se resistió más tiempo a besar aquellos labios en los que llevaba pensando tanto, notando cómo Lisa se tensaba para, poco después, rendirse entre sus brazos, colocando las manos sobre sus hombros, apoyándose en él.

Se sintió del modo más natural abandonarse a sus caricias, como ya había hecho antes, dejándole que dirigiera el beso, abriéndola para él sin ninguna restricción mientras las manos de este se movieron sobre ella, una permaneciendo en su rostro, aferrándose a su nuca y otra descendiendo hacia su cadera, haciendo que se arqueara contra él, colocándola contra su cuerpo,

donde debía de estar, sintiendo cómo se quedaba sin aliento.

Sentir aquellos labios firmes sobre los suyos de nuevo fue un placer al que no podría resistirse, notando cómo se perdía mientras envolvía el cuello de Adrien con los brazos, gimiendo en el interior de su boca cuando su lengua la abrió, devorándola con una calma autoimpuesta que la hizo arder, sabiendo que él quería alargar aquel momento, hacerlo eterno antes de que tuvieran que separar en busca de aire, anclándose a él mientras sus piernas amenazaban con no sostenerla más, de dejar que se desvaneciera por la pura alegría.

Con una serie de besos cortos, este acabó apartando un poco la cabeza, manteniéndola lo suficientemente cerca como para poder volver a besarla si ella se inclinaba un poco hacia adelante, disfrutando al saber que podría hacerlo de quererlo.

—Bien. Creo que esta es la primera cosa que has podido hacer para que te perdone —le indicó este, dedicándole una de aquellas sinceras sonrisas suyas, esas sonrisas que mostraban una auténtica alegría.

—Y... ¿qué más puedo hacer? —preguntó Lisa, mostrándose tímida al mirarlo con la cabeza baja, incluso sin pretenderlo.

—Ummm —murmuró Adrien, entrelazando sus manos a la altura de la cintura de ella, manteniéndola contra su cuerpo—. ¿Qué tal si prometes que nunca volverás a decirme palabras como las que me dirigiste en ese salón?

—¡Lo prometo! —se apresuró en asegurar.

—Que creyeras que de verdad te quiero a mi lado también estaría bien.

—¡Claro que lo creo!

—No estaría de más prometer que permanecerás a mi lado hasta donde el tiempo nos permita.

—Eso es seguro. Incluso cuando seas un viejecito sin dientes, yo seguiré a tu lado, queriéndote como el primer día.

Los labios de Adrien se posaron sobre los suyos, devorándola por un momento antes de separarse tan rápido como llegaron.

—Dilo otra vez —le ordenó este, estrechándola más de cerca, con los ojos entrecerrados, observándola con una intensidad que la hizo removerse entre sus brazos.

—¿El qué? ¿Que te quiero? —preguntó Lisa, un poco perdida. Al fin y al cabo, después de un beso como ese...

Aquellos labios volvieron a atacarla, robándole el aliento y la razón, fundiendo su cuerpo y haciendo que su corazón aleteara en el interior de su pecho como un pajarillo que estaba deseando alzar el vuelo.

—Dilo otra vez —volvió a pedirle este cuando la soltó.

—Te quiero.

Y otro beso barrió por ella como una mecha.

—Dilo.

—Te quiero.

Otro beso.

—Dilo de nuevo.

—Te quiero.

Otro beso llegó igual que los primeros, de igual manera que muchos otros le continuaron hasta que, sin remedio, Lisa acabó echándose a reír, seguida de cerca por la risa de Adrien, las cuales resonaron en la estancia, llegando hasta los oídos de aquellos que se encontraron cerca y llenando la casa de una extraña y nueva luz.

EPÍLOGO

De manera sorprendente, cuando ambos reunieron a su familia para hablarles sobre el hecho de que querían casarse, ellos no fueron los más emocionados ante la idea, sino que Clea y las gemelas se pusieron a gritar con emoción, abrazándose las unas a las otras como si aquel final hubiese algún tipo de logro personal. Irene y Craven fueron los únicos que pudieron felicitarlos mientras las jóvenes gritaban.

—Pero más te vale que cuides bien a mi ahijada. No seré su padre, pero estoy seguro de que podría destrozarte del mismo modo.

Dijo aquellas palabras con una sonrisa en los labios, pero quedó patente para todos que hablaba en serio con respecto al destrozarle si le ocurría algo a Lisa.

No querían una ceremonia por todo lo alto, pero, solo invitando por obligación a los socios de este y a sus familias, la lista de bodas se hizo sorprendentemente larga, sabiendo que el banquete tendría que celebrarse en la casa de los Bells, ya que era el único lugar donde contaban con el suficiente espacio como para abarcarlos a todos, teniéndole que dejarles los detalles de la comida y la decoración a los hermanos Craven, ya que tanto este como Irene se empeñaron en ello.

Esta última no contaba con ese apellido, ya que era el del padre de Christopher, pero este la incluyó cuando dijo que ambos hermanos Craven tenían que encargarse de ello. Después de todo, aún no podía creerse que esta en verdad fuera a casarse después de sus constantes negativas. Tenían tres años a sus espaldas llenos de “No deseo casarme” y ahora que aquello se había acabado había que celebrarlo.

Por supuesto, después de la boda, Lisa pasaría a vivir en la casa de los Bells, pero Clea...

Estaba claro que tanto ella como las gemelas deseaban vivir juntas, pero abandonar de semejante manera a aquellas dos personas que las habían cuidado con tanta determinación...

—Mientras que paséis algunas tardes, será más que suficiente —le aseguró Craven—. Después de todo, nosotros trabajamos por la noche y dormimos por la mañana. Aunque eso sí. Vuestros cumpleaños seguirán

celebrándose aquí.

—Yo creo que estoy llegando a una edad donde no hace falta celebrar mi cumpleaños —argumentó Lisa.

—¡Tonterías! Incluso aunque pasen veinte años, yo seguiré celebrando vuestros cumpleaños. Y punto.

Era imposible tratar con este cuando tomaba una decisión, así que así dejaron las cosas. Del mismo modo que Irene se quedaría en casa con este. Según esta, las niñas estaban lo suficientemente crecidas para no necesitar su intervención. Aunque las Freeman sabían que, aunque no lo demostrara demasiado, le estaba cogiendo cariño a Craven. Después de todo, era difícil llevarse mal con alguien como él, cuando se deshacía en sonrisas y buenas palabras, así como en cuidados cuando era cercano a alguien.

No había hablado con Adrien sobre que sabía que él era el hombre enmascarado de la fiesta y, teniendo en cuenta que él tampoco le dijo nada, pensó que sería mejor que siguiera creyendo que la había engañado con aquella máscara.

Disfrutando de sus últimos días de soltería, Lisa, que estaba en su cuarto, sentada en la cama, apoyada en el cabecero, contempló lo que había sido su habitación durante aquel tiempo, observándolo todo incluso en la oscuridad de la estancia gracias a la ventana abierta que dejaba pasar la luz de la luna.

Ni siquiera creía todavía que realmente fuera a casarse con Adrien, que este hubiera admitido que, a pesar de su error, no había dejado de pensar en ella. Sentía como si, en cualquier momento, fuera a abrir los ojos y toda aquella felicidad hubiera desaparecido, dándose cuenta de que solo se trataba de un sueño.

Un ruido junto a la ventana de su habitación la hizo erguirse en la cama, ya que una hermosa enredadera llegaba a la ventana y cualquiera que quisiera entrar en la casa, si es que llegaba a colarse en el jardín, podía usarla de escalera.

Poniéndose en pie, caminó por el suelo completamente descalza y cogió el atizador del fuego de la chimenea, ahora apagada, y se colocó junto a la ventana, en silencio, preparada para defenderse de cualquiera que quisiera entrar.

Por eso, su sorpresa fue mayor al darse cuenta que conocía a su intruso.

—Adrien, ¿qué haces colándote por mi ventana? —le preguntó esta, sin comprender, mientras bajaba el atizador y observaba cómo este tomaba aliento en el interior del cuarto.

—Bueno... he estado ocupado estos días con el trabajo, así que desde que nos comprometimos, no hemos podido vernos. —Fue lo que este le respondió, incorporándose y volviéndose hacia ella—. ¿O es que no querías verme?

—¡Claro que quería verte! —se apresuró a responder, abrazándose a su pecho—. Pero... ¿qué hubiera pasado si te hubieras caído mientras subías? Me habrías matado del susto.

—¿Te recuerdo que siempre he sido buen escalador? —murmuró este contra su cabello, enterrando el rostro en este y disfrutando del cuerpo de Lisa, de su calor de nuevo contra él.

Se le habían hecho largos y difíciles los días que había permanecido sin verla, así que, aquel día, cuando había pensado que ya había acabado con todo, nuevo trabajo llegó de pronto, desesperándole y haciendo que tomara aquella decisión, ya que sabía que, de noche, solo ella y su hermana se encontraban en la casa y necesitaba verla.

—Eso fue cuando tenías ocho años —le reprochó ella, golpeándole en el pecho para que volviera a sus cabales.

—Te he echado de menos —afirmó Adrien, estrechándola más contra su cuerpo.

Y Lisa no pudo evitar disfrutar de aquel contacto, rodeándole su pecho con los brazos para sentir los latidos de su corazón contra el oído.

—Yo también te he echado de menos a ti.

—¿Cuándo podremos vivir juntos? —preguntó este, bajando su rostro desde el cabello de ella hacia el lateral de su rostro, acariciándola con los labios, haciéndola suspirar.

—Sabes que ya no queda tanto. Para finales de julio, estaremos casados.

—No puedo esperar tanto —aseguró este, bajando con sus besos por el mentón de esta hacia su cuello, llevando sus manos hacia sus piernas y subiendo el camisón sin ningún impedimento, ya que era la única prenda que ella llevaba encima.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lisa, tratando de que mantuviera las manos quietas.

Aunque buscara su contacto, aunque lo deseara, su hermana dormía en la habitación de en frente y, con la casa en completo silencio, estaba segura de que todos acabarían oyéndolos si no se detenían en aquel punto.

—¿Qué te parece que hago? —le susurró Adrien al oído, sonriendo para sí cuando ella tembló.

Ya la había tenido una vez, pero no de aquella manera, no cuando sabía que ya era suya, cuando podía permitirse desnudarla por completo para él, admirarla cuanto quisiera, amarla todo lo que deseara.

Con una exclamación de sorpresa, Lisa se vio privada de la prenda, quedando completamente desnuda en la oscuridad del cuarto, bajo los intensos ojos de Adrien, que la observó sin ningún recato, recorriéndola con aquellos dos orbes color humo mientras todo lo que podía hacer ella era sonrojarse de pies a cabeza, tratando de taparse con las manos, que este se encargó de quitar de en medio.

—No hagas eso. No te cubras —le pidió Adrien, con una voz baja y oscura que volvió a hacerla temblar.

—Pero... me estás mirando, y...

—¿Qué hay de malo en que tu futuro marido te mire? —le preguntó él a su vez, liberando una de sus manos para acariciar su cadera mientras iba subiendo hacia su cintura, disfrutando del tacto aterciopelado de su piel.

Como toda respuesta, Lisa solo pudo entregarse a sus caricias, dejando que la recorriera con sus manos del mismo modo que hacía con sus ojos, acariciando en el interior de su mente las palabras que le había dicho. “Tu futuro esposo”. Era como miel en su paladar y no pudo evitar sonreír mientras apoyaba las manos en su pecho.

Sin embargo, las prendas de él le impedían llegar a su piel y aquello la irritó, ya que quería sentirlo del mismo modo que él podía sentirla a ella, tocar su cuerpo, deleitarse con el calor de su piel...

—Quítate la ropa —le rogó, alzando los ojos hacia él mientras Adrien ya la tenía apretada contra su cuerpo, con su pequeño trasero aferrado entre sus manos, deseando tomar todo de ella.

Pero, ante aquella petición, contemplando aquellos enormes ojos dorados observándole, no pudo más que obedecer como el más fiel de los esclavos y, obligándose a soltarla, dio unos pasos hacia atrás y se desnudó poco a poco.

No era que no sintiera la urgencia de poseerla, fue solo que, al quitarse la chaqueta y oír el jadeo de ella en la oscuridad, la cual pareció mirarle con los ojos brillantes desde el otro lado, quiso disfrutar de aquello, de ponerla ansiosa, que observara cómo se abría a ella, dejándola disfrutar con el espectáculo de su cuerpo como él disfrutaba del de ella.

Aunque, cuando llegó su turno de quitarse la parte inferior, no pudo negar que se sintió algo inquieto.

Incluso cuando ya habían estado los dos juntos, incluso cuando sabía que

ella había gozados en sus brazos, no era lo mismo que se entregaran con la ropa puesta que permitirse aquello, contemplarse el uno al otro sin ningún tipo de prendas entre ellos, solo con la piel como único abrigo para el alma.

Cuando quedó tan desnudo como ella ante Lisa, la oyó que volvió a jadear, llevándose una mano a los labios mientras sus ojos parecían concentrados en su entrepierna. Era como si no se creyera que aquello había estado dentro de ella.

Acercándose, Adrien la cogió del brazo y la pegó a su pecho, disfrutando del contacto de piel contra piel.

—Si me sigues mirando así, vas a hacer que me avergüence.

—¿De qué vas a avergonzarte? Eres tan atractivo que hasta has enamorado a las mujeres americanas.

Parpadeando, Adrien bajó la vista hacia ella, viendo cómo Lisa acariciaba su pecho con cierta timidez.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tus hermanas se lo decían a Clea a través de sus cartas —le respondió esta, con un ligero puchero torciendo sus labios.

—Ummm. Así que... ¿estás celosa? —le preguntó, con un tono de humor en la voz.

—¡¿Qué?! ¡Yo no estaba celosa! —exclamó Lisa, pareciendo olvidar que había sido ella la que había dicho que no quería que nadie los oyera.

Cogiendo su nuca de nuevo en la cuna de su mano, acercó su rostro hacia el de ella hasta que casi sus labios se rozaron, viendo cómo Lisa se quedaba sin aliento ante el repentino gesto.

—Puedes quedarte tranquila. Sabes que solo tengo ojos para ti —le aseguró.

Y antes de que ella pudiera abrir la boca y protestar de nuevo, la acalló con su beso, perdiéndose en el interior de su boca mientras volvió a ceñirse a su cuerpo, estrechándola contra él y moldeando sus curvas.

Lisa no perdió tiempo y rodeó su cuello con los brazos, introduciendo una mano entre sus mechones, disfrutando sin límites al poder tocarlo, gimiendo, sin poder evitarlo, en el interior de su boca, acercándose tanto a él como sus propios cuerpos se lo permitían, deseando fundirse, convertirse en uno.

Jadeó cuando este la tomó por su cintura y la alzó del suelo, devorando sus labios, consumiendo su boca, llevándola hasta su propia cama para tumbarla sobre esta, depositándola sobre ella y colocándose sobre su cuerpo,

abriendo las piernas para él, para que lo recibiera.

Se olvidó de los criados, de que su hermana estaba cerca, de dónde se encontraban y hasta de cuál era su nombre mientras los labios de Adrien la consumían, mientras sus manos la acariciaban por todas partes y encendían su cuerpo cómo solo él lograba hacerlo, dejándola como nada más que un ser gimiente y tembloroso en sus manos.

Sacando las caderas hacia delante, se hizo lo más natural buscarlo, tratar de indicarle que ya estaba lista para él, que estaba lista desde que lo había visto de pie en su cuarto, pero Adrien lo comprobó con sus propias manos cuando introdujo una de ellas entre la unión de sus cuerpos, haciéndola arquearse sobre la cama cuando encontró su centro y exploró en él, contemplando su rostro al mismo tiempo, con el suyo propio oscurecido.

—A... Adrien, por favor —rogó, por piedad.

Aunque sus caricias fueran como plumas que acariciaran su cuerpo, quería algo más, una unión total.

—¿Llevas todo este tiempo así? ¿Sabes que vas a acabar por volverme loco? —le susurró este, besando la comisura de sus labios, descendiendo por su cuello hasta que tuvo de nuevo un pecho de ella entre sus labios, haciéndola gemir.

—Por... por favor —rogó de nuevo, alzando las caderas hacia aquella mano que la acariciaba.

Y, como se estaba convirtiendo en una costumbre, él no pudo resistirse más a su pedido.

Aun amamantándose de ella, contemplando su rostro por encima de sus pechos, tomó sus piernas entre las manos, abriéndola más para él, oyéndola jadear y gemir contra las almohadas, justo de la manera que siempre había querido verla, como la había imaginado cientos de noches de soledad en su cuarto, y se colocó en su entrada.

Ascendiendo por ella, tomando sus labios de nuevo, se introdujo en su cuerpo mientras las manos de Lisa apresaban su cabello, notando cómo esta le rodeaba, cómo lo tomaba hasta casi hacerle perder el juicio, rodeando la cabeza de esta con los brazos, encerrándola en la cárcel de su cuerpo.

Se movió dentro y fuera de ella, tomando sus gemidos, sus jadeos, los temblores que la recorrían, sabiendo cuando comenzó a acercarse al borde y alejándola de él solo para disfrutar de sus débiles protestas. Aquella tortura placentera conseguía que Lisa se soltara entre sus brazos y que a él le hiciera sentir que era suya por completo.

Bebió de ella, recorrió su cuerpo, la saboreó mientras se mecía entre sus piernas alzando la tensión, notando cómo Lisa se acercaba al borde una y otra vez, notando cómo, al final, clavó sus uñas en su espalda, desesperada, alzando las caderas hacia él al mismo tiempo que este se acercaba, rogándole para que acabara con aquel juego, que la dejara derretirse entre sus brazos y aferrada a él.

Y este, como siempre, no pudo negarle nada.

Besando y mordisqueando la unión entre su cuello y su hombro, bombeó más rápido entre sus piernas, oyendo cómo esta aumentaba el sonido de sus jadeos, cómo alzaba las piernas para anclarse a él, en cómo lo envolvía en su interior para no dejarle retirarse. Abrazándose a él, necesitando anclarse, sintió cómo un mar embravecido se la llevó, haciéndola gritar, arquearse y gemir contra su cuerpo, aprisionándolo para que el oleaje de aquel clímax se lo llevara a él también, notando de manera distante, como si no se encontrara dentro de su propio cuerpo, cómo este temblaba y gemía contra su cuello, indefenso.

Abrazándose a Adrien mientras trataba de recuperar aliento, se apoyaron el uno en el otro, sabiendo que el peso de este tendría que aplastarla y, sin embargo, disfrutando de ello, de tenerlo aún sobre su cuerpo, con las manos acariciando de manera perezosa su cabello mientras ella acariciaba su espalda, notando las marcas que le había dejado en su cima.

—¿Te he... hecho daño? —le preguntó esta, refiriéndose a los arañazos.

—Oh, no. Los hombres solemos sonar así cuando llegamos...

—¡No me refería a eso! —gritó esta por lo bajo, completamente avergonzada al ver que este trataba de explicarle el placer masculino—. Me refiero a los arañazos que te he hecho.

—¿Me has arañado? Creo que no me he dado cuenta —comentó Adrien, girándose en la cama y arrastrándola con él hasta que uno quedó frente al otro en la intimidad del cuarto.

—Supongo que eso es bueno. No me gustaría saber que te he hecho daño —murmuró Lisa, acariciando el pecho de Adrien con aire culpable.

—No podrías hacerme daño, aunque quisieras. No con actos, al menos —comentó, recordando con qué facilidad le habían destrozado sus palabras.

—¡Deja de recordar eso! ¡¿Te gusta hacerme sentir culpable?! —le acusó, golpeándole en el pecho con un puño.

Pero todo lo que hizo este fue reírse, abrazándola contra él.

—No. En realidad, me gustaría hacerte sentir de otros modos —aseguró,

descendiendo la mano desde la espalda de ella hacia su trasero, acariciando este y dando un pequeño masaje a uno de sus muslos, haciendo que Lisa volviera a sentir calor por todas partes.

—No... no querrás hacerlo otra vez, ¿verdad? —murmuró ella, avergonzada, mientras sentía como crecía algo junto a su cadera.

—No solo una vez. Quiero hacerlo muchas veces, toda la noche, durante muchos años. Incluso cuando solo seas una ancianita con el cabello lleno de canas, seguiré deseando estar entre tus piernas.

Aquellas palabras la avergonzaron, haciendo que un rubor se extendiera a través de ella.

—Eres un perverso completamente. ¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó Lisa, girándose para darle la espalda.

Pero Adrien no se tomó aquello como un rechazo, si no que se acercó a ella hasta abrazarla de nuevo, acariciando su cuello con los labios mientras envolvía su cuerpo con una mano, dirigiendo la otra al interior de sus piernas, haciéndola gemir por lo bajo.

—Porque es la verdad —murmuró contra su oído—. Y eso es lo que voy a hacer —aseguró, moviendo las piernas de esta para poder colocarse entre ellas.

—¡Mañana tienes que ir a trabajar! —le recordó ella como último recurso.

Después de todo, una vez que empezara tomarla, su mente se pondría en blanco, se derretiría para él y no sería capaz de pensar. Solo podría gemir entre sus brazos mientras él volvía a desencadenar el huracán dentro de ella.

—No pasará nada porque no duerma un día. Además, aún queda mucho para la boda. Tengo que degustarte para poder resistir hasta entonces.

Ya no hubo más palabras.

Mientras el amanecer llegaba, lo único que pudo hacer Lisa fue gemir entre sus brazos, buscando sus labios con los propios para fundirse de nuevo, para estar juntos.

Para convertirse en uno.